

VIOLENCIA EN LA FAMILIA Y VIOLENCIA TRANSNACIONAL EN LAS
NOVELAS *LOS EJÉRCITOS DE EVELIO*
ROSERO E *INSENSATEZ* DE HORACIO CASTELLANOS MOYA

A Dissertation

by

HECTOR HUGO MONTERO QUINTERO

Submitted to the Office of Graduate and Professional Studies of
Texas A&M University
in partial fulfillment of the requirements for the degree of

DOCTOR OF PHILOSOPHY

Chair of Committee,	Alain Lawo-Sukam
Committee Members,	José Cardona-Lopez
	Gregory Pappas
	Richard K. Curry
Head of Department,	José Pablo Villalobos

December 2017

Major Subject: Hispanic Studies

Copyright 2017 Héctor Hugo Montero Quintero

ABSTRACT

In my dissertation, I study two books that deal with political violence in Latin America and how violence in the political and public spheres reflects itself in the more private space of the home and the nuclear family. The focus of my work is Evelio Rosero's, *Los ejércitos* and Horacio Castellanos Moya's, *Insensatez*. The Colombian writer Evelio Rosero's, *Los ejércitos* show the armed conflict between the military government, guerrilla armies, and those who have been displaced from their homes and towns by the armed clashes between the military and the guerrillas. *Insensatez*, by the Salvadorian writer, Horacio Castellanos Moya, on the other hand, centers on the assassination of more than three hundred thousand indigenous people over ten years of military regime. On the one hand, I am conducting research on the violence endemic in Colombia. I am looking at relatively recent history—that includes the bipartisan violence between Colombia's main political parties, *liberales* and *conservadores*—that spans from the 1940's through the middle of the 1960's. Some studies assert that this conflict ends in 1974 with the creation of the *Frente Nacional*, also known as the Benidorm Pact, through which the leaders of both political parties reached an agreement to rotate power. My work also covers seventy years of armed conflict (1946-2016) between the Colombian government, paramilitary groups, and guerrilla groups. Thus, I expand the study of pervasive violence in Colombia and differ from traditional studies which tend to cover only the armed conflict with *guerrilla* groups, consequently only addressing half a century of Colombian history.

On the other hand, I will also be looking at how Horacio Castellanos Moya examines the mass assassinations, particularly of indigenous people, allegedly by governmental military forces during the confrontations that took place between 1960 and 1996.

Evelio Rosero's, *Los ejércitos* and Horacio Castellanos Moya's, *Insensatez* demonstrate the way in which violence has become a factor of formation and deformation of the nation in societies where violence has unhinged and ruptured the nuclear family as a social construct.

RESUMEN

En mi disertación, estudio dos libros que tratan sobre la violencia política en América Latina y cómo la violencia en las esferas política y pública se refleja en el espacio más privado del hogar y el núcleo familiar. El enfoque de mi trabajo es *Los ejércitos* de Evelio Rosero e *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya. *Los ejércitos* del escritor colombiano Evelio Rosero muestra el conflicto armado entre el gobierno militar, los ejércitos guerrilleros y aquellos que han sido desplazados de sus hogares y pueblos por los enfrentamientos armados entre los militares y la guerrilla. *Insensatez*, del escritor salvadoreño Horacio Castellanos Moya, por otro lado, se centra en el asesinato de más de trescientos mil indígenas durante diez años de régimen militar.

Por un lado, estoy llevando a cabo una investigación sobre la violencia endémica en Colombia. Estoy mirando una historia relativamente reciente, que incluye la violencia bipartidista entre los principales partidos políticos de Colombia, liberales y conservadores, que abarca desde la década de 1940 hasta mediados de la década de 1960. Algunos estudios afirman que este conflicto termina en 1974 con la creación del Frente Nacional, también conocido como el Pacto de Benidorm, a través del cual los líderes de ambos partidos políticos llegaron a un acuerdo para rotar el poder.

Mi trabajo también abarca setenta años de conflicto armado (1946-2016) entre el gobierno colombiano, grupos paramilitares y grupos guerrilleros. Por lo tanto, amplió el estudio de la violencia generalizada en Colombia y difiere de los estudios tradicionales que tienden a cubrir solo el conflicto armado con grupos guerrilleros, por lo tanto, solo abordando medio siglo de historia colombiana.

Por otro lado, también voy a ver cómo Horacio Castellanos Moya examina los asesinatos en masa, particularmente de indígenas, supuestamente por fuerzas militares gubernamentales durante los enfrentamientos que tuvieron lugar entre 1960 y 1996.

Los ejércitos de Evelio Rosero e *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya demuestran la forma en que la violencia se ha convertido en un factor de formación y deformación de la nación en sociedades donde la violencia ha desquiciado y roto el núcleo familiar como una construcción social.

DEDICATION

This project is dedicated to my mother Irma Quintero and my son Martín Montero.

DEDICATORIA

Este proyecto está dedicado a mi madre Irma Quintero y a mi hijo Martín Montero.

ACKNOWLEDGEMENTS

My sincere gratitude to the members of my committee: Dr. Alain Lawo-Sukam, Dr. José Cardona-López, Dr. Richard K. Curry and Gregory Pappas, who encouraged me throughout my work.

Also, to my family, on this side, especially my cousins Biviana and Vicky. Without them, it would not have been possible to finish my project. On the other side, for her invaluable solidarity for my "ma", her friends, Maria Angelica and Ernesto.

Likewise, to that warm group of friends: Daniela and Alejandra, Germán and José Manuel, to be there or to appear, unconditional, giants for the resistance and the affection.

And, vital, at that moment, Rosalinda, David, Elizabeth, Amelia, Sueli, Renata and Esther. For patience and support, my eternal gratitude to Adonay and Joseph.

AGRADECIMIENTOS

Mi sincera gratitud para los miembros de mi comité: Dr. Alain Lawo-Sukam, Dr. José Cardona-López, Dr. Richard Curry y Gregory Pappas, que me impulsaron durante todo el desarrollo de mi trabajo.

A mi familia, de este lado, especialmente a mis primas Biviana y Vicky. Sin ellas, no hubiera sido posible el remate de mi proyecto. Del lado de allá, por su solidaridad invaluable para mi vieja, a sus amigas, a María Angélica y a Ernesto.

A ese cálido grupo de amigos: Daniela y Alejandra, Germán y José Manuel, por estar ahí o aparecer, incondicionales, gigantes para la resistencia y el cariño.

Y, vitales, en aquellos momentos, Rosalinda, David, Elizabeth, Amelia, Suelí, Renata y Esther. Por la paciencia y el soporte, mi eterno agradecimiento para Adonay y José.

CONTRIBUTORS AND FUNDING SOURCES

This work was supervised by a thesis committee consisting of Professor Alain Lawo–Sukam, advisor and Jose Cardona–López, co–advisor of the Department of Hispanic Studies of Texas A&M University and Professor Richard K Curry, also of the Department of Hispanic Studies and Professor Gregory Pappas Department of Philosophy.

There are no outside funding contributions or additional contributors to acknowledge related to the research and compilation of this document.

TABLE OF CONTENTS

	Page
ABSTRACT	ii
RESUMEN	iv
DEDICATION	vi
DEDICATORIA.....	vii
ACKNOWLEDGEMENTS	viii
AGRADECIMIENTOS	ix
CONTRIBUTORS AND FUNDING SOURCES.....	x
TABLE OF CONTENTS	xi
I. INTRODUCTION.....	1
I.1. Presentación de la tesis	1
I.2. Acercamiento al concepto de violencia: violencia política, violencia doméstica.....	9
I.3. Historización y teorización de la violencia en Colombia: novelando o reportando la guerra	27
I.4. Historización y teorización de la violencia en Guatemala.....	42
I.5. Metodología	47
II. <i>LOS EJÉRCITOS</i>.....	53
II.1. Evelio Rosero, nota bio–bibliográfica	53
II.2. <i>Los ejércitos</i> . Resumen y análisis.....	55
II.3. Violencia política e incidencia en el hogar en <i>Los ejércitos</i>	63
II.4. Miles de muertos, centenares de novelas.....	103
II.4.1. Narración del discurso del mal	116
III. <i>INSENSATEZ</i>	124
III.1. Horacio Castellanos Moya, nota bio–bibliográfica.....	124
III.2. <i>Insensatez</i> . Resumen y análisis	126

	Page
III.3. Violencia política e incidencia en el hogar en <i>Insensatez</i>	134
III.4. Novelando la violencia: el genocidio	142
III.5. Más de un país arrasado	150
III. 5.1. Más allá de la ficción y las malas noticias: el papel del archivo.....	154
 IV. LA VIOLENCIA COMO FACTOR DE FORMACIÓN Y A LA VEZ DE DEFORMACIÓN DE NACIÓN EN COLOMBIA Y GUATEMALA.....	 162
IV.1. El contexto de Colombia.....	162
IV.1.1. Violencia como factor de formación de la nación	164
IV.1.2. Violencia como factor de deformación de la nación.....	195
IV:1.3. Novelización de una sociedad violenta: <i>Los ejércitos</i> de Evelio Rosero.....	 202
IV.2. El contexto de Guatemala	215
IV.2.1. Violencia como factor de formación de la nación	222
IV.2.2. Violencia como factor de deformación de la nación.....	235
IV.2.3. Novelización de una sociedad violenta: <i>Insensatez</i> de Horacio Castellanos Moya.....	 241
IV.3. El aporte y lenguaje del cine en el discurso de la violencia en Colombia y Guatemala.....	 251
 V. CONCLUSIÓN	 257
 BIBLIOGRAFÍA.....	 263

I. INTRODUCTION

No se puede prescindir de la violencia para acabar con la violencia”

La violencia de lo sagrado

René Girard

“...ninguna ética del mundo es capaz de precisar, ni resolver tampoco, en que momento y hasta qué punto los medios y las consecuencias laterales moralmente arriesgadas quedan santificadas por el fin moralmente bueno. La política tiene como factor determinante la violencia”.

El político y el científico

Max Weber

I.1. Presentación de la tesis

La presente investigación tiene como objetivo analizar y demostrar que la violencia política expresada desde las esferas políticas y públicas se refleja y afecta el núcleo familiar y provoca en él una violencia a lo largo de la historia reciente de Colombia y Guatemala. Para tal fin se discutirá las relaciones entre violencia y literatura, así como se espera ampliar la forma de ver cómo la violencia transnacional, con su amplia zona de afectación, se extiende en la novela de la violencia. Para este propósito, se examinarán los procedimientos cómo se aborda lo violento en estas dos naciones, en las novelas *Los ejércitos* (2007) e *Insensatez* (2005), escritas por Evelio Rosero y Horacio Castellanos Moya, respectivamente. También se indagará de qué forma con estas dos obras, se representa la violencia como un factor de formación y a la vez de deformación de una nación.

Uno de los principales retos que se busca alcanzar con la escritura de esta tesis es permitir la lectura en detalle de las dos novelas con debates y lecturas críticas desde la

violencia, vista como un elemento que las afecta. Si bien los dos textos se leen por separado y su temática es particular para cada caso, también resulta un factor común la pobreza, la alienación cultural y la dificultad de quienes en Colombia y Guatemala aspiran a alcanzar mejores canales de educación y respeto, igualdad y solidaridad. En lo referente a la discusión de analizar la violencia como un factor de formación y a la vez de deformación de una nación, en el caso colombiano se utilizó lo planteado en *Colombia una nación a pesar de sí misma* (2004). Y en lo que tiene que ver con Guatemala, se hizo la aproximación desde los estudios *Violencia y Genocidio en Guatemala* (2003) y el titulado *Guatemala, memoria del silencio* (1999). En este último se cuestiona la actitud y la inexorabilidad de los guatemaltecos como miembros de una sociedad postrada y pasiva.

Al profundizar en las implicaciones de la esfera política en lo doméstico, se analiza cómo a diario el registro de intolerancia, riñas familiares, inseguridad y ambiente hostil en todas las esferas sociales, lejos de atemperarse, va acumulando mayor tensión y expresiones sin control. Esto crea mayor impunidad, dificulta su control e imposibilita una solución. Por lo tanto, este trabajo acoge dos ejes fundamentales. En primer lugar, reexamina la incidencia de las esferas políticas y públicas en lo doméstico, con el determinante de no ser un fenómeno aislado, sino que por la globalización adquiere categorías de transnacionalidad. En segundo término, analiza la realidad violenta de dos naciones, como uno de los factores de formación y a la vez de deformación de Nación.

El reto para interpretar la discusión va más allá de escribir una novela y ser más que un vocero. Al pensar en los antecedentes y problemática novelada por Rosero y

Castellanos Moya se puede concluir que unos escriben y otros además de ser lectores, están atentos para enfrentar y evitar de manera eficaz los males causados, en el caso de Colombia, por los enfrentamientos entre la guerrilla, los paramilitares y el Estado. Asimismo, para lo sucedido en Guatemala, se pormenorizará acerca de los infortunios generados por los sucesivos golpes de estado y masacres de indígenas, principalmente.

Aunque en el campo literario, las dos novelas estudiadas proveen claros ejemplos de la incidencia de lo político en lo doméstico, tanto en Colombia como en Guatemala, a los pocos estudios se suma sobre estas conexiones, el hecho de que los dos autores no tienen grandes tirajes de sus obras. Recién el escritor Rosero está siendo más ampliamente conocido por la masa lectora. Aunque tiene una gran carrera literaria que se inició ya hace más de 25 años, su mayor difusión se debió a que en 2006, por *Los ejércitos*, ganó el premio Tusquets de novela. Un tanto igual sucede con Horacio Castellanos Moya. En síntesis, estos autores aún son poco incluidos en estudios críticos y antologías. De hecho, se dispone de pocos estudios para el análisis, aunque hay gran cantidad de análisis psicológicos, postulados e informes que detallan los diferentes tipos de violencia. Se halló que en estos estudios no se hacen las conexiones entre las esferas públicas y políticas con los núcleos familiares de Colombia o Guatemala. Tampoco abundan los informes que aborden desde las dos novelas revisadas en este trabajo, cómo desde lo público, específicamente, lo violento incide en lo doméstico.

Respecto de Colombia con esta tesis se busca unificar en una sola fecha el inicio de su largo período de violencia. En ese sentido, este trabajo abarca cerca de setenta años de conflicto armado (1946-2016) entre el gobierno colombiano, grupos

paramilitares y grupos guerrilleros. Así, se amplía el análisis de la continua violencia en Colombia y se difiere de los tradicionales estudios que tienden a abarcar únicamente el conflicto armado con los grupos guerrilleros y, en consecuencia, solo se ocupan del periodo a partir de 1958 en vez de 1946.

Rosero y Castellanos Moya han enfocado su narrativa para escribir historias de genocidios contra la población civil y los indígenas. Es un registro literario sobre una realidad aterradora. En el caso colombiano se cubren 70 años (1946 -2016), y en los hechos de Guatemala se hace referencia a las masacres contra indígenas a lo largo de 36 años (1960-1996), atribuidas a las fuerzas militares gubernamentales.

En conjunto, se muestran tres realidades. La primera corresponde a la guerra de Colombia, que involucra población civil, fuerzas oficiales del Gobierno, grupos armados ilegales de guerrilla y paramilitares. Además, estos grupos han ampliado su radio de acción al negocio de narcóticos. El foco de atención se centra a partir de 1946, época en que germinan profundas diferencias sociales en este país y se prolonga hasta 2016, con la firma de un acuerdo de paz entre el Gobierno y la guerrilla de las FARC. De esta forma se abre en este trabajo de investigación un periodo de análisis de setenta años para enfatizar en las raíces sociopolíticas que provocaron el conflicto colombiano, además de ofrecer como aporte de investigación, un marco de referencia sobre el conflicto colombiano en un período que no se ha estudiado a profundidad.

La segunda realidad da cuenta de las matanzas en Guatemala, en las que también perdieron la vida obreros, campesinos, estudiantes y miembros de organizaciones políticas. Esto convulsionó el país y afectó las libertades ciudadanas. Una realidad

semejante se vivió en Colombia y en México. La tercera destaca que México recibió el influjo de los grupos colombianos del narcotráfico en las décadas de los 70 y 80 y pasó a ser el jugador mayor en este comercio ilícito.

En la última parte de la investigación se analizan los enfrentamientos entre la guerrilla, los paramilitares y el ejército, en donde en suelo colombiano, la población civil queda expuesta al fuego cruzado, mientras en la nación guatemalteca los indígenas son víctimas de un intenso exterminio étnico. Es una llamada de atención hacia esta problemática que abarca varias aristas y aún no tiene solución. Esto afecta a una sociedad cada vez más expuesta al nocivo influjo de pérdidas humanas y creciente deterioro de la calidad de vida.

La investigación revisa la representación de los dos novelistas convocados que construyen un nuevo nexo, que se analizó desde el dolor y la resiliencia, así como desde la solidaridad y la fraternidad. En la motivación de Rosero y Castellanos se indaga desde el pasado y la historia, para encontrar caminos y esperanza. Por tanto, se espera salir del conflicto y del luto de las víctimas, hasta llegar a la convergencia y a la luz. Con la lectura de estas novelas se puede afirmar que el arte es la llave para otra puerta.

También para ampliar la perspectiva y tener una mirada que incremente los análisis sobre las obras estudiadas en esta investigación y su incidencia en Colombia y Guatemala, se revisará el texto de Ariel Dorfman, *Imaginación y violencia en América* (1972), en donde se divide la violencia en cuatro categorías: la violencia vertical y social; la horizontal e individual; la inespacial e interior y la estética y narrativa. Igualmente, se utilizará la obra de Carlo Galli, *Political Spaces and Global War* (2010),

que permitirá estudiar el concepto de violencia en tiempos de globalización. La obra de este autor también reviste gran importancia para esta investigación por su perspectiva en la que provee cuatro hipótesis para reflexionar sobre la problemática de violencia en Latinoamérica.

Dorfman, ya desde 1972, constataba que la violencia era un ‘hecho fundamental’ de América y del mundo, como lo expuso en su texto. A través de siete revisiones a las obras narrativas de autores latinoamericanos pasa revista a las particulares visiones de estos novelistas sobre lo violento y disecciona sus múltiples formas para intentar saber y ver qué es América¹.

Ya en las primeras páginas, Dorfman define lo esencial de sus argumentaciones en torno a las principales temáticas y focos de los novelistas de esta parte del mundo. Se podría decir que, en la identificación de ese punto central hay un verbo que describe y cala profundamente en lo que se quiere demostrar en los siguientes párrafos de esta tesis y que sin duda se extiende a lo largo de este trabajo; ese verbo es la obsesión, el sino identificador casi como un legado sobre el tema de la violencia. El autor fortalece estas apreciaciones al introducir sus hallazgos sobre los temas centrales de la novela hispanoamericana y afirma que lo esencial es:

Mostrar cómo la violencia ha creado una cosmovisión que no se encuentra en ningún otro lugar; cómo el hombre americano ha enfrentado el problema de su muerte y su libertad, y cómo, derrotado o vencedor, ha sabido buscar

¹ Dorfman analiza obras de Jorge Luis Borges, Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, José María Arguedas y Mario Vargas Llosa.

en la violencia su ser más íntimo, su vínculo ambiguo o inmediato con los demás [...] nuestra búsqueda se construye sobre la esperanza de poder comprender, a través de los ojos que nos presentan los narradores de este siglo, exactamente –aunque no hay necesidad que valga –qué es América.

(9)

En el caso de la novela *Los ejércitos* de Rosero, se analiza cómo la violencia política se refleja en el núcleo familiar. Para el análisis de la novela *Insensatez* de Castellanos Moya, se explica cómo la violencia focalizada desde el aparato militar se filtra entre la población civil y se refleja en el núcleo familiar creando zozobra e inestabilidad psicológica. Al concluir los análisis de estas dos novelas, se hace la representación de la forma cómo lo violento incide en la formación y a la vez en la deformación de una nación.

En las dos novelas estudiadas en este proyecto se muestra la profusión de sucesos trágicos en donde la vida doméstica es afectada por la barbarie y se refleja a diario en más intolerancia, riñas y asesinatos. Se ve como la cotidianidad está siendo permeada por múltiples realidades en pleno siglo XXI, entre el beneplácito por los avances tecnológicos, mejor expectativa de vida y confort. La literatura, en el caso de estos dos creadores, se basó y amplió el registro noticioso y el debate sociológico. Las dos novelas no solo han sido el camino de recreación de un acontecer particular, sino que han visibilizado lo que noticieros y periódicos no pueden mostrar. Estos medios noticiosos no tienen el espacio y poder que ostenta la escritura de ficción.

Como resultado de este análisis, se busca adoptar una postura que inspire la cultura, el respeto por la diferencia y mueva a la solidaridad. Es una forma de buscar mejores caminos. No necesita activar sin demora un mensaje de esperanza por un mundo mejor, sin muros o fronteras segregacionistas. Se debe permitir la activación de estos sueños.

Hacerse campo con una huella en la historia no ha dejado de ser un fin de la ficción. Federico Álvarez en su texto *La violencia en la literatura* (1998) manifiesta esa presencia: “Desde los poemas homéricos hasta la última novela de guerras galácticas, la violencia está presente como un denominador común, tal vez el único realmente común, en la inmensa mayoría de los textos de creación literaria” (407).

En el apartado de las conclusiones se expresa la premisa con la que se abordó esta investigación, una vez realizada la reexaminación de cómo en Colombia y Guatemala las esferas políticas y públicas son los factores que desestabilizan y crean la disociación de la familia. Los dos textos literarios a través de la forma cómo sus autores acometieron su abordaje, son la herramienta eficaz para visibilizar que en la formación y a la vez la deformación de una nación, el factor de violencia es el principal actor a tener en cuenta. A llegar a estos acercamientos, la reflexión y el estudio sobre estas realidades concretas y tan cambiantes, aunque en mucho han creado una mordaza que enluta y hace sombrío el panorama social, permite ensanchar el horizonte más allá del compás de espera, al creer que, como debe ser, en el hombre, y solo en él, el mundo puede tener un nuevo camino. Es desde lo cual en su limitado campo el desarrollo de esta investigación ha permitido entrever.

1.2. Acercamiento al concepto de violencia: violencia política, violencia doméstica

La Real Academia de la Lengua Española, RAE, define la palabra violencia a partir del latín *Violentus*, atribuyéndolo al sujeto “que está fuera de su natural estado, situación o modo”. A renglón seguido, precisa: “se hace bruscamente, con ímpetu e intensidad extraordinarias”. Y por ese camino se va a la muerte cuando se quiere la vida por oposición, pero en aras de respetarla lo que se perpetra es la guerra. La confrontación denominada “guerra sucia” es definida por la RAE como el “conjunto de acciones que se sitúan al margen de la legalidad y combaten a un determinado grupo social o político”. Con base en esta premisa se buscará desde el ámbito de Latinoamérica una explicación al fenómeno de la violencia.

Al definir la violencia desde la perspectiva de algunos estudios críticos, el punto de partida es la Edad antigua hasta llegar a la Edad moderna, con algunos ejemplos de obras literarias que permiten rastrear el devenir de la humanidad. Autores como Thomas Hobbes, uno de los primeros en teorizar sobre lo violento y ya en los tiempos modernos, Walter Benjamín, con su división de lo violento en lo mítico y lo divino, y los aportes de Johan Galtung, ideólogo de la paz, para remirar lo violento, así como las teorías de Tzvetan Todorov, sirven para profundizar en una definición de lo que se entiende por violencia.

Ya en el núcleo familiar la violencia es tan antigua como la historia del hombre. Se habla de la agresividad en seno del hogar, pero las confrontaciones de pareja no se aceptaban y no ocurría con frecuencia desde la época romana y hasta el siglo XIX, sin embargo, se puede pormenorizar y analizar mejor lo que pasaba en la Edad Media y la

Edad Moderna. Había actos sociales que, por supuesto rompían los moldes establecidos como contraer nupcias al poco tiempo de enviudar, relaciones de hombres o de mujeres jóvenes, gran abismo de edades.

Este rastro se puede decodificar con la producción literaria desde los clásicos hasta la edad moderna. Así se puede afirmar que la violencia es tan antigua como la familia. Rastros de obras literarias clásicas y modernas se pueden ver en *La Familia de Pascual Duarte* (1942), y *Los Hermanos Karamazov*², en donde se retrata el seno familiar como un centro de alta tensión y actitudes cargadas de violencia.

En la Edad Antigua se da el surgimiento de la escritura y se culmina con la caída del Imperio Romano de Occidente en 476 d. C (-3300 a.c. a 476 d.c.). En esta era la literatura fue pictográfica, jeroglífica y de tipo cuneiforme.³ En la Edad Media, con la caída del Imperio Bizantino, o Romano de Oriente (1453), es paralelo a la invención de la imprenta y la finalización de la llamada Guerra de los Cien Años. Se da el descubrimiento de América en 1492.

Se pueden rastrear algunas de las obras de la literatura antigua más relevantes en Medio y Extremo Oriente y Europa Clásica.⁴ En el periodo del siglo V hasta el XV, conocido como la Edad Media o Medioevo, Europa se debe reorganizar a raíz de la

² *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela (1942), (Biblioteca el mundo) y *Los Hermanos Karamazov*, de Fedor Dostoievski (1879), Luarna Ediciones.

³ Edad Antigua, obras literarias: *Epopéya de Gilgamesh*, *Diálogos del pesimismo* y *El poema de la creación*.

⁴ Medio Oriente: *Mitos del diluvio*, *Enri y Tammuz*. *Libro de los Muertos* y el *Antiguo Testamento: La Biblia*.

Extremo Oriente: *El arte de la guerra*, de Sun Tzu, *Tao te King* de Lao Tse, *Los cuatro libros de Confucio*. *Los Vedas* y *Mahabharata* y *Ramayana*. En Grecia, Homero, con *La Ilíada* y *Odisea*. Sófocles, con *Edipo Rey* y *Antígona*. En Roma, de Virgilio, *La Eneida*, de Apuleyo, *El asno de oro*. Ovidio escribe *La metamorfosis* y *El arte de amar*.

caída del Imperio Romano. Se instaura el cristianismo y se suceden una serie de guerras de conquista por territorios, lo que se traduce en una producción literaria. Esas obras ya no reflejan en sus relatos épicos, su pasado sino las batallas de los señores feudales por consolidar sus territorios.⁵

Ya en la Edad Moderna, que va desde los siglos XVI a XVIII, se produce el ya aludido descubrimiento y colonización de América, así como la invención de la imprenta, mientras surge el humanismo y la ilustración. Se dan por tanto tres pilares de la expresión artística y literaria de la humanidad, como son el Renacimiento, el Barroco y el Neoclasicismo.⁶ La época contemporánea, que cubre los siglos XIX y XX, va desde el Romanticismo, Realismo, Modernismo y las Vanguardias.⁷

⁵ Literatura Medieval: *Ciudad de Dios* y *Las confesiones*, de San Agustín. De Santo Tomás, *Summa teológica*. En Literatura Feudal, en Alemania, *Cantar de los Nibelungos*, en Francia, *Cantar de Roldán*, en España, *Cantar de Mío Cid*. En la Literatura caballeresca, se conoce *Historias del Rey Arturo* y *los caballeros de la mesa redonda*. En literatura burguesa, está Dante con *La divina comedia*, Petrarca con *Cancionero*. Boccaccio, escribe *El Decamerón*.

⁶ Literatura Moderna: en el Renacimiento, la picaresca anónima y el siglo XVI, *Lazarillo de Tormes* y *Don Quijote de la Mancha*, Comedias y entremeses. De William Shakespeare, *Romeo y Julieta*, *Hamlet*, *Macbeth*, *Otelo* y *La tempestad*. Lope de Vega, teatro y poesía lírica.

En el Neoclasicismo, Blas Pascal con *Pensamientos* y Miguel de Montaigne los escritos de John Locke, *Sobre el entendimiento humano*, los de Juan Jacobo Rousseau, *Emilio*, los de Jonathan Swift, *Los viajes de Gulliver* y los de Daniel Defoe, *Robinson Crusoe*.

⁷ Literatura contemporánea: En poesía, Lord Byron, Gustavo Adolfo Bécquer, Walt Whitman. En novela, Víctor Hugo, con *El jorobado de Notre Dame* y *Los miserables*. En Realismo, Honorato de Balzac con *La comedia humana* y Gustave Flaubert con *Madame Bovary*. Charles Dickens, con *Oliver Twist* y *David Copperfield*.

En las vanguardias, en poesía lírica y la generación del 27, Federico García Lorca y Rafael Alberti. En Hispanoamérica, Jorge Luis Borges, Alfonsina Storni, Cesar Vallejo y Pablo Neruda, entre otros. En novela, Marcel Proust, publica *En busca del tiempo perdido*, Franz Kafka, *La metamorfosis*, Herman Hesse, *El lobo estepario* y *Demian*, J. D. Salinger, *El guardián entre el centeno*. En Estados Unidos está la Generación perdida, con Ernest Hemingway, F. Scott Fitzgerald, William Faulkner y John Steinbeck. Desde Latinoamérica surge el *Boom*, con Julio Cortázar y *Rayuela*, Jorge Luis Borges, con *Ficciones*, Juan Rulfo, con *Pedro Paramo*, Gabriel García Márquez, con *Cien años de soledad*, Carlos Fuentes, con *La Región más transparente* y Mario Vargas Llosa con *La casa verde*. En Asia, África y Oceanía se destaca en Teatro, Eugene Ionesco, Samuel Beckett, Fernando Arrabal, Antonie Artaúd, Tennessee Williams y Arthur Miller, entre otros.

Thomas Hobbes, desde el siglo XVIII, fue uno de los primeros teóricos en determinar que el hombre está definido para su perversidad. Aseguró que los ideales de competencia, principios de la desconfianza y el anhelo de fama conllevan a la humanidad hacia una conducta antisocial. Por ello propone el contrato social como su fórmula para evitar el aniquilamiento mutuo debido a la belicosidad. Teorías como el libre mercado, el individualismo y el evolucionismo con la idea de la lucha de las especies de Charles Darwin, así como la lucha de clases y el materialismo histórico, han permitido argumentar que el ser humano se mantiene en una constante lucha violenta a lo largo de su historia. De modo que no se puede ignorar la premisa de que en el hombre está inmersa la violencia.

Walter Benjamín en su obra *Para una crítica de la violencia* (1991) divide en dos los posibles designios para abordar el tema de lo violento. Habla de una violencia mítica que para él es una manifestación de la voluntad de los dioses; la otra violencia la considera divina y califica como la antítesis. Ya que “la violencia mítica es fundadora de derecho, la divina es destructora de derecho. Si la primera establece fronteras, la segunda arrasa con ellas; si la mítica es culpabilizadora y expiatoria, la divina es redentora; cuando aquélla amenaza, ésta golpea, si aquélla es sangrienta, esta otra es letal, aunque incruenta” (41).

Para lo novelado Benjamín abre una puerta que sirve de explicación para el caso colombiano. El filósofo suizo enfatiza en la división entre la violencia mítica y la divina: “Desechable es, empero, toda violencia mítica, la fundadora de derecho, la arbitraria. Desechable también es la conservadora de derecho. Esa violencia administrada que le

sirve. La violencia divina, insignia y sello, jamás medio de ejecución sagrada, podría llamarse, la reinante” (43).

En palabras de Johan Galtung, uno de los mayores investigadores sobre la paz y por ende de los problemas de lo violento, hay una diferenciación entre dos clases de violencia. Habla de la violencia personal y de la violencia estructural. Define la violencia personal como la que puede causar un daño a las personas, como el que se puede infligir a través de las bandas criminales, fuerzas armadas, ya sea de tipo regular, irregular o del tipo que ejercer los grupos insurrectos. En el segundo grupo, el de la violencia estructural, considera que esta se da por la desigualdad cuando se distribuye el poder y es inherente al ámbito político. Galtung dice que la paz es la ausencia de violencia⁸ y que “la violencia está presente cuando los seres humanos se ven influidos de tal manera que sus realizaciones efectivas somáticas y mentales, están por debajo de sus realizaciones potenciales” (Galtung 65). Esto lleva a situar el punto de mira sobre la base familiar para buscar los tipos de agresiones y sus por qué. En su texto *Construcción social de la violencia* (2002) de Miquel Domènech i y Rueda, Íñiguez Lupicinio, al examinar la construcción social de la violencia sostienen que uno de los espacios en donde más se presenta lo violento y a lo que llaman “de una forma más espectacular” (Domènech- Rueda 1) es en la familia. Estos investigadores de la Universidad de Barcelona precisan que, aunque esta violencia en la esfera doméstica está siendo objeto de estudios como problema social “han hecho falta una serie de factores socio históricos

⁸ Johan Galtung, autor del texto *Tras la violencia* (1998), citado en *Educación para la paz*, edición de Luis Guillermo Solís y Mercedes Peñas, Universidad Estatal a Distancia, EUNED, Costa Rica, 1995, “Acerca de la definición y las dimensiones de la violencia” pp. 65-75.

para que una agresión en el contexto familiar sea etiquetada como un caso de *violencia familiar*⁹, de la misma manera que haría falta otro tipo de contexto socio histórico para que la *violencia familiar* fuera vista como una forma de *violencia política*” (1).

La familia es un punto de encuentro donde se desarrollan tensiones y actos violentos. Factores socio históricos han potenciado que la violencia familiar se vea como problema social. Históricamente la violencia familiar se consideró como un asunto privado y tanto en el Estado como en la sociedad se toleraba el maltrato de niños, el golpe a las mujeres y el abuso contra los ancianos. Por ejemplo, en Latinoamérica, los movimientos feministas llaman la atención sobre la violencia doméstica y trasladan la atención en el espacio público al cuestionar la división entre lo público y lo privado en la década de los años 80, al pensar en las mujeres del cono sur, especialmente chilenas que estaban saliendo de la dictadura militar. Esta agitación por sensibilizar mayor cantidad de personas logra en Uruguay, por ejemplo, recabar en una mejor atención vulnerable y sujeta a maltrato, con énfasis en mujeres, ancianos y niños.

Este accionar mostró a través de las feministas que los actos violentos en la esfera doméstica deben recibir atención y se enfocan en obtener respuesta desde las leyes. Edgardo Ettlín en su texto *Violencia doméstica* (2007) estudia el sistema procesal contra la violencia doméstica en Uruguay, lo que a su vez sirve para ver el fenómeno a nivel de toda Latinoamérica. Ettlín considera que los Estados pasan por distintos instantes en su tratamiento de la violencia doméstica, en donde se ve que en principio este tipo de violencia es enfrentada dentro de los propios sistemas de penas, pero

⁹ Cursivas en el texto original.

después se dan a las distintas formas de agresión una figura especial para hacer frente. Después, esos Estados acuerdan pactos, estrategias, firman tratados para obtener un marco de acción. Finalmente, según Ettlín se buscan herramientas jurídicas para tener procedimientos contra la violencia doméstica.

Por lo mismo, la violencia contiene una carga de agresividad que tiene su mayor expresión cuando se conforman los grupos armados que deben enfrentar diversas situaciones de carácter militar. La vida militar, en sí, es una experiencia intensa que causa gran impresión en la siquis humana. Y si se trata de reingresar a la vida civil, el estrés postraumático requiere atención y adecuado manejo. Toda una consigna es no trasladar lo vivido en el campo de batalla, a la sociedad y a la familia. Por ello, se considera que esta investigación tiene su relevancia en el hecho de indagar y contrastar en el conjunto de relaciones entre la violencia política y la doméstica. Si bien en Colombia y Guatemala se cuenta con estudios científicos y de organizaciones no gubernamentales, principalmente, se evidenció la necesidad de mayores informes de carácter académico. Se requiere pues que estos análisis vinculen la realidad de estas naciones en sus conflictos políticos y cómo estos erosionan la esfera doméstica.

Puestos a pensar en la incidencia del mal en la cotidianidad de las familias y como este hecho incide cada vez más en sus percepciones sobre la vida, Tzvetan Todorov, enfocado en el siglo XX, asegura que el acontecimiento definitivo en los destinos de millares de familias, sin duda es el totalitarismo. En su texto *Memoria del mal, tentación del bien* (2002), Todorov sostiene que este es un mal nuevo, de un régimen político inédito, que en su auge “dominó buena parte del mundo; que hoy ha

desaparecido de Europa, pero no por completo de los demás continentes” (Todorov 8). El autor examina el conflicto entre el totalitarismo y el que denomina su enemigo, la democracia. Para sustentar su idea, recuerda que Europa enfrentó dos totalitarismos, como fueron el fascismo y el comunismo, que llevaron sus oposiciones tanto al campo de batalla como al terreno ideológico, para lo cual debieron acercarse a los Estados democráticos.

Todorov sintetiza la hecatombe humana en el siglo XX, en fechas, lugares y víctimas. En la I Guerra Mundial, 8 millones y medio de muertos, en los frentes. Entre la población civil, cayeron 10 millones mientras 6 más quedaron inválidos. Al mismo tiempo, se dio el genocidio armenio donde pereció un millón y medio a manos del régimen turco. En 1922, por hambre y la guerra civil, en la Rusia soviética, hubo cinco millones de muertos mientras por la represión se registraron cuatro millones de muertes y seis millones de víctimas fatales por la hambruna de 1932-1933. En la II Guerra Mundial cayeron más de 35 millones personas, de los cuales se calcula, 25 eran de la Unión soviética. En ese conflicto se exterminó a la población judía, los gitanos y los enfermos mentales, sumando más de seis millones de víctimas. También se presentaron bombardeos aliados contra la población civil en Alemania y Japón. Suman en esta cacería, los hechos bélicos como los de Francia en Argelia, Indochina y Madagascar.

Para el marco de referencia teórica de este trabajo revisten gran utilidad los lineamientos consignados por el crítico alemán Wolfgang Kayser en su obra *Interpretación de la obra literaria* (1961). Desde su ángulo se puede intentar focalizar la atención sobre Colombia y Guatemala. En estas dos naciones signadas por lo violento se

puede en sus obras narrativas reconocer su devenir y encontrar una forma de identidad. El primer registro será el de sus enormes mitos en donde su epopeya es la primera voz común, el grito nacional, la respuesta épica. Allí nacerán los libros que contarán de ese pasado. Solo cuando viene la novela precedida de la epopeya, entendida como esa única voz de todos, los ciudadanos se identifican no ya desde la voz general, sino desde su propia individualidad. Y la novela actual no tiene al mito o a la leyenda como su primer sustento. El mundo de la novela “se ha convertido en una realidad conocida experimentalmente” (Kayser 480). Allí es cuando se puede decir que ni Rosero, ni Castellanos hicieron crónica o registro fiel de los hechos trágicos, pero a través de estas obras ampliaron la forma de cómo lo sucedido se puede ver más allá del registro noticioso o el archivo. Desde la realidad, con el auxilio de la ficción, el individuo ve sus países y oye lo que ya no se callará.

La personalización de la experiencia amplía la interpretación. Así como Yonapatawa, de Faulkner puede no ser en realidad el condado sureño de Jefferson, o Santa María, de Onetti no ser el trasunto de Montevideo, asimismo Cómala, de Rulfo no sería un Jalisco de ensoñación, o Macondo, de García Márquez, dejaría de ser una Aracataca ampliada a cualquier aldea suramericana. Asimismo, tanto Rosero como Castellanos Moya, retomando los clamores nacionales de las víctimas de sus países de origen, no solo personalizaron la voz colectiva, sino que dieron salida a una realidad desde lo imaginario.

Ya León Trotsky en *Mi vida* (1930) hizo referencia a la condición del Estado moderno como una asociación política que al momento de ejercer su preponderancia

muestra su esencia con la violencia desde el plano físico. Trotsky se pronuncia al respecto al firmar el tratado de 1918 de Brest-Litovsk¹⁰:

La aplicación de la violencia física ha desempeñado siempre y sigue desempeñando un gran papel en la historia de la humanidad. Unas veces, esta violencia es un elemento de progreso, otras veces, de reacción, según la clase que la aplique y los fines a que se dirija. Lo que en modo alguno puede asegurarse es que por medio de la violencia se resuelvan todos los problemas y se remuevan todos los obstáculos. Querer contener por la fuerza de las armas las tendencias de progreso de la historia, es posible. Pero de esto a cerrarles para siempre el paso, hay un gran trecho. Por eso el revolucionario, cuando se trate de luchar por grandes principios, no puede dejarse guiar más que por una norma: fais ce que dois, advienne que pourra.¹¹ (519)

En ese sentido, es a su vez de gran pertinencia para efectos de referencia teórica, lo estipulado por el filósofo y sociólogo alemán Max Weber en *El Político y el científico* (1919) que de igual manera respalda el concepto de la violencia como una presencia que no se puede alejar de las acciones del Estado. Weber cita la frase de Trotsky: “todo Estado está fundado en la violencia” (Weber 2). Pero al ir más allá en esta lógica delimita su percepción: “si solamente existieran configuraciones sociales que ignorasen

¹⁰ Pacto de paz firmado el 3 de marzo de 1918 en la ciudad de Brest, entre el imperio austro-húngaro, Bulgaria, el imperio otomano, Rusia y el imperio alemán. En el acuerdo, Rusia no ejercía soberanía sobre Polonia, Estonia, Livonia, Curlandia, Lituania, Ucrania, Besarabia y Finlandia. Tampoco sobre Batumi, Kars y Ardahan. En 1940, con la derrota de Alemania en la II Guerra Mundial, solo Turquía y Finlandia mantuvieron lo otorgado en el pacto de Brest-Litovsk.

¹¹ Haz lo que debas, pase lo que pase.

el medio de la violencia, habría desaparecido el concepto de ‘Estado’ y se habría instaurado lo que, en este sentido específico, llamaríamos ‘anarquía’ ” (2). Define que esa violencia no es definitivamente la vía natural o de la que apenas dispone el Estado, aunque “sí es su medio específico” (2). Concluye Weber que el rasgo definitivo de esta era se basa en que a todos los grupos apenas se les otorga el derecho a la violencia física dentro de los alcances que autorice el Estado. Concluye que este es “la única fuente del ‘derecho’ a la violencia” (2).

La expresión de esa sociedad se expone bajo el prisma analítico del sociólogo Emile Durkheim. Igualmente, viéndolo como andamiaje teórico, son básicos los pensamientos de Thomas Hobbes, Adam Smith, Rene Girard, Georges Bataille, Giorgy Lukács, Roland Barthes y Emmanuel Levinas.

Thomas Hobbes, filósofo conocido por su absolutismo en materia política establece en su *Leviatán*, de 1651, que no hay alma, sino el cuerpo físico. Si bien cree en el rey considera que su poder no depende de Dios. Asimismo, al ver al hombre como máquina lo entiende en permanente movimiento porque para él hay movimientos de acercamiento y alejamiento en donde si se desea algo, el interesado se acerca, pero si no, al considerar que su vida peligra, se aleja.

Fortaleciendo este componente político como factor de motivación para acometer obras de ficción que retratan momentos de la historia de la humanidad, para analizar debido a qué y de qué escriben los novelistas estudiados en esta tesis, son pertinentes los pensamientos de Adam Smith, considerado como el padre de la Economía, si se piensa en libre mercado y en evitar los conflictos si los gobernantes garantizan la igualdad. Sus

ideas expuestas en 1776, se reflejan en *La riqueza de las naciones*, en donde asienta su tesis de cómo evitar la discordia a través de lo que llamó “La mano invisible”, que no es otro que el recurso del Estado para alcanzar beneficios comunes.

Smith apuntaló su teoría sobre la base del común acuerdo y el sentido común. Sintetizó sus certezas con el axioma: “dame lo que necesito y tendrás lo que deseas”. Concluyó que ese sistema del mercado sería de utilidad general en una comunidad bajo un acertado gobierno. Allí expone sobre el sino trágico de la violencia como sello en la naturaleza de gobernantes y gobernados: “La violencia e injusticia de los gobernantes de la humanidad es un mal antiguo para el que me temo que la naturaleza de los asuntos humanos, encontrará difícilmente un remedio” (64). Argumento que se puede entender mejor al ver a la sociedad en que se vive con el amparo de la literatura y asimismo con el respaldo de la sociología. De tal suerte que con la literatura estas realidades sangrientas toman la forma de novelas, es decir, se traducen los hechos bajo el tamiz de la ficción. Específicamente las novelas *Los ejércitos* e *Insensatez* toman la voz de las realidades de sus naciones como un reflejo para expresar una versión de lo vivido.

Lo transnacional se refleja en la experiencia fuera de Colombia y cómo fenómenos como el tráfico de armas, personas y narcóticos, entre otros, pasa y afecta a Guatemala en una especie de exportación de los fenómenos de delitos que se transfieren de una sociedad a otra. Los cárteles colombianos de droga pierden rutas y músculo financiero bajo las condiciones de unos barones mexicanos que lograron imponer nuevas vías y métodos de entrada ejerciendo poder e influencia, con renovadas condiciones, en un ataque a las debilitadas de las para nada inoperantes organizaciones colombianas.

Este panorama transnacional extendido a lo largo de varias fronteras, conlleva altos niveles de inestabilidad política y extensión de las conductas punibles cobijadas por la corrupción rampante, así como la poca eficacia de los estamentos gubernamentales para atender a sus ciudadanos. La población de más bajos recursos no tiene satisfechas sus necesidades básicas en salud y educación, principalmente, lo que condiciona su bienestar social y genera violencia.

Ahora bien, al ver el tratamiento y la influencia de la violencia en América Latina y antes de pasar específicamente al caso colombiano y guatemalteco, son puntuales los análisis contenidos en *Imaginación y violencia* de Ariel Dorfman. Este autor da a la agresión unos comienzos de vieja data cuando puntualiza que este continente es fruto de una continua violencia y un saqueo constante sin ignorar la guerra civil a lo largo de toda la región. La escritura de novelas sobre este tópico describe, por tanto, arguye Dorfman, un reinado de la inseguridad “en cualquier rincón” (12). Recuerda a Borges cuando dice que la muerte está a la vuelta de la esquina rosada. Cita el pensamiento del escritor argentino en torno a su posición sobre la muerte: “acecha al hombre desde siempre y desde todas partes” (13).

Al recordar esa realidad violenta de nuestra América, no se puede ignorar que es como un apellido perenne, una presencia de la que no se escapa y por contraste si se ha tenido la oportunidad del contraste, al ver o vivir ejemplos de armonía o reacciones más nobles y si se quiere pacíficas, no deja de dar nostalgia o tener deseos de tener para sí, ese modo de vida. Quizá es solo una ilusión porque la paz, o el sosiego apenas se ve tanto en Colombia como en Guatemala, mientras las novelas de Rosero y Castellanos,

son muestra fehaciente de un grito que no debe ser callado. Dorfman explica, en ese sentido, sobre ese sello personal en las actitudes violentas *per se*, de las sociedades de América Latina, que en su comportamiento violento lo que se determina no es que el ser agresivo reaccione violentamente porque no sepa cómo actuar, sino que –según Dorfman– está preso de la confusión y no tiene idea dónde o cómo encauzar su accionar salvaje. Al determinar las acciones de los personajes novelescos, Dorfman hace una comparación entre Europa y América, de las elecciones de comportamiento que se ilustran en estas narrativas. Explica que en Europa “el personaje elige frente a la violencia; la escoge o la niega” (15). Ahora, por contraste, dice que para los autores no hispanoamericanos “la violencia lo escoge a uno desde que nace, y lo que debemos determinar es cómo la utilizamos” (15).

La primera clasificación que hace Dorfman en torno a la violencia concreta es sobre las vías que toman los personajes de novela en Hispanoamérica, para lo que recurre a dividir la violencia en vertical y social. Asegura que los personajes al ser conscientes de que son víctimas “se rebelan contra la sociedad que ha creado su situación” (19), por lo que especifica que utilizan la agresividad como una ruta para lograr una liberación colectiva. Señala que el hombre “siente que, al hacerse histórica, su violencia cobra sentido; por ser vertical, dirigida contra ‘los de arriba’, como respuesta a la opresión, se piensa que se podrá controlar ese tipo de agresividad” (19).

Con este señalamiento de Dorfman, tanto en *Los Ejércitos* como en *Insensatez*, abundan los ejemplos de situaciones donde los personajes no siempre pueden decidir o no tienen claro si deben reaccionar ya sea huyendo o haciendo parte de un grupo que

enfrenta la violencia. La hostilidad en *Los ejércitos* surge desde las calles aleñadas, la montaña y se va haciendo escuchar cada día con más fuerza hasta llegar a la mesa, a la alcoba de los habitantes del pueblo de San José. En la historia que detalla Horacio Castellanos Moya, se leen memorias, relatos de víctimas que no tuvieron tiempo de reaccionar a pesar de ver a otros victimizados. Ellos cuentan que de repente llegó el hombre armado y con uniforme y disparó o cortó a un pariente y unos segundos después varias ráfagas de disparos acabaron con el resto de su familia. De modo, que en ambas novelas esa violencia vertical que define Dorfman, se volverá retaliación, un dolor que debe ser resarcido contra los de arriba, ese poder que ordenó disparar contra la población.

En cuanto a la violencia social de la que habla Dorfman, se detalla que este tipo de violencia no toma la verticalidad en dirección hacia arriba, sino que –explica– “se trata de narrar la vida de los que oprimen, de los explotadores [...]” (23). Al tener en cuenta lo que se cuenta en las dos novelas que se estudian en esta investigación, toma gran relevancia el hecho trágico que acompaña a los personajes centrales y sus pueblos. En ambas novelas, no solo se evidencia que el mal los atraviesa, sino que parece que no pueden escapar, que ni siquiera se toman el tiempo para liberarse, como si supieran que la única esperanza que cabe para sus vidas no es liberarse de por vida de la muerte y la agresión, sino salir del pueblo atacado, sin familia ni bienes. La vida es una posesión que está en juego y la supervivencia se juega día a día, entre los ataques y el odio incesante. Por tanto, la figura de violencia cíclica, que Dorfman emplea para darle un énfasis de tragedia, cala profunda en lo contado en *Los ejércitos* e *Insensatez*. El autor dice que la

violencia “es un *bumerang*¹², termina por destruir y a veces por corromper al que la utilice, aunque haya resultado inevitable la entrega a esas fuerzas” (25). Esta no es menos que una realidad vivida en tantos pueblos de Colombia y Guatemala, que aún no pueden experimentar que estén liberados de la presencia de la violencia.

Finalmente, y antes de entrar a analizar los estudios que se incluirán para estudiar la violencia en Colombia y Guatemala, el resto de las categorías de Dorfman sobre su visión de la violencia, se incluirá en los capítulos II y III que tratan sobre los Ejércitos e Insensatez, respectivamente.

Galli, al introducir sus teorías sobre la política moderna las sintetiza en “the public and the private; citizen, society, and state; war and law” (VII), y detalla que dependen de sendas combinaciones: “the internal and external, on the one hand, and the particular and the universal, on the other” (VII). Estas disquisiciones llevarán al autor a exponer que este largo proceso es propio de las dinámicas del mundo contemporáneo, es decir de la era de la globalización, con lo que la violencia entra a ser mirada como una realidad que según Galli debe ser repensada en su relación entre espacio y política. Para el autor, en la era global esa relación está más allá del Estado. Cuando apunta que un gran indicador de la globalización “is the loss of the borders of daily actions, or rather, the evident exposure of everyone’s vital sphere to the highest level of interdependence” (108), aclarando que se acrecienta por el auge a nivel mundial de la comunicación de tipo electrónico, respalda el aserto de que el sucio juego político y las constantes guerras fueron una constante generalizada, es decir, un mal exportado, sin barreras.

¹² Itálicas no están en el texto original.

Por otra parte, en cuanto al objetivo de entender la carga de motivación que tienen las sociedades para su accionar violento, las teorías de Sigmund Freud son útiles. Aunque está presente idea de una inteligibilidad para buscar significados en la naturaleza humana cuando cae en acciones violentas, es evidente que se hace visible el planteamiento de que lo violento tiene raíces en patrones de conducta en determinadas culturas que la Psicología Social ayuda a esclarecer. Este análisis se hace teniendo en cuenta el contexto social, ideológico e histórico para entender la violencia misma y la agresión. Se han determinado dos etapas en este estudio desde la Psicología Social para comprender el comportamiento agresivo, como lo ven Argemí y Rueda. Una etapa se determina desde las perspectivas clásicas.

La primera explicación ubica el comportamiento desde el interior de la persona y lo define como el instinto, con lo que se identifica un vínculo con la necesidad de la supervivencia de la especie. De tal suerte que ante el surgimiento de una señal se produciría la agresión, con lo que la Psicología permite dar una explicación ante este tipo de comportamiento. Específicamente el Psicoanálisis, que le da una especial definición al instinto agresivo. Freud en su texto *El malestar en la cultura* (1930) al reflexionar sobre el valor del desarrollo cultural del hombre primitivo y cuestionarse a qué factores debe su origen y cómo se determina, indica que después de que este hombre “hubo descubierto que estaba en su mano —entiéndaselo literalmente— mejorar su suerte sobre la Tierra mediante el trabajo, no pudo serle indiferente que otro trabajara con él o contra él” (Freud 97).

Esta conciencia o mirada introspectiva adquiere un gran valor para las relaciones personales y el ejercicio del poder porque no es indiferente a la naturaleza del hombre. Por un lado, se vería al hombre como apto para socializar y buscar el bien común, pero, por otro lado, siguiendo los planteamientos freudianos, la conformación de ese núcleo familiar siempre estuvo ligada a esa evolución que se da por la necesidad de satisfacción genital. Con ello, el autor estableció que esto

dio al macho un motivo para retener junto a sí a la mujer o, más en general a los objetos sexuales; las hembras, que no querían separarse de sus desvalidos vástagos, se vieron obligadas a permanecer junto al macho, más fuerte, justamente en interés de aquellos. En esta familia primitiva aún echamos de menos un rasgo esencial de la cultura; la arbitrariedad y albedrío del jefe y padre era ilimitada. (Freud 98)

Ya en su texto *Totem y tabú* (1913), ilustró cómo la familia primitiva pasó en su vida en sociedad a formar alianzas. De tal suerte, establece el autor, que los hijos en su triunfo sobre sus padres, descubrieron el poder de la asociación en detrimento de la fuerza de un solo hombre. De tal suerte, concluye que la estructura de tótem de la cultura esta fincada en las limitaciones que los hermanos se debieron fijar entre sí para cimentar su nueva estructura. Los fundamentos del tabú, siguiendo con las ideas freudianas, son la regla inicial. Es la vida en sociedad, la norma. Así pues, se consolidó un fundamento doble: la necesidad de trabajar y la fuerza del amor. La premisa del autor se basa en considerar que Eros y Ananké, es decir, amor y necesidad pasaron a ser los pilares de la cultura de los seres humanos. Con estos preceptos, solo sería cuestión de tiempo

empezar a notar en un medio y condiciones óptimas, como la humanidad inició su expresión con agresividad para mantener su trabajo o el amor.

Como colofón del pensamiento de Freud en sus disquisiciones sobre la redención del mal y para vincularlo con el debate que se propone en este trabajo de investigación, encaja su argumentación de que en el hombre hay bondad, pero como lo arguye en *El malestar en la cultura* “la institución de la propiedad privada ha corrompido su naturaleza. La posesión de bienes privados confiere al individuo el poder, y con él la tentación, de maltratar a sus semejantes; los desposeídos no pueden menos que rebelarse contra sus opresores, sus enemigos” (Freud 110).

Cabe anotar que en la descripción del origen del mal por lo menos en lo que atañe a las novelas *Los ejércitos* e *Insensatez*, y que los dos autores perfilan con detalle, se disecciona cómo se describe lo que acontece al interior de la sociedad colombiana y guatemalteca, respectivamente. Para el caso colombiano se identifica como punto de partida para la violencia la inequidad en el reparto de la tierra. En Guatemala se determina que gran parte de la problemática social se dio y prosigue por las profundas diferencias políticas y la abierta injerencia de otras naciones en sus destinos como país. En las siguientes páginas, justamente se expondrá cómo a través de estas novelas, se visibilizan esas anomalías y el eco de sus profundos impactos.

I.3. Historización y teorización de la violencia en Colombia: novelando o reportando la guerra

En lo referente a Colombia para el abordaje de la historización y correspondiente teorización sobre la violencia, se cuenta con uno de los primeros estudios

pormenorizados sobre esta problemática. Se trata del libro *La violencia en Colombia* (1962), escrito por Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna y Germán Guzmán Campos. Los autores establecen una cronología que cubre el periodo denominado con V mayúscula, de la llamada Violencia, que se extiende desde 1945 y va hasta 1965. También, se cubre el llamado “Bogotazo”, aludiendo a Bogotá, la capital de Colombia donde se iniciaron los saqueos y caos generalizado tras el asesinato en 1948, del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, periodo que se prolonga hasta 1953 con la toma del poder por el General Gustavo Rojas Pinilla.

Para estudiar el ámbito colombiano una gran mayoría de historiadores, analistas y politólogos inicia la cronología desde 1948 con el “Bogotazo”. El inicio de una relativa paz se había instaurado antes al finalizar la llamada Guerra de los Mil días, en 1902. En esa época, la nación entró en una precaria estabilidad social por 45 años hasta el surgimiento de las contiendas bipartidistas entre liberales y conservadores desembocando en 1958 con la fórmula del Frente Nacional, factor desencadenante para varios analistas del posterior surgimiento de las guerrillas en esta nación.

De tal suerte que, mediante la revisión adicional de un periodo de veinte años, se cobija un espacio considerado pertinente en la nación colombiana y en donde germinó un marcado carácter de belicosidad en la sociedad.

Así pues, se acoge la mirada coincidente de un grupo de sociólogos y politólogos colombianos que marcan desde allí la génesis de las animosidades que aún se extienden a lo largo de este país.

Con el propósito de delimitar el período histórico de estudio sobre los inicios de la violencia en Colombia, se identificó que la gran mayoría de historiadores e investigadores determinaron como punto de partida para sus análisis el año de 1958, cuando nacen los grupos guerrilleros. Esta visión es incompleta porque solo le da un carácter militar al caso colombiano, desconociendo otros factores que también inciden en la desestabilización social y económica de este país, por lo que, para llenar ese vacío, en esta tesis se abarcan los acontecimientos desde 1946, es decir, se revisa un período de 12 años antes para el análisis de los hechos que, ligados a lo largo del tiempo hasta 2016, no han dejado de marcar los destinos de esta nación en un lapso de 70 años de historia.

Asimismo, tiene en cuenta los factores determinantes para la activación de la violencia partidista cuando liberales y conservadores pactan por 16 años la conformación del llamado Frente Nacional, una estratagema política para controlar el conflicto en los campos de Tolima, Huila, Caldas y Valle. No obstante, al revisar fechas y hechos determinantes en la anterior cronología, se evidencia la amplitud de posiciones y criterios divergentes para determinar el inicio de las hostilidades en suelo colombiano. En el estudio de Cristo Rafael Figueroa *Gramática-Violencia: una relación significativa para la narrativa colombiana de segunda mitad del siglo XX* (2004) se establecen tres épocas con punto de partida desde 1946, con hegemonía para el partido conservador.

La primera, marca un espacio entre 1946 y 1953, donde se muestra la deplorable escalada tristemente célebre de salvajismo y crímenes atroces; otro periodo, de carácter

militar, señala entre 1953 y el 58. El proceso del Frente Nacional va desde 1958 hasta 1974.

Otra manera de determinar este periodo, de acuerdo con la investigación de Figueroa, indica que de 1946 al 58 hay un tiempo de crímenes atroces en la ya señalada era de Violencia con mayúscula, identificación que se empezó a utilizar para demarcar desde el nombre una época atroz y distinguirla de la palabra común, en ese incesante panorama de conflictos políticos y sociales que no dejan de ocurrir en esta nación. Los hechos de índole bipartidista se dan entre 1946 y 1967. Ahora bien, para hacer una delimitación de la que parece ser una línea de partida difusa entre los estudiosos, se acogió el período 1946–2016, que incluye el reciente acuerdo de paz dos veces firmado entre el Gobierno y el mayor grupo guerrillero alzado en armas, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

En el informe del Grupo de Memoria Histórica (GMH) se identifican cuatro períodos, con lo que destaca el carácter cambiante y difícil como materia de estudio e interpretación de la problemática. La extensión en el tiempo, sin duda, incide en la dificultad de conocer mejor los hechos. GMH precisa que un primer período va de 1958 a 1982, en donde se pasa de la violencia bipartidista a la subversiva. Aquí se crean grupos guerrilleros, aumenta la movilización social y se hace marginal el conflicto.

Otro periodo va de 1982 a 1996, cuando los grupos subversivos se expanden, nacen los ejércitos paramilitares y está presente “la crisis y el colapso parcial del Estado, la irrupción y propagación del narcotráfico, el auge y declive de la Guerra Fría junto al posicionamiento del narcotráfico en la agenda global, la Nueva Constitución Política de

1991, y los procesos de paz y las reformas democráticas con resultados parciales y ambiguos” (GMH 111).

El tercer periodo descrito por GMH va de 1996 a 2005, con la escalada del conflicto, y llega a la fase de 2005 a 2012, con el reacomodo del mismo.

Para el grupo GMH las disputas entre los partidos tradicionales, en un llamado bipartidismo de liberales y conservadores indica que las diferencias políticas en el siglo XIX y XX de estos dos sectores se zanjaron con violencia “para dirimir las disputas por el poder, y en particular, para lograr el dominio del aparato estatal, a tal punto que este accionar puede considerarse como una constante histórica de varias décadas” (111).

Desde sus inicios, estas belicosidades quedaron rotuladas con la evidencia de que “la pugnacidad política y las acciones violentas entre los dos partidos tradicionales, Liberal y Conservador, alcanzaron su nivel más crítico en el periodo conocido como La Violencia, que comprende desde 1946 hasta 1958” (111). En este período de 12 años se fue incubando un creciente inconformismo social al no satisfacer sus expectativas de un Estado eficiente. El liberal Alfonso López Pumarejo gobernó a Colombia de 1934 hasta 1938 y de 1942 hasta 1945. En su segundo período, aplicando su lema de que era posible transformar la sociedad y mantener la estructura democrática, López logró atraer a sindicalistas y obreros que se sintieron con representación estatal. El Partido Comunista también lo apoyó. Con este modelo López hace ruptura en la manera tradicional de gobernar. En *Poder y Violencia en Colombia* (2014), el historiador Fernán E. González describe el panorama que se vivía a comienzos de los años treinta:

[...] el Estado central continuaba siendo precario y falto de recursos económicos, no existía un mercado nacional integrado, sino que la economía seguía fragmentada en islotes, mientras que tampoco se daba una clara hegemonía de una ciudad o región sobre el conjunto de la vida económica de la nación. Las relaciones salariales estaban lejos de ser generales en la economía, ya que la tardía vinculación al mercado mundial y el lento nacimiento de una economía exportadora no modificaban las estructuras sociales predominantes en el agro colombiano. (272)

Ante los cambios y esquemas propuestos por López, lo que no se puede pasar por alto, se creó “una pared” que los impidió.

Esa barrera reúne una serie de intereses en conflicto. Buena parte de estos impedimentos se ilustran en el texto *Poder y violencia en...*: “Esta combinación entre modernización económica y contención de la modernidad en lo social y político se expresa en el modelo liberal de desarrollo, que significa a la vez la integración de los intereses de las elites dominantes y la desintegración de los intereses sociales” (González 270).

Pasarían al escenario nacional varios factores que marcarían el carácter de enrarecida realidad nacional. Vendría la oposición conservadora impulsada por Laureano Gómez, con su fundamentalismo; en contraposición surgiría el líder populista Jorge Eliécer Gaitán, que esgrimió su discurso basado en el eje pueblo-oligarquía. Gaitán es asesinado el 9 de abril de 1948 cuando más estaba perfilado para asumir la

Presidencia del país. Sus seguidores, las clases populares, se rebelaron masivamente en lo que se llamó “Bogotazo”.

Pasados los saqueos y el caos generalizado que originaron los enfrentamientos de todo tipo en las calles y campos del país hasta hoy no se ha logrado establecer cuántas personas murieron en rechazo al asesinato de su líder. El clima de zozobra social y política se acrecentó por la oposición de Laureano Gómez al gobierno, las dificultades de López para gobernar y la muerte de Gaitán. Esto fue definido por González como lo que “posteriormente permitirá englobar muchos conflictos sociales bajo el rótulo común de la Violencia” (279).

Una segunda interpretación de los hechos y de otras fechas terminará dando al traste con la necesaria cuantificación de las víctimas del conflicto. Guzmán Campos, Fals Borda y Umaña Luna describen en *La violencia en Colombia* que posterior a los hechos trágicos de “El Bogotazo” se armaron tres estrategias para activar los enfrentamientos entre partidos:

- a. Estabilización del grupo conservador en el poder, con exclusión violenta del contendor liberal.
- b. Utilización de la policía en una campaña de persecución innegablemente pensada y planeada desde altas esferas de gobierno.
- c. Declaración de la resistencia civil del partido liberal, que se declaró perseguido, la que desembocaría pronto en acción de grupos armados. (43)

Estaban dadas las condiciones para que estallara la beligerancia. “La afloración lógica, inevitable, era el choque, la violencia” (43).

Esta historiografía muestra dos fechas de inicio y terminación de la violencia en Colombia sin dejar de lado la razonable inquietud de no dar por terminado los hechos al decir fin de la violencia y menos dejar en el limbo, 50 años de hechos de violencia, de 1966 hasta 2016, como otro periodo con sus respectivas incidencias. De tal suerte, que como propósito de esta tesis se espera llenar ese vacío.

Del mismo modo, pero desde la ficción, sirve como ejemplo la novela *Abraham entre bandidos*, de 2010, del escritor Tomás González que alude al problema del secuestro y la violencia partidista de los años treinta:

Cada vez era más frecuente que grupos de bandoleros, buscando fama rápida, asaltaran a los trabajadores de obras públicas. Degollaban, decapitaban, mutilaban y dejaban al final una escena de horror tal que el renombre de los bandidos se extendía por valles y cañadas, como niebla oscura. Los bandoleros se ponían sobrenombres tremendos y eran como dioses. (González 21)

El mismo autor, sin embargo, en entrevista a la revista *Arcadia*¹³, advierte sobre la estigmatización: “Los colombianos no son ni más ni menos violentos que nadie. No se trata de contra acusar, sino de entender el momento por el que estamos pasando ahora, como especie, en nuestro desarrollo moral e intelectual” (párr. 10).

Aunque en forma certera, por su lucidez y efectividad, se destaca el planteamiento de Gabriel García Márquez cuando sentenció que sus colegas de oficio hasta entonces al escribir sobre lo violento lo que hacían era un inventario de fallecidos.

¹³ Duarte, Jerónimo. “Las dos violencias de Tomás González”. *Arcadia*, septiembre 21, 2010.

García Márquez estaba convencido de esto en 1959, 7 años antes de producir un claro ejemplo de transmutación de su realidad alterada a través de lo literario, con la escritura de *Cien años de Soledad*, de 1967. Este autor intentó ir más allá de la anécdota y el hecho trágico en su ensayo “Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia”:

Probablemente, el mayor desacierto que cometieron, quienes trataron de contar la violencia, fue el de haber agarrado —por inexperiencia o por voracidad— el rábano por las hojas. Apabullados por el material de que disponía, se los tragó la tierra en la descripción de la masacre, sin permitirse una pausa que les habría servido para preguntarse si lo más importante, humana y por tanto literariamente, eran los muertos o los vivos.

(párr. 6)

Por supuesto que al igual que Álvaro Cepeda Samudio, un contemporáneo suyo, el escritor-periodista García Márquez tuvo las herramientas y el acierto de beber de las fuentes de la realidad y transmutarlas a la ficción en los acontecimientos de la masacre de las bananeras perpetrada el aciago 6 de diciembre de 1928 en el municipio de Ciénaga, Magdalena. Realmente nunca se supo de manera oficial cuántos trabajadores sindicalizados fueron asesinados después de ser convocados por la multinacional *United Fruit Company*.

Cepeda Samudio con *La casa grande*, de 1962 y García Márquez con *Cien años de soledad*, de 1967, reflejan por demás en forma evidente para el caso colombiano como un hecho violento es llevado a la narrativa de ficción sin caer en el desacierto de su manejo, como lo advertía García Márquez: “El exhaustivo inventario de los

decapitados, los castrados, las mujeres violadas, los sexos esparcidos y las tripas sacadas, y la descripción minuciosa de la crueldad con que se cometieron esos crímenes, no era probablemente el camino que llevaba a la novela” (párr. 6).

Para el nobel colombiano el reto no se circunscribía pues a una simple transcripción de hechos por todos conocidos. Había algo más evidente:

El drama era el ambiente de terror que provocaron esos crímenes. La novela no estaba en los muertos de tripas sacadas, sino en los vivos que debieron sudar hielo en su escondite, sabiendo que a cada latido del corazón corrían el riesgo de que les sacaran las tripas. Así, quienes vieron la violencia y tuvieron vida para contarla, no se dieron cuenta en la carrera de que la novela no quedaba atrás, en la placita arrasada, sino que la llevaban dentro de ellos mismos. El resto —los pobrecitos muertos que ya no servían sino para ser enterrados— no eran más que la justificación documental. (párr...11)

García Márquez transmutó esos materiales a sus textos a través de testimonios y relatos de sus familiares, con la ventaja que representa haber vivido situaciones de violencia de primera mano.

Sus crónicas de viaje para diarios impresos y después sus novelas respaldan su crítica al tratamiento de los crímenes en su país. *La Mala Hora* (1962), su tercera novela, narra la historia de un pueblo sumido en los rumores esparcidos a través de pasquines y el clima de tensión avivado por el recuerdo de la pasada guerra civil y los

hostigamientos conservadores a sus pares liberales. García Márquez pues, novela sobre esas muertes para hablar del caos.

Justamente, como muestra de que la barbarie no cesa, es el sendero de incertidumbre en el que deben avanzar para recomponer su vida, los que huyen de la guerra. Los desplazados en este país, son un ejército de personas en busca de una oportunidad para rehacer el camino. Al incluir el caso de los refugiados en Colombia¹⁴, las cifras indican que hay 4,7 millones de nacionales residiendo en el exterior, de los cuales, 400 mil son refugiados que han sido acogidos por 45 países. Medicina Legal dice que de 1952 a 2014, se ha presentado 22.121 casos de desaparición forzada.

Un ejemplo de esta barbarie es Buenaventura, un puerto en la Costa Pacífica, asediado por paramilitares, guerrilleros y narcotraficantes, como en una parodia de la novela de Rosero. Un ejemplo más de cómo la violencia política se inmiscuye y altera vidas. Entre la guerra, la pobreza y el olvido, este territorio, según el Centro de Memoria Histórica, entre 1900 y 2013, han desaparecido sin dejar rastro, 163 personas. Pero en medio de la oscuridad, un grupo de residentes, según registra el informe, “declara su amor al puerto” (Unidad de Datos).

En medio del dolor “son un grupo de mujeres a quienes no les cabe más dolor en el cuerpo” ...Este grupo, como de entre las cenizas, resurge e “hizo una declaración de amor a Buenaventura, reparó sus alas rotas y emprendió un vuelo alto para hacerle ver a quienes les hicieron daño, que no cayeron, que siguen vivas” (Unidad de Datos).

¹⁴ En Colombia hay 396.633 personas expulsadas por el conflicto, de las cuales 2872 han sido reconocidas como tal por el gobierno. Fuente Instituto de Medicina Nacional.

En desarrollo de esta investigación se ha comprobado que no solo se trata de registrar unas cifras y unas conductas en torno a lo violento. Se trata de las experiencias y conceptos en torno a una problemática que aqueja a la humanidad. Al enfocar la mirada en América Latina, no se puede ser indiferente con esas vidas en marcha. Una de las primeras inquietudes que promovió el análisis y búsqueda de textos y teorías sobre la violencia es que en definitiva se puede y debe alcanzar el resurgimiento, para lo cual la reexaminación en la forma de ver el dolor, es fundamental para así poder solventarlo. La Unidad de Datos ofrece una perspectiva de esa violencia en Buenaventura:

“La violencia de Buenaventura es una forma de vaciar el territorio. Los capitales nacionales e internacionales quieren vaciar este puerto. Y una forma es la ruptura comunitaria que ocurre a partir de las desapariciones de jóvenes y la violencia sexual”, asegura Bibiana sin asomo de miedo...

En ese ambiente adverso comenzaron a trabajar, a hacer talleres con las mujeres afectadas, y en medio del respeto y de la fe han logrado sacar del silencio y de la soledad a quienes estaban muertas en vida (Datos párr. 10-11).

En un paso de las generalidades sobre lo violento de la realidad colombiana, al mirar en particular la novela de Rosero, que se estudiará en detalle en el capítulo II de esta tesis, se ve cómo el autor a través de *Los ejércitos* aborda su realidad con una técnica literaria que no desconoce la carga violenta que vive Colombia en el siglo XX. Las siguientes cifras son apenas una muestra del panorama de zozobra para esta nación suramericana. Este país que, de acuerdo con el censo estimativo de población para el 2017 del Departamento Nacional de Estadística (DANE), cuenta con 48 millones de

habitantes, los enfrentamientos por discusiones políticas ubican a este país como uno de los que tiene un mayor número de personas que huyen de la guerra en el mundo, según cifras de la oficina del Alto Comisionado de Naciones Unidas (ACNUR).

La consultoría para Derechos Humanos y Desplazamiento (CODHES) muestra que allí se denunciaron 5.5 millones de desplazados por el conflicto bélico que enfrenta a las fuerzas armadas, a los grupos guerrilleros de extrema izquierda de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), al Ejército de Liberación Nacional (ELN) y a las agrupaciones de paramilitares, representadas por las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

Al momento de la redacción de este trabajo se puede establecer que, como consecuencia de los enfrentamientos, un 11.42% de personas en Colombia fueron reportadas en situación de desplazamiento. Las FARC fundadas en 1964, en indicadores del Ejército Nacional, cuentan con 15.700 miembros divididos en 6.700 combatientes en la clandestinidad y 9.600 como integrantes de redes de apoyo. Antes de 2002 esta guerrilla tuvo con 20.700 combatientes. Al ELN, fundado en 1962, según estimativos del Ministerio de Defensa de Colombia, lo integran 2.500 guerrilleros. El Centro de Recursos para el análisis de conflictos (CERAC), precisó que si estas agrupaciones dejarán de operar entregarían 94.000 armas que mantienen en su poder desde hace cincuenta años. Las AUC de extirpe de extrema derecha fueron creadas en abril de 1997 para hacer frente a las guerrillas y aunque sus 30.000 miembros se desmovilizaron entre 2003 y 2006, se reporta que mutaron hacia el negocio de los carteles de las drogas y formaron las bandas criminales emergentes (BACRIM). El Ejército Nacional para hacer

frente a ese aparato militar y ejercer soberanía cuenta con 500.000 soldados y militares y un presupuesto de 25 billones de pesos (\$10.350 millones de dólares).

Son pues los refugiados en medio del enfrentamiento quienes siguen buscando como subsistir. En cifras de desplazamiento otras regiones también enfrentan consecuencias por las guerras y conflictos internos de toda naturaleza. Así, establece ACNUR que Sudán registra 5.2 millones de desplazados; Irak, 4.5 y Afganistán, 3.1 millones. Después aparece Somalia con 2.4 millones de refugiados.

En el desangre la ficción entró como medio para que los escritores expresen el conflicto. En esta investigación se indagó en novelísticas que retratan cómo vivían las víctimas su vida diaria y qué hacían las familias ajenas al conflicto entre el sonido de las balas.

Finalmente, en este apartado, como una constante en suelo colombiano, se muestra el panorama de incertidumbre y miedo que ronda a las mujeres indígenas. Este grupo no deja de mostrar crecientes registros. Aunque las indígenas, casi como una constante histórica siguen siendo objeto de violentos despojos o padeciéndolos después de legendarias disputas sobre la soberanía de sus territorios, las mujeres indígenas de este país no son la excepción. Aunque estas no han sido víctimas en épocas recientes de un etnocidio como el presentado en suelo guatemalteco, no deja de ser fatal el hecho de que en el país suramericano sus mujeres no escapen al ostracismo y el ultraje.

Las mujeres son blanco de violencia en sus comunidades, pero apenas se publican los guarismos o se documentan los casos y no siempre se polemiza a nivel nacional como debería ser para visibilizar estos hechos o crear conciencia sobre su

problemática. Al indagar sobre su suerte se ve que, en Bogotá y Cauca, según el DANE las menores de 14 años son las más afectadas. Lo llamativo es que los principales agresores, en un claro indicio de violencia doméstica, no son en mayor número los grupos armados ilegales, sino sus parientes y vecinos.

Alexandra Cuéllar, miembro de la comunicad Muisca, asentada en Soacha, cerca de Bogotá, precisó en un informe publicado en el periódico *El Tiempo*, que en Colombia hay 1.378.884 indígenas, es decir, que este grupo representa el 3.4% de la población. En el documento se precisa que entre 2012 y 2013, el número de mujeres víctimas de agresión fue de 1.163, donde el 40,6 %, sucedió en la ciudad de Bogotá. También establece el informe que el grupo más atacado es el de las menores de 14 años, donde los principales agresores son los vecinos y familiares. Reveló que la percepción indica que un 91.42% considera que las mujeres son objeto de segregación mientras un 83% de ellas se siente discriminada. El DANE proyectó para 2017 en este país un censo de 48 millones de habitantes.

Igualmente, un 54% de esta población sostuvo que se siente menos respetada. En el mismo estudio, Cuéllar reveló que cada día 50 mujeres son víctimas de violencia sexual. También aseguró que entre 2012 y 2013 se reportaron 1.163 casos de agresiones a mujeres indígenas.

Estos casos se conocieron porque las afectadas rompieron su cerco de miedo y ostracismo e hicieron públicos sus golpes, ofensas y ultrajes en general. En el informe se indica que el espacio donde sus parejas, amigos o conocidos efectuaron estos hechos, en un 79%, estos se efectuaron en la casa y el restante 21% fue en otros lugares. Por tanto,

en el informe se destaca que el principal sitio donde las víctimas sufrieron los vejámenes fue en su propio hogar.

El nivel educativo de las ofendidas indica que un 40% de ellas tiene educación básica primaria, un 28 %, secundaria mientras el 18% no accedió a ningún tipo de educación. Tanto es vital este rubro, que se reportó que tan solo un 2% de estas mujeres cuenta con estudios de postgrado.

En cuanto al miedo a las represalias de sus agresores, el temor para las atacadas, no solo es paralizante, sino que impulsa la impunidad. Se estableció que por eso un 77% confesó sentirse intimidada a revelar sus opiniones. Dijeron, sostiene Cuéllar en el informe de *El Tiempo*, que “sentimos miedo de hablar porque vemos que algunas veces nuestras denuncias no terminan en acciones de justicia. Sé que pocas se atreven a decir que vivimos la violencia en nuestras cocinas, en nuestros patios, en nuestras habitaciones; pero si muchas rompemos el silencio, tal vez ellos y nosotras aprendamos a mirarnos de frente, a mirarnos de igual a igual”.

Es dicente que, en el espectro de las víctimas, como un hecho notorio y recurrente que, la violencia es abarcadora y no tiene límites.

I.4. Historización y teorización de la violencia en Guatemala

En el estudio de los enfrentamientos en suelo guatemalteco, se indica que el origen de esa lucha fratricida se da en los comienzos de la conquista colonial española en los albores del siglo XVI. El historiador Julio Castellanos Cambranes al rastrear las secuelas de esa omnipresente estela de enfrentamientos sostiene que lejos de cesar ese

mal en los inicios de la década del 2000, Guatemala era una nación “de increíble e indiscriminada violencia” (9) ¹⁵.

Al acercar su mirada para identificar las señales de ese accionar sangriento aseguró que para esa época lo violento se constituía en la prueba más fidedigna de lo que designó “el más genuino reflejo del alto grado de deterioro de las estructuras de poder y control político implantadas hace más de cuatrocientos cincuenta años” (9).

Castellanos Cambranes acentúa su revisión a ese devenir reciente y trágico de la historia de su país para hacer una disección de cómo las acometidas de las fuerzas militares, es decir, lo público y oficial, conminaron a la población civil para cegar vidas y negar libertades civiles.

Como Jefe de Gobierno el general José Efraín Ríos Montt, quien también era pastor evangélico, derrocó con dos militares más al presidente Romeo Lucas García. La junta militar se mantuvo en el poder con mano de hierro por 16 meses y 16 días entre el 23 de marzo de 1982 y el 8 de agosto de 1983, cuando fue depuesto por su ministro de defensa, Óscar Mejía Víctores.

En ese corto lapso, según reportes históricos, Montt, que había perdido las elecciones de 1974 por supuesto fraude, disolvió el Congreso y abolió la Constitución. Impulsado por la derecha de su país, inconforme con la elección del oficialista Aníbal Guevara, argumentó fraude y ante la zozobra de un inminente mandato promovió a

¹⁵ “Pasado y presente del terror en Guatemala”, presentación del autor, en *Violencia y Genocidio en Guatemala*, de Victoria Sanford, F&G Editores, 2003.

Montt. Los argumentos para asumir los destinos de su país, fueron el avance de la guerrilla, el fraude electoral y la rampante corrupción.

Montt que como presidente de facto había proclamado sin fecha clara nuevos comicios, inició, según documenta Castellanos Cambranes, su era despótica. Su legado se erigió como una era de terror en corto tiempo: “los altos mandos y tropas del Ejército de Guatemala, y los integrantes de las tristemente célebres Patrullas de Autodefensa Civil (PAC), fueron los responsables directos de las pavorosas masacres perpetradas contra miles de campesinos guatemaltecos y de numerosos crímenes contra la población urbana” (Castellanos Cambranes 10).

Este militar había sido sindicado de sistemáticos exterminios contra la etnia ixil, que por entonces tenía una población de 95.000 integrantes ubicados en el norte de Guatemala, departamento de El Quiché. Los acusó de colaboración directa con los grupos guerrilleros. Las tropas a su mando, según el fallo probatorio, dieron muerte a 1771 miembros de ese pueblo maya.

Aunque la junta militar estrechó su cerco contra los insurgentes y anunciaba mejoras y seguridad, gran parte de los guatemaltecos acrecentó su horror:

Ese terror creció aún más cuando aumentaron los asesinatos de manera desenfrenada al poco tiempo de llegar al poder Ríos Montt. Así, se supo de crueles asesinatos cometidos por tropas de elite del Ejército y bandas armadas de las PAC que arrasaban cientos de aldeas, que luego eran incendiadas, siendo sus indefensos pobladores quemados vivos en sus casas e iglesias donde habían buscado refugio. (10)

En el registro de este genocidio se muestra como el ejército amparado en las órdenes impartidas por el entonces representante del Estado manipula su poder desde la esfera pública.

Castellanos Cambranes describe el ensañamiento de ese poderío sobre grandes grupos sociales: “nos enteramos también de que mortíferas bombas incendiarias eran lanzadas por aviones y helicópteros de la fuerza aérea en contra de indefensos campesinos” (10). Este historiador sostiene que en esa ofensiva contó con asesores militares argentinos, taiwaneses, israelíes, surcoreanos y estadounidenses. Esta barbarie deja más de 200.000 personas de distintos grupos étnicos asesinadas y un millón y medio de desplazados por las masacres.

Aunque siempre hubo inconformismo contra los militares, ninguna acción de resarcimiento tuvo efecto durante mucho tiempo, ya sea porque era silenciada o no prosperaba; pero finalmente, después de varias décadas de procesos, a Montt se logró condenar a 80 años de prisión el 10 de mayo de 2013 por genocidio y crímenes de lesa humanidad, 30 años después de haber tomado el poder. Diez días después de este fallo logró la absolución el 20 de mayo de 2013 gracias a los argumentos de sus defensores sobre supuestas irregularidades en su sentencia.

En desarrollo de la lectura de la obra de Horacio Castellanos, especialmente en su novela *Insensatez*, se hace notoria la presencia del factor de violencia transnacional en donde desde la política se incide y toman decisiones para satisfacer intereses comerciales y políticos que trascienden las fronteras, aspectos que un sociólogo e historiador como Noam Chomsky detalla en su texto *La quinta libertad* (1998), para

enfatar cómo desde la esfera pública se determina la manipulación de los núcleos familiares. Este influjo se extiende en otras obras y otros autores, así como en varios países alrededor de Guatemala, con lo que se crea una especie de efecto domino en una gran parte de Centroamérica. Este detalle remarca la huella que la transnacionalidad genera impulsada por la globalización y el modernismo tecnológico.

Ahora, específicamente en lo que tiene que ver con la violencia selectiva, en este caso la de género, en Guatemala, acorde con el extenso listado de evidencias, los maltratos y abusos hacia las mujeres indígenas fueron más frecuentes en la esfera doméstica como clara muestra de la alteración del núcleo familiar por un agente externo, en este caso el ejército guatemalteco. Rastro de este genocidio está documentado y analizado por la colectiva feminista *Actoras de Cambio*. Desde 2003 esta asociación busca visibilizar la violencia sexual a que fueron sometidas las mujeres mayas entre 1978 y 1984. Amandine Fulchiron asegura que la idea es encontrar justicia, reparación y memoria histórica¹⁶:

El Ejército llegaba a las comunidades y separaba a hombres y mujeres. A los hombres los masacraba y a las mujeres, primero, muchas veces, las usaban de diferentes formas: sexualmente, para bailar o para hacer la comida. Luego, las eliminaban. Una de las razones más importantes es que la violación sexual tiene consecuencias profundas en la destrucción del tejido social. Algo que evidencia que fue pensado y que no se trata solo de

¹⁶ “La violencia sexual es un arma muy eficaz para masacrar a mujeres en las guerras”. Amandine Fulchiron en entrevista con Susana Godoy para *Feminicidio.net*, Oct 29, 2015.

la búsqueda de placer por parte de los soldados (teoría del *botín de guerra*) es que se planificaron muy bien los efectos que eso tendría en el tejido social. La violación sexual es vista como una mancha al honor de la comunidad. A las mujeres las expulsan, las rechazan, las estigmatizan. Una de las funciones básicas es romper los lazos sociales. (párr. 4)

Ahora, en la siguiente parte de este trabajo, se detallará la división de capítulos de esta tesis que permite ilustrar cómo se articulan las diferentes teorías e historización de la violencia tanto en Colombia y Guatemala, así como la forma de abordaje de sus países de origen de los novelistas Rosero y Castellanos Moya.

I.5. Metodología

En este trabajo de investigación se acoge el método de la Socio –crítica por medio de una lectura atenta. El valor de esta disciplina estriba en su función de auxilio para el análisis de la obra literaria. Los investigadores Edmond Cros y Claude Duchet, establecieron con sus investigaciones que una de las funciones básicas de la Socio – crítica consiste en analizar la obra, su estructura, como un todo con sentido. Precisan que así se puede destacar como la realidad expresada por el autor de un texto se ve marcada por la escritura misma... A la luz de las novelas *Los ejércitos e Insensatez*, hay pues una identificación del cosmos narrativo, de lo qué se quiere narrar, en una experiencia trágica como la violencia experimentada en estos dos países y cómo con la forma de las novelas, estos autores transmiten no solo una angustia personal y más que un testimonio de época, cuentan un acontecer colectivo de un grupo cercado por la realidad política que trasciende hasta los núcleos familiares.

Para aplicar los conceptos de Cros en las dos obras de Rosero y Castellanos Moya, se tiene en cuenta la definición que el autor hace de *ideosema*.¹⁷: “[...] llamo *ideosema* a la estructura transferida directamente de la práctica social al proceso de escritura [...]” (Cros 23).

Cros precisa que los *textos semióticos e ideosemas*¹⁸ son herramientas al servicio de la noción de *morfogénesis*, la que esboza como un sistema “por el cual el texto *codifica el proceso de transformación de las estructuras de la sociedad en estructuras textuales, merced a una mediación socio discursiva*” (24). Cros prefiere su posición sobre el texto literario en su libro *Ideosemas y morfogénesis* (1992): “Si admitimos que un texto está constituido por un complejo juego de representaciones que actúan las unas sobre las otras, debemos tener igualmente presente que estos conjuntos, lejos de ser inertes, aislados o fragmentados, están dotados de una coherencia y de una organización que les son propias” (Cros 7).

Con el fin de mantener en foco los conceptos de *ideosemas* y *morfogénesis*, se articularán estos preceptos de Cros con *Los ejércitos* e *Insensatez*, para dilucidar cómo en estas dos novelas la literatura juega su papel de difusión de un contenido, una idea o un discurso literario. Cros apunta en sus consideraciones teóricas que cada hecho presentado en una comunidad tiene su sustento en un andamiaje ideológico que se

¹⁷ “Socio crítica e Interdisciplinariedad”. University ‘Paul Valéry’ – Montpellier III, Francia. En *Sociocriticism* 2010 – Vol. XXV, 1 y 2, pp.11–25.

¹⁸ La serie de itálicas que se incluyen en estos párrafos derivan del texto original.

manifiesta en la reproducción de normas de comportamiento, de valores, de estrategias, de un Aparato de Estado, o de un Aparato ideológico de Estado (10).

En la aplicación de estos conceptos en las dos novelas que se estudian en los siguientes párrafos se desarrolla un breve ejercicio con el filme de 1950, *Los olvidados*¹⁹, de Luis Buñuel. Aquí, en su texto, Cros precisa su análisis de esta cinta centrando la mirada en el concepto de lo que denomina lo morfo genético. Una vez visualizada la cinta, se han establecido una serie de hallazgos. En los análisis de la película se aplica la conceptualización del autor, pero se aporta el juicio propio, aunque cabe precisar que se llegó a similares criterios. Puede ser una interpretación que refleja paralelismos con las percepciones de Cros, no obstante, esto no impide observar lo de subjetivo que encierra el acto de ser el espectador de una cinta.

Cros expone un precepto a través de lo que llama ocultar/revelar para lo cual se vale de la deconstrucción de *Los Olvidados* de Luis Buñuel. Argumenta que el director “pretende levantar el velo que cubre un espacio social marginal que correspondería al humus de donde surgen los jóvenes delincuentes” (Cros 181). Es ciudad de México, 1950. Hay un grupo social con carencias económicas. Especialmente su grupo de adolescentes tiene pocas oportunidades de trabajo y educación. Se crea una lucha entre unos que no se ven, los que tienen más posibilidades y quienes no las tienen. Cros, también plantea los conceptos de cara y reverso. Igualmente alude a la problemática de la transgresión – funcionamiento de lo lúdico (187). Es decir que, si de sueños se trata,

¹⁹ *Los olvidados*. Dir. Luis Buñuel. Guion: Luis Buñuel y Luis Alcoriza. Ultramar Films, 1950.

de quimeras y de imposibles en estos claros conflictos de lucha por pertenecer y por sobrevivir, así se cruce la línea moral de lo permitido, el sueño se desdibuja ya que hasta en los juegos infantiles hay violencia, duras miradas y el puñal que se esgrime mientras el adulto no cuida de sus hijos, o no puede.

En síntesis, Cros enuncia que *Los Olvidados* está articulada con la estructura: ocultar/revelar – exclusión – inclusión, en donde es evidente el cruce entre el discurso dominante y el discurso anarquista (188).

Este malestar social en Colombia, trasladado ya no al foco de la ficción del cine, sino al escenario de la problemática social, a mayo de 2010, según estimativos del Centro Reina Sofía²⁰ sobre violencia familiar, este país ocupaba el tercer lugar en el mundo con mayor número de registro de casos de este tipo. Entre 2000 y 2006 se incrementaron los casos en más del 72 por ciento.

Según cifras suministradas por Medicina Legal en 2008 cada cinco días una mujer es asesinada por su pareja o expareja. Para el caso de los hombres, cada 45 días se reportan homicidios de esta naturaleza.

Para los estudiosos de las relaciones sociales, tanto en las conductas como en la vida de pareja hay un componente fundamental: el aprendizaje. Albert Bandura y Emilio Ribes consideran que los comportamientos resultan de la asociación de una respuesta ante un estímulo. En el contexto de la agresividad los autores creen que ciertos estímulos provocan comportamientos agresivos. Escriben que “se pueden aprender

²⁰ Tercer informe internacional sobre violencia de pareja, Centro Reina Sofía, Colombia, mayo de 2010.

comportamientos por imitación, más concretamente, por la visión de que esos comportamientos observados han sido recompensados o reforzados. De este modo, si alguien ve que un comportamiento agresivo de una persona es reforzado, entonces lo puede aprender” (3).

Para acometer y comprender cómo la sociedad se ve afectada y no escapa al acontecer violento, se contó como fuente para documentar qué pasó en el exterminio en Guatemala, con dos documentos de Comisiones de la Verdad. La primera se denomina *Recuperación de Memoria Histórica* (1998), versión en la que se basó el narrador Castellanos Moya para reunir sus textos, desde la realidad hacia la ficción. El segundo documento se titula *Comisión de Esclarecimiento Histórico* (1999). Igualmente se realizó una lectura atenta de varias teorías y libros críticos que ayudaron a aclarar y a dinamizar el desarrollo de esta investigación. También se detallaron los antecedentes de la realidad violenta de estas dos naciones y se definió cuál es la contribución a la discusión. Se elaboró un marco teórico para sustentar el debate y analizar las novedades que visibilizan el problema. Así, ante el reto en la interpretación histórica de la guerra en estos países, la lectura atenta y la socio-crítica fortalecieron las perspectivas con las que se ideó esta tesis.

En fin, la sociedad y la sociología servirán para afinar la mirada a los postulados del sociólogo alemán Max Weber. La reorientación que imprimió a su disciplina, en su época (Primera Guerra Mundial) está ligada a los grandes conflictos sociales y políticos de su tiempo. Weber con la separación de la Sociología de la filosofía y la historia se convierte en parte fundamental para el análisis de las implicaciones que traen los hechos

violentos en las culturas. Las dos novelas que se estudian en esta tesis se basan en hechos reales, incluyen algunos aspectos históricos, pero no se limitan a hechos concretos, partiendo incluso de que ni siquiera dan nombre específico a su epicentro o lugar de ocurrencia de sus historias. Quieren sus autores dar así un alcance más universal a sus textos, algo que quizá una novela histórica limitaría al ser circunscrito en un período histórico concreto. Es allí donde los postulados de weber se suman a la discusión. La Sociología expresa una realidad al tener a la Filosofía en la interpretación de lo ideal.

II. LOS EJÉRCITOS*

II.1. Evelio Rosero, nota bio –bibliográfica

Evelio Rosero nació en Bogotá en 1958 y sus primeros años los pasó en Pasto, Nariño, en el sur de Colombia, lugar de origen de sus padres. Esta vivencia de sus primeros años de vida será vital, muchos años después para la escritura de su novela *La carroza de Bolívar, de 2012*²¹ en donde el autor recrea la experiencia de los pastusos y en general de los nariñenses con el mito de Bolívar y su fatal incidencia en la vida de los habitantes de esta región durante la gesta libertadora. El autor cursó su primaria en colegios católicos en la ciudad de Pasto y después, ya adolescente llegó a Bogotá donde seguiría sus estudios de bachillerato, igualmente en otro establecimiento católico. En entrevista con el escritor Antonio Ungar para *Bomb –Artists in Conversation*²² sobre estudiar en esos planteles así lo resumió: “de esa vida no tengo recuerdos edificantes” (Rosero entrevistado por Ungar párr. 17). Al rastrear más en la vida de Rosero en esos años se nota su prevención hacia esa orientación recibida: “La iglesia católica, con los políticos, o con los primeros ‘padres de la patria’, son los únicos culpables de la desgracia civil de nuestros países, si hablamos históricamente” (párr. 17).

Estas vivencias en centros educativos religiosos serían decisivas, especialmente en sus novelas *El incendiado*, publicada en 1988, *Los almuerzos* (2001) y en *Plegaria*

* Apartes de este capítulo son reimpresos con permiso de *Hojas Universitarias*, no. 27, 2016, pp. 25–33. Copyright 2016 Hugo Montero. También, apartes de “Evelio Rosero; al novelista lo salva la terquedad, para bien o para mal”, se reimprime con permiso de *Hojas Universitarias*, Universidad Central, No. 60, 2008, pp. 89–90. Copyright 2008 Hugo Montero.

²¹ Se hace un breve análisis de esta obra en la sección II.3 de este capítulo. p.107.

²² En entrevista con el escritor Antonio Ungar para *Bomb –Artists in Conversation*, No. 110, Winter de 2010.

por un papa envenenado (2014). Estudió Comunicación Social y Periodismo en la Universidad Externado de Colombia. Cundo era un joven de 21 años, en 1979, se ganó el primer lugar en el Concurso Nacional de Cuento, con su cuento *Ausentes*. En 1982, recibe el premio Iberoamericano de libro de cuentos “Netzahualcóyolt”, de México. Escribe la trilogía *Primera vez*, por sus novelas *Mateo solo* (1984), *Juliana los Mira* (1986) y la citada *El incendiado* (1988). Entre otros premios ha ganado, además con *Pelea en el parque*, el premio Nacional de Literatura juvenil (1982), el Premio Nacional de Literatura Infantil de 1992, por *El aprendiz de mago*.

Entre las características que se destacan de la literatura de Rosero, se puede decir que su acometida de la ficción es muy original, arrolladora y con alta carga de poesía. Sin dejar de hacer denuncia, con sorna y fantasía, no descuida la gran opresión de los menos favorecidos para cargar la mirada sobre el tirano, el que presume de santo o simplemente es un héroe construido con mentiras. Rosero, en su deambular por el mundo, viajó por Francia y España para después regresar a Bogotá cuando en 2006 se ganó el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura. En 2007, por *Los ejércitos*, recibe el II Premio Tusquets Editores de Novela. De esta novela se destaca su escritura acometida con tono poético, lo que no tiene antecedentes en el país. El lector encontrará un texto que cuenta de la guerra y toca el erotismo. En 2006 obtuvo el premio Nacional de Literatura de Colombia, en 2007 recibió en México, el Tusquets de editores de novela y en 2009 se le otorgó a la versión traducida al inglés como *The armies*, el *Foreign Fiction Prize* de Inglaterra del diario británico *The Independent*. En 2011, en Dinamarca, ganó el *Aloa Prize*.

II.2. *Los ejércitos*. Resumen y análisis

En la novela *Los ejércitos* de Evelio Rosero se cuenta de una guerra de 37 años en el periodo de los años 70, del siglo XX, cuando empiezan las acciones de los paramilitares, de extrema derecha, que buscan a las guerrillas, de extrema izquierda, para exterminarlas, a como dé lugar. En medio de la nada, surge otro grupo, el de los narcotraficantes, que ocasionalmente se asocia con la guerrilla para ampliar mercado y zonas de cultivos y, por tanto, deja en medio otro ejército: el de los desplazados, sin armas, que solo deben huir apenas se les dé la orden.

Al resumir la novela se puede decir que es la peripecia de Ismael, un profesor entrado en años, pensionado, que aún permanece con su esposa Otilia en San José, desde hace 40 años. El pueblo donde suceden los hechos, como una metáfora de la violencia del país, es un lugar donde la tranquilidad de la vida rural y selvática se irá diluyendo en el término de cuatro años, paulatinamente, pero sin retorno. A lo largo de *Los ejércitos* se muestra un tono poético, lo que constituye una novedad técnica para el abordaje de esta temática. El lector encontrará un texto que cuenta de la guerra y muestra a un hombre mayor anonadado por el tono de piel de su vecina, sus movimientos, la danza de su caminado y el tono voz, como antesala de lo que se vivirá en ese patio y en las calles del pueblo. Es a través de esta pantalla como se narra sobre lo inminente, lo trágico al tiempo que se pinta a un hombre entrado en años que admira a su vecina, que sucumbe a la maravilla del cuerpo desnudo mientras la amenaza de un invasor o invasores se cierne sobre el pueblo de San José. Es el erotismo el que aumenta la tensión y crea una atmósfera de presagios y suspiros, de ocurrencia de lo inevitable. Poco a poco, sin aviso

irán desapareciendo pobladores y la culpa o la sospecha caerá sobre cada uno de los habitantes. El profesor Ismael Pasos funge de protagonista y narrador y hará su tránsito de caminante que no huye como muchos, sino que se quedará para emprender una dolorosa, lenta e infructuosa búsqueda de Otilia, su mujer. Ismael es un hombre al que le gusta espiar a la mujer de su vecino. En esta atmosfera de reconvenciones y escenas de alto contenido erótico se inicia un rompimiento de lo idílico para dar paso a la zozobra cuando empiezan a aparecer primero sombras y luego extrañas presencias armadas. Primero serán las desapariciones, luego en el segundo ataque se oirán más cerca los disparos desde varios frentes. El hospital y la escuela en ruinas pasarán a ser el primer indicador para saber que la guerra llegó para quedarse y sacarlos a todos. A las desapariciones se sumarán los intentos de muchos por huir y ponerse a salvo mientras el profesor decidirá quedarse.

Un par de años atrás, quizá sin poder olvidarlo, la evidencia es martirizante ya que en un ataque explotó un cilindro lleno de dinamita en la iglesia justo cuando la mitad del poblado estaba en misa. En la Colombia de la realidad se presentó un hecho similar en mayo 2 de 2002 en Bojayá, Chocó, con 119 personas muertas, entre las que había 45 niños²³.

La soledad, como otro sello en la vida del atribulado profesor, será su vía para ir errabundo de calle en calle y portal tras portal para quedarse sin respuestas, sin el rastro de su mujer. Así que se hará acompañar de sus monólogos, de ese preguntarse y quizá

²³ ¿Cómo fue la tragedia de Bojayá? *Revista Semana*, mayo 13 de 2002.

responderse desde su otro yo, para que los demás lo tilden de loco, aunque estarán todos tan asustados o resignados que apenas habrá espacio para fijarse en la cordura de un profesor jubilado. Cada explosión o la inminencia y cercanía del siguiente secuestro o desaparición serán la constante pues cada uno se ve en la lista o no sabe si ya vienen por él o le dispararán en plena calle, sin ceremonia o previo aviso. El drama de las desapariciones forzadas en el país, cuando se hace el paralelo entre lo que cuenta la novela y los hechos de Colombia, arroja, según el informe 'Hasta encontrarlos'²⁴, que como consecuencia del conflicto armado colombiano están desaparecidas 60.630 personas en los últimos 45 años.

Cada día entonces en la historia que se cuenta en *Los ejércitos* sobre lo que pasa en San José hará crecer el desasosiego entre los habitantes de ese pueblo. Esta historia es como una metáfora inicial de lo que se vive en Colombia donde en tiempos de guerra contra la subversión el estado enfrentó a los rebeldes por más de medio siglo sumando al clima de inestabilidad política y social, veinte años de disputas de partidos políticos, conflictos intestinos y escándalos de todo tipo entre estas facciones en su lucha fratricida por el manejo del poder. Entre tanto para los anales históricos queda la rapiña entre las distintas colectividades políticas y su administración de multimillonarios contratos con empresas nacionales, pulpos financieros y grandes multinacionales. De modo que San José apenas es el justo escenario para mostrar a escala lo que se vive en el país. La

²⁴ Centro Nacional de Memoria Histórica. Informe *Hasta encontrarlos. El drama de la desaparición forzada en Colombia*. Centro Nacional de Memoria Histórica. Noviembre de 2016.

novela empieza cuando se ve al viejo profesor Pasos en primera persona como testigo de la desaparición forzosa de sus vecinos a manos de un ejército desconocido. Después, sale en busca de su mujer que, según le dicen, también está en su búsqueda, configurando así una parodia de la desazón y la imposibilidad de comunicación.

Al avanzar unos capítulos más en la novela, se ve como se deteriora el ambiente, y ya San José no es el lugar tranquilo y pasa a convertirse en un pueblo invadido por más de un ejército que deja a sus habitantes en medio de la guerra que pasa de las montañas cercanas a las esquinas y puertas de sus acorralados habitantes. En ese deambular por el pueblo del profesor Pasos se va dibujando la atmósfera enrarecida en la que ha ido cayendo el otrora pueblo tranquilo de San José, que ahora se transita por soldados que en sus calles hacen requisas, detenciones transitorias y largos interrogatorios a sus atribulados habitantes. En uno de esos paseos, el profesor es detenido sin razón aparente por cuatro horas por un grupo de soldados. Así, en la calle, se entera que se han llevado al esposo de Geraldina y a sus hijos. Al regresar a casa, a los desaparecidos se suma su mujer Otilia, por lo que decide ir a buscarla a la iglesia. Al no encontrarla tampoco pasa por la plaza principal del pueblo donde hay una reunión de todos los hombres de San José. En eso, ingresa a la carrera un grupo de soldados mientras se oyen ráfagas de disparos alrededor. Al rato, un capitán al ver a los hombres en la plaza, los acusa de guerrilleros y ordena dispararles. Hay varios heridos. El profesor Pasos sigue su búsqueda sin resultados. Al llegar a una casa donde creía que podría estar de visita su esposa, halla el cadáver degollado del dueño de casa. El paso del tiempo y la decrepitud en la que cae el profesor y el pueblo se demarcan en el libro por

la acumulación de semanas y la ausencia de noticias. Se ha instalado la congoja y el desconocimiento sobre lo que pasará. El profesor se ha dejado crecer la barba, no prueba bocado alguno y ni siquiera se corta las uñas. Apenas lee las cartas de su hija que por alguna razón extraña en medio de la guerra siguen llegando al pueblo. El profesor decide no contarle nada a su hija sobre la desaparición de Otilia. Aunque la hija le pide que se vaya del pueblo, él se niega a irse. Mientras la rodilla sigue provocándole dolor, en medio de su angustia y soledad, el profesor ve cómo la gran siembra de cultivos de coca en los alrededores de San José ha hecho que la población se haya convertido en una especie de pasadizo de narcotraficantes y mercaderes mientras en las calles son más frecuentes los hallazgos de cadáveres ignotos. Aumentan, entre tanto, los casos de extorsiones y desapariciones. El profesor Pasos, a medida que sigue tras la huella de su esposa, es el elemento aglutinante, como el ojo que muestra y ordena el caos en que se ha convertido el pueblo. Pasadas unas semanas de silencio e ignominia, de la nada, aparece uno de los hijos de Geraldina. El niño ha sido liberado con una carta en la que se explica que grupo tiene cautivo a su padre, el brasilero y cuánto dinero exigen para su liberación.

El profesor se convence que será muy difícil saber de su esposa Otilia, y que debe seguir en su búsqueda, en ese pueblo que ya no reconoce. Algunos conocidos como sombras errantes le advierten que su nombre está en una lista de ese grupo que si lo encuentra no tardará en matarlo en el acto. Le dicen que se una a ellos y así salve su vida, pero el profesor decide avanzar de portal en portal con su rodilla cada vez más hinchada tras el rastro de Otilia. Así, resignado, Ismael, ya sin desear a la marchita

Geraldina, entristecida y sin su esposo y su hija, apenas llora, mientras el profesor la mira, se detiene en la textura de su vestido negro de lutos, y él sin olvidar a su esposa, se va para la casa cuando de nuevo es interceptado por un grupo de hombres armados. Él apenas les dice cualquier nombre, por lo que los hombres le disparan. Ha caído en un cansancio atroz mientras recuerda cómo conoció a Otilia del Sagrario Aldana de Pasos, esa mujer que apenas vio, esa niña, supo que sería su esposa. Y por ello unió su vida a la de ella, una vida que ahora como la de los pocos sobrevivientes del pueblo, está en manos de esos ejércitos que se ciernen sobre San José.

Rosero entonces logra así pintar el panorama de éxodo y muestra a un grupo de habitantes que intenta escabullirse, mientras otro queda atrapado, a merced del que los va a ajusticiar, un hombre con un fusil y una lista, dispuesto a disparar al menor capricho o duda. El profesor Ismael, con su rodilla estropeada decide quedarse mientras aumenta el peregrinaje de decenas de refugiados y la presencia de más hombres armados en las calles de San José. Esta continua circulación de personas y constante presión sobre el pueblo, si bien lo aísla, en una paradoja del destino y le da a la historia que se cuenta su rasgo global con lo que se enmarca en los lineamientos de la analista política Mary Kaldor, que examina las diferentes acciones de los grupos armados ilegales desde finales de la centuria del XX que ella investiga en su libro *Las nuevas guerras. La violencia organizada en la era global* (2001). Al entender el concepto de globalización como las diferentes expresiones que se van armonizando hasta tener un cariz universal en el que se obvian fronteras, característica básica en los grupos ilegales armados que azotan San José y continuamente lo asedian, como en una réplica del caso colombiano hacia otras

latitudes cuando por el narcotráfico, tráfico de personas y armas, los ejércitos, con sofisticadas estrategias de presión, además de cercar, aíslan y conminan a la población a un estado de indefensión, terror e inseguridad.

Esos grupos ilegales en San José, son en Colombia, así como en varias regiones de Centroamérica, trasunto de un comercio global, con el que se financian los secuestros masivos, las extorsiones y el tráfico de narcóticos. Al contar con gran capital quedan en capacidad de importar armas y movilizarse, enmarcándose así en las características que señala Kaldor. Lo que sucede en San José coincide con lo que indica Kaldor al denominar política de identidades a ese particular accionar de los grupos ilegales armados que para justificar sus acciones cuando buscan culpables, sin mayor método ni certeza, señalan a los pobladores de auxiliares de la guerrilla, informantes del ejército o simpatizantes de los paramilitares. Según Kaldor “ese tipo de política suele ser integradora y acoge a todos los que apoyan la idea, aunque como ha demostrado la experiencia reciente, el carácter universalista de dichas ideas puede servir de justificación para prácticas totalitarias y autoritarias” (Kaldor 103). Asimismo, la autora sostiene que esta política por tanto es excluyente y retrógrada, lo que es a fin de cuentas “una discriminación psicológica contra los que tienen una etiqueta diferente” (103). Por tanto, considera que esto, ya en un plano por demás nefasto, “provoca la expulsión de poblaciones y el genocidio” (103). Estas luces sobre el contenido general de la novela de Rosero permiten ahora intentar el análisis sobre sus propósitos y alcances.

Terry Eagleton en su libro *Dulce violencia* (2011), al reflexionar sobre la violencia, contrasta el manejo del drama con la novela de la que dice es una sociología

imaginativa que retorna los momentos vividos en el devenir de la historia. Pues bien, en lo que cuenta Rosero se podría hablar de esa “sociología imaginativa”, como la concibe Eagleton, pues es una forma exacta de dilucidar como el papel de la literatura acoge un aspecto de la sociedad de su tiempo y ejerce como agente transformador y a la vez multiplicador de hechos que, de no ser por su influencia, apenas podrían estar expuestos o en la memoria de los hombres o a través del mero registro. A su vez, al pensar en un rol desde los comienzos de la humanidad, pero sin dejar de mirar a la literatura como agente transmisor, de particular interés, son las apreciaciones que hace Stacey Peebles en *Critical Insights, Violence in Literature* (2014) cuando argumenta en torno a lo violento a partir del análisis de la *Ilíada*²⁵, de Homero, en el apartado *Blood, Influence: studying the Representation of Violence*. Peebles revisa el microcosmos de esa lucha: “Sometimes, eruptions of violence can be contained by the structures of society, as in the first city. Other times, however, violence takes over society and becomes its purpose, as in the second” (Peebles 23). Seguidamente, este autor, amplía su revisión a la Odisea: “As subjects for study, both art and violence necessarily relate to these other areas of inquiry, and so Homer is a good place to start in a critical history of violence and literature” (24).

Con la guerra como trasfondo de su novela *Los ejércitos* su autor reconoce que la indiferencia no es la opción como lo expresa en la entrevista de Emiro Santos y Chavelly Jiménez, *La escritura herida por el fuego*²⁶:

²⁵ Se presume que fue escrita hacia la segunda mitad del siglo VIII a.c.

²⁶ Tomado “De otros mundos”, en entrevista de Emiro Santos y Chavelly Jiménez. Cartagena de Indias, enero de 2009.

[...] ese tema que a mí me ha afectado tanto, que me ha entristecido, no sólo como escritor, sino como colombiano: el secuestro. Es la degradación más profunda a la que puede llegar un ser humano: ser secuestrado, llevado a la fuerza a cualquier sitio y encerrado, maniatado, encadenado. Es para mí la degradación por excelencia. (Rosero párr. 8)

Precisamente es a esa conmoción que apunta Roland Barthes cuando se refiere al escritor en su proceso con la redacción de textos:

[...] antecedentes de toda problemática del lenguaje, lengua y estilo son el producto natural del tiempo y de la persona biológica; pero la identidad formal del escritor sólo se establece realmente fuera de la instalación de las normas de la gramática y de las constantes del estilo, allí donde lo continuo escrito, reunido y encerrado, primeramente, en una naturaleza lingüística perfectamente inocente se va a convertir finalmente, en un signo total, en la elección de un comportamiento humano, en la afirmación de cierto bien, comprometiendo así al escritor en la evidencia y la comunicación de una felicidad o de un malestar, y ligando la forma a la vez normal y singular de su palabra a la amplia Historia del otro. Lengua y estilo son fuerzas ciegas; la escritura es un acto de solidaridad histórica. (11)

II.3. Violencia política e incidencia en el hogar en *Los ejércitos*

Al indagar sobre las motivaciones que llevaron al colombiano Rosero a escribir varias novelas sobre la violencia hasta llegar a *Los ejércitos*, destaca que debió documentarse en periódicos y noticieros sumando sus recuerdos de infancia y vivencias

de juventud. Asegura que con *Los ejércitos* “consolidé ese acercamiento al conflicto colombiano”²⁷ (párr. 17). Rosero ha insistido en varias oportunidades que su afán es derrotar la indiferencia. “Lo que más ha dolido es el dolor de la gente sometida a ese fuego cruzado. Me apabulla como nos apabulla a muchos cuando nos asomamos a un noticiero y nos enteramos que siguen los muertos” (párr. 17). Esa es su manera de tomar nota y ampliar la audiencia que puede no saber de lo que sucede en su país. Implica tomar conciencia de un hecho y no darlo por de poca importancia o que no lo afecta.

En *Los ejércitos* Rosero se ocupa de la violencia política de Colombia a lo largo de cerca de cuatro décadas, de un conflicto armado que lleva cincuenta años. Con la escritura y publicación de esta novela el autor contó de batallas intestinas de las guerrillas, el ejército nacional y los grupos de autodefensa, cruentos enfrentamientos que generan continuos éxodos de millones de personas en áreas rurales y centros urbanos.

De acuerdo con el Centro de Monitoreo de Desplazamiento interno (IDMC)²⁸, Colombia presentó en 2016, un total de 7'246.000 desplazados por el conflicto interno y 340.000 refugiados. En una actualización de esos guarismos, se nota una ostensible reducción de los casos, y aunque no lo dice, se podría establecer que esa disminución se debería a la firma en 2016 del acuerdo de paz entre el gobierno y la guerrilla de las FARC. La disminución que indica la IDMC, muestra que por lo que llama “*new conflict*”, hay en el país 171.000 personas en situación de desplazamiento. Esta situación

²⁷ Evelio Rosero. “Escribo para exorcizar el dolor de la violencia: Evelio Rosero. Entrevista con Arturo Jiménez. La Jornada, mayo 5, 2007.

²⁸ Por sus siglas en inglés: *Internal Displacement monitoring centre*.

en efecto es una novedad en la notoria reducción, pues tras la firma del acuerdo de entrega de armas y cese del fuego se generaron consecuencias colaterales y nuevas disputas entre ex combatientes y grupos radicales de izquierda y derecha, respectivamente. Cabe destacar como entre 2000 y 2010, según cifras de la Comisión de Seguimiento a la Política sobre Desplazamiento Forzado, grupos ilegales armados se quedaron con 6'638.195 hectáreas de tierra que les despojaron a campesinos, afrodescendientes y pueblos indígenas.

Se ve cómo este país enfrenta uno de los mayores grupos de personas en el mundo que huyen de la guerra entre las Fuerzas Armadas, los grupos guerrilleros, y las agrupaciones de paramilitares, representadas por las autodenominadas AUC (Autodefensas Unidas de Colombia), ejército de paramilitares, integrado a finales de los años 90 para apoyar a las fuerzas armadas y enfrentar el avance de los grupos de extrema izquierda. Para hacer frente a ese aparato militar y ejercer soberanía, el Ejército Nacional cuenta con 500.000 soldados y militares y un presupuesto de 25 billones de pesos (\$10.350 millones de dólares). Esta guerra de Colombia, no declarada ni aceptada por el Estado sino hasta septiembre de 1996²⁹ conlleva altos niveles de inestabilidad política, extensión de las conductas punibles cobijadas por la corrupción rampante y la inoperancia de los estamentos gubernamentales para atender a sus ciudadanos.

La población de más bajos recursos no tiene satisfechas sus necesidades básicas en salud y educación, principalmente, lo que condiciona su precario bienestar social y

²⁹ “Gobierno reconoce que el país está en guerra”, por Hugo Montero, en *El Tiempo*, primera página, 27 de septiembre de 1996.

genera violencia. La vida doméstica, está siendo afectada por la barbarie y se refleja cada día más en más expresiones de comportamientos y actitudes como intolerancia, asesinato y riñas.

Para llegar a contar de esta barbarie, Rosero primero debió escribir *En el lejero*, una obra que considera su primer intento escrito por plasmar lo que sienten los que viven este conflicto:

Ahora, en la madrugada, descubría por fin el montón infinito de ratones fosilizados, y en su horizonte se vio él mismo, asomado, igual que una sombra arrepentida de encontrarse allí, en la cima desconocida de esa calle, en ese pueblo sembrado de ratones, en ese pueblo que bordeaba la cordillera, en ese pueblo que limitaba a un lado con el volcán y al otro con el abismo...

Un ave se escuchó aletear arriba, con fuerza, unos instantes, a pocos metros de su frente, y no le fue posible distinguirla: veloces y grises los jirones de niebla se cernían sobre el pueblo, separándolo del cielo. (Rosero 13)

Ahora en la historia de *Los ejércitos*, uno de sus ejes es el amor. Este primer rasgo es apropiado al contar de la angustia que se vive en Colombia con la guerra porque se transmite pasión e incertidumbre, como se lee en las primeras páginas de la obra:

[...] negros los crespos cabellos, igual que los ojos: en su pecho los dos frutos breves y duros se erguían como a la búsqueda de más sol. Tempranamente huérfana, sus padres habían muerto cuando ocurrió el

último ataque a nuestro pueblo de no se sabe todavía qué ejército —si los paramilitares, si la guerrilla: un cilindro de dinamita estalló en mitad de la iglesia, a la hora de la Elevación, con medio pueblo dentro; era la primera misa de un Jueves Santo y hubo catorce muertos y sesenta y cuatro heridos—: la niña se salvó de milagro: se encontraba vendiendo muñequitos de azúcar en la escuela; [...]. (12)

Desde el comienzo de la novela se transmite una especie de combinación entre el amor otoñal, las carencias y el deseo: “La mujer del brasilero, la esbelta Geraldina, buscaba el calor de su terraza, completamente desnuda, tumbada bocabajo en la roja colcha floreada” (11). Esta carencia, anhelo por lo que no se tiene, viene por contraste de un hombre mayor, jubilado. El escritor y pensador francés George Bataille en su libro *La literatura y el mal*, alude a Emily Brontë, autora de la novela *Wuthering Heights* (1847):

[...] uno de los libros más hermosos de la literatura de todos los tiempos. Quizá la más bella, la más profundamente violenta de las historias de amor... Porque el destino que, según las apariencias, quiso que Emily Brontë, aun siendo hermosa, ignorase por completo el amor, quiso también que tuviera un conocimiento angustioso de la pasión: ese conocimiento que no sólo une el amor con la claridad, sino también con la violencia y la muerte — porque la muerte es aparentemente la verdad del amor —. Del mismo modo que el amor es la verdad de la muerte [...]. (Bataille 26)

En *Los ejércitos* y en *Cumbres borrascosas*, en medio de la violencia, las carencias hacen más tortuoso lo idílico. El amor contamina todo. No tarda en afectar a los protagonistas que, amparados en una especie de campana, son parcialmente inmunes a lo trágico, que todo lo cerca. Pasan los días y al amor finalmente se une la violencia, consecuencia inevitable. Varios matrimonios, algunas parejas son cuestionados sobre sus sentimientos y en todos, surge la prueba sobre sus sentimientos. A pesar del paso de los años en su relación, Ismael no renuncia a la búsqueda de su esposa. Pase lo que pase, lo filiar se mantendrá, a pesar de los ruegos de los demás para que abandone el pueblo y se una a los que huyen. Geraldina, cambiará su cuerpo desnudo y deseado por el profesor Pasos, por un vestido luctuoso, mientras llora la ausencia de su hija, criada y esposo. Otra mujer, Hortensia Galindo, cada año, los 9 de marzo, conmemora la desaparición de su esposo, Marcos Saldarriaga, con un evento que cuenta con la asistencia de todo el pueblo, en una ceremonia simbólica que marca la aspiración de esperanza por un pronto regreso de uno de los hombres más queridos del pueblo. Allí se descubre que el sentimiento de amor por parte de Marcos Saldarriaga se desbordó incluso para cubrir a Gloria Dorado, su amante, lo que socava la imagen que se tiene por el desaparecido. Entre tanto cuando la guerra sigue acercándose al pueblo, el amor de padre por su hija, hace que el profesor no le cuenta nada sobre la desaparición de su hija, mientras él en honor a esa relación de tantos años, no solo no detiene su búsqueda, sino que se mantiene en el lugar donde los dos decidieron unir sus vidas para siempre, como lo habían logrado hasta que un grupo armado decidió llevarse sin rastro a su esposa.

En las miradas que se pueden hacer a *Los ejércitos* sobre la realidad diaria se siente que es una travesía por el país que a diario afronta múltiples asedios de contingentes públicos y ocultos. En la lucha por el territorio y el poder económico, la supremacía del Estado queda a la deriva; pero en un conflicto longevo, desgastado, los ideales ya no son románticos ni multiplican adeptos. Alianzas de partido y lucha, esporádicas y sempiternas, son comunes mientras en medio del fragor de las batallas un ejército de civiles inermes se queda sin tierra, ni futuro.

Y mientras pasan los días sirve como ejemplo de la zozobra el recuerdo de un personaje: “tempranamente huérfana, sus padres habían muerto cuando ocurrió el último ataque a nuestro pueblo de no se sabe todavía qué ejército —si los paramilitares, si la guerrilla: un cilindro estalló en la mitad de la iglesia, a la hora de la Elevación, [...]” (Rosero 12). Se ve desde estas primeras líneas como en medio de la cotidianidad de una ceremonia religiosa, irrumpe en esta esfera familiar un suceso transformador, violento, desde la esfera política. Es un ejército de subversivos, o de paramilitares que lleva sus disputas a las calles de ese pueblo, que ubican sus mensajes entre los más débiles y trasladan sus conflictos para hacerse notar o fijar una posición beligerante.

Al profundizar en la realidad de la guerra que destruye la unidad familiar y deja en el limbo hijos sin hogar, se introduce un desgarrador panorama, el de la orfandad. Para el caso de Colombia, según informe del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF)³⁰, *Infancia en tiempos de guerra: ¿Los niños de Colombia*

³⁰ Por su sigla en inglés: *United Nations Children's Fund*.

*conocerán por fin la paz?*³¹ (marzo 2016), los guarismos muestran a la niñez inerme en medio del conflicto. El impacto de este fuego cruzado sobre los niños registra que desde 1985 hasta marzo de 2016 desaparecieron 8000 menores y 2.3 millones sufrieron desplazamiento forzado, 43.550 murieron y 615 fueron víctimas de secuestro. El informe aclara que esta estadística solo se basa en casos reportados (UNICEF 4). Igualmente, en los indicadores del Centro Nacional de Memoria Histórica en este país a enero de 2017 hay más de 60.000 afectados, en las que de las 20.210 víctimas de las cuales se sabe su edad, unas 3.200 eran menores de edad.

De acuerdo con la propia experiencia y siendo a diario receptor en los Estados Unidos de múltiples y habituales demostraciones de actitudes pacíficas y racionales que aún asombran, es notorio el contraste con lo vivido habitualmente en muchas ciudades colombianas. En situaciones de embotellamientos de tráfico, por ejemplo, o trámite en entidades financieras o simplemente un retraso en una línea de metro o de bus urbano, para el caso colombiano es normal el grito y la ofensa para reclamar. Pues bien, en este sentido, se podría decir que muchas de esas reacciones son modelos aprendidos, vistos por los niños en el hogar y en las calles. En esa línea se sitúa el estudio sobre la violencia al interior del núcleo familiar y cómo ha sido la intervención del Estado para acometer una solución, realizado por investigadores de la Universidad de Los Andes. En el informe *Género, violencia intrafamiliar e intervención pública en Colombia*³² (2004),

³¹ Informe de UNICEF marzo 2016:

³² Pineda Duque, Javier y Luisa Otero Peña. Dossier. Revista de Estudios Sociales, no. 17, febrero de 2004. pp. 19–31. Duque y Otero son investigadores de la Universidad de Los Andes.

se acota que hay gran evidencia de la transmisión intergeneracional de lo violento. Los autores acotan que: “A través de un extendido maltrato infantil las nuevas generaciones adoptan pautas violentas de relación y solución de conflictos que, como adultos, extienden hacia sus propios cónyuges, hijos e hijas” (Pineda y Otero 28). También en ese sentido, para el investigador Jorge Corsi en su texto *Violencia masculina en la pareja*³³ (1995), en la tipología del hombre violento la violencia masculina es un problema social que: “está relacionado en buena medida a la elaboración social e histórica de patrones de comportamiento, estereotipos y valoración de lo masculino, al establecimiento desigual y diferenciado de los derechos, ámbitos de acción y responsabilidades” (Corsi 98).

Ahora, como consecuencia de esta guerra, se ve el cruce entre las líneas de la ficción y los hechos en los cuales la literatura afinca su mensaje. Por un lado, está en la novela *Los ejércitos* una niña llamada Graciélita que como consecuencia de un ataque de un grupo armado ilegal a la iglesia de su pueblo queda huérfana. En el occidente colombiano, en la población de Bojayá, como se mencionó al inicio de este capítulo, 119 personas murieron por la explosión de un cilindro de gas que ingresó por el techo de la iglesia y que había sido lanzado desde un mortero adaptado por la guerrilla para hacer estos disparos con alcance de más de 400 metros. En la novela la niña es adoptada por Geraldina y un brasilero, personajes centrales de la novela de Rosero. De esta forma el escritor se vale de unos hechos reales para contar lo que pasó el 2 de mayo de 2002 cuando en un pueblo dividido por el río más caudaloso del país, de 700 kilómetros de

³³ Corsi, Jorge. *Violencia masculina en la pareja*. Paidós. 1995.

longitud, en una orilla está el frente 58 de las FARC y en la otra, el bloque Élder Cárdenas de las AUC con unos 250 hombres armados. Ambos bandos quieren hacer presencia en la carretera Panamericana y sacar provecho de la riqueza que la minería ilegal les proporciona para sostener su accionar. Además, quieren el control del río y de las poblaciones ya que la zona es corredor fronterizo y estratégico para el importe de armamento desde Centroamérica y a su vez es ruta de exportación de narcóticos. Por tanto, al querer tomar el control, ambos están por enfrentarse lo que origina tres alertas al gobierno, ocho días antes de la masacre. Estas alertas, desatendidas por las autoridades, solo fueron un preludio del horror. El primero de mayo se pasó de las escaramuzas al arrecio de los combates hacia las seis de la mañana entre paramilitares y guerrilla en las calles de Vigia del Fuerte y después en Bellavista, cabecera municipal de Bojayá.

Ante la inminencia de un combate entre estos dos ejércitos, tanto la Defensoría del pueblo, como la asociación de campesinos del área pidieron que ambas agrupaciones se retiraran del lugar. En total, ocho días antes de la masacre, el 21, 23 y 26 de abril de 2002, se emitieron tres alertas tempranas para que el gobierno y el ejército nacional detuvieran las confrontaciones; pero fue inútil. El dos de mayo desde un mortero hechizo montado sobre el techo de cemento de una casa del municipio de Bellavista en Bojayá, fue lanzado un primer cilindro contra un grupo de las AUC que estaba a unos metros de la iglesia. El mortero impactó una casa causando destrozos materiales. Ya los habitantes del pueblo se habían refugiado bajo llave en la iglesia en su intento por evadir los disparos. Después, un segundo lanzamiento falló y hacia las 10:45 de la mañana, el

tercer cilindro perforó el techo de la iglesia y cayó en el altar. El posterior informe histórico diría que allí perdieron la vida 117 personas entre campesinos, indígenas y comunidades afrodescendientes. Hubo además 98 heridos y mil debieron huir o se trasladaron dos días después del estallido a otra población.

No se habló de examen forense ni reporte oficial ya que entre el cruento conflicto no se pudo hacer labores de levantamiento de cadáveres ante la ausencia de peritos en el lugar. Solo hasta el 4 y 5 de mayo la guerrilla autorizó que algunos familiares ingresaran al municipio para socorrer heridos o retirar sus cuerpos. Esta labor fue interrumpida por el reinicio de los combates y se alcanzó a lanzar un cuarto cilindro que no estalló. Al cuarto día los cerca de mil habitantes del pueblo se fueron para el poblado vecino. Tres lustros después, en los escuetos informes para la historia quedan como suceso de 2017, una condena para estado colombiano y un informe de la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos. Como consecuencia del resarcimiento de daños o indemnizaciones, a los parientes de dos de las víctimas de esta masacre, se les debe pagar 514 millones de dólares (1.552 millones de pesos). Después, ante las objeciones del informe y la inconformidad del gobierno por los señalamientos de colaboración entre las fuerzas militares y los grupos paramilitares, la misión de la ONU finalizó en junio de 2002. Con el paso del tiempo se vio que en la zona hay gran presencia militar mientras las FARC siguieron ejerciendo presencia en varios recodos del río Atrato.

Con este trasfondo en la novela se ve a Graciélita primero como una presencia deseada, pero inalcanzable para el jubilado profesor Pasos. La niña que perdió a sus padres en el estallido de una bomba en la iglesia de San José, es víctima en su

desintegrado grupo familiar de la disrupción que causa la esfera pública en las vidas de los habitantes de un pueblo ignoto, compuesto en su mayoría por agricultores. Al inicio de la novela se lee como se salvó Graciélita ese día de la explosión en plena iglesia de San José: “la niña se salvó de milagro: se encontraba vendiendo muñequitos de azúcar en la escuela; por recomendación del padre Albornoz vivía y trabajaba desde entonces en casa del brasilero –de eso hará dos años” (Rosero 12).

Esa niña deberá crecer y esperar a tener quince años para que Geraldina le cumpla la promesa que le hiciera un día mientras el profesor Pasos la escucha: “te entregaré religiosamente tu dinero, y además muchos regalos” (13).

Y después de varias páginas signadas por la presencia cada vez más cercana y latente de las sombras que pasarán a ser hombres armados inscritos en uno de los ejércitos en contienda, Graciélita con otros niños del pueblo desaparece. Geraldina le cuenta al profesor que el brasilero debió llevárselos: “Se llevó a los niños en silencio, sin decirme una palabra, como un muerto. Los otros hombres lo encañonaban” (78). A los tres meses exactos, con la precisión del que cuenta los días de cautiverio o una ausencia, el profesor ve regresar de la nada por una de las calles polvorientas del pueblo a uno de los hijos del brasilero. Reporta que los hombres que secuestraron al brasilero y a su hermanita, le dieron un papel que trae en la camisa. Allí están las exigencias para la liberación, pero no cuentan nada de la huérfana Graciélita. El profesor le pregunta por ella: “el solo nombre de Graciélita lo remece. Me mira a los ojos, me entiende [...] ‘Y tú papá’ le pregunto, ‘qué fue de tu papá, cómo quedó’. Los ojos del niño se encharcan” (152). Ese es el drama de la desaparición, del secuestro, del limbo en que terminan

adultos y niños mientras la guerra no cesa. Es el miedo de ser acusados de auxiliadores de la guerrilla o simpatizantes de los paramilitares. Un temor razonable a ser atacados o reclutados para enrolarlos a la fuerza en algunos de los grupos en contienda. Es también el drama del secuestro, de la contienda que destruye hogares en donde Graciélita huérfana apenas es una muestra en el libro de la vida familiar rota por la irrupción de un conflicto político del que ella no puede escapar como se ve cuando Geraldina le pregunta a su hijo por Graciélita:

—¿Por qué no la trajeron?

—Iba a venirme ya nos habían subido en el mismo caballo.

La voz del niño tiembla, quebrada por el miedo, el rencor:

—Llegó uno de esos hombres y dijo que era tío de Graciélita, y se la llevó. La hizo bajar del caballo, se la llevó.

—Solo esto nos faltaba —me digo en voz alta—, que se aparezca Graciélita uniformada repartiéndonos plomo a diestra y siniestra, echando tiros en el pueblo que la vio nacer. (Rosero 157)

Es pues, una muestra de cómo la vida doméstica se ve afectada desde el ámbito político, y como la violencia es el camino por el cual discurren con sus expresiones de odio y reclamo de notoriedad.

Una parte fundamental de la forma de acometer el tema, ya de por sí violento, es el componente erótico. Se alude al conflicto, se muestra las fuerzas en discordia, pero no es óbice para soslayar el tormento o realidad del profesor Ismael Pasos. En su matrimonio ya no se vive el entusiasmo de los primeros años, ahora le llaman la

atención el cuerpo de una niña de doce años y una mujer desnuda que él mira sin pausa, lo que es advertido por el marido de ésta. Ilustra este pasaje las tensiones que se viven entre los personajes, es decir, entre un hombre de más de 70 años y una mujer que expone su piel al sol, para desasosiego de un anciano que igual mira con no declarado interés a una niña, como contrapunto de dos intereses más allá de la piel, en un hombre al que su propia mujer le confiesa que ya no le interesa.

Y es su propia mujer la que a diario debe soportarlo a él subido en una escalera espionando a las dos mujeres vecinas. Ella no entiende que él ya tiene su propio juego con Geraldina, esa mujer voluptuosa que la hace pensar que ya nada es lo que parece, como se lee en este párrafo:

Pero yo seguí terciado al muro, extendido: a ella no le hacía falta sino dar un paso y recibir la naranja. Entreabrió la boca, sorprendida, dio un paso y me recibió la naranja riendo otra vez, encantada.

—Gracias —dijo.

Un efluvio amargo y dulce se remontó desde la boca enrojecida. Sé que esa misma exaltación agridulce nos sobrecogió a los dos.

—Como ve —dijo el brasilero—, no le importa a Geraldina pasearse desnuda ante usted. (17)

En esa interacción se va intensificando la carga erótica, a la par con la violencia explícita. El profesor Pasos tenía puesto todo su interés en la mujer con la que quiso pasar el resto de sus días desde que la vio siendo una niña y él, recién llegado al pueblo es un emotivo joven con ganas de vivir. Pasaran los años y con ellos, a la par que se cae

en el desinterés solo ve en una mujer voluptuosa, su vecina Geraldina, un escape a su rutina. Y es esa mujer desnuda la que marcará también el principio de todas sus pérdidas y a su vez el germen de rabias, cinismo y dolor por la llegada de la guerra hasta el patio de su casa. El interés perdido hacia su mujer cree recobrarlo en el cuerpo de esa mujer ajena, pero a la par del paulatino desinterés crece su tendencia a espiar mujeres y niñas, que siendo de su círculo familiar, son las directas afectadas por la desaparición. Otilia su mujer no aparece, Graciélita es secuestrada o desaparecida y Geraldina pierde a su esposo. Ante este complejo ataque a la tranquilidad de vida de profesor en retiro, Pasos decide ir en contravía de lo que dicen los habitantes del pueblo y los mismos hombres de la guerra a los que obedece a regañadientes, muchas veces exponiendo su vida.

Aumentan las amenazas sobre San José, ese pueblo a merced de fuerzas en combate, de unos ejércitos a los que sus habitantes no les ven su identidad. Al encontrarse en el medio de la refriega por el control del pueblo, sus habitantes dejan de vivir en un espacio de paz. Mientras unas se dedican a posar desnudas al sol, otros son sus observadores, o unos niños juegan en las calles polvorientas y muchos van a misa sin temer que les puedan alterar su vida de cotidianidad. Ese remanso de paz donde es posible la convivencia y el deseo, se rompe de repente por la irrupción de las disputas por el territorio y a sus habitantes se les empieza a torturar, desaparecer o a lanzar cilindros de gas. Es la guerra que entra en sus vidas y las destroza mientras algunos intentan mantener su existencia aferrándose a sus deseos o sueños. La violencia en sus vidas acarreará en unos zozobra y en otros, actitudes erróneas, producto quizá de la desazón o el limbo que produce en las personas la misma guerra sin razón ni aviso. Así

pues, la barbarie es traducida en una presencia ignota que pone en la denuncia pública a unos habitantes como culpables bajo el rótulo de supuestos simpatizantes de uno u otro grupo. Con esta estrategia, tanto la guerrilla como los paramilitares consiguen sembrar el terror de las delaciones y el rencor, dividiendo en grupos y guetos a sus mismos pobladores. A la pérdida de la confianza en un presente tranquilo o un futuro promisorio se antepone la realidad fratricida de los secuestros, la extorsión y el desplazamiento forzado. Se podría decir que justo ese contrapunto entre lo emotivo y lo que no se ve, pero se siente como amenaza, le da dramatismo a lo narrado y crea tensión, genera el clima en sí de lo violento.

Esa mujer, la tentación, ahora parece tentada, casi retada por el hombre mayor, que al darle la naranja establece un código personal para ella. Y la mujer responderá, intrigada, sin confesar que el hombre mayor ha logrado despertar en ella inusitado interés. Por lo que de esta manera a la tensión y la intriga entre ambos se suma el devenir de la pasión desigual: “Tenía en sus manos la naranja y la desgajaba. Se llevó al fin un gajo a la boca, lo lamió un segundo, lo engulló con fruición, lo mordía y las gotas luminosas resbalaban por su labio” (18).

La reafirmación de la sucesión de escenas, entre lo intensamente erótico y la violencia explícita, como algo natural, pasa, casi sin solución de continuidad en un día soleado cuando el profesor Pasos recuerda cómo conoció a la que sería su esposa por cuarenta años. Aquí en la cotidianidad de un día soleado, a los habitantes de un pueblo, se les sacude con un asesinato, en un claro ejemplo de una irrupción de lo violento en la vida doméstica. Por orden una fuerza oscura, un hombre no alcanzará a disfrutar de un

helado, para reforzar la certeza de que la vida doméstica recibe la amenaza desde la esfera pública. En un mismo día, el profesor Pasos conoce al amor de su vida y vive de cerca la sacudida de la tranquilidad al oír un disparo. El profesor está al lado de un hombre gordo vestido de blanco. Ve a unos pasos cerca a la mujer, pero esa ensoñación se rompe para ya instalarse a lo largo del centenar de páginas siguientes de la novela. Se ha descrito que el hombre gordo, immaculado, disfruta de un helado mientras el profesor no deja de observar a la mujer.

Seguirán unas líneas más, unas fracciones, una turbulencia matizada por disparos que irrumpen entre el blanco del vestido del hombre gordo y la sangre que mancha su traje:

El humo que exhaló el cañón alcanzó a envolverme; era como un sueño para todos, incluso para el gordo, que parpadeó, y en el momento del disparo, parecía todavía querer disfrutar del helado. El del revólver disparó solo una vez; el gordo resbaló de costado, sin caer, los ojos cerrados, como si de pronto se hubiese dormido, muerto de manera fulminante, pero sin dejar de apretar el helado; el asesino arrojó el arma a lo lejos [...]. (22)

Hay un balance de la vida agitada por la violencia donde lo familiar pierde su soporte al ser golpeado por el hecho repentino. Ese cambio puede verse fielmente en el siguiente aparte donde el profesor Pasos sintetiza una biografía de su esposa:

Hoy mi mujer sigue siendo diez años menor que yo, tiene sesenta, pero parece más vieja, se lamenta y encorva al caminar [...] Es ahora la indiferencia vieja y feliz, yendo de un lado a otro, en mitad de su país y de

su guerra, ocupada de su casa, las grietas de las paredes, las posibles goteras en el techo, aunque revienten en su oído los gritos de la guerra, [...]. (24)

Aquí con el anterior párrafo el escritor Rosero plasma una serie de metáforas de un amor desgastado en medio del paso del tiempo en forma paralela al deterioro del país por la guerra, en esa lenta pero devastadora intromisión de la esfera pública en la vida de los habitantes de un pueblo ignoto. En este San José, como en ese matrimonio de años, hay una inexorable caída. Mientras entre Otilia se extiende una capa de indiferencia por su marido y el amor sigue decayendo en la costumbre, el país, con la metáfora de San José, se irá viendo amenazado por la guerra con esos ejércitos amenazantes que se irán acercando. Mientras en la vida de la atribulada Otilia hay rabia contenida por los devaneos del profesor Pasos con otras mujeres, en su casa hay goteras y descuido, como en el país hay indiferencia, corrupción y pésimos gobernantes que acallan la angustia para caer en la inacción. Otilia, como mujer del profesor Pasos ve que el profesor Pasos ya no la quiere y se interesa por la desnudez de otra mujer. Esto funciona como una metáfora de la vida de país, que va perdiendo su futuro, producto de la guerra. Lo que hace el escritor Rosero es mostrar la vida de la esposa del profesor, como una lenta travesía de abandono y decrepitud. Lo que menos esperaba para su vida sin sorpresas es un ataque en el pueblo. Y a pesar de esa ignominia, el profesor aquejado por su rodilla hinchada y el peso de la edad, avanza por las calles llenas de extraños, en busca de su desaparecida Otilia.

Ahora, si se piensa en el valioso papel de la literatura que con la palabra busca

hallar un significado, resulta de gran utilidad la reflexión de Marino Troncoso: “y si nos sentimos un instante desbordados y cuestionados en la razón misma de nuestra enseñanza, quizá fue porque en nuestro presente no teníamos una mirada lúcida sobre nuestro pasado reciente” (Troncoso 31).

Ese pasado reciente no es otro que el de país asolado por la opresión, por el sello de su devenir que mancha. La violencia deja huellas a lo largo de la vida de este país y no va en contravía lo que se dice a lo largo de *Los ejércitos*. Una a una, van desgranando imágenes de deseos y victimización. No se puede decir que en la vida real vaya así, pero en la sensación de verosimilitud, dentro del espacio narrativo, la función de la literatura va llenando el espacio de la trama con escenas paralelas. Por un lado, se asiste a la expresión de Eros y enseguida aparece la agresión como se puede ver en la siguiente escena aparentemente normal cuando la esposa del profesor Pasos lo recuerda como un hombre que siempre ha sido un fisgón. Ahí en ese instante, pareciera que se debe fijar un castigo, la presencia de lo violento:

Bueno, acuérdate de cuando vivimos en ese edificio rojo, en Bogotá. Espiabas a la vecina del otro, de noche y de día, hasta que su esposo se enteró, acuérdate. Te disparó desde la otra habitación, y tú mismo me dijiste que la bala te despeinó la cabeza, ¿qué tal que te hubiera matado, ese hombre de honor? (25)

La anterior escena refleja la carga de violencia en las vidas e interacciones en cualquier zona urbana, en este caso en Colombia. Se hace alusión a las riñas y la violencia intrafamiliar en un claro ejemplo de intolerancia. A un hombre como el

profesor Pasos que es sorprendido espiando a una mujer casada le disparan a la cabeza, en una acción violenta y de alta agresión entre particulares. Hay un descontrol del porte de armas y grupos políticos o al margen de la ley. Igualmente, para matizar esa carga de incertidumbre, las imágenes poéticas le dan mayor brillo al mensaje literario:

En este pueblo entre montañas no hay un mar, *había*³⁴ un río. Hoy, disecado por cualquier pálido verano, es un hilillo que serpentea. [...] No hay luna por ninguna parte, de vez en cuando una bombilla, no hay una sombra viva en las calles, la cita en casa de Hortensia Galindo es toda una fecha, igual que si arribara la guerra a la plaza, a la escuela, a la iglesia, a tu puerta, cuando el pueblo entero se esconde. (Rosero 39)

Esto se lee y se siente esa belleza que duele porque está cargada de tensión. Algo va a pasar, un cadáver flota, un disparo a lo lejos, otro helado destrozado antes de saborear. Es el miedo. Este tratamiento del sinsabor, desde la confección poética, bellas formas, le da al relato un significado nuevo, una fuerza inusitada. Para alguien que creció o nació entre los fuegos cruzados o el ambiente alrededor pleno de violencia, odio soterrado, este tratamiento significa más que un acierto. En definitiva, se podría decir, es una forma directa y efectiva de ilustrar sobre unos pueblos inmersos en la zozobra, en su perenne violencia.

En la esfera política quienes ostentan el poder no han cumplido con sus promesas a la hora de gestionar los dineros públicos y los destinos de su nación, provocando insatisfacción e inseguridad. Este suceso narrado en *Los ejércitos* es un espejo de lo que

³⁴ Itálicas en el texto original

pasa en Colombia en donde se hace preciso tener en cuenta los indicadores de violencia intrafamiliar³⁵ donde en las estadísticas se registra un aumento en los casos al pasar de 44.228 en 2014 a 49.712 en 2016. Se indicó que las mujeres entre los 20 y 29 años son las más propensas a ser objeto de maltrato. Ahora, al verlas según su estado civil, se evidenció que las que están en unión libre fueron las que más sufrieron todo tipo de ataques en sus hogares, también con un incremento, al pasar de 40,5% de casos en 2015 a 40,8% en 2016. Se destaca en el informe la pregunta qué lanzan para la reflexión: “[¿] de qué manera son diferentes las condiciones de una mujer casada a una que vive en unión libre que llevan a que las últimas tengan un mayor riesgo de ser victimizadas” [?] (Medicina Legal 12). Quienes ejercen la administración política del país están cayendo en el caos al no saber responder a la tarea asignada como servidores públicos. Las familias cada vez como lo ejemplifican las estadísticas sufren irreversible deterioro de su calidad de vida por la inoperancia rampante desde la esfera pública que permea con fatídicas consecuencias la vida familiar, la armonía doméstica. Los registros lejos de atenuarse cada vez se incrementan como los casos de mala gestión y corrupción generalizadas.

*Transparency International*³⁶, organismo encargado de clasificar desde 1995 la percepción de la corrupción pública en 176 países, estableció que en 2016 el puntaje promedio llegó a 43, en una escala que muestra el número 0 como limpia, y 100 como

³⁵ “Violencia de Género en Colombia. Análisis comparativo de cifras 2014, 2015 y 2016”. Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Octubre 2016.

³⁶ Listado de países por su nivel de la percepción entre sus habitantes del nivel de corrupción en el sector público.

muy corrupta. Colombia obtuvo el bajo puntaje de 37 sobre 100 que ubica a esta nación en el puesto 90 entre el listado de los 176 países más afectados. Dinamarca y Nueva Zelanda con 2 puntos, lideran la lista como países con menos corrupción, mientras Somalia (176), Sudán del sur (175), Corea del Norte (174), Siria (173) y Yemen (172) (quedaron con los índices más altos de afectación por esta mala práctica de sus servidores públicos. Se destaca que Colombia nunca ha recibido un puntaje de buena gestión.

A la secuencia del hombre violento que disparó al profesor Pasos, se puede enfrentar por contraste, la del brasilero que no se muestra celoso al comprobar que su mujer desnuda es espiada por el profesor Pasos. Tampoco hay una actitud violenta. Una clara diferencia desde la ficción con la realidad de las ciudades colombianas donde se vive a diario la notable intolerancia en donde sí se presentan casos de agresiones a adultos mayores, así como numerosos episodios de agresiones de tipo racial. En esas confrontaciones no hay respeto de rango, edad, condición social, color de piel y género, acrecentando en especial los casos contra mujeres y personas afroamericanas, como principal rasgo.

En *Los ejércitos* sus personajes viven una cotidianidad marcada por la zozobra en donde las acciones están cargadas por conductas violentas, ausencias repentinas, sombras que atraviesan calles sin dejar rastro, sonidos de disparos que no se sabe de qué bando son y contra quién. Este clima de tensión realza la atmósfera de represión y miedo. La incertidumbre por la inminente invasión o el sangriento ataque se instala en los diálogos de todos los habitantes del pueblo de San José, trasunto de muchos poblados

y regiones colombianas asoladas por la guerra y la barbarie. Así, la esfera familiar recibe el sello trastocados de lo político, de lo público, incidiendo a diario en el ambiente doméstico. Una muestra de esto es el señalamiento en la novela de una fecha, como un sello de lo inexorable: “Los 9 de marzo, desde hace cuatro años, visitamos a Hortensia Galindo. Es en esta fecha cuando muchos de sus amigos la ayudamos a sobrellevar la desaparición de su esposo” [...] (27). La zozobra y el desconocimiento de qué pasó con su marido hacen que Hortensia Galindo sea el ejemplo que refleja el drama de miles de hogares rotos por la desaparición, el secuestro o la extorsión a manos de bandas criminales o grupos ilegales armados que para financiar su guerra con el Estado recurren a los secuestros. El país llegó a registrar 899 secuestrados en 1998³⁷ mientras el Centro de Memoria Histórica³⁸, registra que en 40 años (1970 –2010), se reportaron 39.058 personas secuestradas (Memoria Histórica párr. 2).

Los personajes de *Los ejércitos*, como los habitantes de esa ciudad de Colombia, de ese San José de la novela, son víctimas de la violencia del conflicto armado y están inermes en esos caseríos asolados por el manto de incertidumbre. Su pueblo se ha ido llenando de una presencia ignota, cada día hay más hombre de uniforme militar y menos habitantes. El éxodo se hace la constante diaria y no hay la certeza del retorno a casa mientras otros simplemente desaparecen. En la novela, como en la vida real, hay quienes desaparecen sin saber por qué, o por culpa de quiénes.

Para establecer de la propia voz de Rosero su relación con lo trágico, es

³⁷ Informe de Coyuntura Económica, Universidad de los Andes. El secuestro en Colombia, por Daniel Mejía. pp. 167.

³⁸ Centro Nacional de Memoria Histórica. *Las cifras del secuestro*. Junio 19, 2013. Párrafo 2.

pertinente la entrevista que el autor concediera en 2007 a Arturo Jiménez del diario mexicano *La Jornada*: En ella Rosero aborda su relación con la ejecución de *Los ejércitos*: “Yo no soy un analista político, soy un escritor y traté de reflejar toda la crudeza de esa realidad. Mi propósito fue escribir una novela, no un ensayo, ni tomar partido ideológico por ninguno de esos ejércitos” (Rosero entrevistado por Jiménez párr. 6). Unos párrafos más adelante, en el mismo diario, Rosero se adentra en la realidad como bono que crea esa historia aterradora que se lee en la novela: “He hablado con los desplazados de Cali, donde vive mi mamá. Sus experiencias alimentaron parte de mi historia. Todas las anécdotas que narro son reales. Los dedos que le mandan al hombre que le secuestraron a su esposa y su hija. El coronel que dispara en la plaza a diestra y siniestra porque ‘ustedes son guerrilleros’³⁹. Nada es inventado por mí, solamente los personajes alrededor de los cuales giran las anécdotas verídicas” (párr. 15).

Marino Troncoso llama la atención sobre cómo Román López Tamez aseguró en *La narrativa actual de Colombia y su contexto social* (1975) que “se podría asegurar que no hay novela colombiana en los últimos veinte años que, de alguna manera, no se refiera a la violencia” (López citado por Troncoso 30). Sobre el mismo tópico, reconoce que: “Nos habíamos acostumbrado a negar las memorias del olvido poetizadas por García Márquez en *Cien años de soledad*” (Troncoso 29).

El teórico y novelista Álvaro Pineda Botero se suma a la discusión sobre el tratamiento de la violencia para lo cual hace un contrapunteo desde la literatura. Así lo expresa en la revista *Humbolt* con su ensayo *Cuatro cuestiones sobre la novela*

³⁹ Comillas en el texto original.

colombiana del narcotráfico:

Ahora bien, respecto a la novela como reflejo de estas nuevas realidades, no ha sido posible mantener una categorización taxativa para clasificar y denominar las obras. En este punto se mezclan varias, o muchas, categorías. Surgen, por ejemplo: [aquí cita al menos seis novelas, publicadas entre 1997 hasta 2002, que abarcan problemáticas de adicción a la cocaína, pérdida de identidad, de sicarios, etc.]⁴⁰ Dice: Desde cierta perspectiva, es posible afirmar que todas estas denominaciones son en realidad derivaciones de la novela de la violencia. (Pineda párr. 6)

A la pregunta: “¿Cómo evaluar, entonces, el impacto que el narcotráfico y la violencia urbana han tenido en la novelística?”, Álvaro Pineda Botero responde: “Como determinante y definitivo. El narcotráfico y la violencia urbana parecen ser ingredientes necesarios en toda novela publicada después de 1990” (párr. 12).

Situando la óptica en el caso colombiano, pensando en lo novelado por los autores citados en la última nota de pie de página, se ve que hay más que una dicotomía de personajes, cobijados por una presencia divina, o un designio de sus ancestros, vistos como reyes, o deidades, ninguno, dejó escapar su proceder basado o justificando su accionar.

Se muestran personajes llevados por la venganza, el sino trágico de sus días, la cotidianidad sin más que los deja inmersos en sus actos, y finalmente, como pueblos

⁴⁰ Se refiere a *Rosario Tijeras* (1999), de Jorge Franco, *La virgen de los sicarios* (1994), de Fernando Vallejo, *Satanás* (2002), *Relato de un asesino* (2001), de Mario Mendoza, o *Perder es cuestión de método* (1997), de Santiago Gamboa y *Sin remedio* (1984), de Antonio Caballero.

itinerantes, en medio del fuego cruzado, avanza, sin más, una multitud con esperanza de hallar una mañana clara, libre de disparos.

Mientras se piensa en un fin del conflicto, sin ser pesimistas, seguirán los novelistas narrando, lo que da vigencia a la pregunta de Walter Benjamín en su libro *Para una crítica de la violencia* (1972): “¿es acaso posible la resolución no violenta de conflictos?” (Benjamín 34). El pensador cree en una salida positiva desde la esfera personal. “Las relaciones entre personas privadas ofrecen abundantes ejemplos de ello. Dondequiera que la cultura del corazón haya hecho accesibles medios limpios de acuerdo, se registra conformidad inviolenta” (34). Él cree posible dar con vías para alejarse de la confrontación: “A los medios legítimos e ilegítimos de todo tipo, que siempre expresan violencia, puede oponerse los no violentos, los medios limpios. Sus precondiciones subjetivas son cortesía sincera, afinidad, amor a la paz, confianza y todo aquello que en este contexto se deje nombrar” (34). Finalmente, Georges Bataille, en su texto *La literatura y el mal*, al analizar la obra del poeta William Blake, destaca que precisamente esa condición del mal, por medio de la poesía, consigue trascender: “la poesía que niega y destruye el límite de las cosas es la única que tiene el poder de devolvernos a su ausencia de límite; el mundo, en una palabra, se nos entrega, cuando la imagen que tenemos de él es sagrada, porque todo lo que es sagrado es poético, todo lo que es poético es sagrado” (123).

Este drama cotidiano en un país de Latinoamérica ha mantenido en vilo a toda una sociedad inerme. Ese devenir se plasma en un texto que novela desde la literatura la

mirada que propone la revisión. Se pretende desde la mirada del texto acercar esa óptica personal de autor a un análisis y reflexión.

Al pensar en el factor universal del tema de la violencia, la novela *Pensamientos de guerra* de Orlando Mejía Rivera permite anclar esta idea como un sí no, es decir, casi una condición presente en la humanidad. Al premiar esta novela y fundamentar su veredicto, el jurado destacó cómo “interroga sobre la condición del hombre en el mundo” (Cardona 12). Esta novela corta aborda el drama que padece un profesor, luego que fuera secuestrado por un grupo armado cuando en clase intentaba ilustrar a sus estudiantes sobre algunos planteamientos del filósofo Ludwig Wittgenstein. Al adentrarse en la trama se ve la afectación desde las esferas públicas en la vida de la población. Esta infiltración se hace patente cuando se lee en el ensayo que “para el profesor, al igual que para muchos, la guerra de su país era algo muy lejano de su vida, de su mundo, pero ahora le había llegado la ocasión de padecerla” (80).

En la narración se van conociendo en plena I Guerra Mundial los pensamientos del filósofo mientras se asiste a la exposición de pensamientos del profesor al transcurrir el conflicto bélico en su país de origen. Se ve al filósofo en su horror por el conflicto mundial, así como también está afectado el profesor por desangre en tierras colombianas. “Imaginar la historia de Wittgenstein durante los años de la Primera Guerra Mundial se convierte en su labor esencial, es lo que llega a ser su existencia mientras se acerca a la muerte o está ya en ella” (Cardona 14). Se retrata una realidad universal y nacional con la inmersión en los pensamientos del personaje narrador, el profesor. Para el caso colombiano se nombra la violencia como un sello personal para la

sociedad afectada. “Durante mucho tiempo ‘violencia’ ha sido la palabra que en ese país nombra una guerra que para el prisionero de *Pensamientos de guerra* “venía desde la independencia y nunca había tenido una tregua en la realidad” (Mejía citado por Cardona 27).

El caso especial de esta novela que se resalta en el ensayo en cuestión es la perspectiva del lenguaje que juega con sus límites, es decir, el trasunto es la expresión y la transmisión de una realidad desde la ficción por medio de la palabra escrita. Cardona hace un paralelo de la acción de la novela en donde se muestran las dos realidades, tanto la del profesor como la del filósofo: “Si decir termina por ser solo un asunto del lenguaje y su gramática, lo que no se puede decir solo se puede mostrar. De esta manera llegamos a entender que la guerra que se vive en Colombia también es indecible, solo mostrable” (Cardona 27). A renglón seguido se apoya en el texto de Mejía al decir que para que Wittgenstein escribiera su *Tractatus* “influyó el hecho de que estuviera en el frente de batalla durante la Primera Guerra Mundial” (Mejía citado por Cardona 27). Igualmente, Cardona destaca que

para que el profesor haga su relato del filósofo influyen sus condiciones atroces del cautiverio en medio de la guerra de su país, que era un fin en sí misma, un karma colectivo que nos hundía en un círculo vicioso de asesinatos, odios, asesinatos, odios, demencia que ya no podía maquillarse con los discursos de la justicia social o la defensa de los intereses nacionales. (Cardona 27)

Hay pocos antecedentes de construir una novela con estructura de poesía sin hacer énfasis en los muertos, sin nombrarlos. Si bien algunas novelas se aproximaron con temáticas paralelas a este acontecer no se exploró la confrontación intensa y deplorable de situar a una población en la mitad del conflicto. Esta es la mirada que propone la novela *Los Ejércitos*, en donde desde la guerra, la literatura cuenta. Hablar entre las balas, vivir entre la zozobra de las masacres, es hacer referencia a un país como Colombia, habitado por 48 millones de seres humanos. Una nación que, aunque cercada por el miedo, resiste. En las novelas *En el lejero* y *Los ejércitos*, Rosero habla desde la guerra. Estas dos novelas y una última parte de su obra escrita en la última década, narran sobre un país cruzado por un ejército de extrema izquierda: las guerrillas de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) y el ELN (Ejército de Liberación Nacional), originadas en 1960.

Los paramilitares se crearon con colonos, hacendados adinerados y grupos de autodefensa campesina. Allí entraron policías y ejército para respaldar muchas de sus acciones militares. Después, esos grupos se integraron a los carteles de la droga y en medio de su accionar, cometieron masacres y empezaron a expulsar poblaciones de varias regiones del país, en lo que se conoce como desplazamiento forzado. Muchos de sus líderes terminaron siendo pedidos en extradición por los Estados Unidos, por sus vínculos con los narcotraficantes.

Entre 2002 y 2006, se inició un proceso de desmovilización de estos grupos. Al poco tiempo se detectaron nuevos actos delictivos que esta vez se atribuyeron a las bandas criminales, llamadas Bacrim, compuestas por 30 mil miembros. De modo que

estos movimientos, para las autoridades, ya no son considerados como paramilitares porque están conformados por narcotraficantes y sicarios.

El conflicto entre guerrilla, paramilitares y Bacrim, según cifras de la ACNUR (Oficina del Alto Comisionado de Naciones Unidas) para el año 2015 indica que, de cada 100 ciudadanos, 11 fueron reportados en situación de desplazamiento.

Con este panorama sombrío, entre el miedo y ante la arremetida de la violencia, este país ha tenido un marco temporal que abarca 70 años, desde 1946 hasta 2016. Y en este periodo Colombia ha registrado 6,9 millones de víctimas, término que incluye muertes violentas, heridos, desaparecidos, secuestrados, torturados o mutilados. La ACNUR reporta que, en el drama de los refugiados internos, Colombia forma un trío de países con Siria que tiene 6,6 millones de personas con este problema, e Irak, con 4,4 millones. Al revisar las cifras del primer semestre de 2016⁴¹, en el apartado sobre Colombia, se lee que allí apenas se vive un desescalamiento del conflicto interno, producto de los acuerdos de paz de ese año. No obstante, sigue con altos registros: “other countries from significant numbers of refugees originated and mid-2016 included the Democratic Republic of the Congo (536.100), the Central African Republic (473.300), Myanmar (451.100), Eritrea (435.600), and Colombia (339.200)” (UNHCR 7). Por primera vez en setenta años, este país pasó a ser uno de los últimos en la escala, es decir, pasó de encabezar los registros en los años 80 y 90, a ser en 2015, una de las tres naciones con más refugiados y para 2016, la reducción de esos guarimos la dejaron en último lugar.

⁴¹ UNHCR. (*The UN Refugee Agency*). Mid. 2016.

Es una larga y dolorosa enumeración, una lista bañada en sangre. En el caso colombiano, dentro de esta barbarie hay un incuantificable número de muertos. Entre los que han perdido su hogar o debieron huir para no ser alcanzados por las balas y las bombas queda un saldo: el de la tristeza. Aún permanecen los que quedan en la nada, despojados de todo. Y para el que se atreve a manifestar su desacuerdo o alzar la voz hay una orden, una condena.

A lo largo de *Los ejércitos* se va mostrando una historia que desde la primera persona evita caer en la crónica, en el título noticioso que da cuenta de una guerra como en prontuario judicial. Es Ismael, de 70 años, profesor jubilado que hace 10 meses no recibe su pensión y sigue a la espera, mientras las sombras de no se sabe cuál ejército se va acercando al pueblo como amenaza. El tratamiento con el lenguaje que hace el escritor Evelio Rosero marca la diferencia en la manera de abordar la realidad colombiana sobre su guerra. No es una enumeración de anécdotas sino su forma de abordar la historia lo que hace diferente a esta novela. La metáfora de un hombre en armonía con su esposa desde hace cuarenta años lo muestra en un huerto donde al caer la tarde se sube a una escalera para recoger naranjas mientras espía a una mujer que se hace baños de sol. Allí muestra un país en paz con una relación conyugal que no se ve amenazada por el cuerpo virtuoso de una mujer que se sabe observada y se complace cuando es observada por un anciano. Ese ambiente de tranquilidad y armonía cambiará cuando se cumplan cuatro años de la desaparición de un habitante, a la que se empezarán a sumar otras. Enseguida como en un presagio, después del reclamo de su mujer por estar encima de una escalera deseando a una vecina, es el preludio del caos, de la

pérdida de solaz que ya no será el paraíso en el que viven los ancianos profesores. Se pasará por medio de las palabras a la zozobra y el dolor, a la incógnita por los seres queridos secuestrados o desaparecidos. Los primeros disparos son el antecedente de los posteriores patrullajes sobre las calles del pueblo. El dolor de rodilla que padece el profesor Pasos es apenas el comienzo de su peregrinaje y la constatación de que la pérdida de su esposa es la pérdida de su balance. Los pobladores angustiados es el mismo país extraviado, a merced de los violentos. Contar del deterioro y el desasosiego obligó a Rosero emplear a fondo un lenguaje de espejos para reflejar allí una manera indirecta de contar del horror, del baño de sangre y del amor, a un tiempo, sin ser la réplica de una página de periódico que cuenta de la guerra, sino que desde la ficción por medio de la metáfora y la mimesis copia y transforma el horror en historia, aunque conocida transmutada artísticamente de nueva manera.

Tanto *En el lejero* como *Los ejércitos* han sido el camino de recreación de un acontecer particular y permiten visibilizar lo que noticieros y periódicos no pueden mostrar, al no tener el espacio que ocupa la escritura de ficción. Desde la guerra, la literatura cuenta. Eso permite salirse de las fronteras de la realidad dolorosa y conmover conciencias. Si eso logra un libro, eso ya es un camino bien labrado.

En medio del enfrentamiento, los refugiados siguen buscando como subsistir. En el desangre la ficción entró como medio para que los escritores expresen el conflicto. Y en *Los ejércitos* en medio del miedo resalta la belleza: “detrás de la escueta falda blanquísima se zarandeaba cada rincón de su cuerpo, al ritmo frenético y concienzudo de la tarea: platos y tazas llameaban en sus manos trigueñas: de vez en cuando un cuchillo

dentado asomaba, luminoso y feliz, pero en todo caso como ensangrentado” (Rosero 12). Esta carencia, anhelo por lo que no se tiene, viene por contraste de un hombre mayor, jubilado.

En las siguientes páginas, para el caso colombiano, se esboza cómo en *Los ejércitos* se ve el espejo del acontecer nacional. El siguiente pasaje recuerda perfectamente la deuda de esta novela con su predecesora, *En el lejero* que alude como se ha mencionado antes a las atmósferas opresivas lo que es una constante a lo largo del relato. En *Los ejércitos* ese recurso, se puede decir, adquiere un matiz más sombrío, preludio de la tragedia. Del sol y el calor que no parece hacer mella en el añoso profesor, se pasará a su inicial reclusión y posterior errancia en la noche, aún en los recodos de un pueblo oscuro y cercado por sombras que huyen, disparan o solo hacen presencia sin dar la cara. Se pasará de la exposición del casi dorado cuerpo de Geraldina, a una mujer vestida de negro que ya no se expone a la mirada de su vecino, de una mujer que será vejada por sus captores, así haya perdido la vida porque pasará a hacer parte de ese pueblo, de ese país mancillado como su cuerpo, sin brillo, en medio del ultraje y el silencio. En síntesis, se pasará de la luz solar y algarabía, al silencio y la oscuridad, en donde solo las ráfagas que cesan vidas iluminarán fugazmente los cuerpos abatidos en medio de lo lúgubre.

Como si la claustrofobia fuera el antecedente o los preparativos para el ataque que no se sabe cuándo será, aunque se presiente inminente. “No hay luna, la noche sigue cerrada; no veo a un metro de mí, aunque sé que voy a medio camino: la cabaña del maestro está a medio camino de la montaña, [...] (Rosero 43).

Al igual que en *El lejero* Rosero apela a lo inexpresable, a lo que no se ve, la niebla oculta, a esa atmósfera cerrada, sin luna, como para decir que, tanto en la novela anterior como en *Los ejércitos*, sus habitantes, entre fantasmas, como en las historias del mejicano Juan Rulfo, o están muertos, o están cercados. Son seres sin esperanza que se pierden entre la niebla, entre las calles agrietadas. Los acecha el ataque repentino, la incertidumbre. Ese ambiente cargado parece establecer un paralelo entre el pueblo de *Los ejércitos* y tantos otros en Colombia que se pueden ver retratados como un rugido de la guerra que no cesa.

Y esa sombra, la niebla espesa como una amenaza no se va, está en el pueblo, es real, ¿quiénes son? Así se describe lo ominoso:

Estoy empapado en sudor, como si hubiera llovido; no hay viento, y, sin embargo, escucho que algo o alguien pisa y troncha las hojas, el chamizo. Me paraliza. Trato de adivinar entre la mancha de los arbustos. El ruido se acerca, ¿y si es un ataque? Puede suceder que la guerrilla, o los paramilitares, hayan decidido tomarse el pueblo esta noche, ¿por qué no? (43).

Leer *Los ejércitos* es recorrer páginas de la tragedia colombiana. Relatos de masacres, descripciones de secuestros, recuerdos de personas asesinadas o desaparecidas, almas en pena que recuerdan mejores tiempos de San José, ese pueblo que puede ser cualquiera que apenas pervive entre la niebla, el miedo. Así recuerda Ismael un secuestro:

Pero en eso oí que el que mandaba les decía: ‘Larguen a este viejo’. Y cuando dijo larguen a este viejo un muchacho me puso la boca del fusil en la nuca. Entonces sentí lo que tú hace poco Ismael.

—Que estoy muerto.

—Por Dios que todavía me quedaron fuerzas para agradecer que no pusieron un machete en mi nuca, en lugar de ese fusil. ¿A cuántos no han tasajeado sin que después se les encuentre un tiro de gracia, por lo menos?

—A casi todos.

—A todos, Ismael. (Rosero 48)

Hagan lo que hagan los habitantes de San Vicente recibirán la visita de la violencia. Así se lee en el pasaje donde el profesor Pasos, después de una larga caminata por una de las calles empinadas en donde a su pesar está atormentado por una rodilla maltrecha. Solitario, presiente lo peor. Un soldado lo interroga, le pide la cédula, verifica. A su lado hay otros que también madrugaron y hacen parte de los interrogados, de los que se les ve en la cara que no saben qué pasa en el pueblo o qué pasará con ellos apenas termine el interrogatorio.

La incertidumbre se apodera del atribulado profesor Pasos: “Un soldado leyó una lista de nombres: ‘Éstos se van’, dijo, y me quedé pasmado: no escuché mi nombre” (64). Pasos sabe que a muchos los suben en un camión del ejército y de ellos no se sabe. Las preguntas quedan sin respuesta: “¿a quién se llevaron esta vez?, nadie lo sabe, y tampoco nadie se muere por averiguarlo; que se lleven a alguien es un asunto común y

corriente, pero resulta delicado averiguar demasiado, preocuparse en exceso; [...] (Rosero 65).

Con este pasaje Rosero, permite ver, como en una vida apenas intranquila, notar que la política o el conflicto colombiano empieza a influir en la vida de los hombres, sin hacer un llamado a la puerta. Si se lee un episodio como este en un periódico, las fronteras entre lo ficticio y lo real, se diluirán, para dar paso a las estadísticas y los informes de memoria. Se puede discernir cuáles son las fronteras entre lo que pasa en la realidad y lo que podría pasar en la ficción, o viceversa, en un camino de doble vía. Una escena como esta es posible en Colombia y se confirma que escenas como esta siguen sucediendo como si lo narrado no tuviera fecha de caducidad. Se podría decir que la violencia no es inamovible, es cíclica, atemporal y aún está lejos de cesar. La ficción no se agota porque la realidad ni cambia o no deja de recrudecerse; hay una realidad que permite, esta vez desde Rosero con sus ficciones, decir, que lo familiar, ya hace rato en Colombia está siendo sacudido por lo político. Es un juego de esferas que se atraen.

El drama del secuestro recorre como una epidemia, un río desbocado en cada recodo del pueblo, presagiando cada nombre que deberá desaparecer. Y como un karma, los desaparecidos claman, pero no se sabe de ellos:

—Pues todavía no ha aparecido, ni muerto ni vivo.

—Y Hortensia todavía leyó, sin que se le quebrara la voz: “que se lea esto en público, para que el mundo sepa la verdad, me quieren matar, tanto los que me tienen prisionero como los que dicen que me quieren liberar”. Esto último me lo grabé yo en mi memoria porque fue ahí cuando me di cuenta

que Marcos ya se daba por muerto, que no estaba loco y decía las cosas de verdad que solo da la desesperación, como las dice el que sabe que va a morir, ¿para qué mentir?, el hombre que miente a la hora de morir no es un hombre. (Rosero 56)

A los interrogatorios en San Vicente, siguen las desapariciones. Algunos alcanzan a escapar de la posibilidad de ser asesinados o a un rapto por cualquiera de los grupos, como le pasó a uno de los personajes de *Los ejércitos*, el médico Gentil Orduz, de renombre en la zona. “Ha tenido suerte: las dos veces que la guerrilla quiso llevárselo se encontraba lejos de San José, en El Palo. Y la vez que llegaron a buscarlo los paramilitares alcanzó a esconderse en un rincón del mercado, metiéndose entero en un costal de mazorcas” (Rosero 68).

También en la novela abundan las escenas de pagos a los bandos en guerra, sumas de dinero conocidas como ‘vacunas’, igual que en la realidad colombiana, donde con frecuencia esas entregas de plata se vuelven periódicas. El brasilero, otro de los personajes de la novela, encarna ese drama: “pagaba sus buenas vacunas, tanto a los paras como a la guerrilla, a escondidas, con la esperanza de que lo dejaran tranquilo, ¿y entonces?, ¿por qué se lo llevaron?, vaya usted a saber” (68). Y sumados a estos cuadros de vida cotidiana alterada por la guerra, se van paulatinamente armando las escenas de la muerte, de los que caen, entre las balas. Pasos habla del miedo de otros a morir, de la certeza que pronto van a recibir una ráfaga mortal, como le sucede a un ignoto soldado

que presiente su muerte: “*Me voy a morir*”⁴², dijo, y lo mataron, yo vi su cara rígida cuando lo trajeron, y no solo a él: había otros tantos” (70).

La muchedumbre, a medida que la novela avanza, crece, como es de esperarse, y es víctima de más delitos: a los secuestros, las extorsiones y las ‘vacunas’, se suman más muertos, entre los disparos por doquier, con lo que se altera por completo la vida familiar del pueblo de San Vicente, en una evidencia de cómo la esfera política se instala con todo el peso de su poder para afectar a los niños, uno de los grupos más queridos y vulnerables. Al drama del inminente ataque y presentir que en cualquier momento miembros de los grupos armados ilegales raptan niños para engrosar sus filas de militantes, Geraldina, como cualquier madre colombiana que puede ser blanco de un grupo que la despoje de sus hijos, refuerza su dolor al saber que no puede hacer mucho para evitar que la separación de sus hijos sea definitiva. Por lo pronto, su tragedia desde la trama de Los ejércitos, emula el acontecer colombiano. En el caso solo de las FARC, esa guerrilla en su historial de 39 años ha reclutado 11.556 niños⁴³, es decir, desde el conflicto de la guerrilla con el estado colombiano, incapaz para evitar la intromisión de la violencia en la vida familiar, ha dejado que esa cantidad de menores de edad queden sin el cariño y protección de sus familiares. Así, el núcleo familiar queda eclipsado por el fragor de las disputas que enfrentaron por más de 50 años al estado colombiano con la guerrilla de las FARC.

⁴² Itálicas en el original.

⁴³ Informe de la Fiscalía General de la Nación. Las Farc reclutaron ilícitamente a 11.556 menores desde 1975. Mayo 16 de 2016.

Una atribulada Geraldina, despojada de su rasgo erótico, ahora llora y se lamenta por el rapto de sus hijos: “Entró él a medianoche con otros hombres y se llevó a los niños, así de simple, profesor [...] No quiero creer que no pudo hablar de la pura cobardía. Él mismo se llevó a los niños de la mano” (Rosero 79). Es el relato del primer paso para pagar una ‘vacuna’ por la liberación de los niños: “dijeron que tendría que ocuparme de preparar el pago” (79). El brasilero, esposo de Geraldina ha debido entregar sus hijos a ese grupo extorsionador. De modo que la brasilera ya no puede estar más desconsolada: “quién sabe hasta cuándo, por Dios, si nosotros ya íbamos a irnos, y no solo de este pueblo, sino del maldito país” (79).

Pero es tarde, los grupos en guerra atacan el pueblo, ya no hay escapatoria. El profesor Pasos está en medio:

aparece una ambulancia por la misma esquina, agujereada en todos sus flancos, aunque a buena velocidad, y se pierde detrás de una polvareda en dirección al hospital, otros soldados han hecho su entrada por la esquina de arriba, y se gritan con los de abajo, precipitados; los tiros, los estallidos, se recrudecen, próximos, y todavía nadie sabe con certeza en qué sitio del pueblo ocurre, ¿adónde correr? (Rosero 95)

Ya se ha avanzado en más de la mitad de la novela, el deterioro, la debacle atraviesa todo el pueblo, la vida familiar se ha roto. Ya se vive el ataque, la guerra. El profesor Pasos no puede huir: “Una tremenda explosión se escuchó al borde de la plaza, el mismo corazón del pueblo: la grisosa nube de humo se esfumó y ya vi a nadie; [...] (97). El profesor ve grupos y solo sabe que ya no hay vuelta de hoja, las balas circundan

todo el aire disponible y no se sabe quién dispara: “aparece otro grupo de soldados. No son soldados, descubro, ladeando ligeramente la cara. Son siete, o diez, con uniforme de camuflaje, pero usan botas pantaneras, son guerrilleros” (99). Pasos y los pocos e inermes habitantes del pueblo son testigos obligados de lo que sucede a su alrededor: “logramos entrever alucinados, a rachas, las tropas contendientes, sin distinguir a qué ejército pertenecen, los rostros igual de despiadados” (Rosero 101).

También como en la cruda vida diaria de la nación colombiana, en *Los ejércitos*, se pasa revista a lo que desde el gobierno central se dictamina, para corroborar que, dependiendo de la línea oficial, asimismo se extiende la apreciación sobre lo que realmente sucede en el país. Parece una semejanza entre la realidad y lo que se cuenta en la novela. Pasos oye el informe: “todo está bajo control; lo oímos en los noticieros —en las pequeñas radios de pila, porque seguimos sin electricidad —, lo leemos en los periódicos atrasados; el presidente afirma que aquí no pasa nada, ni aquí ni en el país hay guerra: [...] (161). La realidad es una sola y confluye para hacer recordar la peste del insomnio de los Buendía que han abandonado su pueblo para fundar Macondo, como se vive en *Cien años de soledad*. En esa novela se cuenta que con la llegada de forasteros apareció la enfermedad del insomnio para caer después en la peste del olvido. A las desazones por no poder dormir empezaron a olvidar su historia hasta que Melquiades los sanó. Posteriormente, con la lluvia de cuatro años, once meses y dos días, Macondo era un pueblo de nadie, signado por el ostracismo, así como se hundió en el dolor de los trabajadores de la compañía bananera masacrados cuando al ejército se le encargó sofocar su inconformidad laboral. Así que como en una aciaga metáfora, novela

y país confluyen en una historia de decrepitud y nadie recuerda nada, ni la masacre ni la lluvia torrencial, como en San Vicente, el pueblo de *Los ejércitos* donde según las fuentes oficiales, nada ha sucedido.

En el ensayo *La novela como historia. Cien años de soledad y las bananeras*, de Eduardo Posada Carbó⁴⁴, se hace alusión a ese sangriento hecho ocurrido en la zona bananera de Ciénaga, departamento colombiano del Magdalena donde había estallado el 12 de noviembre una huelga de unos 25000 trabajadores, por lo que el gobierno de los Estados Unidos, conminó a la pronta solución del conflicto al gobierno de Miguel Abadía Méndez para que se protegieran los intereses de la *United Fruit Company*, so pena de invadir con sus marines el territorio colombiano. Pero la tragedia llegó y entre el 5 y 6 de diciembre de 1928, el ejército dispararon contra la masa de trabajadores. El número exacto de acibillados quedó en el limbo. Por el lado militar, murieron 47 trabajadores, mientras el embajador de Francia dice que fueron 100 y por su parte el embajador de Estados Unidos sostiene que habrían muerto unos 1000 trabajadores. García Márquez en un documental de la televisión británica de 1990 justifica así su relato de la desproporción cuando describe la debacle en una imagen de una eterna sucesión de vagones que a cambio de bananos transporta los cadáveres de miles de trabajadores: “decir que todo aquello sucedió para 3 o 7 muertos, o 17 muertos... no alcanzaría a llenar... ni un vagón. Entonces decidí que fueran 3.000 muertos, porque era más o menos lo que entraba dentro de las proporciones del libro que estaba escribiendo.

⁴⁴ Posada Carbó, Eduardo. *La novela como historia. Cien años de soledad y las bananeras*. Boletín cultural y bibliográfico, Banco de la República, vol.35, no. 48, 1998. pp. 1-16.

Es decir, que ya la leyenda llegó a quedar establecida como historia” (García Márquez citado por Posada Carbó 3).

Y se pasó de la incertidumbre a la zozobra, al miedo y después al horror que termina en congoja. Finalizando el viaje que propone *Los ejércitos*, se lee como a Chepe, uno de los personajes de la novela, el dolor se encarga de recordarle que la guerra sigue si no cancela el pago de un rescate: “acaban de entregar a Chepe, por debajo de la puerta, igual que una advertencia definitiva, los dedos índices de su mujer y su hija en un talego ensangrentado” (Rosero 177). Ahora es cuando la violencia muestra su mayor cara y los habitantes del pueblo no saben en manos de quién está su destino. Solo saben que deben moverse a la voz de mando: “ ‘Que a la plaza, carajos`, dice otra voz, cercando a la gente, como si fuéramos ganado” (181). Y el baile se da. Es descrito por Rosero como la danza de la tragedia. Ya todos están reunidos en la calle. Celmiro, otro personaje cercado por la guerra, le preguntan a Ismael qué pasa. “Escuché disparos y gritos, ¿es que están bailando en las calles?

–Están matando, Celmiro.

–Y a ti, ¿te pusieron también a bailar?

–Seguramente. (183)

A medida que se avanza en la lectura de la novela, se siente como si se estuviera en un largo listado de víctimas de todo tipo de atrocidades. Como si nadie pudiera escapar, en una simple cuestión de tiempo, un destino. Es la inexorable intromisión en esas vidas desde la esfera política, de ese pueblo, que no se dejan de irrigar todas las corrientes para afectar la vida familiar. En Colombia, sucede igual, en muchos caseríos,

en varias ciudades y regiones enteras, se llegó a sentir y hasta hace poco apenas se ha dejado de corroborar que unos se quieren llevar a otros, secuestrar, extorsionar, amenazar sin apenas dejar ver su cara o decir de qué grupo son integrantes. Es la certeza, aunque ha mermado aún se presentan casos.

II.4. Miles de muertos, centenares de novelas

Es abrumadora la manera de abordar desde la ficción la cruda realidad colombiana desde la forma de novela. Uno de los pioneros en hacerlo es el escritor Arnoldo Palacios con su novela *Las estrellas son negras* (1949), que relata el despojo y olvido a que fueron sometidos legendariamente los habitantes del occidente del país y concretamente el departamento del Chocó, que paradójicamente, rico en recursos, ha sido objeto de contantes saqueos de sus recursos y blanco constante de administraciones políticas abiertamente cuestionadas y muchas veces condenadas penalmente por su alto grado de corrupción. Este es un escenario perfecto para la operación de distintos grupos armados ilegales, para el desarrollo de la violencia de todo tipo y claro, para ser relatado desde la narrativa. Palacios, que también escribió *La selva y la lluvia* (1958) compone una serie de testimonios de gente ignorada y en lucha por sobrevivir mientras la región abundante en recursos minerales, es saqueada por grandes multinacionales. En ese discurrir se ve al joven Israel, sin recursos, a quien para coincidir con la brevedad de su intenso relato de 24 horas se le acorta el nombre y se le llama Irra. En cuatro secciones tituladas, Hambre, Ira, Nive y Luz interior, llama la atención el capítulo I, Hambre y el II, Ira. El joven en situación paupérrima, apenas come, pero se enamora de Nive, motor de su ilusión, para finalmente perderse en sus sueños irrealizables. Palacios cuenta las

peripecias de Irra en un lenguaje llano, pero con expresión cálida, desde un tono poético. Palacios, al que se le quemó esta novela en los disturbios del “Bogotazo” en 1948 y la reescribió de memoria en dos semanas, cuenta del ostracismo en el que viven él y los de su raza que, por un color de piel distinto, entre otras cosas, se ve relegado por no pertenecer a la mayoría, al grupo de los blancos. Habla del drama y de su lamentable situación, cercado por la pobreza y el hambre, pero sobre todo por el desastre mental. Irra está en problemas: “No entendía bien lo que estaba sucediendo, ni donde se encontraba. El hambre lo había debilitado y quizás el viento le acabó de hacer daño” (35). Después vendrá la ilusión del amor, la rabia y, en consecuencia, las decisiones de vida. Una obra pionera de la diferencia y el racismo, que genera inconformidad y, por ende, violencia. Es una muestra como desde el ámbito familiar, todo un departamento, toda una raza, es víctima del olvido y el ostracismo, como allí entonces se dan los factores para el descontento social desde el interior de la familia.

Sería dispendioso y no es propósito de esta investigación enumerar el centenar de textos que acogen el devenir de Colombia desde sus escritores cuando retoman su propia experiencia para relatar la violencia, pero al hacer claridad sobre la evidencia del numeroso grupo de textos sobre lo violento, se puede detener la revisión en el mismo Rosero, para examinar cómo con otros textos se refiere a la violencia de su país. Lo hace desde el imaginario y los conceptos de historia y mitos que inciden en la caracterización del alma colombiana, un destino que alcanza en la literatura una dimensión de testigo, de registro. Y no es que la verdad, o el hecho histórico no esté registrado, sino que quizá incomoda o en el tiempo ha perdido presencia sepultado quizá por la costumbre de

reconocer como verdad algo que tiene manchas. Es el caso de la figura de Simón Bolívar como libertador de varias repúblicas en América. Sin embargo y a pesar de testimonios y documentos que contradicen la figura de un prócer, esto ha quedado casi sin mácula. Rosero con su novela *La carroza de Bolívar* (2012), acude a la historia no tan conocida y escribe su primera novela histórica. Un aporte para corroborar cómo sucesos nacionales, de por sí trágicos, son oscurecidos, casi maquillados. Ni la Academia de Historia de Colombia y concretamente el historiador José Rafael Sañudo, en cuyas investigaciones se basó el escritor Evelio Rosero para modelar su personaje de Bolívar, no han sido desvirtuados desde la publicación de sus documentos sobre la vida y gestas de Simón Bolívar. Claro que, en su momento, las revelaciones sobre los actos de Bolívar originaron grandes y enconadas reacciones. No es para menos, este héroe nacional es texto de estudio básico en más de un país de América. En este caso, de nuevo, desde la realidad, una novela, la de Evelio Rosero, sirve para explicar cómo la realidad violenta posibilita con su tratamiento desde la ficción, la interpretación o forma diferente de conocer a cerca de un hecho. Más útil, por supuesto ese aporte, si la historia oficial se manipula.

Una vez más desde la ficción, se puede llegar a la realidad. Así pues, se analiza en las siguientes páginas la novela de Rosero: *La carroza de Bolívar*.⁴⁵

Sobre Simón Bolívar, a los ciudadanos de América, primero, y, después, a los demás en todo el mundo, se les vendió una versión oficial, sin más, durante doscientos

⁴⁵ Apartes de este texto fueron publicados por Hugo Montero en *Hojas Universitarias*, no. 27, 2016, pp. 25-33.

años. Para asegurar la imagen legendaria de Bolívar, se ofreció un imaginario de poderosos ganadores de batallas, en caballos blancos de paso firme y, si se quiere, para reforzar su gesta, de vidas llenas de sacrificios: de militares que, aunque de carne y hueso, fueron descritos por los historiadores como ejemplos de valentía y dignos de figurar en enciclopedias.

Puede ser cierto lo que se lee en *La carroza de Bolívar*⁴⁶: Hay otra verdad según la cual el venezolano Simón Bolívar, proclamado libertador de cinco repúblicas, no solo no fue dueño de tales logros, sino que se atribuyó como propias victorias que otros generales menos conocidos lograron. A través de la literatura, se plantea que ese militar, admirado en los libros de historia de estos siglos, y descrito como un hombre atribulado, jamás se reveló como un pedófilo o como un instigador de la masacre de cuatrocientas personas (léase civiles), que no perdieron la vida en un campo de batalla, un 24 de diciembre de 1822, en lo que se conoce como Navidad Negra.

Así, se plantea que, si bien la historia oficial no lo reseña o no lo cuenta como un hecho de sangre, esta fue ordenada por Bolívar para sofocar una rebelión de una región del sur de Colombia que no negaba del todo su simpatía con la Corona española.

Es preciso reiterar que Rosero ha revelado que se basó en la investigación y en el libro del historiador colombiano José Rafael Sañudo: *Estudios sobre la vida de Bolívar* (1949). Desde su posición académica, basado en documentos y en registros oficiales, Sañudo encontró a un ser humano, nunca a un prócer.

⁴⁶ Tusquets editores, México, 2012.

En sus investigaciones, apareció un déspota, un conspirador, un hombre que, dominado por la vanidad, para no perder protagonismo, urdía para eliminar a aquellos de sus generales que pudiera opacar su camino ansiado de figurar en la historia.

En *La carroza de Bolívar* se cuenta que, en el sur de Colombia, indignados con las andanzas deshonorosas de este militar, decidieron hacer una carroza de carnaval (para las festividades de blancos y negros) donde mostraran al supuesto Libertador de América correteando a doce niñas. En las primeras páginas, se lee que el protagonista, el médico Justo Pastor Proceso

no se acordaba del mundo desde que resolvió —recién graduado de médico, a los veinticinco años— escribir en sus horas libres la demostrada y auténtica biografía del nunca tan mal llamado Libertador Simón Bolívar. Ya tenía cumplidos cincuenta años y no terminaba la biografía, ¿moriría en el intento?, era imprescindible esa broma ingeniosa que lo amigara con el mundo —y, de paso, lo entusiasmara a culminar *La Gran Mentira de Bolívar el mal llamado Libertador*— (Rosero 18).

Así, encontramos los puentes que hace la ficción con la historia, real y distorsionada, pero historia, para pasar a contar, a conformar otra versión. A su vez, desde la literatura, rozando límites, trocando líneas de hechos sucedidos o no, el autor muestra una versión, con claro tono ficcional, pero basado en sucesos consignados en archivos, para combinar en la ficción una realidad histórica que le permite al lector, a voluntad, otorgar al texto una dimensión propia, ya de verdad novelada, ya de ficción histórica. Se puede ver que una de las motivaciones con este proceder, originaría

malestar, recelo y de parte de Bolívar, odio, es decir, el héroe multiplicó la violencia en Colombia. Las siguientes páginas se centrarán en la citada Navidad Negra y menciones a la biografía que Carlos Marx hizo de Bolívar.

En 1966, el médico, ahora investigador, se propone hacer una carroza del Carnaval de Blancos y Negros en donde denunciará las andanzas de este mal llamado Libertador; que ya había sido denunciado por Carlos Marx, quien, en carta a Federico Engels, lo definió como el “canalla más cobarde, brutal y miserable. Bolívar es el verdadero Soulouque” (Marx a Engels, 14 de febrero de 1858).

Uno de los hechos centrales es sobre el recorrido de Simón Bolívar (de familia mantuana, de la nobleza criolla venezolana) por el sur de Colombia, cuando ordena en Pasto la masacre del 24 de diciembre de 1822. El Carnaval de Blancos y Negros se celebra hasta la primera semana de enero. Son diez días de ambiente de locura amorosa.

En la novela se dice de Sañudo que “se atrevió a descifrar de manera irrefutable la catadura histórica de Bolívar, sin falsas emociones patrioterías, sin depender de la corte exagerada de halagos (ojos ciegos y oídos sordos) que la gran mayoría de historiadores concede a Bolívar como una tradición desde su muerte” (Rosero 59).

En la página 63, se establece su propósito:

Simón Bolívar tal cual: su extraordinaria capacidad para convencer a sus contemporáneos y de paso a las generaciones venideras (con cartas y proclamas ampulosas, intrigantes, delirantes y tramposas, pomposas y pedantes, ditirámicas, simulacros de Alejandro Magno y Napoleón) de

que era alguien que no era, que había hecho lo que no hizo, y pasar a la historia como el héroe que no fue. (Rosero 63)

Proceso propone para el carnaval una carroza para dibujar un Bolívar que no se tomaría en serio, pues lo haría desde la juerga. Pensaría algunas veces que sería mejor no tomarse en serio las cosas.

Proceso, desde la máscara, armado con una carroza, grita que Bolívar era mentira y esto genera resistencia. Así, sin creer, enfrenta a incrédulos cuando muestra su proyecto de carroza con un Bolívar en lo más alto. En este devenir de la novela, como en la historia, que une ficción y realidad, encontramos que la trama acerca la mirada al año 1966, al Carnaval de Blancos y Negros, cuyos orígenes se remontan hacia 1834.

De lleno en la fiesta, en la farsa, nadie se reconoce, tal como lo experimenta el doctor Proceso. Aquí es útil el análisis de Mijaíl Bajtín: “No se mira el carnaval y, para ser más exactos, habría que decir que ni siquiera se lo representa, sino que se lo vive, se está plegado a sus leyes mientras estas tienen curso y se lleva así una existencia de carnaval” (Bajtín 312).

Bajtín señala cómo en el carnaval, aunque se podría creer que se vive la vida sin reglas, algunos nunca se descuidan de vivir alerta; y eso, aunque el carnaval sea asumido como tregua y no constituya amenazas aparentes para lo establecido en la vida y aunque esta “se sitúa por fuera de los carriles habituales, es una especie de ‘vida al revés’” (Bajtín 312). Se ve que, al ser el carnaval y las carrozas una vía al divertimento, la carroza donde se mostrará al mal llamado libertador no representa una verdad que no se conoce, sino una que no se quiere divulgar, con el argumento, no siempre fundamentado,

de que no es verdad lo que se dice de Simón Bolívar, aunque se demuestre que lo dicho está basado en documentos de historiadores oficiales que, en su momento, no fueron desmentidos, pero sí perseguidos por su intención de dar claridad sobre una figura pública, una figura de la historia de América.

La palabra es fiesta y resucita a la luz del postulado de este teórico y filósofo ruso. Las ideologías, como antropología literaria, sustentan el análisis que se puede hacer a *La carroza*... cuando se establece específicamente qué cuenta y qué quiere contar. Ese “algo” que muchos se resisten a develar pero que esta novela da. Esa locura, es más que la locura del lenguaje. Y es quizá este elemento, el de verdad, carnaval y mentira, lo que le da sentido trágico a la vida, y a la historia de la humanidad, así como fuerza a esta novela, pues duele que, en lo que respecta a la Navidad Negra, en la que murieron más de cuatrocientas personas y en la que Bolívar está inmiscuido, pese más la artimaña para ocultarla.

En la segunda parte de la novela se habla de un libertador usurpador de victorias. Proceso dice, quizá con el peso de la historia, de la verdad, expresa lo que medita: “cómo le dieron crédito, cómo logró imponer su mentira. A qué culpar de esto, ¿a la ignorancia?” (68).

En ese sentido Rosero describe a un militar embustero y frágil: ... no ha existido en toda la historia de generales y comandantes y otros jefes del mundo más grande envanecido de sí mismo que el mal llamado Libertador. Toda su vida de guerrero al revés, más que enfrentar batallas y ordenar los desórdenes de la República se dedicó a

prolongar la guerra, a estorbar por capricho el incipiente progreso de los países y a despilfarrar el erario en manos de militares embrutecidos (Rosero 203).

A propósito del plan de Bolívar de eliminar a sus oponentes, o al que fuera objeto de su odio, por oponerse a sus planes, su secretario, Demarquet, dice: “Su excelencia piensa operar según todas las reglas que proviene el arte de la guerra. [...] La intención de su excelencia es batir a los pastusos en campo abierto y lejos de Pasto para que no pueda volver un solo” (Rosero 229).

A tal fin, para comprar conciencias, “ofreció premiar con 10 mil pesos al cuerpo que los rompiera primero [...]. En Ibarra, sin armas, sin logística, cuando descansaban, los pastusos fueron sorprendidos por un ataque de caballería demoledor” (229).

Bolívar, sabiendo de la muerte de más de quinientos guerreros de Pasto y tan solo ocho republicanos, no suspendió las acciones, ni fue indulgente con su victoria y fiel a su conocida cobardía, cabalgó a rematar a punta de disparos a hombres desarmados, aleccionando a sus lanceros para que atravesaran cuerpos y más cuerpos sin clemencia, hasta que la noche llegó [...], según parte oficial. A los heridos pastusos no se les dio cuartel; se los remató. Los cadáveres no fueron enterrados como manda la más elemental razón humana: Bolívar hizo una pira con ellos (230).

En lo que tiene que ver con el Bolívar de Marx, se puede colegir que este lo consideró como leyenda popular: “la fuerza creadora de los mitos, característica de la fantasía popular, en todas las épocas ha probado su eficacia inventando grandes hombres. El ejemplo más notable de este tipo es, sin duda, el de Simón Bolívar”.

En la introducción del año 2001 de su texto *El Simón Bolívar de Carlos Marx*, José Arico dice que fue por azar como Marx debió redactar un artículo sobre Bolívar. En 1857, Charles Dana, director *del New York Daily Tribune*, realizaba una serie sobre temas de historia militar, biografías y otros varios en la *New American Cyclopaedia* que estaba preparando. Marx se dividió el trabajo con Engels y, así, debió redactar el de Bolívar. Al investigar sobre Bolívar, no ocultó su animadversión, lo que llamó la atención de Dana, quien le dijo que ese tono se escapaba del tratamiento imparcial que debe tener una enciclopedia.

Marx, entonces, en carta a Engels (14 de febrero de 1858), admitió ver en Bolívar a un dictador bonapartista, aunque “habría sido pasarse de la raya querer presentar como Napoleón I al canalla más cobarde, brutal y miserable. Bolívar es el verdadero Soulouque” (Este fue un emperador haitiano del que Marx y Engels se valen para comparar con la ridiculización que hacen de Luis Napoleón III). Y, pensando en postulados marxistas con estructuralismo, según Sklodowska⁴⁷ (25-61), la novela es “un acto simbólico que pretende resolver las contradicciones ideológicas de la realidad en el espacio ficticio del texto e, inexorablemente, está marcada por silencios, incoherencias y fisuras que delatan la conflictividad del referente socio histórico”.

Barthes (citado por Sklodowska 27) ve al discurso histórico decimonónico así: “el hecho solo puede existir lingüísticamente como término en un discurso; sin embargo, lo aceptamos como si fuera la mera reproducción de [...] una realidad”. El discurso

⁴⁷ Sklodowska, Elzbieta. *La parodia en la nueva novela hispanoamericana (1960-1985)*. John Benjamins Publishing Company, 1991.

histórico es el único que pretende alcanzar un referente, afuera, al que de hecho nunca puede llegar.

Para Fernando Aínsa, la obra novelística de un autor, aunque parezca un juego, no es sino un penoso esfuerzo individual por inventar un mundo de punta a punta. Las dosis de imaginación, originalidad y experimentación tienen que ser, lógicamente, mucho mayores.

Finalmente es Carlos Fuentes en su texto *Cervantes o la crítica de la lectura*, quien se refiere a las heridas, a la verdad que acomete la “historia” llamada oficial. “El arte da vida a lo que la historia ha asesinado. El arte da voz a lo que la historia ha negado, silenciado o perseguido. El arte rescata la verdad de las mentiras de la historia” (Fuentes 56).

Reflexionando sobre el mal, es decir, ya instalados en la naturaleza de ambición, y desprendiéndonos de un hombre valeroso que luce mezquino y que hará cualquier cosa primero para satisfacer sus intereses antes que los de los demás, es George Bataille, en su libro *La literatura y el mal*, quien arroja luces para intentar entender a Bolívar y su comportamiento:

El resorte de la actividad humana es, por lo general, el deseo de alcanzar el punto más alejado posible del terreno fúnebre (que se caracteriza por lo podrido, lo sucio, lo impuro): por todas partes borramos las huellas, los signos, los símbolos de la muerte, a costa de incesantes esfuerzos. Llegamos a borrar incluso, si es posible, las huellas y los signos de esos

esfuerzos. Nuestro deseo de elevarnos, de esa fuerza que nos dirige hacia las antípodas de la muerte. (Bataille 99)

Ya instalados en la propuesta de Rosero, al mirar la historia sin ojo confiado u oído dormido, entonces nos buscamos la otra versión, o mejor, una versión menos manipulada que la mayor difundida.

A tal fin, el escritor argentino Juan José Saer, en *El Concepto de ficción*, sostiene que el desafío de la ficción radica en edificar una verdad alterna:

No se escriben ficciones para eludir, por inmadurez o irresponsabilidad, los rigores que exige el tratamiento de la ‘verdad’, sino justamente para poner en evidencia el carácter complejo de la verdad, carácter complejo del que el tratamiento limitado a lo verificable implica una reducción abusiva y un empobrecimiento. (Saer 3)

II.4.1. Narración del discurso del mal

Al analizar la obra de Evelio Rosero y en particular la novela *Los ejércitos* se ve el desarrollo de una temática conocida y ya tratada por otros autores. Son argumentos e historias que otros siguen y seguirán realizando. Así que lo que se busca en esta sección es demostrar la diferencia de este texto y lo que le da su valor.

En *Los Ejércitos* por medio de la poesía se marcan aportes para hablar de la legendaria violencia, a la luz de lo que permite retomar a Terry Eagleton con su texto *Dulce violencia* cuando reflexiona sobre la violencia como flagelo de la humanidad y la reexamina a la luz de su tratamiento a lo largo de la historia, con lo que hace un contraste desde el drama en contraste con la novela:

Mientras que el drama trágico, al avanzar el argumento, destila algún momento puro de crisis de lo vulgar de la vida que lo rodea, la novela es una especie de sociología imaginativa que devuelve esos momentos intensos, aislados, al flujo y reflujo de la historia, deshilando pacientemente las fuerzas menos exóticas, ordinarias, que entran en su formación, y al hacerlo relativiza los juicios que en su forma dramática pueden parecer bastante más tajantes e intratables. (Eagleton 240)

Roland Barthes, por su parte, en *El grado cero de la escritura*, en el capítulo “La utopía del lenguaje”, asegura que hay una nueva profundidad ya que: “La escritura moderna es un verdadero organismo independiente que crece alrededor del acto literario, lo decora con un valor extraño a su intención, lo compromete continuamente en un doble modo de existencia y superpone, al contenido de las palabras, signos opacos que llevan en sí una historia, un compromiso o una redención segunda [...] (53). Se ve que no hay escritura sin compromiso. Barthes considera que el escritor “puede crear un lenguaje libre, que le es devuelto fabricado, pues el lujo nunca es inocente” (54). Ante estos enlazamientos entre el acto creador y su materia de escritura, Barthes recuerda la prerrogativa con la que cuenta el escritor: “Hay por tanto un callejón sin salida de la escritura, y es el callejón de la sociedad misma: los escritores de hoy lo sienten: para ellos, la búsqueda de un no–estilo, o de un estilo oral, de un grado cero o de un grado hablado de la escritura es la anticipación de un estado absolutamente homogéneo de la sociedad [...] (55).

El propio Evelio Rosero, en entrevista que se le hiciera en 2008⁴⁸ no desconoce que en el proceso de escritura de *Los ejércitos* debió hablar con refugiados, revisar periódicos, así como ver gran cantidad de videos y noticieros para adentrarse más en esa compleja realidad política y social:

[...] fue el deseo de determinar mi trabajo literario con base en anécdotas plenamente reales, no imaginadas, porque en este caso —como en tantos otro del país— la vida supera la ficción, y era un reto lograr que en la obra literaria se convenciera de la realidad de los sucesos reales como plenamente reales: la niña secuestrada antes de nacer. El militar que dispara a los civiles por capricho y locura, la candidata a la alcaldía matada a garrote con su hija... (Rosero en entrevista con Montero 89)

También Rosero al responder al escritor Ungar en la entrevista para *Bomb – Artists in Conversation*, ya citada al inicio de este capítulo, da luces sobre sus pasos preliminares cuando aborda el trabajo creativo, concretamente con sus novelas *En el lejero* y *Los ejércitos*:

Tenía que esforzarme por trasladar mi miedo real, mi esporádico terror de ciudadano a las páginas de un libro, como una rebelión. Yo no reflexioné jamás que la destrucción y la descomposición resultaran buenos materiales para mi oficio. Es que padecí esta destrucción de manera progresiva, la padecí en la médula, a mi manera, como sé que directa o indirectamente la

⁴⁸ “Evelio Rosero; al novelista lo salva la terquedad, para bien o para mal”, en entrevista con Hugo Montero. *Hojas Universitarias*. Universidad Central, No. 60, pp 89–90.

padecen todos en el país, excepto el presidente y los magistrados, excepto los generales y los comandantes guerrilleros y los jefes paramilitares, la padecí con solo asomarme a un noticiero de mediodía, mientras almorzaba: una madre avisando de sus hijos masacrados; después la indiferencia del país; la muchacha modelo hablando de telenovelas; después la lista de desaparecidos [...]. (Rosero entrevistado por Ungar párr. 10)

Es el propio Rosero quien en la misma entrevista da luces sobre sus consideraciones literarias al reflexionar en la relación entre sus personajes con problemas de comunicación con el mundo, en un cosmos atroz, que los aísla del mundo real: “Lo único que sé es que esa locura, ese filo de la navaja donde transcurre la realidad y la irrealdad, están aquí, respiran a cada vuelta de esquina, y son los que impulsan mi escritura” (párr. 12).

En cuanto a otros textos de narrativa que aborden la violencia en Colombia, del centenar que gira como satélites sobre este eje temático, se puede nombrar la novela *El día del odio* (1952) de José Antonio Osorio. En esta obra se cuenta la vida de Tránsito una campesina que llega a Bogotá y se emplea en el servicio doméstico, pero no recibe sueldo. Después, sin trabajo en las calles de la ciudad es abusada sexualmente por un policía que a su vez la encarcela. Tránsito conoce a Alacrán y convive con él hasta que estallan los disturbios del Bogotazo y ella es herida por una bala perdida.

Otra de las novelas para mencionar es *Marea de ratas* (1960) de Arturo Echeverry Mejía. La acción de la novela presenta un pueblo de pescadores hasta donde un día llega un grupo de hombres con bastones brillantes y botas negras. La irrupción de

estos hombres al mando de un capitán es el inicio de la noche de terror para este poblado: asesinatos de militantes políticos del bando contrario al del capitán que además de tomar el poder, inicia las desapariciones, quema de casas y oculta su inclinación sexual.

Eduardo Caballero Calderón con su obra se suma al grupo de novelas sobre la violencia. De su autoría es *El cristo de espaldas* (1968) que cuenta desde el punto de vista de un joven sus cinco días en el poblado de Agua Bonita en plena guerra bipartidista en Colombia, en medio de la religiosidad y la politiquería. De repente en ese pueblo sin electricidad un lugareño alerta sobre el asesinato de su padre, lo que genera una cadena de reacciones y juicios, más muertes, confesiones y enredos.

Un lugar destacado en las obras que se relacionan con el tema de la violencia política en Colombia es para la novela *Cóndores no entierran todos los días* (1971) de Gustavo Álvarez Gardeazábal. La historia también refleja el periodo aciago del bipartidismo colombiano, conocido como la Violencia, con letra mayúscula, que va de 1946 hasta 1966 y del que ya se hizo mención en el primer capítulo de esta investigación. La acción de la novela transcurre en Tuluá, en el Valle del Cauca, un pueblo entonces en paz, hasta que paulatinamente se ve amenazado por el pacífico y rezandero conservador León María, que se va transformado en el sanguinario Cóndor, exterminador de liberales. Un criminal que al amparo de la noche viaja en carros azules sin placas y mata, pero en sociedad a plena luz del día deja de ser el autor de masacres en Tuluá para mostrarse como ciudadano ejemplar.

También ocupa un sitio destacado, *El día señalado* (1964), premio Nadal, de Manuel Mejía Vallejo. Esta novela es narrada por dos personajes; uno que narra en tercera persona la vida del nuevo cura del pueblo, el padre Barrios. El otro narrador es un foráneo que llega a tomar parte en una pelea de gallos y va contando lo que sucede a su paso. Desde estos dos ejes narrativos, el lector puede enterarse del conflicto colectivo y también del personal en ese derrotero diario en el pueblo imaginado de Tambo, cercado por la realidad violenta y sofocante con los conflictos entre sus pobladores.

Un lugar especial también ocupa en general la obra de Gabriel García Márquez, de quien se ha citado en el primer capítulo de esta tesis, una de sus novelas, así como sus teorías sobre el tratamiento literario de la violencia. Pues bien, entre el corpus de su novelística se puede hacer mención desde *La hojarasca* (1955), preludio del sino trágico que conllevan los extranjeros en Macondo y que presagian el clima de inestabilidad social y preludio de masacres de trabajadores. *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) que deja en el olvido al viejo coronel que nunca recibe su carta con la pensión o alguna noticia sobre el pago de sus pensiones, como una metáfora de que quienes van o están en guerra, no son premiados. Y se llega a *La mala hora* (1962) en un pueblo al que el autor no le adjudica nombre y que es invadido de pasquines, preludio del odio desde la palabra y el rumor, otro de los ejes narrativos recurrentes en García Márquez, como fetiche que fascina a los que ejercen el odio sobre sus semejantes. Sus otras novelas fundacionales como *Cien años de soledad* (1967), o la metáfora de la desesperanza de América Latina y *El otoño del patriarca* (1975), la soledad que siempre espera al dictador, también se ocupan de la violencia endémica en tierras colombianas.

Siguiendo con este resumen de menciones de obras sobre la violencia en Colombia, ocupa un sitio destacado el dramaturgo y narrador Miguel Torres que desde el teatro con la obra *La siempre viva*, cuenta las afugias de una familia en Bogotá que vive la toma del Palacio de Justicia en 1985 por parte del grupo guerrillero M-19. Torres a su vez, convertido casi en historiador de la violencia, desde la narrativa ha escrito una trilogía sobre el Bogotazo, esa revuelta social que se inició en Bogotá y se propagó por toda Colombia como consecuencia del asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán. En *El crimen del siglo* (2006), se ocupa del este crimen desde la voz del supuesto asesino, en *El incendio de abril* (2012), narra desde las voces de los simpatizantes del líder y sus antagonistas, así como es descrito el levantamiento de masas. En *La invención del pasado* (2016), última novela de su trilogía, Torres cuenta del fracaso y en donde puede surgir el amor con toda su fuerza o la sensación de derrota ante una ciudad devastada. Sergio Álvarez con *35 muertos* (2011) que apela al folletín, la novela histórica y otros elementos narrativos y técnicos para describir las andanzas de un perdedor y la historia del país durante las últimas cuatro décadas. Cuenta de trágicos avatares de guerrilleros, traficantes de drogas, paramilitares y pandilleros, entre otros. Nahum Montt con *El eskimal y la mariposa*, así como Daniel Ferreira y su pentalogía sobre la violencia, son apenas unas de las más de cien novelas que se han escrito sobre este flagelo de Colombia.

La novela de Montt se desarrolla en los finales de los años 80 y principios de los 90 en los que fueron asesinados tres candidatos presidenciales. Todo este entramado se fragua por orden de La Federación y tiene al escolta Coyote como principal protagonista

que se mueve entre varios bandos. De Ferreira, se menciona *Viaje al interior de una gota de sangre* (2014), premio Clarín, que hace parte de un proyecto de cinco textos que agrupan el devenir trágico de la violencia. En la novela se cuenta de un poblado que a punto de celebrar su reinado de la belleza en sus fiestas patronales es acribillado por encapuchados. Así en una novela coral, los muertos irán contado más detalles de las masacres en un viaje al interior sangrante del país.

Después de todo, se puede transmitir al lector la directa implicación del narrador de cada una de las historias por medio de la edición del habla, real o cercana, pero la ficción seguirá necesitando de un método. Son estas herramientas de la literatura y las implicaciones culturales y convicciones personales que permiten exponer también a Rosero sobre su sociedad. Lo que en el siguiente capítulo se verá, al centrar el análisis en *Insensatez*, de Horacio Castellanos Moya. Parte central del siguiente capítulo es ver cómo el autor, al igual que se vio con Rosero, toma historias que afectan a su país de origen, que impactan profundamente a grupos sociales amplios, en una cultura y mundos globalizados, lo que paradójicamente acarreará indiferencia y poca participación en hechos tan visibles como masacres, éxodos y magnicidios.

III. INSENSATEZ

III.1. Horacio Castellanos Moya, nota bio–bibliográfica

Horacio Castellanos Moya, es hondureño de nacimiento. Nació en la ciudad de Tegucigalpa, de donde era su mamá, pero cuando era un niño de cuatro años fue trasladado a San Salvador, país de origen de su padre. Allí vivió hasta 1979 cuando se trasladó a Toronto, Canadá. De estas vivencias entre convulsos países centroamericanos, el cambio de culturas y lenguaje, serán materia prima tanto para *La diáspora* (1988), *El asco* (1997), *El arma en el hombre* (2001), *Desmoronamiento* (2006), *El sueño del retorno* (2011) e *Insensatez* (2004). Historias que cuentan del desarraigo, de ciudades y familias cercados por la violencia, o que hablarán de la certeza de un nuevo comienzo en un país sin futuro, o quizá apenas de un retorno al origen sin mucha fe y probabilidades de triunfo.

Durante su permanencia en Canadá se enroló en la Universidad de York para cursar brevemente estudios de Historian y de áreas comunes. Después regresó a su país de origen por un breve lapso se radicó en Costa Rica, también en un breve lapso. De allí pasó a la ciudad de México en donde vivió por diez años ejerciendo de redactor de la Agencia Salvadoreña de Prensa. En México escribe su primera novela, *La diáspora* que se refiere a los miles guatemaltecos que debieron salir de su país por la guerra que se desató entre 1979 y 1992 a causa de las pesquisas que adelantaron las autoridades en busca de auxiliares de la subversión, pero que desencadenó en lo que se denomina ‘cacería de brujas’ donde muchos inocentes debieron sufrir la tortura, continuos vejámenes e insidiosos interrogatorios.

Castellanos Moya es un trotamundos por lo que su obra y su vida tiene estrecha relación con los lugares y las vivencias que ha terminado incorporando a su universo de obras de ficción y periodismo. Destacan en su especie de exilio, su paso prolongado por México, así como su breve permanencia en España tras lo cual publicó *La diabla en el espejo* que a la postre en el año 2001 le valiera ser finalista en el premio internacional de novela Rómulo Gallegos. Igualmente, con *El asco* (1997), que es su puerta de entrada a un público lector más amplio, es un homenaje al escritor austriaco Thomas Bernhard. Cabe resaltar al hablar de sus periplos que su estadía en Fráncfort, entre 2004 y 2006 le permitió explorar esa vivencia en su novela *Insensatez* cuando el lector de las cuartillas a corregir decide huir para evitar mayores complicaciones con su seguridad personal.

Castellanos después de residir en varias ciudades y alejarse de la música que era su ideal, especialmente componer canciones de rock, ejerció como periodista y editor, con lo que fue completando cierto tipo de expedición personal como investigador, periodista y profesor, para formar su lista de lugares de residencia y trabajo con Alemania, México, España, Canadá, El Salvador, Honduras. El escritor, obtuvo una beca de la Fundación Japón, en cuyo país vivió entre julio de 2009 y enero de 2010, semestre que le permitió vivir en la ciudad de Tokio donde a cambio escribió un ensayo sobre el escritor premio Nobel Kenzaburo Oé.

Después de esa experiencia fue profesor en la Universidad de Pittsburgh, hasta que pasó en su constante movimiento a ser profesor de la Universidad de Iowa. Atrás quedan los sinsabores, especialmente tras la publicación de su novela *El asco*, toda una perorata contra El Salvador, país del que finalmente adoptó la nacionalidad. Por el

contenido de esta novela que no es otra cosa que una incómoda diatriba contra los estamentos gubernamentales y el aparato racista y atacante de los indígenas, recibió amenazas mortales, por lo que se vio obligado a salir del país. Después escribiría *Insensatez*, al tiempo que ejercía como profesor.

III.2. *Insensatez*. Resumen y análisis

En la novela *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya se narran historias desde El Salvador sobre Centroamérica y en particular de Guatemala, sin nombrarla. Como si fuera el mismo ejército que asola en Colombia, allí el lector puede cuestionar el papel de las fuerzas armadas como el de los guerrilleros y el de los paramilitares.

La novela cuenta en doce capítulos más que una larga lista de muertes atribuidas a las tropas del Ejército, es decir, el Gobierno, amparado en su necesidad de enfrentar a la guerrilla, pero en ese afán disparando indiscriminadamente a niños y en general a población civil para sumar entre 1960 y 1996 más de 300 mil muertes, según cifras del informe final *Guatemala, Memoria del Silencio* (73).

En esta historia se desvela el genocidio infligido a los indígenas de Guatemala en donde se arrasaron 442 aldeas de Totonicapán, Petén y General Ríos Montt.

Insensatez cuenta en 155 páginas desde la ficción lo que al haber pasado por poco queda solo en la anécdota y en un conjunto de recuerdos y nada más. Era una sin salida, pero el narrador es lector de un archivo mientras el lector de *Insensatez* se entera del exterminio para prolongar el ruego ‘Nunca más’.

Los hechos sanguinarios ocurridos durante 36 años fueron consignados en folios a la espera de ser develados como lo advierte el narrador y editor de los archivos de

Insensatez a través de 12 capítulos: “[...] esos versos que para mí expresaban toda la desolación después de la masacre [...]” (Castellanos 31)

En *Insensatez* se narra sobre las desapariciones y muertes de indígenas por instrucción gubernamental al ejército guatemalteco, que justificaba las matanzas al explicar que iba en busca de objetivos militares, es decir, que respondía a ataques de guerrilleros.

¿Cómo y a través de qué mecanismos Castellanos va dando registro de unos hechos que, en común, no salieron de su imaginación, no se los investigó, pero sobre todo no corresponden a la fantasía? El autor partió de hechos de dominio público y dio forma a una historia, con armazón literaria, personajes mixtos, pero con una sola motivación: no ser indiferente a una situación que lo mortificaba. Las muertes, las luchas internas, las veleidades políticas, las ansias de poder, las decisiones gubernamentales, todo, con el tapiz de la creatividad literaria, bordea un camino para formular varias preguntas: ¿dónde empieza la ficción y hasta dónde va la realidad? ¿La combinación de realidad y ficción desvirtúa los hechos? ¿Escribir sobre hechos vividos y fantasear o crear unas situaciones literarias, despoja a la realidad de su valor? ¿Se está denunciando o solo registrando una situación política? ¿Vale el testimonio de una novela basada en hechos reales para resumir una época? ¿La ficción es un camino válido, eficaz para denunciar lo que de otra manera levantaría ampolla?

En el autor hay una disposición desde sus trabajos iniciales, recrear unos hechos. Con nombre propio y sin eludir geografías (exceptuando en parte en *Insensatez*), se dice qué pasó, se cuenta de momentos específicos y no se elude narrar a partir de hechos

conocidos, oprobiosos en un país centroamericano desde donde se narra sobre violencia. Lo que quiere decir que no es un accidente ni un hecho fortuito lo que pasa en esa geografía. Además, tampoco es el único autor que ha abordado esta problemática, específicamente por la lucha contra la subversión se masacró según la Comisión de Esclarecimiento histórico (CEH) a más de 200 mil indígenas en aldeas que se exterminó por completo, entre 1960 y 1996⁴⁹. Apenas un narrador, una época, numerosos testimonios, y si se quiere, una mirada entrometida, una forma eficaz de enfrentar tormentos, gritos que no se deben callar, para que no ocurran, que no queden en la impunidad, y del que bien vale la pena decir, la literatura es un pequeño pero ruidoso vehículo.

Ilustrador sobre la razón o motivos que alimentan o inducen a Horacio Castellanos, para insertar en su narrativa el tema de la violencia, es la respuesta que da en la revista *Guaragua* de 2013. ¿Qué objetivos — le preguntan— puede fijarse una

⁴⁹ *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1982) de Elizabeth Burgos es lo que se llama testimonio, que a través del relato de la vida de la líder maya quiché —que debió exiliarse cuando tenía 23 años debido a su participación en grupos de unidad campesina— su cuenta de las atrocidades a las que fueron sometidos los pueblos indígenas guatemaltecos.

La larga noche de los pollos blancos, Francisco Goldman (1992) que también va entre las líneas del testimonio, es decir, la realidad y la otra parte, la ficción para contar de la vida de unas vidas entre el amor, la política, la represión y las muertes sin resolver, ubicada entre los Estados Unidos y Guatemala, para contar de la represión, en especial en los años 80.

Señores bajo los árboles (1994) de Mario Roberto Morales. En esta obra se apela a una historia en cinco fragmentos, generando múltiples voces para representar el horror del genocidio guatemalteco.

El misterio de San Andrés (1996) de Dante Llano, que se basa en la masacre de Patzún cuando el 21 de octubre de 1944, según registros históricos que retoma la novela, un grupo de indígenas se sublevó y mató a una veintena de civiles, por lo que la junta revolucionaria a través de sus soldados reaccionó y violó y masacró a unas novecientas personas entre mujeres, hombres y niños.

En *El material humano* (2009) el guatemalteco Rodrigo Rey Rosa se vale de varias formas para contar la historia, como las estadísticas, las fichas y el diario. El personaje principal es un investigador que fracasa en su papel de sabueso para saber qué pasó en la masacre contra la población guatemalteca.

literatura que acoja la violencia como elemento central de sus preocupaciones? Moya dice:

La literatura no se fija objetivos. Si yo escribo obras donde la violencia es componente esencial, no es porque yo me lo proponga como un plan u objetivo, sino porque el mundo al que pertenezco y que recreo es un mundo violento. Por otro lado, soy enemigo de las etiquetas. Eso de la literatura de la violencia me parece una clasificación fácil. Creo que la literatura occidental desde su mismo origen –recordemos *La Iliada*– recrea la violencia. Me gusta releer el inicio de *La cartuja de Parma*, cuando Fabrizio del Dongo se rompe los hocicos en la batalla de Waterloo. Lo novedoso no es la violencia en la literatura escrita en Latinoamérica sino el nuevo paisaje humano de las ciudades latinoamericanas a principios del siglo XXI⁵⁰. (61)

En alusión a la resistencia ante la violencia, a la que se ven abocadas algunas comunidades, es preciso referirse a las declaraciones de Pilar Calveiro en *Revista ñ*:

Esta forma de relación en la política es súper efectiva y de largo plazo (...). Como la comunidad Cherán, en Michoacán, México, que logró la autonomía recuperando su saber ancestral, recurriendo a una enorme batería de acciones: la protesta, el reclamo, la conversación, la negociación,

⁵⁰ Un diálogo sobre la violencia en América Latina Author(s): Francisco M. Marín, Horacio Castellanos Moya and Élmer Mendoza. *Guaraguao*, Año 7, No. 16 (Summer, 2003), pp. 61-69. Published by: Asociación Centro de Estudios y Cooperación Para América Latina.

pero también la acción armada porque ellos cierran su comunidad y no permiten que entren ni el ejército ni los narcos. Hay un uso muy cauteloso de distintos instrumentos y una auto restricción muy fuerte de la violencia; de lo que se trata es de detener la violencia estatal y paraestatal pero nunca de igualarla ni de sobrepasarla”. Calveiro, finalizó diciendo que esta “es una forma de resistencia muy racional⁵¹. (Calveiro párr. 10)

Entonces cabe preguntarse si la salida será siempre prescindir de lo oficial, aún también de lo conocido como racional, alejándose de lo políticamente correcto hasta llegar a la autonomía para quizá conseguir que nada ni nadie termine beneficiándose y los pueblos, a merced de los papanatas políticos, sigan siendo libres en la legítima senda de libertad y autodeterminación.

El lector de *Insensatez*, el lector de los archivos, en una simultaneidad, en un paralelismo preciso se va enterando de que hay una persona que confiesa su choque. Una confrontación en la que encuentra la frase “Yo no estoy completo de la mente”. Así, sin preámbulo se llega a un punto de interés que se debe dilucidar. En esa jornada inicial el lector de esos archivos advierte que serán mil cien cuartillas donde de entrada es sorprendido por esas frases “impresas casi a renglón seguido, depositadas sobre el que sería mi escritorio por mi amigo Erick, para que me fuera haciendo una idea de la labor que me esperaba” (Castellanos 13).

⁵¹Pilar Calveiro: “Hay violencias que parecen privadas pero son articuladas por los Estados”, Revista Ñ, 08/07/13.

El lector de *Insensatez* se irá enterando de lo que pasó contra miles de indígenas mientras que el lector del archivo de entrada, a su vez, se declara en esas primeras lecturas de los hechos, impactado con la frase que lo ronda a ese indígena cachiquel:

testigo del asesinato de su familia, por el hecho de que ese indígena fuera consciente del quebrantamiento de su aparato psíquico a causa de haber presenciado, herido e impotente, cómo los soldados del ejército de su país despedazaban a machetazos y con sorna a cada uno de sus cuatro pequeños hijos y enseguida arremetían contra su mujer, la pobre ya en shock a causa de que también había sido obligada a presenciar cómo los soldados convertían a sus pequeños hijos en palpitantes trozos de carne humana.

(14)

Esta es pues una clara demostración de cómo en el propio seno familiar, en la entraña de las familias en busca de su sustento, desde la élite gubernamental, se da inicio al exterminio. El narrador que a su vez es lector, va contando lo que ve, lo que siente. El lector de *Insensatez*, en muchos planos, está por momentos en el mismo nivel de información, se va enterando de lo que sucede o sucedió: “yo me encontraba ahora precisamente en la sede del Arzobispado frente a mil cien cuartillas a renglón seguido que contenían los espeluznantes relatos de cómo los militares habían exterminado decenas de poblados con sus habitantes” (Castellanos 16). Así, relator, a su vez lector de esas mil cien cuartillas da a conocer al lector de *Insensatez*, que definitivamente alguien no está completo de la mente. Así, se fusiona realidad y ficción para corroborar como desde la esfera pública y política se influye y afecta la esfera doméstica. Durante 36 años

el núcleo familiar fue objeto de exterminio y ataques constantes por orden del aparato estatal de ese país. El lector de ese manuscrito revela cómo recibió de un amigo el encargo, los términos y el sentido: “me preguntó si yo estaría interesado en editar el informe del proyecto en el que entonces él estaba embarcado y que consistía en recuperar la memoria de los centenares de sobrevivientes y testigos de las masacres perpetradas al fragor del mal llamado conflicto armado entre el ejército y la guerrilla [...]” (17).

Aquí tanto las situaciones vividas en cada una de las aldeas, como el traslado de esos hechos primarios a las páginas de la novela en cuestión, confluyen en la evidencia de que desde la esfera política se impuso un nuevo orden, el del aniquilamiento para erradicar lo que se consideraba la amenaza latente del comunismo visto como el caos para el gobierno de turno. No solo con las muertes se impuso un régimen, sino que se implantó la cultura de lo nacional en la sociedad, es decir, se dijo que había que proteger el país, uniéndose en torno a ese objetivo.

Ni medios de comunicación, ni organizaciones sociales podían frenar o divulgar los hechos, porque el Gobierno en ejercicio de su poder implantó la idea de unidad en torno a eliminar poblaciones con tal de asegurar su hegemonía. Por tanto, la violencia, como la vía, no era cuestionada, era legítima, para perdurar y actuar.

Pero el archivo y los hechos sangrientos van marcando una estela de testigos y caos. El lector de los archivos cavila “tratando de imaginar lo que pudo ser el despertar de ese indígena, a quien habían dejado por muerto entre los trozos de carne de sus hijos y su mujer y que luego, muchos años después, tuvo la oportunidad de contar su

testimonio para que yo lo leyera y le hiciera la pertinente corrección de estilo [...] (14), esa confesión de sucesos que empezaba justamente con aquella frase ‘Yo no estoy completo de la mente’ (14).

Y en el paralelo de lector de archivos, de lector de la novela *Insensatez*, surge la afectación de la mente tanto para la víctima, como para ese agente del mal, encarnado en el que comete las matanzas. Ambos terminarán incompletos de la mente como lo deduce el lector del archivo cuando asegura que “debo reconocer que no es lo mismo estar incompleto de la mente por haber sufrido el descuartizamiento de los propios hijos que por haber descuartizado hijos ajenos [...]”. Y apenas como colofón de su disquisición en lo que será una certeza para asimilar cómo se puede vivir en la barbarie sin no ser tocado, ese lector concluirá que “era la totalidad de los habitantes de ese país la que no estaba completa de la mente” (14).

Ese lector de archivos se dirá igualmente que solo alguien con esa afección de tener carencias mentales podría abrigar la idea de ir a un país a leer las memorias sobre gente con esos grados de fragmentación mental. Sin embargo, a medida que se adentra en el universo descrito por Castellanos Moya, aun así, no se pierde el sentido paralelo entre la ficción con su papel multiplicador de la realidad, y el cúmulo de hechos que son la base de *Insensatez*. Un control y una certidumbre que a veces luce de estar bajo control sin perder el norte, como lo reitera el lector y editor de las cuartillas: “[...] lo que había era una brutal denuncia de los crímenes de lesa humanidad perpetrados por el ejército contra las comunidades indígenas de su país [...]” (69).

III.3. Violencia política e incidencia en el hogar en *Insensatez*

En el inicio de la novela como ya se ha reseñado en las páginas precedentes se advierte a través de un testimonio que se leerán hechos perturbadores y esto se marcará a través de quien lo manifiesta por medio de la confesión: “Yo no estoy completo de la mente” (Castellanos 13). Estas líneas inicialmente conmueven al editor que pasa de la total indiferencia por ese grupo étnico masacrado a la conmoción ante los millares de indígenas afectados por la esfera pública en el seno de su vida familiar debido a la directriz oficial de los gobiernos de turno en Guatemala de proscribir a la mayoría de residentes de aldeas bajo la sospecha indiscriminada de ser auxiliadores de los guerrilleros. La subversión era perseguida por el gobierno militar de turno por constituir una amenaza para el Estado y un factor de desestabilización en Centroamérica para los intereses políticos y económicos de los Estados Unidos, lo que a su vez será analizado en la sección III. 5.1. de esta investigación. Es pues, una zozobra la que atraviesa la novela, es la certeza de sentir que no hay paz a pesar de haberse firmado el cese de hostilidades para detener la masacre, pero siguen libres los culpables de las matanzas, siguen sin tener justicia quienes quedaron huérfanos o con sus familias desintegradas y aún más en la miseria. Si bien se narran y se leen hechos pasados, en paralelo se podría decir que tanto en quien es el editor de las cuartillas sobre el horror como en las voces de quien cuentan los atroces hechos hay una concomitancia, un paralelismo que llega incluso al lector de la novela, y estos no es otra cosa que el miedo, como se señala en Derechos Humanos, Comisiones de la verdad y nuevas ficciones globales (2009): “El miedo a la retaliación, a ser objeto de una violenta venganza, articula también una

verdad desplazada al presentir una amenaza que se revela cuando el obispo bajo cuyo auspicio se confecciona el informe, es asesinado” (Rosenberg 110).

Horacio Castellanos no desconoce cómo la violencia de la que habla y escribe, la alteración de lo político en la vida de las familias y en su propia vida y circunstancia, es un sello que no se puede desconocer. En *Insensatez* se propone contar de la alteración que se va imponiendo como destino entre quienes no pueden escapar a las luchas ideológicas, para lo cual el mismo autor ha contado con una experiencia vital en los países donde ha residido. Es el caso que relata en su primera novela *La diáspora* (1987), publicada dos años después y en la que prácticamente hace una crítica a la izquierda como brazo armado desde la misma izquierda armada. Castellanos en entrevista a Raúl Rodríguez Freire⁵² revela algunos pormenores de su escritura en donde confiesa cómo había vivido desde su trabajo con la izquierda varias experiencias de primera mano: “había visto cosas horribles. Me había enterado de cosas muy desagradables, de manera que me sentía infectado por todo lo que ocurría, y por eso escribí la novela, que se fue desarrollando a partir de la idea de cómo inciden los crímenes dentro de la izquierda salvadoreña” (Rodríguez 58). Así que esa misma circunstancia será vital para narrar en 2004 sobre la insania de mentes abocadas a no superar el dolor de decenas de pueblos arrasados a manos de las juntas militares de Guatemala, en una clara muestra de cómo no es posible escapar cuando las decisiones políticas de lleno golpean sobre la armonía de la familia y la eclipsan. El mismo Castellanos Moya entonces se ve abocado a relatar

⁵² Horacio Castellanos Moya en entrevista con Raúl Rodríguez Freire para *Hispanamérica*, año 40, no. 118, abril 2011, pp. 57–70.

sobre sucesos que sus congéneres han padecido, pero sobre los que él mismo no es ajeno, pues ha vivido tanto los orígenes de la violencia como sus consecuencias.

Enmarcado ya en ese vértice o mira desde la cual puede tomar una posición, Castellanos Moya va encontrando los materiales más descarnados para construir su voz en torno al miedo y el horror, el dolor de quienes sufrieron y aún no escapan a la violencia que generan las decisiones políticas y cómo afectan sus vidas, como en la misma entrevista lo define:

Siempre he vivido muy relacionado con la violencia, por motivos políticos, primero, y por la sociedad donde vivía, después. El primer recuerdo que tengo de infancia es un bombazo en la casa de mi abuelo, que era un político hondureño. Yo estaba ahí casualmente aquel día, tenía alrededor de cuatro años, los 4 que viví en Honduras: este es mi primer recuerdo y con el cual comenzó todo. Luego por crecer en un San Salvador donde se estaba incubando una guerra civil que enseguida explota, una guerra donde se masacraba a la gente como moscas. De manera que no escoges la violencia, sencillamente ella forma parte de ti. (Rodríguez Freire 64)

Respondiendo a ese influjo creativo que le imponen sus vivencias y la dura realidad vivida en los años de guerra en Centroamérica, a pesar de haber publicado *Insensatez* en 2004, es dicente como no se libera de la influencia de lo político en sus vivencias y siete años después, en 2011 Castellanos confiesa en su entrevista de *Hispoamérica* que se propone escribir una nueva novela sobre la vida familiar afectada por la política: “Estoy escribiendo una novela que sucede en marzo de 1980 [*La*

servienta y el luchador (2001)], que es la época del terror en El Salvador [...] es una novela bastante violenta, que refleja también la partición de la familia, de cómo la guerra civil rompe la familia” (Rodríguez Freire 70). En la aludida novela de *La sirvienta...* este autor cuenta de los primeros instantes hacia el estallido de la guerra civil en El Salvador, con los encarcelamientos y violaciones de reos en los calabozos policiales. Igualmente, en una ambiciosa propuesta para contar sobre el horror y evidenciar como quedan arruinadas las vidas y las familias por cuenta de la política, se narra la vida de Belka, enfermera en el Hospital Militar, encargada de atender a los mercenarios que operan clandestinamente. También se cuenta desde otra perspectiva, el devenir de los grupos guerrilleros y su lucha por el poder y entre el fuego cruzado para armar una historia múltiple de un país que ya no será el mismo y en el que las familias verán alteradas sus vidas por la injerencia de los políticos en su encarnizada lucha por el poder para lo cual no dudan en activar la máquina de ajusticiamientos mortales sin juicios sumarios sobre la población civil.

Quizá El Vikingo, otrora luchador, ahora torturador es un personaje emblemático de las historias que se cuentan en *La sirvienta...* Él permite ilustrar la forma de rompimiento de la armonía familiar por cuenta de la política. Las funciones como sicario de este personaje resumen todo el drama que Castellanos Moya se propuso contar en la ficción y que arrancan desde la realidad violenta de un país cercano a Guatemala, para reforzar la idea de cómo las ideas políticas no solo tienen en muchos casos resultados nefastos, sino que trascienden sus fronteras geográficas. En esta escena se narra el momento en que El Vikingo pasa revista a una de las numerosas salas de tortura y

encarcelamiento: “Va hacia la cloaca número cinco [...] Abre la puerta. Hay ocho bultos tirados en el piso, desnudos, atados de pies y manos, con la boca amordazada, vendados con cinta adhesiva. Antes de ir a comer estuvo magullando a los siete primeros. Es su trabajo: machacarlos [...]” (Castellanos 10).

Así que con *Insensatez* Castellanos Moya ya no se narra sobre El Salvador, sino de un país al que no se nombra en la novela para lo que se vale de un periodista salvadoreño para contar sobre las masacres cometidas durante 36 años contra grupos indígenas, tal como sucedió en la Guatemala de la realidad entre 1960 y 1996. De esta forma introduce a una familia, los Aragón, que irán siendo su materia narrativa en varias novelas para contar como sus miembros por las rencillas políticas terminan divididos, al igual que los Mira Brossa, otra familia que vive los golpes militares, las guerras, así como también el despertar a la cruda realidad cuando cesan las hostilidades y se instaura la época del posconflicto. En una entrevista realizada en Berlín, Alemania para *Heidelberger Beiträge Zur*⁵³ en 2010, ilustra sobre manera su respuesta al caos que genera en el entorno familiar la incidencia de lo político. El escritor responde a Doris Wieser sobre los Aragón que tienen en su familia a un militar, un finquero y uno de ellos decidió seguir en el partido comunista. Le preguntan a Castellanos Moya: “¿El conflicto político ha dividido muchas familias centroamericanas?” (Wieser 9). Castellanos Moya responde que en eso radica el origen del conflicto: “Una guerra civil, si se hace por

⁵³ “Nos hubiéramos matado, si nos hubiéramos encontrado” [El título hace referencia a que en su barrio unos se fueron a la izquierda y los demás con el ejército y si se hubiera dado un encuentro, ambos grupos se hubieran enfrentado a muerte], Horacio Castellanos Moya en entrevista con Doris Wieser para *Heidelberger Beiträge Zur Romanischen Literaturwissenschaft*, Berlín, junio 17 de 2010.

ideología, se da a través de la división de la familia. Cuando las guerras civiles son étnicas o religiosas son distintas. Pero cuando las guerras civiles son esencialmente ideológicas, por ideas o de una concepción del mundo, para que haya una guerra civil se tiene que romper la familia [...]” (9).

Dado que la armonía familiar es alterada por las decisiones y ambiciones políticas, es notorio cómo este factor repercute en las vidas que se pierden y se violentan en *Insensatez*. Volver a la frase de la primera página de la novela “Yo no estoy completo...” permite saber que el que la dice es un indígena cachiquel, con su lucidez alterada por lo que le ha tocado vivir: “a causa de haber presenciado, herido e impotente, cómo los soldados del ejército de su país despedazaban a machetazos y con sorna a cada uno de sus cuatro pequeños hijos y enseguida arremetían contra su mujer, la pobre ya en shock a causa de que también había sido obligada a presenciar cómo los soldados convertían a sus pequeños hijos en palpitantes trozos de carne humana” (Castellanos 14).

De esta forma se va mostrando como a medida que pasan los días y las páginas del informe de 1100 cuartillas que el editor debe ir corrigiendo y tener listas en un plazo de tres meses, el lector de *Insensatez* también va conociendo los testimonios de quienes padecieron los ultrajes. El narrador cuenta el propósito que se quiere alcanzar con la edición de las mil cien cuartillas: “recuperar la memoria de los centenares de sobrevivientes y testigos de las masacres perpetradas al fragor del mal llamado conflicto armado entre el ejército y la guerrilla [...]” (17).

A medida que se avanza en la lectura de *Insensatez*, se reitera, la debacle es mayor. En las páginas precedentes de esta investigación y en posteriores se ha hecho y

se hará mención a la dualidad representada en la estructura escogida por Castellanos Moya para contar de la barbarie, ese reto estilístico para desde la literatura plasmar por un lado la lectura del editor de las 1100 cuartillas en la oficina del arzobispado, un encargo del que no saldrá indemne, mientras por otro lado, el lector de la novela vera hechos reales tamizados por la ficción para dar cuenta de 36 años de opresión en Guatemala, lo que se irá notando como en una metáfora del tiempo detenido, página a página, los casos y secuencias de dolor que muestran la incidencia del acontecer político en el núcleo familiar al que dejan derruido como se lee en el siguiente pasaje donde un grupo de militares irrumpe en una aldea y sin saber que a quien piden respuestas es un inerme mudo, lo van golpeando inmisericordemente a la vez que empiezan los interrogatorios y los descuartizamientos: “[...] después del mudito fueron pasando a machete a cada uno de los demás pobladores, aunque supieran hablar y dijeran estar dispuestos a delatar a los colaboradores de la guerrilla, de nada les sirvió, el bacanal había comenzado y solo un par de ellos logró sobrevivir para venir a contarlo doce años después [...]” (Castellanos 29).

Al avanzar los días y las páginas leídas, el editor ya no escapa a la impresión que le causa la lectura. Está inmerso en esa realidad como si no acabara de pasar y fuera un presente sin resolver. Él ya así, afectado, es un claro ejemplo en la novela de cómo la vida familiar, en este caso de quien apenas lee sobre lo que les pasó a otros seres humanos, no puede escapar él mismo a las consecuencias de la insensatez humana. De esta forma se da una doble repercusión de la incidencia de lo político en la vida familiar. El editor está en un bar y cuando se supone que debe disfrutar de un jarro de cerveza con

su compadre Toto, lo que termina es leyendo aparte de versos que solo cuentan la cruda realidad de las víctimas. El editor, en pleno bar le recita a su compadre estas líneas: “Quemaron nuestras casas, comieron nuestros animales, mataron nuestros niños, las mujeres, los hombres, ¡ay!, ¡ay!... ¿Quién va a reponer todas las casas?” (31). Pregunta esta que quedará sin respuesta ya que el compadre Toto es un agricultor y no hace la valoración poética que esperaba el editor de las cuartillas. Pero ya se evidencia que será un viaje sin retorno para él porque el trabajo de edición ha dejado de ser solo una vía para obtener un salario y comienza a ser una fuente de desasosiego. Así se verá a lo largo de la novela, página tras página, aunque como en una orquestada secuencia para hacer gala de una desatada demencia colectiva, cada vez más, la persecución militar activada por una directriz política estará lejos de tocar fondo, como lo demuestra el siguiente verso leído por el editor: “Agarraron a Diego Nap López y agarraron un cuchillo que cada patrullero tenía que tomar dándole un filazo o cortándole un poquito” (38).

Ya en otro nivel, está el dolor sobre el dolor, es decir, que una vez se siente la ausencia de un ser querido, como si eso no fuera suficiente, viene la falta de información, el limbo, la certeza precisamente de lo inexorable al saber qué pasó, por qué y dónde está si es que alguien lo sabe. El editor vive en carne propia, en su vida fuera de la oficina esa comprobación cuando a la búsqueda de una cita romántica con Pilar, una compañera de trabajo, esta le cuenta que su labor en esas dependencias del arzobispado era: “reunirse con las comunidades indígenas víctimas de las atrocidades militares para ayudarlas a superar sus traumas por la falta de duelo [...] por razones

siniestras impedía que la gente cumpliera el ritual del duelo, a consecuencia de lo cual sufría trastornos de toda índole [...]” (47). Ya como el dolor es una gran carga y no hay resistencia que valga o simplemente la fuerza de los hechos con su carga de odio avasalla, los indígenas optan por doblegarse ante el dolor y como en una maniobra para sobrevivir y apenas enfrentar lo que les queda de vida, en lo que se convirtieron, sobrevivientes o parientes de otros de los que no saben qué pasó o que vieron cuando los tasajeaban en su presencia. Así que el editor, desesperado y con algunos temores por su seguridad por ir develando más asesinatos masivos sin sentido, lee en una de las cuartillas finales del informe lo siguiente: “que no se borre el nombre de los muertos para que queden libres y ya no tengamos problemas” (Castellanos 144). Así que el editor ve en estas líneas el peso de la hecatombe y la inminencia de su propia salida apresurada de las oficinas del arzobispado: “[...] algunos indígenas sobrevivientes no querían ya recuperar la memoria sino perpetuar el olvido (144). Pero el olvido no será posible y los documentos históricos evidenciarán que mientras se anteponga el bien particular sobre los de los demás, existirán hechos de barbarie y odio, por lo que, aunque los autores que lideraron la divulgación de estos documentos para que no quedaran en el ostracismo, fueron inmolados, la memoria impera y prevalecerá como verdad en pos de hacer justicia por las víctimas.

III.4. Novelando la violencia: el genocidio

Se amplía en esta tesis lo ya expuesto sobre el crítico y filósofo alemán Walter Benjamín. Se hace especial énfasis en el sufrimiento e implicación que le representó a él el ostracismo al que fue condenado por el régimen nazi. También se evalúa cómo su

periplo, su pensamiento y sus actitudes fueron esenciales para enlazar ahora con *Insensatez* de Castellanos Moya y con *Los ejércitos* de Evelio Rosero, como ya se vio en el capítulo anterior. En el texto de Castellanos se habla de sufrimiento, desgarró y muerte. Particular importancia cobra el enlace de este texto con el concepto de Benjamín al valorar esta novela con su poder desde la narración sobre el cuerpo.

En el análisis del pensamiento de Benjamín en sus postulados de crítica literaria se aplican los enlaces con el lenguaje a esta novela en donde postula que el hombre se conoce no por, sino en el lenguaje. Justamente lo que se dice en *Insensatez* no se valora por lo que dice, sino cómo lo dice.

Es esa forma de narrar en donde se exponen los hechos sin rodeo. Así, logra que pervivan en la memoria de las víctimas de los genocidios. Al contarse esas historias todo lo sangriento se mantiene intacto; es la fotografía del instante trágico que marca vidas para cruzarlas con la destrucción.

El genocidio es la evidencia de la estupidez humana en donde media población extermina a la otra por cuestiones políticas, religiosas, o por el pretexto de imponer la voluntad del tirano de turno. A medida que se avanza en la lectura de la novela de Castellanos, se afianza su título, la certeza de que algo está descompuesto, en un ritmo de autodestrucción y odio sin tregua, como lo corrobora el personaje lector del manuscrito: “[...]una aldea del altiplano donde años atrás la mitad de la población había tasajeado –instigada por los uniformados, pero con un entusiasmo fuera de duda— a la otra mitad de sus congéneres, en una de las 422 masacres consignadas en las mil cien

cuartillas que me esperaban sobre el escritorio del arzobispado para que al siguiente día yo continuara mi labor de corrector [...]” (Castellanos 79).

Pero la sensatez no se impone mientras se va dilucidando cómo fueron masacrados los indígenas y se comprueba en firme que entre los perpetradores de las matanzas no asoma ni la compasión y mucho menos la cordura. Por doquier, página tras página, día a día, entre una y otra masacre relatada se afianza la intromisión de la esfera pública en la esfera familiar para sembrar el desasosiego, como lo registra el lector del manuscrito en la actitud de un oficial, ebrio de violencia, obseso por el poder: “[...] ni yo era ese teniente que reventaba la cabeza de los bebés recién nacidos contra los horcones al calor de la masacre, sino un corrector perturbado por leer ese testimonio que se repetía a lo largo del informe [...]” (Castellanos 138). Una amenaza realizada por un teniente contra un grupo de indígenas para coaccionar su testimonio y lograr así que acepten que son colaboradores de la guerrilla. Un testimonio emanado del informe *Guatemala: Nunca más* y que el lector de *Insensatez* lo ve reproducido, desde la novela, afincado en los miles de relatos de horror y baños de sangre de la triste historia de este país centroamericano. Y se ve como ya como una mancha de sangre, negada al olvido, se extiende entre los habitantes de las aldeas donde se masacró a miles de indígenas, y donde aún, como en la novela, los recuerdos del dolor, no se van: “entonces le expliqué que el ejército había obligado a la mitad de la población a que asesinara a la otra mitad [...]” (151). Y cuando el editor del manuscrito ya se ha liberado de la presión física y de las presencias atormentadoras que amenazan su vida, recibe un telegrama que da cuenta de la suerte de monseñor, el instigador del informe, el más interesado en que se supiera

la verdad y se recuperara la memoria, por medio del manuscrito. En una simbiosis entre la realidad y la vida de la ficción, quizá para afianzar que el genocidio no debe ser ignorado para que no sea sepultado por la ignominia, se lee en el telegrama: “Ayer a mediodía monseñor presentó el informe en la catedral con bombo y platillo; en la noche lo asesinaron en la casa parroquial, le destruyeron la cabeza con un ladrillo”⁵⁴ (155).

Ante este crimen queda solo la esperanza que su obra se centraba en preservar la memoria para evitar que estos hechos se ocultaran a las nuevas generaciones. Tal fue el mismo trasegar del filósofo Walter Benjamín, quien se vio abocado a deambular de frontera en frontera huyendo de los Nazis. En su tesis sobre la filosofía de la historia *Todos enfermos dentro de la Utopía*⁵⁵, vol. VII. Benjamín asegura que no ha habido nunca un documento de cultura que no fuera a la vez un documento de barbarie. Al abordar el universo narrativo de Castellanos Moya, como se evidencia en Rosero, se ve que hay un todo que inquieta y se traduce desde los sucesos casi siempre trágicos de sus países de origen a las páginas de la escritura de ficción. Además de *Insensatez*, Castellanos, con mayor reincidencia que Rosero, retoma más de una vez en sus novelas y cuentos, lo violento.

Si se miran otros textos de Castellanos, como la novela *El asco* (1957), se ve que el autor viaja a través de esta novela en una diatriba contra la ilusión. El texto permite también ver que a la luz de lo expuesto por filósofos como Fredric Jameson, Gilles

⁵⁴ El arzobispo Juan Gerardi fue asesinado en su casa parroquial el 26 de abril de 1998. El 24 de abril había presentado el informe: *Guatemala: nunca más, de la recuperación de la Memoria histórica (REMHI)*.

⁵⁵ Walter Benjamín, citado en Documentos de Cultura Documentos de Barbarie, Fredric Jameson (227).

Lipovetsky, David Harvey y Slavoj Zizek, se entra en un diálogo con textos que admiten una lectura no solo dialéctica, que es más que la liga autor-lector, y se inscribe en un modelo: texto, símbolo, mensaje, sociedad, registro.

El autor con esta novela muestra un momento, ese grito unificador: la violencia que parte de Centroamérica, El Salvador y Guatemala, cruza valles y volcanes, pasando hasta Suramérica, por selvas y ciudades, metiéndose en la ciudad de Guatemala o San Salvador, para gritar esa vivencia desde las ráfagas de las balas, en sociedades enfermas y desquiciadas, lejos de la Utopía.

En *El asco* de entrada se ve que un personaje, el salvadoreño Edgardo Vega, residente en Montreal, retorna, más que con pesar por la muerte de su madre, a un país que odia, pasando del pésame, a la rabia. Y lo primero que se nota, no es eso, sino la repetición, la manía, esa idea que da a entender en el lector, quizá, que quien cuenta, está mal de la cabeza, como en otra novela de Castellanos Moya. Esas reiteraciones, afianzan el cuadro clínico si se quiere, y muestran un perseguido, un ser al que todo le molesta, y de paso, seguramente, al lector también: es una proeza leer 119 páginas plagadas más que de las inmundicias y fobias que alteran a Vega, de tanta seguidilla de párrafos donde se describe más de dos veces por página una misma situación. Pero justamente eso es lo que Castellanos se proponía: transmitir olores y ansiedades.

En la narración se acude a un Vega que necesita transmitir a su amigo Moya, antiguo compañero de clase, al único que soporta, si es puntual, como lo fue, para decirle algo. Y reiterándolo, da cuenta además del asco, que Moya es el sujeto de su

discurso, porque a los demás no les soltará su diatriba, porque: “Nuestros ex compañeros de colegio han de ser de lo peor, un verdadero asco...” (Castellanos 15)

En *El asco*, Moya sigue relatando lo que le va diciendo Vega, mientras le celebra que su interlocutor no hace parte del cretinismo de los demás conocidos:

Yo tenía dieciocho años de no regresar al país, dieciocho años en que no me hacía falta nada de esto, porque yo me fui precisamente huyendo de este país, me parecía la cosa más cruel e inhumana que habiendo tantos lugares en el planeta a mí me haya tocado nacer en este sitio [...]
(Castellanos 17)

En el borde del colapso Vega suelta su xenofóbica negación, él, que no puede negar su origen, contra esa gente que nació y vive donde él ya no quiere pertenecer: “El trópico es espantoso, Moya, el trópico convierte a los hombres en seres pútridos y de instintos primarios” (92).

Vega resume parte de una locura latente, como lo recuerda Moya: “qué gusto el de la gente de este país de vivir aterrorizada, Moya, qué gusto más mórbido vivir bajo el terror, qué gusto más pervertido pasar del terror de la guerra al terror de la delincuencia” (Castellanos 108). Hay una especie de violencia de un pasado, con ecos, en el caso de *El asco* en donde no se ve una sola muerte, solo se cuenta que la violencia está ahí, que los que ostentan el poder tienen un pasado asesino y un devenir que no desprecia el fusil.

Sobre la interpretación, Fredric Jameson podría ayudar a entender mejor *El asco*. Ya que, a través de sus textos, Castellanos parece valerse de sus historias para sustentar el precepto que forma Jameson: la literatura como acto socialmente simbólico. No es

difícil pues, visto así, respaldar la sentencia de Jameson en *Documentos de cultura Documentos de barbarie* (1989): prioridad de la interpretación política de los textos literarios. El autor, pues apunta, además, a que la lectura no es un camino suplementario, sino una herramienta valdera “como el horizonte absoluto de toda lectura y toda interpretación” (Jameson 15).

Siguiendo con los llamados que hacen los críticos, vale la mirada de Gilles Lipovetsky, en su texto *Los tiempos hipermodernos* (1987). El autor, con su obra, se dice, influyó en la interpretación de la modernidad. Y esos tiempos que se describen en *El asco*, son tiempos llenos de viento, de afán, y claro, también de consumo. Un devenir que trae el hombre de ahora. Se anticipa en el prólogo, que Lipovetsky, a través de *La era del vacío* (1983), “no ha dejado de explorar minuciosamente las múltiples facetas del individuo contemporáneo: el insólito reinado de la moda, la metamorfosis de la ética, pero también la nueva economía de los sexos, la explosión del lujo y las mutaciones de la sociedad de consumo” (7).

Y en el intento de entender estos tiempos que corren, Lipovetsky, reconoce que Jean-Francois Lyotard “fue de los primeros en señalar el vínculo existente entre la condición posmoderna y el tiempo presente” (9). Las dos novelas en cuestión, en Castellanos son más que historias desgarradoras sobre sus naciones.

A la luz del juego de la política y cómo se refleja en las obras literarias, Slavoj Zizek habla de la pospolítica, pensando en Jacques Ranciere y anota que ahora se está “ante otra forma de la denegación de lo político: la pospolítica posmoderna” (Zizek 2), que según su parecer va más allá de un control evidente. Es decir, le atribuye un mayor

alcance, como podría ser en contenidos o intenciones de autor: “Ya no se limita a reprimir lo político, tratando de contenerlo y de apaciguar los retornos de lo reprimido, sino que lo concluye mucho más efectivamente” (Zizek 2).

Así pues, ya no se puede ocultar la rabia, como en *El asco*, ni tampoco las sardónicas descripciones cuando se aprieta el gatillo. Ambas historias hablan de víctimas, de uno que azota y otro que recibe el castigo. Zizek vincula a Ranciere desde lo pospolítico:

una crueldad cuyas manifestaciones van desde la matanza fundamentalista, racista o religiosa hasta los estallidos ‘insensatos’ de violencia entre los adolescentes [...] una violencia que nos sentimos tentados de denominar ‘mal de ello’ (“ello” en el sentido psicoanalítico), una violencia sin ninguna base utilitaria o ideológica. (Zizek 10)

Y las dos novelas tratan de las violencias recíprocas. Una generada por los corruptos, y unos descerebrados, que, al estar necesitados de droga, o excombatientes, o sin empleo, encuentran empuñando un arma, un ingreso, desde la sevicia, al mejor postor, y por eso ir tras su víctima, o considerarse víctimas y a los demás, también como tales, hace parte del reparto.

David Harvey en *La condición de la postmodernidad* (2008) reflexiona en torno a que si el proyecto de la Ilustración estaba proscrito cabría preguntarse si también nuestro tiempo “estaba condenado desde el comienzo a hundirnos en un mundo kafkiano, si debía conducirnos ineludiblemente a Auschwitz e Hiroshima y si aún queda

algún poder capaz de informar e inspirar el pensamiento y la acción contemporáneos” (29).

Si se cambian los campos de concentración y la ciudad bombardeada por San Salvador o ciudad de Guatemala, el equivalente del exterminio Nazi y el estallido de la bomba atómica, las masacres de las que se cuenta en *Insensatez* y en *El asco* serían dos historias donde se desmonta la fe en un pensamiento sólido de la raza humana. No se duda a la luz de estas dos novelas y al respaldo de los teóricos Jameson, Lipovetsky, David Harvey y Zizek, que quienes pueblan las historias de Castellanos, autor que con su ficción ha podido dar cuenta de los ejecutores por excelencia, los que sostienen la certeza que, por sus acciones, hay una enfermedad corrosiva, pudiendo disfrutar de eso que no debe ser arrebatado: la Utopía, más que el derecho a que no haya más el sonido de un disparo.

III.5. Más de un país arrasado

Al analizar la realidad social de Guatemala y su historia signada por el genocidio, la novela *Insensatez* es el marco espacial que se recrea para ese país, pero al revisar la compleja historia política y social, el marco se puede ampliar hacia El Salvador, en donde Horacio Castellanos sitúa la trama de varias de sus obras. Para tal fin se siguen los lineamientos que esboza Wolfgang Kayser en su libro *Interpretación y análisis de la obra literaria* (1961). Se trasladó a la lectura de varias novelas los postulados definidos desde la comunicación literaria en sociedad, con el análisis de la forma y el contenido. Varios ejemplos allí expuestos sirven para contrastar especialmente con la novela *Insensatez*.

Para adentrarse en lo que narra y cómo lo hace, es preciso valerse de los conceptos de Kayser cuando analiza lo que llama la idea del texto. En el caso de Castellanos, se hablaría de una realidad que rebasa la violencia que se vive en Guatemala, afecta a El Salvador y, por extensión, cubre más de un país de Centroamérica, viendo esta región como un bloque geográfico que se aglutina en las decisiones políticas y estratégicas de los gobernantes de turno. Kayser hace referencia a *Madame Bovary* (1856), la novela de Gustave Flaubert, que sembró entre algún censor escandalizado de la época que “había leído el libro como la historia de un adulterio; de acuerdo con el autor, el tribunal lo interpretó como la historia de una mujer que, por cierta predisposición y determinada educación, acaba por ponerse en conflicto con su ambiente” (Kayser 289).

En el caso de *Insensatez*, aunque es claramente una historia que desde la primera línea advierte que se trata de la lectura de un extenso manuscrito donde están consignados en detalle las torturas y masacres de pueblos indígenas de Guatemala, en el conocido informe Recuperación de la Memoria Histórica (REHMI), se sabe que el narrador lee el manuscrito, que a su vez el lector de la novela tiene en sus manos para configurar como punto de partida un metatexto. Aquí la idea de Castellanos Moya, según los conceptos de Kayser, es clara, específica y no da lugar a interpretaciones. Mientras en la novela de Flaubert, apenas se recuerda el nombre de la heroína en la vida real, es decir, la que sirvió de base para recrear un adulterio, el proceso narrativo a la postre es el que prolongó en el recuerdo un acontecimiento de la sociedad francesa de su tiempo que estaba destinado a pasar al olvido. No obstante, en la idea de Castellanos,

tanto los hechos [reales], como los personajes [ficticios], combinados en *Insensatez*, configuran un registro de la población de un país, que fue masacrada y condenada al olvido. De modo que se tiene en cuenta el planteamiento de Kayser que contempla un segundo sentido en torno al análisis de la obra literaria en general: “el lector debía interpretar la realización de la obra como respuesta a un problema. La ‘idea’⁵⁶, en este caso [se refiere al debate suscitado tras la publicación de *Madame Bovary*], era una tesis moralizadora, comprensible, al alcance de la inteligencia, dirigida a una meta: impresionar al lector” (Kayser 293).

En el informe *Guatemala: Nunca más* (2000), del arzobispado de Guatemala y la Oficina de derechos humanos, en clara referencia a cómo la violencia política afectó el núcleo familiar, hay una sección titulada *Dstrucción de la familia*, correspondiente al capítulo II. Allí se hace una relación, entre otros, de diez tópicos. El primero da cuenta de la desaparición de los padres en el entorno familiar y se incluyen los testimonios que refuerzan el drama de los que vivieron esas masacres para lo cual es diciente este testimonio de una familia desmembrada: “Me duele mucho en el alma, porque la niña ahora tiene 15 años y pregunta por su padre, y no sé qué respuesta darle, porque ella necesita mucho el apoyo de él, es duro esto”⁵⁷ (*Nunca más* 42).

Así que, bajo el estigma de ser simpatizantes de grupos guerrilleros, los militares impusieron su poder y generalizaron la barbarie entre los más débiles, como se desprende no solo de la lectura de *Insensatez*, sino en la presentación del informe

⁵⁶ Comillas en el texto del autor.

⁵⁷ Caso 3077 (Asesinato de su marido), Baja Verapaz, 1981.

Guatemala: Nunca más, Impactos de la violencia (1998). El clima de miedo fue la constante durante muchos años entre la población:

Este temor, que ha formado parte del clima social en Guatemala en las últimas décadas, llegó al extremo del horror con las prácticas de crueldad con que se realizaron muchas muertes. Una buena parte de los asesinatos individuales y masacres tuvieron un carácter público y una dimensión de terror ejemplarizante. Muchas personas fueron testigos de las violaciones, asesinatos y masacres de sus familiares y comunidades (*Nunca más* XXXIV).

Otro elemento al que alude el informe es el que tiene que ver con la pobreza, que se origina cuando se da la pérdida de un familiar o la destrucción de un bien familiar. Se enumeran como afectaciones, unidas a las pérdidas de trabajos, los despojos de animales, dinero, terrenos, casas y siembras. Se une a esta zozobra, según el informe, el tema de las persecuciones, amenazas y la violencia familiar como tal. Dice el texto que en los casos “en los que se sospechaba que alguien estaba con la guerrilla, su familia también sufría represión. Si la represión a la familia se hacía después del hecho de violencia, era para que no presentaran denuncias o evitar acciones de solidaridad” (45). Castellanos Moya, enfocado en una realidad en la que se vivió más de una masacre en tierras guatemaltecas, en principio da cuenta de una sombra, un dolor que no se va para ese narrador y lector de los manuscritos cuando a su pesar llega a una conclusión al enfocarse en la lectura que lo perturba cuando se cerciora que no hay mucha cordura en alguien que se va a otro país “cuya población estaba incompleta de la mente para realizar

una labor que consistía precisamente en editar un extenso informe de mil cien cuartillas en el que se documentaban las centenares de masacres, evidencia de la perturbación generalizada” (Castellanos 15).

III.5.1. Más allá de la ficción y las malas noticias: el papel del archivo

El trabajo de transmutación de Horacio Castellanos Moya en *Insensatez* al papel para comunicar sus historias es tamizado al lector por la ficción. George Bataille en la *Literatura y el mal*, en el prólogo de 1971 cuestiona la presencia del mal en lo literario. Rafael Conte así ilustra esto postulados de Bataille:

La poesía nace del "odio de la poesía", el erotismo de la imposibilidad de comunicación, la economía de la noción de consumo, que desemboca en la de exceso; el mal y el bien se identifican en la última exasperación, son los dos elementos irreconciliables y perfectamente inseparables de la naturaleza humana, de la literatura, por tanto — esto se ve con claridad en este mismo libro, *la literatura y el mal* — y la filosofía, o el pensamiento, se niegan al producirse. (8)

En el discurso literario adquiere un carácter crítico el tono y los lineamientos de Hanna Arendt en su texto *Sobre la violencia* (1970). Su voz es como si se hubiera anticipado a los hechos que se cuentan en *Insensatez* y hubiera podido exclamar “lo advertí”. Es decir, esos hechos de violencia se hubieran podido evitar; pero por otro lado ya están sucediendo y no hay manera de ver cómo se pueden evitar.

Arendt lanza su voz enérgica para decir que no se puede ignorar lo que esas voces cuentan:

Los hombres pueden ser ‘manipulados’⁵⁸ a través de la coacción física, de la tortura o del hambre, y es posible formar arbitrariamente sus opiniones mediante una deliberada y organizada aportación de noticias falsas, pero no lo es en una sociedad libre mediante ‘persuasores ocultos’, la televisión, la publicidad y cualesquiera otros medios psicológicos. (22)

Ya al ampliar la revisión de cómo se hace el tratamiento de la realidad violenta, no es de poca importancia el papel que juegan los medios de comunicación. Una vez lo que en lenguaje periodístico se denomina como suceso, al cumplir su ciclo de actualidad o exposición, pasa a archivo. ¿Qué función cumple el medio en el tratamiento de estos hechos violentos? Se analizará su respectiva denominación en noticieros de televisión cuando se le llama “la noticia”. Apenas en el espacio de Guatemala se evidencia la ausencia de una conciencia sobre el papel que deben ejercer los medios en la sociedad. En un estudio de 2002 para Centroamérica de la agencia de Desarrollo, Organización de servicios y Estudios Socioculturales (DOSES), con el respaldo del programa de Derechos Humanos, se ilustró la relación de conflictividad entre esos medios y la sociedad.

Según DOSES la mayoría de medios de Guatemala no cuentan con una específica estrategia para ofrecer servicio o ser útiles a su público. Enfatiza como hay varias carencias en esos medios. “De los 11 medios estudiados, los únicos que tienen una política informativa y editorial explícita son *El Periódico, Nuestro Diario, Siglo Veintiuno, Al Día y Prensa Libre*. En esta política, los cinco medios mencionados

⁵⁸ Comillas en el original

coinciden en estar comprometidos con los siguientes valores a. Democracia y b. Libertad de Emisión del Pensamiento” (65).

Al igual que Rosero, Castellanos Moya han develado que en la confección de sus historias la visión de noticieros y lecturas de periódicos se convirtieron en unas de sus principales fuentes de recolección de información sobre lo que se proponían relatar.

Castellanos es él mismo como personaje en su novela al leer los informes de *Comisión de la verdad*. Allí la frontera de ficción – realidad se vuelve muy difusa. Si bien Castellanos tuvo relación directa con muchos sucesos violentos de su entorno y pasó sus recuerdos de niñez y juventud a la hoja narrativa como experiencia en lo que debió emplear otro método de composición desde archivo o la hemeroteca.

Aunque estos registros están publicados y apenas son referencia no pocos le dan el valor de fuente oficial o primaria. Se les ha asignado el carácter de índole oficial y fuente fidedigna.

Al navegar en la fuente poderosa de la realidad, ese vértigo y torrente que es el acontecer latinoamericano, ese continente en permanente ebullición que para algunos puede sin problema seguir ostentando el remoquete de Nuevo Continente, aún hay mucho por rescatar de los archivos. Y no solo de los pliegos emanados de la Conquista española. Información sin clasificar pervive y se mantiene en la memoria, lo que da idea de una tradición circundada por lo violento, por lo cual Roberto González Echevarría en *Mito y archivo* (1990) explora las estrechas relaciones entre el contenido de las novelas y el hecho histórico, a veces sin disociar, sino como un elemento constitutivo, como un ente propio, unido. El autor explica así su tesis:

Mi hipótesis es que, al no tener forma propia, la novela generalmente asume la de un documento dado, al que se le ha otorgado la capacidad de vehicular la ‘verdad’⁵⁹ —es decir, el poder— en momentos determinados de la historia. La novela o lo que se ha llamado novela en diversas épocas, imita tales documentos para así poner de manifiesto el convencionalismo de éstos, su sujeción a estrategias de engendramiento textual similares a las que gobiernan el texto literario, que a su vez reflejan las reglas del lenguaje mismo. (González Echevarría 32)

El poder máximo que otorga el autor a la novela como agente transmisor de un periodo histórico, propulsa el valor de *Los ejércitos e Insensatez*. En el caso del texto de Castellanos Moya, al visibilizar desde la ficción, las masacres y los hechos ignominiosos atribuidos a los militares contra la población indígena, se ve que en sí, aunque hay fronteras para los discursos y vías de expresión tanto de la realidad como la ficción, más que un papel para cada uno, lo que hay es una función que se complementa: “La novela por tanto, forma parte de la totalidad discursiva de una época dada, y se sitúa en el campo opuesto a su núcleo de poder” (González Echeverría 32).

El lingüista y filósofo Noam Chomsky en su texto *La quinta libertad*, se refiere a la intervención de su país, los Estados Unidos, en América Central. Apenas para el análisis de este capítulo, es de singular importancia lo que analiza sobre los casos de Salvador y Guatemala. De entrada, sostiene que “por convenciones internacionales el Estado lleva su capacidad coercitiva hasta el límite del hogar” (Chomsky 7). Reflexiona

⁵⁹ Comillas en el original.

sobre el papel que jugó Estados Unidos en los años setenta ante el auge de asociaciones de campesinos, sindicatos, organizaciones autónomas de base cristiana, “provocaron la respuesta de rigor” (28). Precisa que el terror aumentó “rápidamente cuando los grupos de poder tradicionales de los Estados Unidos se hicieron cargo de la tarea” (29). De acuerdo con las sumatorias de muertes violentas, en el año 1980, dice Chomsky, la oficina de Derechos Humanos de la Arquidiócesis de El Salvador, registró 8.062 muertes de personas progresistas y de sectores populares. Estas muertes, asegura, se debieron a razones políticas y no acaecidas durante enfrentamientos militares. Estas muertes, argumenta Chomsky, se dieron “como resultado de operaciones realizadas por el ejército, las fuerzas de seguridad y las organizaciones paramilitares coordinadas por el mando supremo de las fuerzas armadas” (29). Chomsky va detallando cómo durante la administración del presidente de los Estados Unidos de ese entonces, Jimmy Carter, en el Salvador, durante 1980, huyeron 25.000 campesinos perseguidos por el ejército que “destruía e incendiaba sus pueblos; muchos más siguieron sus pasos” (34). Cuando Ronald Reagan asumió su presidencia en 1981, según Chomsky, “las masacres aumentaron tanto en número como en escala con 12.501 casos documentados por el Servicio de Ayuda Legal Eclesiástico [*Church Legal Aid Service*]” (35).

Para estrechar el cerco sobre la realidad y entender por qué se sucedieron tantas atrocidades en estas dos naciones en particular, El Salvador y Guatemala, tiene gran valor el testimonio de Charles Clements, entre centenares de testimonios para documentar la barbarie. Chomsky trae el caso de Clements como ex piloto en Vietnam y

convertido en pacificador comprometido que viajó en marzo de 1982 para ver por sí mismo lo que pasaba, no sin antes negarse a volar ante la certeza de las atrocidades:

Clements presenció los ataques a pueblos con artillería y armas de fuego transportadas en aviones y helicópteros, las matanzas causadas por aviones de reacción de procedencia estadounidense, que disparaban contra campesinos indefensos: vio las ruinas de los pueblos destrozados por las fuerzas gubernamentales y la destrucción de cosechas y rebaños para asegurar la miseria, siempre inminente. Como de costumbre, las peores atrocidades fueron cometidas por los batallones de élite adiestrados por estadounidenses [...] y por unidades de artillería y de aviación que empleaban tácticas concebidas por Estados Unidos en Vietnam y aprendidas de consejeros estadounidenses. (Chomsky 15)

En el caso de Guatemala, Chomsky asegura que el deterioro de la calidad de vida se empezó a evidenciar por la misma época y circunstancias de El Salvador. Establece que los campesinos y los indios en su mayoría, iniciaron su respaldo a la guerrilla al ver que el gobierno suprimiera sus esfuerzos por salir de las condiciones extremas de

semiesclavitud y pobreza. Chomsky precisa que *Amnesty International* en octubre de 1982 denunció las sistemáticas matanzas del gobierno que “destruyó pueblos enteros, torturó y mutiló a sus pobladores y realizó ejecuciones masivas [...] (50)”. Se dice en el informe que las tropas “forzaron a todos los habitantes a entrar en el juzgado,

violaron a las mujeres, decapitaron a los hombres, y golpearon a los niños contra las rocas de un río cercano hasta que murieron”⁶⁰ (*Amnesty International* 50).

Como si fuera poco esta larga lista de atrocidades que desde la realidad crearon el clima incendiario de malestar social con muertes y desestabilización política, que socavaron los derechos civiles y desembocaron en varias masacres y golpes de estado, lo que a la postre es el sustento de *Insensatez*. Si bien no es una novela escrita como crónica, ni un mero inventario de sucesos violentos, tampoco cae en el simple panfleto de relato de sucesos trágicos. Como se ha dicho, es una historia de ficción basada en un informe de memoria histórica al que tuvo acceso el escritor. Así, se relata que el personaje principal, como editor, accede a ese texto en un artificio que al lector de la novela de Castellanos permite comunicarle hechos verídicos en los que el núcleo familiar se ve afectado por la esfera política y donde el archivo es base primordial para armar el texto. De este modo, la historia con trasfondo verídico desde la literatura adquiere la capacidad de dar a cada lector su propia versión de los hechos. Estos sucesos, de acuerdo con Chomsky, son los que durante la presidencia de John F. Kennedy en 1963 adquieren un cariz de tiempos de terror de estado:

con el apoyo entusiasta de los Estados Unidos [...] Según admitió el vicepresidente guatemalteco Clemente Marroquín Rojas, la campaña contrarrevolucionaria, desarrollada de 1966 a 1968 con la ayuda de los ‘boinas verdes’⁶¹ y de los bombardeos con napalm ejecutados por aviones

⁶⁰ Boletín de AI News (11 de octubre de 1982).

⁶¹ itálicas en el original.

estadounidenses con base en Panamá, causó la muerte de unos 10.000 campesinos. (Chomsky 248)

A la luz de estos registros de hechos que marcaron el derrotero de toda una región y de millones de familias, no se puede considerar como de poca importancia la violencia como factor en la formación y a la vez en la deformación de una nación. Esto es ampliamente debatido y analizado en el siguiente capítulo en donde, a su vez, la historiografía y los principales sucesos desde la esfera política inciden en la familia. Igualmente se examinará como desde la transnacionalidad esa violencia y su carga trágica se articulan en las novelas *Los ejércitos* e *Insensatez*, respectivamente.

IV. LA VIOLENCIA COMO FACTOR DE FORMACIÓN Y A LA VEZ DE DEFORMACIÓN DE NACIÓN EN COLOMBIA Y GUATEMALA

IV.1. El contexto de Colombia

Al analizar el origen y desarrollo del Estado en Colombia y hacer referencia a su proceso de formación, así como a su naturaleza, se puede decir que los diversos estudios han tenido en cuenta sinnúmero de factores que coinciden en señalar al Estado colombiano determinado por las guerras civiles del siglo XIX. Con esto, al tratar de explicar o interpretar dicen que la nación colombiana es un modelo fallido, por lo que se hace pertinente revisar qué parámetros sociales, políticos y económicos incidieron en su historia de violencia. Para efectos del desarrollo de este capítulo se centra la mirada en los aspectos sociales y económicos y como el desorden y la inequidad afloraron a lo largo de la historia de Colombia para signar su destino de nación inmersa en vitales caos sociales. De este panorama se desprende una sucesiva ocurrencia de la violencia aunada a la dificultad de sus ciudadanos para encontrar su propia identidad como país y como sociedad. En esta nación y en muchos casos el núcleo familiar enfrenta una profunda crisis como lo sustentan los indicadores⁶². En Colombia por día hay 332 denuncias por violencia intrafamiliar, como lo estableció la Fiscalía General de la Nación, a octubre de 2016. En el mismo informe se indica que tan solo en 2016 por agresiones entre parientes se presentaron 99.805 denuncias, en donde el 80.6% representa a mujeres víctimas y el 19.4% equivale a hombres. Igualmente, el 6%

⁶² Estadísticas de la Fiscalía General de la Nación dan cuenta de un aumento de 20% de las agresiones en 2016 con respecto al año anterior.

equivale a menores de edad mientras los adultos mayores representan el 3.2%.

Finalmente, en el informe se reveló que el 40.5% de las agresiones se dan entre parejas sentimentales y esposos.

Propulsa una amplia revisión del espectro de los casos vividos en suelo colombiano el texto *El desorden, la teoría del caos y las ciencias sociales* (1988) del filósofo Georges Balandier. Este pensador considera que “el caos es el enigma que viene desde tiempos muy lejanos, cuando los mitos trataban de mostrar cómo todas las cosas provienen y son el resultado de génesis sucesivas” (Balandier 9). Esta premisa parece corroborarse para el caso colombiano cuando con frecuencia se oye decir que la manera fácil de reaccionar con violencia ante las más cotidianas situaciones es parte de la idiosincrasia.

En este orden de ideas, Balandier sostiene que hay cuatro figuras del desorden, a saber, lo que denomina “el advenimiento repentino del desorden” (12), basado en la crisis bursátil del otoño de 1987. Enseguida explica que el segundo componente es el mal, la enfermedad o lo que llama “el desorden que viene de afuera” (12). Balandier agrega que el tercer mal de la lista es la violencia, como un aprovechamiento del desorden, representado en el terrorismo. Después, el cuarto componente es visto desde lo que llama “el político debilitado, desorden e incertidumbre”, para lo cual hace referencia al revelador electoral. Al analizar la forma cómo estos pensamientos se pueden aplicar a la sociedad de Colombia, se podría ver un panorama actual enmarcado por una cruda realidad. Sin embargo, se muestra una luz de futuro, lejos de la inestabilidad política. La teoría de Balandier se ajusta al caso colombiano cuando describe para los tiempos

actuales un panorama “de desorden y violencia, de suspensión de la regla, agresión, confusión y desasosiego” (Balandier 34). Pero el autor enuncia una salida que no es otra que oponer al desorden un orden, un principio de reacción. Asegura que el orden debe “vencer al desorden para que pueda en su embestida, asegurarle la salvaguardia. Lo imaginario y la dramatización ritual hacen surgir de este enfrentamiento una energía nueva, capaz de mantener todas las cosas según su ordenamiento y sustentar la corriente de la vida” (34). Ante esta colisión de fuerzas, el autor enfatiza en como ninguna sociedad puede evadir el desorden por lo que considera que se debe obrar con astucia frente al desorden “ya que no es posible eliminarlo” (34).

Cuando se ve esta anomalía significativa con sello de realidad perenne facilitan una suerte de interpretación que se desarrolla en las siguientes páginas en el caso colombiano con los textos *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia* (1976), *Colombia una nación a pesar de sí misma* (1994) y *El fracaso de la nación* (2008).

IV.1.1. Violencia como factor de formación de la nación

Las relaciones de poder, roles y autonomía vistas en el conflicto armado que vive el país desde la Independencia, permiten analizar el proceso que se dio para la formación del Estado-nación desde la perspectiva histórica de la violencia. En el caso colombiano se parte del proceso de construcción del Estado nacional conocido como la Regeneración cuando justamente confluyen el Estado y la nacionalidad en ese periodo específico. El profesor Arturo Claudio Laguado⁶³ considera que el concepto de nación se define “por

⁶³ Laguado, Arturo Claudio. “La formación del Estado y la Nación en Colombia”. En *Memoria y Sociedad*, Vol. 6, No. 11, abril, 2002.

su relación con una cultura en común sobre lo público” (101). Igualmente, este precepto se puede ligar a este país en el lapso de 1886–1910 “para ver cómo en el largo proceso de dominación colonial está la clave de los elementos nacionales que luego serán recogidos por el Estado nacional diseñado por los regeneradores” (Laguado 101). Esto permitirá mostrar, según este investigador, que dicho proyecto desde el Estado que orienta el período reúne las características de la nación. Sin embargo, para entender el caso de este país, se analizan también las demás experiencias típicas en América Latina con respecto al monopolio de la violencia, el papel de las elites de la región, la clase de guerra específica, así como la función de las Fuerzas Militares y su relación con los círculos de poder.

El profesor Joaquín Romero–Herrera en “Proceso de formación del Estado–nación y autonomía militar en Latinoamérica”, trabajo de tesis doctoral⁶⁴ (2010) considera que en principio las características de la región llevaron a configurar un grupo de Estados frágiles que no contaban con una clara definición de ciudadanía y en donde no se tenía una clara demarcación entre las funciones de la policía y las Fuerzas Militares.

Norbert Elias en su texto *El proceso de la civilización* (1970) apela al concepto del poder lo que permite para los propósitos de esta tesis completar el análisis sobre la violencia como factor de formación del Estado. Elias en el apartado sobre el mecanismo del monopolio destaca que el manejo de la organización juega un rol relevante al menos

⁶⁴ Romero–Herrera, Joaquín. “Proceso de formación del Estado–nación y autonomía militar en Latinoamérica”. *Trabajo de investigación doctoral para Grupo de Investigación sobre Seguridad y Defensa de la Universidad de Los Andes*, 2010.

para lo que se conoce como sociedad de la Edad Moderna donde a las personas fuera del círculo se les despoja “de la libre disposición sobre los medios militares que se reserva al poder central (Elias 344)”. Dada la realidad de estos países y en concreto la situación de Colombia, esta línea parece un tanto precaria porque hay protuberantes fallas en el otorgamiento y control de armamento para civiles. No deja de ser contradictorio el solo hecho de que si bien el Estado se abroga el derecho de otorgar licencias es sabido que el mercado negro o la ilegalidad para portar un arma son apenas uno de los factores que inciden en el comportamiento de la delincuencia y agravamiento de la inseguridad.⁶⁵ En el informe de Naciones Unidas (2006) se indica que en este país con respecto a la violencia homicida el rol de las armas de fuego “parece estar más relacionado con el accionar de la delincuencia organizada y de los grupos irregulares al margen de la ley, que con una ‘cultura de la violencia’⁶⁶ y la posesión de armas por parte de los particulares” (ONU 16). Aquí, los indicadores muestran que la delincuencia, el crimen organizado y el conflicto armado son las principales categorías. Siguiendo con la línea del monopolio, Elias indica que este desde la violencia es sostenido por los medios financieros que llegan a lo que llama poder central. Precisa por tanto que los monopolios fiscales y de la violencia son simultáneos y que “se trata de dos caras de la misma organización monopolista (Elias 345)”.

Es claro que las sociedades para alcanzar niveles aceptables de convivencia y armonía deben escalar en sus etapas hacia el progreso en medio del conflicto con lo cual

⁶⁵ Violencia, crimen y tráfico ilegal de armas en Colombia. Naciones Unidas. Oficina contra la droga y el delito.

⁶⁶Encomillado en el original.

se hace evidente que quienes ostentan el poder aspiran a tener el control de la violencia. En este sentido, es esencial analizar los pensamientos básicos en torno al conflicto social de cara a determinar cómo se formó el Estado colombiano. Al recordar que Georg Simmel definió el conflicto como la forma básica de sociedad y complementaria de la armonía también se tiene en cuenta que Lewis Coser destacó su importancia para el funcionamiento de las sociedades. Ahora el reformulador de estos postulados es Ralf Dahrendorf lo que lleva directamente al análisis del papel de la violencia ya que considera al conflicto como el motor de la historia y es lo que activa el desarrollo de la sociedad. Al analizar las fuentes estructurales de los conflictos, considera que estos no se hallan en la distribución inequitativa de la propiedad, sino en la distribución desigual del poder entre personas y grupos. Esto determina el énfasis de orientación teórica centrado en las disputas entre individuos, estructuras o grupos sociales cuando se tienen circunstancias de lucha y escasez de recursos.

Ahora, al considerar los temas actuales que analiza la teoría del conflicto, Asael Mercado Maldonado y Guillermo González Velásquez en “La teoría del conflicto en la sociedad contemporánea (2006)”⁶⁷ destacan la trascendencia que toma cada vez más la globalización y la hegemonía. Dicen que el mundo con su era de consumismo y velocidad en medio del avance tecnológico es necesario vincularlo con la teoría del conflicto “ya que ha venido a generar mayores diferencias de las ya existentes entre las sociedades” (Mercado y González 214). Señalan que “la violencia desmedida, ilimitada

⁶⁷ Mercado Maldonado, Asael y Guillermo González Velásquez. “La teoría del conflicto en la sociedad contemporánea”. *Espacios públicos*. Vol. 11, núm. 21. Universidad Autónoma del Estado de México Toluca, febrero 2006, pp. 196–221.

y científicamente dirigida es el elemento de la guerra” (214). A la luz de estas consideraciones para el caso colombiano entonces se puede determinar que efectivamente la guerra en el prolongado proceso de colonización se convierte en la base para entender la formación del Estado colombiano. Arturo Laguado precisa que por estas circunstancias históricas se puede decir que “la organización de la vida bajo un mismo centro de dominación llevó a la homogenización de los elementos étnicos bajo la identidad mestiza y, por ende, a fortalecer formas de identidad en relación con el Estado” (Laguado 104). Señalan estos investigadores que la idea de territorio común para que el colombiano se sintiera perteneciente a una región, a un todo, influyó la inclusión de elementos de orden nacional ya que “la imposición de una lengua única y de la religión católica fue favorecida, sin duda, por la baja densidad demográfica comparativa de las poblaciones aborígenes colombianas y por las características de la colonización que coadyuvaron a un activo mestizaje” (105).

En los dramáticos conteos de cuántos aborígenes quedaron tras su lucha por resistir al invasor de su territorio, la historia cuenta que se pasó a principios del siglo XVII de 4 millones de nativos a poco más de 600 mil hasta llegar a las postrimerías del siglo XVIII a ser solo 130.000. Francisco Silvestre en la *Descripción del Reino de Santa Fe de Bogotá*⁶⁸ estimaba que en el territorio de lo que después fue Colombia, en 1789 había 826.550 habitantes, de los cuales 368.098 eran mestizos y 277.068 blancos. La lengua muisca, establece Silvestre, al finalizar el siglo XVIII, desapareció del virreinato

⁶⁸Jaramillo, Uribe, Jaime. *Etapas y sentido de la historia de Colombia. Colombia Hoy*. Siglo XXI Editores. 1981.

de la Nueva Granada⁶⁹ . Para el investigador Laguado todo este sangriento proceso de despojo, adopción y rechazo entre el invasor y el agredido que recibía una cultura ajena a sus bases produjo “un proceso de fragmentación del Estado que, en lugar de tender hacia la unidad nacional, permitió el fortalecimiento de los poderes locales” (Laguado 107). Son pues varios los factores ligados a procesos violentos los que van dando la conformación del Estado. En concepto de Laguado “las dificultades en las comunicaciones, el desmantelamiento del aparato burocrático regional, las prolongadas luchas civiles que reflejaban la ausencia del predominio de una región o una clase sobre las otras, demoraron mucho tiempo la construcción del Estado nacional” (107).

Se nota que con un país tan quebrado topográficamente era urgente tener un entramado político fuerte, lo que abriría el camino para lo que se llamó la regeneración que lideró el político Rafael Núñez en 1878. Núñez logró terminar con el sistema federal de lo que se conocía como los Estados Unidos de Colombia y promulgaría en 1886 la Constitución de Colombia. Pero antes de ese agitado camino, en el territorio nacional se debieron enfrentar varias etapas, como la de la Constitución de Rionegro que en general impedía que un poder central controlara las guerras civiles por lo que su labor era para asuntos de orden internacional o ejecución de vías previo consenso de las regiones que se vieran involucradas. Laguado considera que al dejar sin poder de acción al Estado nacional “al enfrentarse los radicales con la Iglesia Católica, prescindieron de

⁶⁹ El 29 de abril de 1717, se creó el nuevo virreinato. Su territorio comprendía una extensión de más de 2 millones 600 mil kilómetros. Era ‘toda la provincia de Santafé, Nuevo Reino de Granada, las de Cartagena, Santa Marta, Maracaibo, Caracas, Guayana, Antioquia, Popayán y San Francisco de Quito, con todos los demás términos que en ellas estuviesen incorporados’. Se designaba como capital a Santafé de Bogotá. Gonzalo Hernández de Alba. *Revista Credencial Historia*. Edición 20, agosto 1991.

la única institución que podía garantizar la integración” (107). También precisa este investigador que se creía por entonces hacia mediados del siglo XIX que en Colombia solo la Iglesia y los Partidos eran las dos instituciones organizadas y por tanto el Estado reducido y los Radicales de Rionegro no lograron evitar las dificultades que suponía la ausencia de integración nacional. Así que Laguado concluye que con la sociedad dividida debido a las guerras los odios resultantes “estuvieron en las bases de la conformación de los dos partidos como subculturas que lograron una adscripción popular anterior a la formación de la nación” (108). En definitiva, este panorama facilitó el clima de apoyo para la causa de los adalides de la Regeneración cuyo lema rezaba: “regeneración administrativa fundamental o desastre”⁷⁰ (108). Este proceso daría inicio desde 1880 a la construcción del Estado nacional. De este modo, con el último desastre que fue la Guerra de los Mil Días⁷¹, el país hasta 1910 mantuvo una forma de unificación que alejó la idea de entrada en nuevas disputas bélicas civiles.

Estos procesos en opinión de Laguado y varios estudiosos e historiadores de la realidad colombiana incidirían en el devenir de lo que hoy ya es conocido como la República de Colombia, pero que para la época apenas “dilatarían el inicio del proceso de construcción del Estado nacional durante casi 30 años” (108). Este investigador sostiene que al despuntar la década de 1880 se inició la consolidación del Estado

⁷⁰Núñez reemplazó la constitución federalista de Rionegro de 1863 y la reemplazó por la de Colombia, en 1886, de carácter centralista.

⁷¹Este conflicto se vivió entre 1899 y 1902. En esta guerra murieron unas 100 mil personas. Para poner fin a esto se pactaron en 1902 los tratados de paz de Neerlandia, el Tratado de Winsconsin y el de Chinácota. Ante la lentitud en varios procesos, Estados Unidos interviene en el manejo de una crisis con el por entonces departamento de Panamá y esa región se pierde. Por la guerra, el país explícitamente estaba empobrecido, sus vías de comunicación desechas y con elevada deuda externa. La libra esterlina, el tipo de cambio vigente, pasó de 15.85 pesos en 1898 a una cotización de 505 pesos en 1903.

nacional. Considera que se dieron las condiciones formativas tradicionales cuando el Estado empezó a tener el monopolio de la fuerza, se formó una burocracia estatal, fortalecieron los ingresos fiscales y se ejerció el control jurídico y político sobre el territorio. Puede notarse que para el caso colombiano fue la violencia y la influencia de las elites económicas en los círculos de poder lo que determinaron la formación de la nación colombiana. No es un factor menor entonces que en varias regiones de América Latina y el Caribe se viva gran inestabilidad política. Una forma de violencia es la corrupción para conseguir en forma deshonesto lo que no se tiene. Y como un sino inocultable la violencia impone su presencia si se quiere tener algo a toda costa.

Así pues, justamente se desprende de lo anterior como para los excluidos como se ejemplifica en el pueblo ficticio de San José de la novela *Los ejércitos*, a diario la pobreza determina no solo la violencia sino el auge de más de una conducta que propicia odios y continuas confrontaciones. Por eso, para el caso colombiano, hubo un auge del paramilitarismo y una propagación sistemática de la delincuencia. Es sabido que la adquisición de dinero fácil y abundante motiva a potenciales prospectos de delincuentes a integrarse a estas células de cárteles o grupos criminales.

El panorama de violencia de este país es resumido en 2010 por Juana Suárez⁷² de esta forma:

Catorce años de guerra independistas; ocho guerras civiles generales, catorce guerras civiles locales, dos guerras internacionales con Ecuador y

⁷²Suárez, Juana. *Sitios de contienda: producción cultural colombiana y el discurso de la violencia*. Iberoamericana, 2010.

tres golpes de cuartel. En el siglo XX, numerosos levantamientos locales, una guerra con Perú, el Bogotazo, la Violencia y, en los años ochenta, negociaciones con la guerrilla más vieja de América Latina. Sumemos a todo lo anterior la violenta irrupción del narcotráfico en la misma década, más la visibilidad que cobraron los grupos de autodefensa o paramilitares; si bien son tan antiguos como los grupos guerrilleros, se constituyen decisivamente como actores del conflicto en los últimos treinta años (Suárez 19).

Sumado a la anterior sumatoria, se puede decir que este país pareciera signado por un derrotero trágico y no se contara a las nuevas generaciones la verdad, o se diera una interpretación nada fiel de lo sucedido allí desde su época republicana como lo evidencia Alfonso Múnera en su texto *El fracaso de la nación* cuando afirma que

nunca se contó o, peor, se montó sobre ella una versión rosa. Así, la brutalidad y el absurdo de las cerca de 15 guerras regionales y 10 guerras nacionales⁷³, que obstruyeron cualquier posibilidad de progreso colectivo

⁷³El investigador Antonio Melo Flórez se pregunta sobre el complejo papel que jugaron las guerras civiles en América Latina al momento de participar en los proyectos de los círculos de poder en la construcción de los estados. Considera que “Si bien los conflictos internos fueron una constante en la mayoría de naciones durante el siglo XIX, la construcción del estado nacional fue en buena medida el resultado no planeado de la construcción institucional que se vio enfrentada casi de manera permanente con desafíos no sólo de las élites sino, además, de los grupos insurgentes y las regiones rebeldes” (Melo Flórez párr. 5). Precisa este investigador que “Las guerras civiles son expresión del proceso de construcción del estado y la nación mas no evidencia de la incapacidad o negligencia del estado para consolidar el proyecto nacional” (párr. 6). Este investigador al mirar en perspectiva La Guerra de los Mil Días, precisa que “si bien logra desafiar al gobierno tras la exclusión del partido liberal de la participación política y la pérdida de independencia del poder legislativo y el judicial, no consigue derrocar el gobierno, ni destruye la institucionalidad, de hecho, deja intacta la constitución conservadora de 1886 que se mantendrá vigente hasta la nueva carta de 1991 (párr.16).

⁷³ Melo Flórez, Antonio. “Las guerras civiles en la formación del Estado–Nación en América Latina. Una perspectiva comparada”. Historia, crimen y justicia, 01/02/2016.

sostenible, que aclimataron una cultura de la intolerancia, de la primacía de los métodos violentos sobre el diálogo y las soluciones pacíficas, fueron transmutados en las románticas narraciones de las luchas caballerescas entre caudillos ilustrados. La suciedad de los ejércitos, la barbarie de los encuentros a machete limpio, protagonizados por campesinos harapientos, forzados a la guerra por sus jefes hacendados, desaparecían como por encanto. (Múnera 15)

En ese compendio que hace este investigador, incluye a los indígenas, que también fueron maltratados y asegura que esto tampoco ha sido suficientemente ilustrado ni explicado por la historia colombiana. El investigador sostiene que estos grupos son catalogados como salvajes, seres inferiores y enemigos de la civilización y que “las leyes de la república liberal y la conservadora consagraron la más injusta de las discriminaciones y la impunidad de las distintas modalidades de crímenes contra ellos. Violencia cultural, expulsión de sus tierras, asesinatos masivos fueron frecuentes en medio del discurso de la democracia del siglo XIX” (16). Ante este panorama es cuando se puede deducir que un país, una sociedad que avasalla a sus aborígenes o desdice de ellos, difícilmente puede avanzar en su camino para una comunidad más justa e igualitaria. Y aunque historias de despojos y desconocimiento de derechos es consustancial a varios ámbitos y países que hoy son ejemplo de armonía y equilibrio social, también es cierto que para documentar ese atropello la ignominia y la indiferencia campean en una sociedad como la colombiana donde se ha divulgado otra historia.

Múnera enfatiza sobre este hecho y sostiene que no se ha dicho “ni una palabra, excepto la reiterada interpretación de que gracias a nuestro ser mestizo fue más fácil para los colombianos integrarse como nación. Como si el hecho de que fuesen minorías justificase la política de exterminio y de violencia contra los indígenas, hasta el día de hoy⁷⁴ [2008]” (16).

En consecuencia, Múnera concluye que en medio del alarde por documentar y exponer la rica herencia cultural en sus pasos para acercarse a la modernidad no se habló de esto ni “mereció un estudio serio ni preocupó a los mejores ensayistas del siglo de las guerras” (16).

Es pues, una lamentable certeza descubrir que a cambio de avanzar hacia la consolidación de la sociedad como nación, se privilegió y se impuso el derroche de odio por el favorecimiento de intereses personales, por lo que Múnera precisa que “no hay en la literatura política del siglo XIX escritos importantes, ni debates de fondo, que se refieran al hecho central de construir una nación en la que, además de su transitorio otorgamiento formal, negros, indígenas y mulatos y mestizos pobres gozasen del ejercicio de la ciudadanía, a la que tenían derecho” (18). Así que no solo se omitía el derecho de muchos de sus nacionales a ejercer su ciudadanía, sino que además se hacía el hueco en la historia para dejar de hacer memoria. Lamentable que se haga un hueco en los hechos y no abunden los documentos que dan cuenta del nacimiento de la nación, como lo advierte el mismo Múnera: “son contadas las veces que los mejores

⁷⁴ Este trabajo de Alfonso Múnera inicialmente fue la tesis de grado de doctor en historia de la Universidad de Connecticut, y desde entonces ahora convertido en libro, aún mantiene vigente su denuncia del saqueo a que hace referencia contra las minorías y en especial contra los indígenas.

historiadores de la Nueva Historia⁷⁵ escribieron sobre la independencia y la formación de la nación” (19).

El ideal de erigir una nación no es una utopía, pero la violencia y por ende las grandes diferencias e intereses también trajeron efectos benéficos ya que como argumenta Múnera “inventar la nación colombiana costó muchas guerras. Porque la guerra, además de su función profundamente aniquiladora, fue el mejor instrumento para que las masas de campesinos de tierra fría, convertidos en soldados, descubrieran y empezaran a sentir como suyo el mundo del Caribe” (Múnera 229). Sin embargo, además del factor geográfico este investigador considera que en general que “el proyecto de construir la nación sigue siendo todavía una realidad inconclusa, atravesada por toda clase de conflictos culturales” (229).

En su libro *Colombia una nación a pesar de sí misma*, el colombiano norteamericano David Bushnell, en el capítulo 11, hace referencia a un periodo de la historia del país desde 1978 en donde se ve el desarrollo de lo violento en medio de la normalidad. Se entiende esto de la cotidianidad cuando el ciudadano recibe el suministro de luz eléctrica, agua potable y gas domiciliario mientras a su alrededor aumenta la inseguridad, reflejada en la criminalidad y la alteración del orden público con el resurgimiento de la violencia en el ámbito político. En los indicadores de niveles de violencia, entre tanto, el país sin tener en riesgo sus instituciones, siguió ocupando los primeros lugares por ocurrencia de hechos violentos, especialmente por el auge del homicidio. Estos indicadores mostraban que el país pasó de ocupar en 1973 el séptimo

⁷⁵ Mayúsculas iniciales en el original.

lugar, a liderar los registros a mediados de los años 80. Se llegó a establecer que “en 1986 el homicidio fue la principal causa de mortalidad y figura como factor determinante de estos hechos la política que se inmiscuye en el espacio familiar y lo afecta. Bushnell sostiene que:

la tasa de homicidios se había incrementado por factores políticos y por el florecimiento del tráfico ilegal de drogas; pero también había habido un aumento de casi todas las formas de actividad criminal, lo cual reflejaba, entre otras cosas, la rápida expansión de las ciudades y la creciente complejidad y frustración de la vida moderna, para no mencionar la incapacidad del Estado colombiano de hacer algo al respecto. (Bushnell 343)

Se puede inferir de lo anterior que se estaba creando una sensación de bienestar nada sólido, amparado en una burbuja artificial de bonanza pasajera que producía notorias alteraciones en el núcleo familiar al exponer a las familias a una economía dependiente del delito mientras en lo político las clases dirigentes manejaban los recursos del Estado a sus anchas y en la búsqueda de sus propios beneficios. Como resultado de la modernidad y la mayor atracción que ejercen los núcleos urbanos para el establecimiento de familias, se disparaba el éxodo de las áreas rurales, engrosando los cinturones de población en las ciudades, con consumidores que demandaban mayor cobertura de servicios públicos y no siempre tenían asegurada una oportunidad de empleo. Así, al producirse corrupción o ineficacia en los actos de gobierno, las consecuencias se notaban directamente sobre la comunidad para mostrar ciudadanos

agresivos o familias desintegradas. Busnell sostiene que una evidencia de este descontrol es la poca efectividad del aparato estatal para el control del crimen lo que se mostraba con “la proliferación de servicios de seguridad privados o, como algunas veces llegó a calificarse, la cuasi privatización de la Policía y del sistema criminológico” (343). Al llegar a este registro, los sociólogos en Colombia determinaron que ya no estaban ante una actividad de tipo criminal, sino que al tener al Estado en permanente desafío para resolver los problemas sociales con poca eficacia, se entraba de lleno en la perspectiva de la llamada violencia política, en donde a todas luces se veía un mayor número de personas expuestas al deterioro de su calidad de vida por cuenta de la inoperancia de sus líderes de brindarles vías para tener óptimos niveles de coexistencia pacífica. Bushnell dice que así se creó una corriente de análisis de esta problemática colombiana que fue denominada “violentología”. En esta perspectiva se vio al colombiano campesino llegando a vivir a las grandes ciudades en la búsqueda de acomodo a un nuevo ritmo de vida, por demás tortuoso. Pasó de vivir en zonas rurales a las calles llenas de vehículos y gran densidad de población, es decir, buscó eludir las luchas guerrilleras iniciadas desde los años 40 en el campo, pero se encontró con el terrorismo en el ámbito urbano. Sostiene Bushnell que se daban más muestras de violencia política y no política de la que hasta entonces se había presentado a mediados del decenio de los años 70 (344).

En el caso de Colombia, en el mismo texto, el historiador Daniel Pécaut, hace referencia al caso de esta nación inmersa en los años 80 como una sociedad a merced del terror para lo cual enmarca su disertación desde la perspectiva de que allí se pasó de la banalidad de esa violencia a un terror real. Se apoya en los registros de esa trágica

década, veinte años antes del fin del siglo XX. Pécaut recuerda cómo se llegó a tener una de las tasas de homicidios más altas del planeta en donde la media nacional decía que se pasaba a menudo de los 70 muertos por cada 100.000 habitantes⁷⁶.

Pécaut ahonda en su concepto de banalidad para reflexionar en cómo hay una especie de acostumbramiento a los cuadros de violencia entre los colombianos que ven en ciertos hechos, tornados sangrientos y de por sí cargados de gran agresividad, cierta normalidad. Llegado el momento se ha perdido al parecer la capacidad de sorpresa y reflexión del ciudadano promedio que, aunque terriblemente afectado por los hechos violentos del día a día, no solo se acomoda a su ocurrencia, sino que carece en muchos casos de reacción crítica para no solo rechazarlo, sino que es casi nulo su proceder para evitar volver a caer en el mismo asunto.

El autor puntualiza, en un por demás curioso proceder de los colombianos, como estos, parecen reaccionar cada vez igual a cada acto sangriento o trágico ya casi sin sorpresa, como si las situaciones diarias hicieran parte de la normalidad, es decir, como si lo que se llama reacción no es otra cosa que una aceptación. Aquí cabe anotar que a veces dentro de ese continuo suceder de hechos violentos hasta se han creado modismos o asimilado reacciones ante actos vandálicos o en el mismo desastre, se acuñan expresiones en las que pareciera que se carece de sorpresa y lo que se hace no es más que un sometimiento a una aceptación lo que para otro ciudadano movería al rechazo total. No es que se quiera establecer que allí campea el horror y no hay nada ni nadie para evitarlo, pero en un cruce complicado entre la generalización y la calificación

⁷⁶ Estadísticas de la Policía Nacional.

irresponsable y sin fundamento de la idiosincrasia colombianas, se puede intentar establecer que es propio de esta sociedad el enmascaramiento de las situaciones a través de los eufemismos o el humor. Y si se entiende por eufemismo, la capacidad de utilización de una palabra por otra menos directa para enfrentar un hecho, en el caso concreto de la violencia, el colombiano se ha forjado con expresiones casi antológicas para resumir su vida signada por el desastre. Allí es común decir que se vive del rebusque, para decir que, ante la dificultad para trabajar, la ilegalidad no es problema; pero si se trata de sobrevivir, no es problema acuñar la actitud resumida en el axioma: hecha la ley, hecha la trampa, para referirse a ese mismo rebusque que pretende darle un precio menor al que lo requiera, o un paso más rápido para conseguir lo que de otra manera sería imposible o más difícil. De este modo, comprobar que el funcionario público recibe sobornos o falsifica honores y títulos, o no merece una investigación, o simplemente se toma como un riesgo que puede ser subsanado si se llegare a descubrir.

Como si cada uno de estos ejemplos pareciera que apenas es un principio de una larga lista de situaciones, lo que se puede vislumbrar es que los colombianos tienen en su cotidianidad desde el seno familiar una tradición que los circunda con sucesos que los desbordan por su innumerable cantidad de ocurrencia. Afirmar esto sería muy grave si no hubiera en los estudios sociológicos abundantes ejemplos de los métodos de salida desde la corrupción o la trampa para lograr imponerse. Esto no es más que una clara consecuencia de una sociedad violenta que ante una ley débil y gran cantidad de leyes inoperantes, encuentra su camino a través del resultado fraudulento sin detenerse a pensar mucho si es una forma honesta de enfrentarlo.

Se pueden dar dos ejemplos que resumirían parte del problema. En 1955 un destructor que había partido de Mobile, Alabama (Estados Unidos), naufragó en el mar caribe y dejó al marinerero Luis Alejandro Velasco como único sobreviviente, quien logró salvar su vida después de haber caído en el mar del golfo de México y permanecer diez días sin comida. Él relató a Gabriel García Márquez cómo se aferró a los electrodomésticos de contrabando cuando cayó en el agua mientras el gobierno informaba que el accidente se debió al alto oleaje. Ese hecho pasó casi desapercibido porque lo que trascendió fue la asombrosa manera de sobrevivir del marinerero. Ese testimonio lo inmortalizó el nobel colombiano en un libro de 176 páginas, publicado en 1970⁷⁷.

El otro hecho que se citará también tiene que ver con la trampa, pero quizá está relacionado con el deseo de ser amado o simplemente no tener que quedarse solo para lo cual se acude a actos desesperados. Una joven de 17 años, Liliana Cáceres, en un fin de semana de 1997 aseguró que estaba embarazada de 7 bebés para lo cual diseñó una enorme barriga bajo sus humildes vestidos⁷⁸, por lo que fue captada por las cámaras de televisión y los destellos de las luces de fotografía. Directores de noticieros, mandatarios y líderes cívicos se unieron y hasta le consiguieron para el lunes, casa y demás recursos para aliviar su difícil situación. Ese lunes, sin embargo, se estableció que la barriga de la mujer era de trapo y que había mentado para no perder el respaldo de su probable amor.

⁷⁷*Relato de un naufrago*, Debolsillo, 2014.

⁷⁸“La embarazada de trapo”. *Revista Semana*, Jun 11 2001.

Allí no solo un país fue engañado en su fe, sino que hasta en los noticieros se entrevistó a los médicos certificando el suceso no sin dejar de manifestar su asombro y menos dar cabida al fraude.

Todo esto que no es más que un recuento de los millares de eventos de la realidad colombiana que bien puede circunscribirse en la salida del colombiano desde el rebusque y la mentira donde la violencia, ya sea desde el eufemismo o el acostumbramiento es una evidente actitud descarnada de connivencia con la realidad que mantienen en su día a día quienes viven en este país. Pécaut precisa que “a este tipo de recuerdo puede responsabilizársele en parte del proceso de la *banalización*⁷⁹ de la violencia, pues hace que ésta se perciba como si siempre hubiera existido en unas formas más o menos parecidas a las actuales, como si formara parte de la naturaleza misma de las cosas” (Pécaut 179). De modo que parece una costumbre o una circunstancia trivial que no admite demasiado raciocinio ya que para el ciudadano colombiano termina siendo habitual, corriente y dentro de la norma de lo que da el país. La cuantificación y los cuadros estadísticos podrían apoyar la naturaleza del fenómeno, más allá de su trivialización y se enmascaran en un conteo, como evidencia.

Antes de establecer cómo se han presentado los avances y cambios de estos registros, se debe señalar que estos indicadores son parte fundamental de los principales desafíos para la gobernabilidad que enfrentan los gobiernos y la sociedad en su paso hacia mejores niveles de vida. Tan solo en 2013, según investigación establecida en el

⁷⁹Cursivas del autor.

informe “Un análisis de la criminalidad urbana en Colombia”⁸⁰, sus autores Daniel Mejía, Daniel Ortega y Karen Ortiz indican que para ese año Colombia tenía una tasa de 23 homicidios por cada 100. 000 habitantes. Y con registros del año 2014, el país llegó a ser uno de los que tenía más casos en América Latina, por lo que de acuerdo con Estadísticas Vitales⁸¹, Colombia aún mantiene con sus indicadores de violencia, que la tasa de homicidios se halla entre las 10 causas más frecuentes de muerte entre sus pobladores. Al hacer la comparación con otras naciones del Caribe y Latinoamérica, al país se le da la sexta tasa de homicidios más alta del mundo con 32.3 víctimas por cada 100.000 habitantes, seguida, entre otras, de Guatemala, El Salvador, Belice y Venezuela.

Hay prueba de que desde el mismo engranaje del estado se mantienen estrechas relaciones con grupos al margen de la ley. Por tanto, la corrupción es un factor de violencia y componente esencial para determinar cómo desde el mismo Estado se influye para socavar la familia, que a su vez hace parte activa en muchos casos del mismo aparato contaminado de violencia e impunidad. En el informe se dice que hay una gran articulación de estos grupos a todo nivel que “mantienen vínculos con instituciones del Estado y con sectores influyentes de la sociedad. Los altos niveles de impunidad prevalecientes y la debilidad de las instituciones estatales encargadas de la justicia y la seguridad pública son fomentados por estas redes de acción criminal por medio de acciones corruptivas y coercitivas” (11).

⁸⁰Informe presentado por La Universidad de los Andes, versión preliminar, 2014.

⁸¹Registro del Departamento Administrativo Nacional de Estadística de Colombia (DANE).

Se puede determinar en sí que al regentar los destinos de sus naciones por encima del bien general estos grupos propulsan sus propios intereses creando naciones cercadas por el miedo y su respectiva violencia, para lo cual se entronizan en el poder, lejos de valores y donde la ética es determinante como lo señala el filósofo Luis Villoro en su texto *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política* (1998). El autor manifiesta ya en las primeras líneas de su texto que es un creyente en la palabra, en el honor y en las causas justas. Tiene más valor su posición viniendo de un siglo de apocalipsis, valores perdidos, de sinrazón y mucha estupidez. Esta actitud quizá puede que sea atribuible solo a esta época, aunque igualmente habría quienes piensen que es una tendencia desde el principio de los tiempos. Esto da pie para considerar que así la sociedad se muestre indiferente, es claro que las circunstancias inducen a marcar derroteros y pautas de comportamiento. En este caso, vale parodiar a Rubén Darío que dijo ¿Quién que es no es romántico?... Aquí, de acuerdo con el modo en que se presentaban las cosas entre los colombianos, cercados por tomas guerrilleras, atentados, se fue llegando a un grado de zozobra y tensión con lo que se podría preguntar ¿quién que es no es violento? En ese ambiente enrarecido, inestable y de continua zozobra parece claro ver como el hombre se ve incapaz de evitar en muchas ocasiones la estupidez como pandemia.

Villoro dice que el hombre está en un umbral donde la criatura alcanzó una sociedad liberada y racional, digna del hombre. Villoro plantea una sociedad liberada y tiene la visión de un mejor mañana en la humanidad, lo que contrastaría al venir el mundo de desapariciones de civilizaciones, caídas de imperios y hasta de dos guerras

mundiales. Entonces ahora hay un mundo mejor, quizá, con avances científicos y tecnológicos que alargan vidas y frenan algunos virus antes mortales.

También se globalizó el mundo y muchos procesos se acortaron en tiempo, así como la eficiencia permite optimizar resultados, pero otras penurias y el fin de muchos ostracismos y el nacimiento de otros, conllevan a no concluir que el hombre está lejos de su sino de oscurantismo y fidelidad en el error. Se propone por tanto presentar en su libro un documento que permita reformar las ideas acerca del pensamiento político de esta era, ya que aspira con ello a dilucidar lo que llama “monstruos de la razón” (Villoro 8), que han dado al traste con el siglo XX. Avisa que ninguna época conoció tanto el mal: “Guerras mundiales, exterminación de pueblos, campos de esclavitud, opresión totalitaria, hambre y humillación del Tercer Mundo, depredación de la naturaleza, imperio de la irracionalidad y la violencia” (7). Argumenta que el fracaso se impuso en las tentativas “por transformar la sociedad desde proyectos racionales” (7). Cuando se apalanca en el socialismo como idea de haber sido la “última utopía” (7), no deja de provocar nostalgia el ejemplo chileno en su llegada a esa quimera con la avanzada allendista en 1970, para erigirse en el primer presidente marxista en llegar al poder por medio de elecciones en un estado legítimamente constituido. Recibió el voto y también la desaprobación, en una secuencia que no podía avizorar lo que vendría después a no ser por el feroz ataque a La Moneda, como preludio del oscurantismo venidero para los australes.

Y claro, en medio de la desilusión, Villoro, fiel a su mirada, vislumbra un camino que así enuncia: “la reflexión renovada” (párr. 1). Ligado este trasegar ideológico con

cinco preguntas: “¿Qué falló?”, “¿Por qué el fracaso de ideologías y utopías?”, “¿Por qué la derrota de la razón?”, “¿De cuál razón?”, para terminar con dos inquietudes más: “¿Es aún posible un comportamiento político que proponga contravenir el mal?” y “¿cabría renovar, ante el desencanto, una reflexión ética?”

El autor explica lo que define y denomina valor, para lo cual hace una separación entre valor y actitud. En la noción de valor afirma que este es entendible en las características “por las que un objeto o situación es término de una actitud favorable” (13). Al abordar su parecer sobre lo que considera actitud, confirma que “es una disposición adquirida que se distingue por su ‘dirección’⁸² favorable. Llama la atención, dentro de los sentimientos, como Villoro diferencia entre sus características, que esta actitud, se distingue “por su carga afectiva hacia algo” (13). Se tiene firmemente un universo, desde el autor, para sostener que valor es pues “lo que nos falta en cada caso” (16).

Así que, culpando a los políticos, se puede aventurar a decir que la humanidad por manía, por absoluta necesidad propia y habilidad de manipulación, no sale, no escapa a las maniobras de quienes pulsando las cuerdas, los hilos de la historia, a su antojo, privan a unos, para queriendo tener más, incluso lo que no se puede ofrecer, del ideal, de la noción de bienestar. Tampoco se podría decir que la sociedad, en general tendría claro que es valor, pero al no querer estar del lado de quienes suprimen, de hecho, está más cerca de lograr lo que le falta, sin saber que otro, que tampoco lo tuvo, quiere, por si acaso, alejarlo del valor.

⁸² Encomillado en el original.

Así que decir que en el ejercicio del poder hay parte determinante para forjar una nación a imagen y semejanza de intereses particulares no es ningún despropósito, como tampoco lo es, tener la certeza de que la falta de control y predominio del político mezquino contribuye a forjar estados inmersos en las sociedades del miedo, que es lo que ha llegado a convertirse al nación colombiana cuando la violencia rampante propulsa la misma caída del estado, lo que se desarrollará en la siguiente sección de este capítulo, así como la consiguiente gesta de una sociedad inmersa en la búsqueda de su propia transformación como sociedad civilizada.

En lo referente a la historia de orden social y económica para analizar qué factores de formación y a la vez de deformación de la nación incidieron en lo económico, Álvaro Tirado Mejía ahonda en las causas de guerras civiles en el país. El autor en su texto *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia* (1976) explica que estos conflictos obedecen a una serie de debates que iban de la prensa y la tribuna pública a los campos militares hasta pasar a ser actos constitucionales que se inscribían bajos los intereses, proyectos e ideales de sus ponentes. Da cuenta de un total de nueve guerras civiles y dos confrontaciones internaciones con Ecuador (Tirado 15). La bancarrota, las dificultades en la posesión de la tierra con sus expropiaciones o indemnizaciones, así como la rapiña por el reparto de cuota burocrática hacían parte de las motivaciones para ir a la guerra (18). En síntesis, se ve de acuerdo con los estudios de este autor que el Estado no podía monopolizar la violencia y tampoco podía imponer tributos ya que el Estado central al carecer de estos poderes, facilitaba ese manejo a los estados federales.

En el análisis de la economía colombiana y su relación con la violencia, es de gran relevancia la lógica militar que se va trazando alrededor de las zonas cafeteras de este país, como lo indica el profesor Gonzalo Sánchez en “Café y violencia: alerta temprana”⁸³ (2002). Sánchez expone como principal premisa el aporte del producto bandera de la nación colombiana que de por sí fue y es decisivo para armar la estructura bajo la cual se sostiene el país agrario y el país industrial en donde al café: “se lo consideró por mucho tiempo amortiguador eficaz de tensiones sociales e incluso freno a los experimentos políticos populistas o revolucionarios” (Sánchez párr. 2). A renglón seguido este autor llama la atención sobre como al mismo tiempo este producto insignia de los campesinos colombianos recibió “los embates de la violencia de mediados del siglo XX, fenómeno que condujo a las expulsiones y migraciones a las periferias rurales que, a su vez, dieron origen a un nuevo país, el de las colonizaciones” (2). El país fue asistiendo a un rápido y tormentoso cambio cuando en los años 80s en pleno auge del mercado ilegal de cocaína en sus fincas, departamentos enteros, tradicionalmente agrícolas, monocultivadores del grano, se volcaron a sembrar la hoja de coca, con los consabidos nefastos resultados ambientales para la tierra y después para los mismos labriegos, encandilados por el repentino y aparente dinero fácil. Sánchez sostiene que esta situación derivó en el auge de la presencia guerrillera y la proliferación por doquier de cultivos ilegales propulsadas por grandes masas de jornaleros pobres. Con este auge se revivieron las tensiones y conflictos que anteriormente habían tenido otros colonos.

⁸³Sánchez G., Gonzalo. “Café y violencia: alerta temprana”. *El Tiempo*, agosto 23, 2002.

Al realizar un análisis de las consecuencias de esta economía que se deriva de un producto que termina rindiendo más beneficios inmediatos a los campesinos, Sánchez precisa que sin embargo las consecuencias sobre los núcleos sociales no son alentadoras y por tanto se convierten en un factor de violencia. La sustitución del café por el cultivo de hoja de coca afecta el modelo agrario del país en una dirección triple: “crisis del modelo agroexportador; no resolución del problema agrario en la zona central del país que expulsó al campesinado a las zonas de colonización, y politización armada de esta colonización, que es al mismo tiempo la de los cultivos ilícitos” (6). Teme el autor que se repita la experiencia que se dio cuando se llegó a los acuerdos bipartidistas de los años cincuenta y tras firmar un cese de la violencia, en esa zona cafetera colombiana se inició una cruenta batalla por parte de los bandoleros, por lo que Sánchez lanza el interrogante según el cual, si no se anticipan los impactos y causas de la crisis en el campo colombiano, desatendido tradicionalmente, ¿no se estaría acaso estando frente a un recrudecido ciclo de violencia?

También en la perspectiva de ligar las zonas con recursos naturales o que tienen un respaldo económico notable, como en este caso el del café colombiano, con la notoria manifestación de la violencia, la investigación “Tomémonos un tinto: Café, conflicto armado y criminalidad en Colombia”⁸⁴ (2017) de Angelika Rettberg, analiza la relación entre el café, principal producto de exportación de Colombia y el conflicto armado en la llamada zona cafetera [área de cultivos de café integrada por 47 municipios y 4447

⁸⁴“Tomémonos un tinto: Café, conflicto armado y criminalidad en Colombia”⁸⁴ (2017) de Angelika Rettberg. SSRN. *Universidad de Los Andes. Departamento de Ciencia Política*. Enero 31, 2017.

veredas en los departamentos de Caldas, Risaralda, Quindío, el noroccidente del Tolima y el Norte del Valle del Cauca]. Para esta investigadora el cultivo del café ha sido determinante desde la capacidad institucional atribuida a la Federación Nacional de Cafeteros para preservar a los pequeños productores de los vaivenes de la violencia cuando se vivió el aumento del conflicto armado en este país. Igualmente, al depender de los precios internacionales del grano, en la investigación de Rettberg se examina el debilitamiento de este organismo, lo que permitió la penetración de grupos armados ilegales en las zonas de cultivo a la vez que se realizó un intensivo reclutamiento y feroz lucha por el control territorial para incentivar la propagación de cultivos ilícitos. La investigadora sostiene que la inoperancia de la Federación de cafeteros sirvió para: “impulsar los cultivos ilícitos e insertar capitales del narcotráfico en la economía legal” (Rettberg 2).

En la investigación de Rettberg se dice que al colapsar el Convenio internacional del café en 1989 toda esa cadena global del grano cambió y los productores perdieron así su control sobre consumidores y tostadores. El país pasó de producir 840.000 toneladas en 1999 a 660.000 en el año 2002. Finalmente los ingresos cayeron en más del 80 por ciento del total de las exportaciones hacia la década de los años 80 (Rettberg 8). Como consecuencia de esta crisis, según la investigación de Rettberg “la zona cafetera tuvo que buscar nuevas fuentes de ingresos” (12). La estrategia sería convertir la zona antes rodeada de miles de fincas sembradas con el café, en destino turístico, por medio de una amplia estrategia de mercadeo publicitario. Con este panorama, en la región se dieron las condiciones para el agravamiento de las tensiones políticas y el aumento de los casos de

violencia. En definitiva, para Rettberg no cabe duda de que esta crisis económica y la débil presencia estatal redundaron en el incremento de la violencia local. Uno de los mayores hallazgos de los analistas sobre el comportamiento de los factores de violencia en la zona es ver como los actores armados al no poder extorsionar a los hacendados cafeteros en crisis, cambiaron su estrategia y se dedicaron al secuestro.

El investigador Juan Carlos Muñoz Mora en “Los caminos del café”⁸⁵ (2006) aclara cómo fue la incidencia del cambio de cultivos de café por coca cuando los cultivadores empezaron a sembrar coca. Las agrupaciones al margen de la ley encontraron una manera efectiva para financiarse con lo que a su vez creció su interés por abrir mercado y dominar más territorios con lo que se incrementó el número de personas en situación de desplazamiento forzado (Muñoz Mora 51).

En este orden de ideas, se ve una relación en permanente contacto entre el Estado y la sociedad. Para el investigador Luis Javier Orjuela en el texto *El Estado en Colombia* (2010) esta intensa relación no solo es una red de cooperación, sino que también lo es de “conflictos y tensiones sociales” (Orjuela 20). Así, el primer componente para establecer una especie de ruta que permita analizar la historia de Colombia y su formación como nación incluyendo el factor de violencia, es el de la presencia del bipartidismo, derivada del hecho que, en este país, los dos partidos, el liberal y el conservador, como lo establece el sociólogo Francisco Leal Buitrago en *Estado y Política en Colombia* (1984)

⁸⁵Muñoz Mora, Juan Carlos. “Los caminos del café: aproximación a los efectos del conflicto armado rural en la producción cafetera colombiana”. Facultad de Economía, Universidad de Los Andes. 2006

“han dado la pauta de definición del régimen político colombiano. Con su existencia de por lo menos 135 años. El bipartidismo ha servido de base para que el régimen de democracia representativa haya operado con muy pocas interrupciones” (Leal 69).

En el propósito de entender las circunstancias cómo se desarrolló la vida política colombiana, Leal atribuye a las alteraciones de orden público, la configuración de una democracia representativa y el periodo del llamado Frente Nacional [pacto político de liberales y conservadores de alternancia en el poder por 16 años] en el que “los dos partidos tradicionales se constituyeron también en el pilar del proceso de formación de un Estado–nación en Colombia [...]” (69). En este sentido, Leal considera que este alineamiento se inició históricamente en los comienzos de la era republicana con lo que se incubó el profundo espíritu de diferencia: “Las guerras civiles del siglo XIX inyectaron en el alma de todos los colombianos el orgullo de sentirse liberales o conservadores” (70).

Al ahondar en las graves repercusiones de esta tendencia, no es de poco valor la circunstancia que con ello se circunscribe en la historia del país. Leal sintetiza las consecuencias de esta filiación monopolizada por dos partidos:

El disfraz ideológico bipartidista, donde se ocultaron las diferencias de clase, facilitó durante el siglo XIX la reproducción de los terratenientes y, ya en el siglo XX, las de los comerciantes y finalmente la de los industriales, como las clases dominantes que fueron disputándose el lugar hegemónico en el concierto político de la nación. (Leal 70)

Al momento de reflexionar sobre el futuro de esta práctica política, Leal augura una tremenda disyuntiva que se vive en la realidad política colombiana a la que se le cuestiona su escasa apertura o estrechez ideológica para albergar más corrientes de pensamiento. Leal concluye que “la vieja ‘clase política’⁸⁶ se encuentra en una trampa construida por su tremendo pragmatismo y conservadurismo” (Leal 101). Argumenta el autor que esa clase política “no acepta nada nuevo por miedo a perder el tradicional ejercicio de su profesión, pero este rechazo puede acelerar el derrumbe de sus posibilidades de renovación futura” (101).

En la problemática de la violencia como factor de formación de la nación viene a colación la noción de la violencia positiva o justa. Esa noción se puede conectar con la idea del mito griego de la Hidra de Lerna, ese monstruo acuático, quien custodiaba la entrada al inframundo. La Hidra que podía tener de 3 a 10.000 cabezas, con apariencia de réptil y aliento venenoso si perdía una cabeza lograba que le nacieran dos más. Hércules, que debió enfrentarla como parte de sus doce trabajos, logró aniquilarla. Este mito sirve pues para ilustrar la idea de una justicia positiva o justa en la medida de quien puede considerar al enemigo como lo que hay que vencer y justifica su acción porque así se derrota al mal.

Se tienen pues, elementos para construir una actitud desde los buenos contra los malos, una civilización que debe enfrentar a la barbarie y un héroe en persecución del villano; pero no se hace ninguna distinción ni se tienen en cuenta consideraciones morales o vitales para cimentar las razones de cada quien si por ejemplo quién es bueno

⁸⁶Encomillado del autor

y quién encarna el mal cuando se trata de subjetividades o puntos de vista morales. Así mismo se hacen distinciones para el hereje, el negro, la bruja, el homosexual o el criminal. En el mito de la Hidra se le otorgan unas características para hacer heroico el triunfo de Hércules. De este modo la victoria aparece como vital, indispensable, *justa*⁸⁷ actitud ante la ofensa o amenaza. Al eliminar al oponente se salva al amenazado por medio de la violencia que así dignifica. En opinión del profesor Gustavo Salazar⁸⁸ cada quien al enrolarse en un conflicto consigue esgrimir una particular argumentación en la que considera lo violento su emancipación:

Pero todo aquel que combate considera justa su violencia. Justas fueron las Cruzadas para los cruzados; justas o inevitables en los labios de los Castaño y Mancuso [jefes paramilitares] fueron las masacres por ellos perpetradas; excusables los “falsos positivos” [acciones militares inventadas para lograr ascensos] [...] La violencia se nutre de ella misma, se hace ineluctablemente ‘acumulativa’⁸⁹, la realidad se diluye. (párr. 12 Salazar)

En este mismo orden de ideas se puede mantener la pregunta sobre si existe la violencia justa, para lo cual se establece la discusión bajo el marco de los derechos humanos. Esta discusión amerita afrontar el interrogante desde el punto inicial en el cual se define violencia como esa acción u omisión con una intención que podría causar daño. De este mismo modo, se pregunta qué se entiende por justo. Justo sería entonces,

⁸⁷Cursiva propia.

⁸⁸Gustavo Adolfo Salazar. “La violencia y el mito necesario”. *Revista Semana*. Septiembre 1 de 2009.

⁸⁹ Encomillado del autor.

cualquier acción u omisión en la que se respeten los derechos humanos. Pertinente es el aporte del profesor José SanMartín Esplugues, que en su ensayo “¿Hay violencia justa?”⁹⁰ (2008) reflexiona que si la violencia es una acción u omisión con intención que afecta la dignidad del hombre “no puede haber en modo alguno violencia justa” (Esplugues 9). En consecuencia, el autor de este ensayo va un poco más allá para ligar el sentido de las acciones y por ello considera que no puede haber términos medios y aclara que “aunque el fin sea bueno, si los medios empleados para alcanzarla son moralmente incorrectos, la acción no será justa” (10). Por ello, igualmente desapueba las acciones extremas y manifiesta que “no hay terrorismo justo, porque generalizando, no hay violencia justa” (12).

Este autor se vale finalmente de un hecho histórico que marcó la historia de Japón cuando le fueron bombardeadas por Estados Unidos las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Se argumentó que así se frenaba la amenaza de una hecatombe y se habló de algo justo cuando según el autor era un acto necesario, pero cree que aquello, así como fue “tan innecesario como injusto fue un episodio (uno más)⁹¹ de terrorismo en medio de una guerra. Los bombardeos de ciudades, en general, tenían la intención de intimidar a la ciudadanía para que obligara a su gobierno a rendirse. Son puro terrorismo y son injustos” (14).

⁹⁰ Esplugues, José Sanmartín. “¿Hay violencia justa? Reflexiones sobre la violencia y la justicia basada en los Derechos Humanos”. *Daímon. Revista de Filosofía*, no. 43, 2008. pp. 7-14.

⁹¹ Paréntesis en el original.

IV.1.2. Violencia como factor de deformación de la nación

Al revisar la historia de Colombia es puntual el texto de Marco Palacios y Frank Safford, *Colombia país fragmentado, sociedad dividida* (2002), en el que sus autores después de hacer un recuento por la aciaga realidad colombiana, llaman la atención sin embargo sobre la particular intensidad de lo trágico en la última década del siglo XX. De nuevo, se alude a una falta de eficacia del Estado para hacer frente a la amenaza de la delincuencia o los agentes perturbadores por lo que la respuesta es desde la misma violencia instigada e ilegal desde sus entrañas, es decir, institucional, permitida y con permanente impunidad al momento de buscar responsables. Los autores dicen que en este periodo de los años 80s, como ya se advirtió en páginas precedentes, los colombianos se han visto en alto grado desprotegidos y amenazados: “El poder fáctico de los agentes de esta violencia y la profusión de sus formas choca de frente con los postulados de la Constitución de 1991, expedida para remediar éstas y otras injusticias que padece la sociedad colombiana” (Palacios y Safford 631).

En una secuencia de preguntas, a renglón seguido, este par de investigadores se cuestiona sobre la capacidad de resistir por parte de los colombianos ante esta situación de inestabilidad: “¿Por qué los colombianos viven y sobreviven en medio de tanta violencia? ¿Cómo ha llegado el Estado colombiano a semejante grado de impotencia?” (631). En primera instancia estos investigadores aluden al periodo de la llamada Violencia, escrita con V mayúscula, para mencionar ese lapso de casi dos décadas para referirse a esa pugna entre los dos partidos políticos que dejó solo por la idea de pertenencia a un bando de un color azul o uno rojo, más de 400.000 muertos. Esta

confrontación bipartidista que ahondó en sectarismos, de hecho, es la semilla para seguir desangrando el país, proclive a demarcar regiones, razas y estratos económicos. No se puede desconocer como factor de desestabilización este rasgo de la idiosincrasia nacional para incidir en el auge de los odios y mentalidades disgregadoras. Todo este acontecer lo engloban los autores como una de las causas de lo que se puede llamar caída del Estado, antes de una esperada y necesaria transformación, no ya desde lo violento, sino como agente aglutinador para garantizar equidad y justicia social. Dicen los autores, por tanto, que se puede ver la violencia política como un proceso nacional eficaz para sumir al pueblo colombiano en su propia barbarie. Los autores por tanto identifican además de la violencia bipartidista, la guerrillera, iniciada desde los años sesenta y se mantiene, para rematar con la que se inicia en los años 80, que va desde más combates con fuerzas insurrectas, luchas contra élites mafiosas, así como la gran cantidad de desplazados.

Al analizar los años 90s, se llegó al registro de 260.690 víctimas de homicidios, según el informe de Memoria histórica⁹² y en un hecho por demás llamativo, los investigadores no pueden precisar con exactitud a qué se debe este registro, contrario a lo que en decenios anteriores como se ha visto, podía ser atribuido al tipo de conflicto y la clase de grupos en contienda. Para este decenio de los noventa, se estableció como una posible causa, dicen Palacios y Safford porque “aunque los cálculos sobre la magnitud económica del negocio del narcotráfico son imprecisos, no cabe duda de que ha

⁹² Grupo de Memoria Histórica. *Una guerra prolongada y degradada. Dimensiones y modalidades de violencia. Una violencia difícil de medir*. Marzo 31, 2013.

generado nuevos comportamientos y códigos de valores (el dinero fácil), unidos a los viejos (el honor machista, o que ‘la vida no vale nada’)⁹³ (Palacios y Safford 655).

Con esta perspectiva podría no ser tan difícil discernir que la división de la población colombiana desde los años ochenta, inmersa en la zozobra de la guerra de guerrillas que se libraba en las zonas rurales principalmente, vio como a partir de los noventa, debido a la guerra contra el narcotráfico, comenzó a vivir otra división mientras el gobierno se vio abocado no efectivamente a mejorar las condiciones de su población al tiempo que se acentuaban los grupos de poder y la corrupción política socavaba directamente a la familia colombiana. De un estado corrupto y una clase política en claras alianzas con los grupos del narcotráfico, la sociedad colombiana vio cómo se pasó en la década del 2000 a los pactos con los grupos paramilitares, para no hacer mención como en pleno siglo XXI, la clase dirigente cayó abismalmente en escándalos de sobornos, ineptitud financiera y descarados manejos financieros para enriquecer sus propias arcas.

Con un panorama así, no resulta difícil comprobar como el Estado en su base pública marcó un derrotero negativo para muchos colombianos que debieron ver en sus propios grupos familiares como la pobreza, el desempleo y la amenaza de diferentes grupos como los mismos grupos guerrilleros, los paramilitares y la delincuencia común y la organizada son amenazas que no han dejado de cernirse sobre ellos. Y si a ese deplorable panorama, en varias áreas del país aún hay zozobra e inestabilidad política por la ineficacia del Estado, tampoco es errado decir que la violencia sigue siendo el

⁹³ Encomillado y paréntesis en el original.

principal factor para acentuar la diferencia socio– económica y la falta de oportunidades entre las clases menos favorecidas de la población colombiana.

Sin embargo, ante el vacío por su efectiva acción, el colombiano ha salido a hacer sentir su voz sin temer una represalia o sentir que su vida corre peligro por ello. Se trata de la protesta nacional que masivamente arrojó a la calle pública a más de 12 millones de colombianos que así manifestaron su inconformidad.

A finales de 1999, señalan Palacios y Safford, que el grito era un clamor pidiendo paz. Las consignas se hicieron nacionales: “ ‘No más’, queriendo decir, genéricamente, no más violencia. Se gritó con más fuerza ‘No más secuestros’ y ‘No más terrorismo’ ” (Palacio y Safford 675). De igual manera, a esta cruzada, dicen estos investigadores, se sumó la guerrilla que propuso gritar: “ ‘No más desapariciones’, ‘No más torturas’, ‘No más desempleo’, ‘No más neoliberalismo’ ” (675). Pasado este abrumador número de contingencias que atentan contra la paz entre los colombianos, no se puede aspirar a ver una salida si no es desde el Estado que se hace un cambio profundo con una sistema más honesto y menos anquilosado, que aunque marca comienzos esperanzadores con reformas y autocrítica, demanda a su vez, una actitud más humana de la ciudadanía, y no una comunidad intolerante, polarizada políticamente y abocada al manejo dudoso de medios de comunicación que en muchos casos no forman sino que difunden mensajes con intereses plenamente sesgados.

El texto “El derrumbe parcial del Estado” del profesor Paul Oquist confirma cómo la violencia es factor en la deformación de la nación. En una de sus dos hipótesis de investigación se explica cómo lo violento se sostiene en el concepto de que “la

maduración de las contradicciones sociales de diversa índole, al convertirse en conflictos violentos, fueron condicionados por una reducción del poder del Estado colombiano. A este fenómeno se le denomina el ‘derrumbe parcial del Estado’ (Oquist 105). El autor explica un sinnúmero de factores históricos que coadyuvan al establecimiento de diversos conflictos ligados a filiaciones de partido, cambios socioeconómicos y conflictos de clase que impulsan el característico origen de constante devenir violento en el seno de la sociedad colombiana. Oquist precisa que los grandes cambios se dieron en las primeras décadas del siglo XX, a partir de la Primera Guerra Mundial. Esto llevó a disputas de tipo agrario y laboral. El derrumbe parcial del Estado, según Oquist se dio en los últimos años de la década de 1940, en especial en 1949 cuando “el Estado colombiano fue sometido a un proceso agudo de contracción del poder” (Oquist 155). El autor explica que a finales de 1945 y comienzos del 46 se agudizó el conflicto entre las diferentes clases sociales como producto del cambio en las reglas de juego por parte del Gobierno hacia los trabajadores asalariados, los conflictos entre adscritos a los dos partidos tradicionales en cercanías de los comicios electorales. Al año siguiente aumentaron los brotes de violencia y muchas protestas laborales dejaron decenas de muertos hasta que llegó el nefasto 9 de abril de 1948 con la muerte del caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán, tras cuyo asesinato se inició la insurrección del llamado bogotazo que dejó un incuantificado número de víctimas.

Para el investigador Oquist una de las evidencias del derrumbe parcial del Estado tiene que ver con la pérdida de su legitimidad. Señala que al disputarse el derecho a usufructuar el poder entre liberales y conservadores se presentó por parte del gobierno

conservador una política de represión con tal de evitar la pérdida del poder, lo que llevó a intensos conflictos armados con el propósito de tumbar al gobierno de turno, como fue el caso del conservador Mariano Ospina Pérez, quien fue presidente entre 1946 y 1950. En su gobierno fue asesinado Gaitán y al año siguiente cuando el partido liberal intentó hacerle un juicio en el Congreso, este decidió su clausura. Posteriormente se incrementó la represión de tipo civil y militar. Con este deterioro se evidenció, como lo señala Oquist, la ausencia del Estado al no poder reprimir las manifestaciones de violencia y el nacimiento de los grupos guerrilleros liberales. En vastas regiones del país fue notorio como el Estado dejó de tener presencia física. Según este investigador por el auge de la violencia se dio como desenlace la destrucción parcial del Estado. Las divisiones y diferencia entre partidos se acrecentaron y “el ejército fue progresivamente agobiado por la ola de actividad violenta que acompañó la destrucción parcial del Estado. Empezó a concentrarse en la lucha contra los grupos guerrilleros bien organizados, mientras que los movimientos menos organizados y más esporádicos y la violencia civil general se le encargaban a la Policía, o simplemente, se les dejaba seguir su curso trágico” (Oquist 197). Finalmente, para este investigador, el papel de la violencia como factor determinante en la deformación de la nación se dio porque la sociedad estaba dividida lo que “condujo a una intensa lucha entre los partidos, acompañada de una reducción del poder real del Estado [...] La notoria intensidad de la violencia se debió, por lo tanto, a la maduración casi simultánea de conflictos fuertes, con gran potencial de violencia, de múltiples contradicciones de diverso origen” (205).

Esa transformación que todo Estado y sociedad buscan y necesitan, se debe dar sin tregua, pero requiere conciencia y autocrítica, no solo debates mancilladores e indiferencia a la espera cómoda de que la situación de violencia y agresividad se erradique por si sola cuando se propaga la idea según la cual en esta sociedad colombiana el ser violentos es parte del folclor nacional y un rasgo inherente del ser colombiano. Nada más nocivo para que un Estado siga afectando la armonía entre las familias.

De otra parte, en cuanto a los colombianos que por motivos políticos debían salir y lograron hacerlo, las cifras de emigración hacia otros países indicaban que para 2012 por la violencia y la desmejora en sus condiciones sociales 65 mil nacionales buscaron oportunidades en 34 países.⁹⁴ Es poco lo que se conoce en cifras sobre colombianos que huyen de la violencia y logran salir del país y por eso los hallazgos de Carolina Silva y Douglas Massey de la Universidad Militar Nueva Granada y Princeton University, adquieren gran relevancia para acercarse a esta problemática. En el documento de estos investigadores “Violencia, redes, y migración internacional de colombianos” (2015) se asegura que “el aumento de la violencia durante el periodo de 1996 al 2002 y el aumento de la presencia de los policías posteriormente fueron decisivos en la promoción de la migración internacional de colombianos” (Silva y Massey 13). Una de las fronteras más activas, según registros de ACNUR, es Ecuador donde para julio de 2012, un 98% de los

⁹⁴ La República. “A causa de la violencia, Colombia es el cuarto con más inmigrantes en la [Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico] Oede, noviembre 29, 2014.

refugiados que huían de la violencia y el conflicto armado entre guerrilla, Ejército y paramilitares provenía de Colombia.

En la siguiente sección se analiza la novela *Los ejércitos*, de Evelio Rosero, vinculada como una herramienta que permite determinar que ante la descomposición social en Colombia la violencia se constituye en un factor de formación y a la vez de deformación de la nación.

IV.1.3. Novelización de una sociedad violenta: *Los ejércitos* de Evelio Rosero

En *Los ejércitos* Evelio Rosero no es ajeno a una realidad que se impone sobre la novela como producto de la formación del Estado colombiano desde la perspectiva de la violencia. Así mismo, el escritor maneja su texto ficcional sin desconocer que narra de una sociedad enferma, acosada por la alteración del orden público y la pérdida de las libertades ciudadanas. Escoge el narrador la técnica de la yuxtaposición de la historia y la ficción y traslada su relato desde la dimensión nacional, así como también se vale de la experiencia subjetiva para novelizar lo que sobrepasa cualquier intento por contar ya sea la realidad violenta de un pueblo llamado San José o el devenir de una población colombiana acosada por anónimos ejércitos armados. Ese flujo se hace desde y hacia las páginas de ficción que participan en la formación y deformación de nación. Aquí se preguntaría si cuando Rosero hace la conexión con la historia del pueblo de San José y la recrea con hechos similares sucedidos en la historia trágica de Colombia, ¿está dando límites a los alcances del libro y fijando un parámetro de recuento de sucesos? Se puede establecer que los límites del panorama de violencia en Colombia son el punto de partida que tiene el escritor para apoyarse en la idea de representar el conflicto y que no se

queda solo en hacer un recuento o crónica de sucesos, aunque sabe que es imposible representar la verdad. Quizá por eso sus personajes quedan en el limbo, son desaparecidos o una bala perdida da con ellos.

Las masacres y los ejércitos que rondan el pueblo son apenas una forma incompleta de acercarse a la violencia porque siempre el lenguaje no podrá cubrir el dolor, el de los muertos que ven como los que los amenazaron reían con su largo lamento. Rosero se rebela y reacciona con la escritura y no está dándole a su texto el perfil de crónica noticiosa porque con la implementación de una trama y el delineamiento de personajes toma las herramientas de la ficción y crea una historia nueva. A partir de la interrelación entre historia de Colombia y la vida de los personajes de San José Rosero amplía la perspectiva. En *Los ejércitos* Rosero se propone redefinir lo qué pasó cuando por el conflicto que vive el país, las tomas de pueblos, masacres y éxodos campesinos⁹⁵ se quedaban solo en el suceso del periódico, la imagen del

⁹⁵ Aunque la violencia que deriva solo del conflicto armado que vive Colombia desde 1954 ha impactado a todo el país, al hacer un informe pormenorizado de cinco poblaciones entre las más afectadas, este indicador permite hacerse una idea del grave problema que rodea a la nación. En el informe de Memoria Histórica se estableció cuáles son los cinco poblados colombianos más golpeados hasta esa fecha [julio 2013]. La lista de las poblaciones estuvo conformada por Apartadó, Tibú, Barrancabermeja, El Castillo y Fundación, pertenecientes a los departamentos de Norte de Santander, Santander, Meta y Magdalena, respectivamente. Esta lista se refiere a 54 años de conflicto. Para la época estos eran los registros: campos minados, torturas, violencia sexual, asesinatos selectivos, secuestros, desapariciones forzadas y masacres, atribuidas a narcotraficantes, paramilitares, guerrilleros, agentes del Estado y bandas criminales. En Apartadó el 21 y 22 de febrero de 2005, 60 paramilitares con auxilio de la Brigada XIII del Ejército, con cuchillos, machetes y granadas masacraron tres niños –entre ellos un bebé de 18 meses– y cinco adultos. La Fundación Forjando Futuros denuncia que en esta región conocida como Urabá antioqueño se han presentado entre 1991 y 2001, 96 masacres. En la misma región, donde vivían bananeros y desmovilizados del grupo guerrillero Ejército Popular de Liberación (EPL) en el barrio obrero de La Chinita, 37 personas fueron masacradas el 23 de enero de 1994. El hecho se presentó en medio de un evento social de recogida de fondos para la compra de lápices y cuadernos de niños de la zona. Esta matanza se atribuyó a milicianos y guerrilleros de las Farc.

En la zona de Tibú y La Gabarra, conocida por su riqueza en petróleo y sector de influencia del narcotráfico, en seis años se presentaron siete masacres atribuidas a las Autodefensas Unidas de Colombia (Auc) el Eln y las Farc. Entre mayo de 1999 y junio de 2004 los registros son de 162 personas asesinadas.

noticiero o la anécdota que iría a reforzar los conteos sobre muertes violentas en este país. Cada habitante que hizo parte de un pueblo atacado, o la cifra de desaparecidos en el país, o el aumento en el número de desplazados y refugiados terminó siendo apenas una réplica de los centenares de poblados que corrieron la misma suerte de lo novelizado en *Los ejércitos*.

En una perspectiva más amplia, Rosero quiere acercarse a lo que pasa en su país y parte de los hechos conocidos o divulgados públicamente, así como también se apoya en testimonios que directamente recogió con víctimas del conflicto colombiano. Los sucesos que los movieron a la acción y lo sacaron de la posible inercia de testigo pasivo de hechos conocidos, lo alejaron de la objetividad para hacer su personal transgresión desde la rebeldía de su representación literaria.

Rosero hace su representación de la violencia en un propósito directo de interpretación del conflicto colombiano a través de *Los ejércitos* y esa novelización parte

Entre los hechos sangrientos se cuenta el del retén en La Gabarra en el que las Auc el 29 de mayo de 1999 asesinó con lista en mano a 8 personas por considerarlas auxiliares de la guerrilla mientras desapareció a 16 pobladores más. A los dos meses, el 17 de julio, los paramilitares en El Morichal, asesinaron a siete personas y secuestraron a 15 más. Después, solo aparecieron 6 cadáveres. El 2i de agosto, 150 paramilitares asesinaron a 36 pobladores, hirieron a 10 y provocaron el éxodo de 50 familias. A los ocho meses de este hecho, el mismo grupo, en Tibú, dio muerte a 25 personas. Entre 2001 y 2004, la guerrilla provocó la muerte de 64 campesinos dedicados a recoger hoja de coca. En el registro del desplazamiento forzado, otro de los flagelos de la región, se llegó a los 99.000 casos. En Barrancabermeja se presentaron 30 masacres en 30 años. Allí se documentó en 28 años, la desaparición de 359 personas, 43.479 desplazados y 24.025 expulsados. La confrontación entre paramilitares y guerrilla dejó entre 1985 y el 2000, 179 muertes en 30 masacres. En cifras de la Oficina Regional de víctimas se reportaron 45 mil desplazados y 5 mil asesinatos.

Finalmente, en Fundación según reportes de la Policía, entre 2003 y 2006 hubo 239 homicidios. Este hecho provocó el desplazamiento en 2001 de 5000 pobladores al tiempo que recibía a unos 12 mil desplazados que huían de otras zonas del departamento. En el Castillo, Meta, donde vivían 6.385 personas, 3.779 eran víctimas del conflicto, de acuerdo con datos de la web de la Alcaldía municipal. También en El Castillo, en junio de 1988, paramilitares dispararon a 17 de las 18 personas del grupo político de la Unión Patriótica (grupo político de izquierda) que iba en una camioneta. Una niña de 8 años fue la única sobreviviente. Grupo de Memoria Histórica, julio 28, 2013.

de la misma premisa de Gabriel García Márquez cuando en 1959 advierte en su ensayo “Dos o tres cosas sobre la violencia”⁹⁶, que lo más relevante en la tragedia colombiana en torno a la violencia no está en la forma cómo se produjo sino en las secuelas sociales.

Así cuestiona el papel de sus colegas escritores cuando augura que aquellos escritores que se ocupen del tema de la violencia colombiana deberán tener en cuenta “que el drama de ese tiempo no era solo el del perseguido, sino también el del perseguidor” (Gabriel García Márquez párr. 11). El premio nobel colombiano cuestiona a sus colegas escritores. Él considera que equivocaron literariamente el camino porque “los castrados, las mujeres violadas, los sexos esparcidos y las tripas sacadas, y la descripción minuciosa de la crueldad con que se cometieron esos crímenes, no era probablemente el camino que llevaba a la novela” (párr. 6).

El escritor Gustavo Álvarez Gardeazábal en su tesis de grado “*La novelística de la violencia en Colombia (1970)*”⁹⁷ inicia su disertación con una dedicatoria que coincide con el escepticismo de su colega Gabriel García Márquez cuando considera que aún no se ha escrito la novela sobre la guerra colombiana. Así dice en la dedicatoria: “A todos los muertos de la violencia, de Tuluá y de Colombia, que todavía esperan una novela a la altura de su sacrificio” (Gardeazábal). Este escritor analiza a 34 narradores de su tiempo y entre ellos estudia la obra *La mala hora* (1968) de García Márquez que narra las vicisitudes de pueblos que han cesado sus hostilidades, pero están constreñidos por la tensión que representa el posible retorno al caos y la barbarie con lo que Gardeazábal

⁹⁶ Gabriel García Márquez. “Dos o tres cosas sobre la violencia”. *La Calle*, Bogotá, No. 103, pp. 12–13, 1959.

⁹⁷ Álvarez Gardeazábal, Gustavo. *La novelística de la violencia en Colombia*. Universidad del Valle, 1970.

creo que así García Márquez toma el tema de la violencia “simplemente como una referencia, como una circunstancia que había necesidad de incluir en el ambiente que se narraba pero no lo afrontaban [...] La tregua no es sino una disculpa para no enfrentarse a l tema” (Gardeazábal 71). Esta apreciación es muy dicente para problematizar entonces el manejo que de la violencia hace Rosero. Este escritor se ocupa en su novela de mostrar a un pueblo a la deriva que mantiene a su narrador como un fantasma, el atribulado profesor Pasos, silenciado y a merced de ignotas sombras, ya sea guerrilleros, paramilitares, bandas de narcotraficantes o simplemente un contingente de soldados en ascuas ante el enemigo que no saben cuándo atacara. Al contrario de García Márquez, Rosero aquí si deja que su personaje y el pueblo sucumban entre el horror y la extrañeza.

Rosero plasma la realidad violenta de su país a través de tres hechos significantes. En primer lugar, una masacre que en 2002 dejó 119 muertos en el departamento de Chocó. En segundo lugar, trata sobre los delitos de extorsión, secuestro y desaparición de personas, que solo en este rubro, como consecuencia del conflicto de este país, deja 60.630 casos. En tercer lugar, se refiere al desplazamiento forzado, que en el país cuenta con 5.5 millones de víctimas en 2016. Los tres tópicos son tratados en forma literaria sin nombrar el país o distinguir una población o región en particular. El lector irá descubriendo poco a poco los hechos que terminan formando un paralelo con situaciones trágicas que se han vivido y aún se mantienen en esta nación.

Al referirse a la explosión de un cilindro de gas que fue lanzado por la guerrilla en su lucha territorial con un frente de paramilitares, no entra en muchos detalles reales, pero desde la ficcionalización el autor se permite mostrar como la violencia de la que se

sirve el relato de Rosero ilustra lo que viven los colombianos en su violencia cotidiana que ha formado y deformado a la nación colombiana. En esas confrontaciones que alteran el orden público hay una Colombia sometida a un tren de violencia que deja a la población civil en medio del conflicto, como sucede en la novela cuando el narrador se refiere a que uno de los personajes de *Los ejércitos*, la niña conocida como ‘la Gracielita’ quedó huérfana y fue acogida por otra familia porque “sus padres habían muerto cuando ocurrió el último ataque a nuestro pueblo de no se sabe todavía qué ejército –si los paramilitares, si la guerrilla: un cilindro de dinamita estalló en mitad de la iglesia, a la hora de la Elevación, con medio pueblo dentro [...]” (Rosero 12).

En la novela se habla de una tragedia que vivió ese pueblo ficticio donde murieron 14 pobladores y 64 más quedaron heridos. En la historia de Rosero también se dice que la niña ‘la gracielita’ se salvó porque estaba vendiendo dulces en la escuela. En la realidad, casi o más trágica, quedó para la historia luctuosa que en una disputa por mantener su presencia en el río Atrato, la guerrilla lanzó desde un mortero un cilindro que viajó 400 metros hasta caer sobre el techo de la iglesia y estallar sobre los feligreses que en ese jueves santo atiborraban el templo. Fue una de los hechos de violencia más lamentables del país, pero no el único en esa carrera de los bandos en contienda, en donde tanto guerrilleros como paramilitares se enfrascaron en masacres de civiles inocentes tras su sed de dominio, poder y dinero. Tanto la guerrilla, como los paramilitares, así han puesto su cuota de participación para que su guerra contribuya a dejar la violencia de sus actos como factor de formación y a la vez de deformación de nación.

En el segundo hecho hay una larga lista de delitos en los que una vez más la población en medio de la guerra cae sin que se detuviera la contienda hasta los acuerdos de paz de 2016. En *Los ejércitos* Rosero va narrando hechos que bien pueden ser calcos de la cotidianidad del país en donde la muerte puede presentarse como algo que sucede sin aviso, no como en el caso del pueblo donde estalló el cilindro y en el que a propósito de los enfrentamientos entre guerrilleros y paramilitares, las autoridades fueron avisadas por la Personería y la Oficina de Derechos Humanos de la región que debían detener las confrontaciones o pedirles a los dos ejércitos que no involucraran civiles en sus enfrentamientos. En una escena inicial, el narrador recuerda cómo conoció a la que a la postre sería su esposa. Recuerda que él siendo un joven reparó en una agraciada niña que tenía enfrente. Mientras la ve, se acuerda que también vio a un hombre gordo disfrutando de un helado y segundos después vio al niño. Recuerda que detalló el disfrute del hombre gordo con su helado, su mano con un anillo de plata, su mirada de ojos azules hasta que vio al otro, un niño flaco descalzo con un modesto pantalón corto que se plantó delante del hombre gordo y le puso el revólver en la frente y disparó. En su memoria pasan segundos, no sabe qué hizo, pero recuerda que después en el baño de la terminal de buses donde estaba se encontró con la niña que estaba admirando antes de que dispararan al hombre del helado. Supo que ella se llamaba Otilia del Sagrario Aldana Ocampo, la misma que sería su esposa y que tras cuarenta años de matrimonio desaparece del pueblo en medio de un ataque. Es una realidad que toca Rosero, y que en Colombia da cuenta del drama de los desaparecidos a los que en muchos casos apenas se les avisa, ya sea para extorsionarlos, amenazarlos o simplemente en un ajuste de cuentas,

darles muerte. Es el aviso incierto de la muerte, de la violencia haciendo formación y deformación de la realidad colombiana.

En el caso del cilindro lanzado contra la población de Bojayá donde el saldo de víctimas sobrepasa el centenar, ninguna de las alertas sobre el peligro que corrían fue escuchada, salvo por un puñado de habitantes que se marchó de allí en prevención de un ataque inminente. Una zozobra que el narrador Rosero traslada a las páginas literarias para contar ya en una copia de la realidad cómo a diario los habitantes de San José van viendo el pueblo rodeado de presencia extrañas, sombras que poco a poco surcan los alrededores sin aún hacer presencia como si estuvieran patrullando o haciendo vigilancia. Esa realidad trágica y esas familias cercadas por la violencia, deja ver un Estado inoperante incapaz de darle a sus ciudadanos un espacio para aspirar a vivir mejor. Basado en el panorama que se presenta en Colombia, Rosero en esta novela ejemplifica con las vivencias de sus personajes cómo se les hace difícil escapar al odio y el avance de las balas. Igualmente se desarrolla la evidencia de cómo lo transnacional se aplica a la violencia, la pobreza y la deficiente educación. Unido a estos factores de subdesarrollo están el desempleo y la inseguridad. En esta sección la investigación profundiza sobre cómo este novelista más que con metáforas e imágenes poéticas dibuja claramente la acción del Estado en medio de la guerra y como las familias pierden su unidad al enfrentar las amenazas a sus vidas o tener que huir por el conflicto bélico de su país.

Para hablar de los desaparecidos, Rosero apela al drama de Hortensia Galindo a la que todos los 9 de marzo, desde hace cuatro años, se le hace una ceremonia en su casa

a la que asisten muchos de los habitantes del pueblo en señal de solidaridad y con el fin de darle alivio para que ella no sea una viuda o una más que sigue esperando el regreso de alguien de su familia que de repente desaparece sin dejar rastro. Desaparición que será en carne propia para el protagonista principal de *Los ejércitos*, el profesor Ismael Pasos, que como profesor jubilado a la espera de su pensión vive la zozobra de perder el rastro de su esposa Otilia, su compañera de toda la vida. Ese miedo se acrecienta por la incertidumbre del cerco que se estrecha sobre todos. Están rodeados y no saben qué pasará. El profesor Pasos así transmite su angustia: “escucho que algo o alguien pisa y troncha las hojas, el chamizo. Me paraliza. Trato de adivinar entre la mancha de los arbustos. El ruido se acerca, ¿y si es un ataque? Puede suceder que la guerrilla, o los paramilitares, hayan decidido tomarse el pueblo esta noche, ¿por qué no?” (43).

El novelista Rosero se apoya en la realidad para seguir contando de unos hechos que lo avasallan con su crueldad. El tratamiento literario que trabaja permite mostrar el factor de formación y de deformación de la nación colombiana atosigada en su población civil que no puede escapar del cerco que le tiende la guerra entre bandos que se disputan sin cuartel territorios y vidas, como lo describe el escritor a través del viejo profesor Pasos cuando sin hallar a su esposa Otilia se encuentra con un hombre armado que no sabe identificar de qué ejército es y qué lo agrede: “me arroja, sin fuerza, en curva, algo así como una piedra. Una granada, Dios, me grito yo mismo, ¿voy a morir? Ambos vemos en suspenso el trayecto de la granada, que cae, rebota una vez y rueda igual que cualquier piedra a tres o cuatro metros de mi casa, sin estallar” (99).

Esta secuencia muestra a un hombre que no huye, que decide jugar su vida y al contrario de algunos que logran escapar y salir del pueblo, él permanece en la búsqueda de su esposa Otilia. Es un desplazado por la guerra que contrario a los miles de afectados que pululan entre las ruinas de sus pueblos, decide quedarse. Rosero, a propósito de la guerra en Colombia, no sin antes lamentar lo que llama profunda indiferencia hacia los desplazados que atribuye a “la cotidianeidad de la muerte” (Jiménez párr. 1), revela en entrevista para el periodista Arturo Jiménez de *El diario La Jornada*, que su propósito con la novelización de su realidad cercada por esos cuatro ejércitos de Colombia —el ejército regular, el de los paramilitares, el de las guerrillas y el de los narcotraficantes—: fue escribir una novela “no un ensayo, ni tomar partido ideológico por ninguno de esos ejércitos. Lo que más me ha dolido es el dolor de la gente sometida a ese fuego cruzado. Me apabullaba como nos apabulla a muchos cuando nos asomamos a un noticiero y nos enteramos que siguen los muertos” (párr. 6-8).

Al momento de acometer la realidad violenta desde la ficción Rosero relata en el pueblo de San José, en su novela *Los ejércitos*, como el pueblo, asediado por grupos extraños, se ve con sus días llenos de zozobra por los enfrentamientos inminentes. Las ayudas que han pedido al gobierno no han fructificado y la violencia sigue haciéndose más visible entre los atemorizados habitantes inermes que ya han visto como muchos de ellos han caído en medio del fuego cruzado mientras se siente el silencio del gobierno que no hace presencia para socorrerlos y ahuyentar a los bandos en contienda.

En un pasaje de la novela el profesor Lesmes propone que se desaloje el municipio “para que los militares y la guerrilla encuentren vacío el escenario de la

guerra” (Rosero 115). Pero a esta propuesta sigue un rumor y se escucha que la propuesta es tomarse la carretera. Piensan que así pueden esperar que “el gobierno aparte a la policía de San José” (116). Esta situación es una muy habitual en pueblos de Colombia donde sus habitantes han terminado haciendo parte de sociedades inmersas en un contexto de violencia debido a la presencia de grupos armados que se quieren apoderar de la región o ven amenazada su estadía por la llegada de otro contingente que los quiere desalojar, con lo que se pide sin éxito la intervención del gobierno, configurando una vez más, un claro ejemplo de ineficacia cuando un pueblo ni siquiera cuenta con tranquilidad que se supone se la deben brindar los agentes del Estado, sino que se ven urgidos a pedir su presencia toda vez que allí en su pueblo la presencia la hacen otros que se pelean por dominar e imponerles la ley a sus habitantes. Claramente cuando las familias se sienten desamparadas se configura otra debilidad para la familia que pierde su tranquilidad por la poca o nula presencia estatal. Y si se trata de una decisión para respaldar a un grupo paramilitar o de extraña procedencia con el pretexto de enfrentar a la guerrilla, muchas veces se perjudicó la propia seguridad de pobladores ajenos a la lucha armada y de corte político del momento.

Al hacer mención del escenario anterior que perfiló Rosero en su novela, se debe decir que allí se escenificaron unos combates que ya han dejado: “cinco militares, tres policías, diez insurgentes, cuatro civiles y un niño muertos, y al menos cincuenta heridos [...] el alcalde pedirá desde ya al gobierno nacional que inicie un diálogo con los alzados en armas, tenemos que solucionar este problema de raíz” (Rosero 116). Una escena común y muchas veces indicio de frustración porque a medida que hay más víctimas

inocentes, al igual se alejan más las posibilidades de que haya diálogos, lo que se traduce en oídos sordos al clamor de la población que así ve como con la falta de paz y la falla de los políticos, su familia se degrada.

Es el horror de la guerra que pasa a las páginas de la novela, es la violencia que degrada la nación y pasa de calle en calle, de pueblo en pueblo mientras aumentan las víctimas en un círculo sin fin como se lee en la secuencia donde el atribulado Profesor Pasos sigue sin éxito en la búsqueda de su esposa mientras apenas comprueba con los pocos que sobreviven en San José que los noticieros se ocupan de la guerra que ha tocado a su pueblo: “de nuevo somos noticia: aumentan los muertos, a días: después del ataque, de entre las ruinas de la escuela y el hospital, otros cadáveres aparecieron: Fanny, la portera, con una esquirla de granada que atravesaba su cuello, y Sultana García, la madre de Cristina, que apareció acribillada debajo de unos ladrillos” (123).

Pero la cruda serie de secuestros, extorsiones, ataques a poblaciones e incertidumbre general no será suceso de un día ni pasará desapercibido como inevitable rastro de la lucha que se vive en tierras colombianas como muestra del factor de violencia para configurar la formación de la nación y a su vez la deformación del país desde su deplorable cotidianidad. *Los ejércitos* es una muestra de la extorsión y el secuestro como emulación del caso colombiano. La extorsión y el secuestro los vive una pareja que no escapa a esta presión a pesar de que una de las víctimas espera el nacimiento de un hijo. Así es descrita una extorsión en una nota intimidante: “Usted señor tiene una deuda con nosotros, y por eso nos llevamos a su mujer embarazada. Tenemos a

Carmenza y necesitamos 50 millones por ella y otros 50 por el bebé que está por nacer, no vuelva a burlarse de nosotros” (125).

En este recorrido por las páginas de la novela *Los ejércitos*, si bien se hace un repaso de la violenta realidad colombiana mutada a las páginas de una historia de ficción se puede ver cómo desde las escabrosas historias que se cuentan con este trabajo ficticio se participa para develar cómo la violencia es factor de formación y a la vez de deformación de nación. Con la novela, Rosero muestra una historia de una sociedad que se vio abocada por el conflicto entre las estructuras de poder y otros grupos que a su vez tenían disputas internas para usufructuar territorios o simplemente cumplir con propósitos personales. En el caso del interés por una zona en especial, muchas veces los afectados por las incursiones guerrilleras pactaban o patrocinaban a otros grupos armados como salida en una lucha frontal armada para liberarse de esa presencia. En otros casos, como se vio en el capítulo II de esta investigación, en la misma novela, también se cuenta que un grupo obraba para satisfacer sus intereses, se hacían ataques o actos delictivos para beneficio económico de un grupo no identificado, tal como en la propia realidad colombiana eran frecuente esta clase de actos.

En general, Rosero dio cuenta de ese proceso de luchas políticas en donde el ciudadano siempre quedaba en medio del fuego a la espera de los caprichos de grupos en pugna. En lo concerniente a la deformación, la violencia política se fue dando desde la corrupción, desacuerdos de partidos y manifestaciones bipartidistas que desencadenaron siempre en una sociedad dividida y presta al caos, como lo fue mostrando el pueblo de San José, en la novela de Rosero.

En las siguientes páginas de esta investigación se verá el camino trágico que realizó el escritor Horacio Castellanos Moya, pero con el genocidio de más de 300 mil indígenas de la etnia maya masacrados por fuerzas del ejército y la policía en las tierras de Guatemala entre 1960 y 1996. Castellanos Moya se documentó con los informes de Memoria Histórica que fueron pieza fundamental y punto de partida para que hablara en su novela *Insensatez* del papel de esta barbarie en la formación y a la vez, deformación de la nación guatemalteca.

IV.2. El contexto de Guatemala

Para la reexaminación de lo sucedido en Guatemala los documentos de apoyo son los informes de memoria histórica y las investigaciones *Violencia y genocidio en Guatemala* (2003), así como la tesis de grado *La fragmentación del estado: origen y persistencia de la violencia en Guatemala*⁹⁸ (2013) de Miguel Ángel Lombardo.

Cuando se revisa el caso guatemalteco, se identifica un periodo y unos actores precisos, a diferencia de los hechos de Colombia. Aunque la problemática en su demarcación e identificación de autores y víctimas es más clara no deja de ser lamentable la cantidad de personas que perdieron la vida en tan corto tiempo al hacerse una comparación con el conflicto colombiano, más prolongado en el tiempo, pero también con gran pérdida de vidas y desaparecidos.

En la tesis de grado *La fragmentación del estado...*, se hace referencia a la violencia política que pasaba por el ajuste que hacía la delincuencia común. En la idea

⁹⁸ Tesis doctoral, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid.

de ir viendo cómo detrás de cada hecho social hay una explicación del manejo, esta investigación ilustra el grado de responsabilidad y evidencia que desde los espacios políticos se le puede atribuir a quienes al manejar los hilos políticos de una nación terminan como en este caso de Guatemala enredando, para una usar una metáfora, los destinos de millones de vidas. Corre el año 1985 y el entonces candidato del partido Democracia Cristiana Guatemalteca ganará las elecciones, pero antes dice que su rol es ser la puerta para la entrada al proceso democrático, pero sabiendo que su cuota de poder solo es de un 30 por ciento porque el resto era para los militares y la oligarquía. Y enseguida en la avanzada de ese poder al que se quería legitimar y además darle más espacio a los militares del que ya tenían, se demostró que el poder político, como es su razón de ser, debió recurrir al abuso y a la fuerza para contrarrestar fuerzas opositoras, en este caso representadas en la guerrilla, para lo cual ese gobierno retado, se amparó en un abrumador aparato paraestatal y represor que daba a los militares campo de acción y una imagen lavada, contraria a la que tenían en desgaste prolongado y violador de los derechos humanos contra los más vulnerables. Así es como se ve en la investigación de Lombardo cuando cita en un informe desclasificado del Departamento de Estado donde creen que:

pandillas de criminales compuestas, por policías y detectives actuando fuera de horas de trabajo, uno que otro oficial militar y ex miembros de las fuerzas de seguridad y guardaespaldas son, o han sido, los responsables en un número significativo de casos, pero difícil de cuantificar. El hecho de que el presidente Cerezo vio la necesidad de suprimir el cuerpo de

detectives (DIT) y reestructurar el mando policial es un síntoma del papel que juegan estas organizaciones en las violaciones a los derechos humanos y actividades criminales⁹⁹ (Departamento de Estado).

Esta baja legitimidad del Estado, traducida en su incapacidad de imponer autoridad, no es más que la certeza de cómo la política con su legitimidad en discusión termina debilitando la cohesión familiar y solo a través de la violencia y la represión se cree capaz de gobernar. Es notable como hecho demostrable a través de supuestos y términos con los que se aspira a desglosar o englobar un conjunto de variables para identificar la historia de Guatemala.

En la investigación de Lombardo se alude a esa terminología que enmascara los hechos y que puede de alguna manera desviar la comprensión de la realidad de este país centroamericano. Lombardo dice que es muy fácil identificar los términos conflicto y violencia y que “a ello ha contribuido la manera en que se ha tratado eufemísticamente la guerra como ‘conflicto armado’ o ‘enfrentamiento interno’¹⁰⁰ lo cual ha causado mucha confusión” (Lombardo 180). Igualmente, en esta misma línea de ideas, al preguntarse dónde podría estar el origen de esta ineficacia para llegar a la represión como única vía para imponer autoridad, concluye que “en parte se debe a la falta de cohesión de las elites, lo cual originó un estado segregador” (180).

Definitivamente se podría discernir que ante una autoridad que se trata de imponer mediante vías de hecho, la imagen y presencia del Estado que no solo pierde a

⁹⁹ Informe secreto 28 marzo 1986. Los desaparecidos de Guatemala (1977 – 1986). Desclasificado.

¹⁰⁰ Encomillado del autor.

largo plazo y se debilita, sino que el núcleo familiar se menoscaba y termina erosionando su cohesión y armonía dejando en su proceso, individuos aislados y prestos a responder a la defensiva sin noción de unidad o armonía familiar. En cifras del Instituto Nacional de Estadística (INE), en este país las denuncias por violencia intrafamiliar entre 2013 y 2014, se incrementaron en 439 por ciento. Teniendo en cuenta que esta degradación de la armonía no es un tema nuevo, es diciente que a diciembre de 2007 el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo en su informe anual¹⁰¹ de la violencia en este país, establezca entre las causas para los altos índices la falta de la aplicación de la ley y la exclusión social. Refuerzan estas cifras, la Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (ENCOVI) y las del INE que para 2006 dejaban a Guatemala “como uno de los países más desiguales de América Latina” (Informe ONU 10). El Centro de Reportes Informativos sobre Guatemala (CERIGUA) reportó un aumento de la violencia intrafamiliar para 2013¹⁰². Los flujos muestran que el incremento de 2011 fue de un 5%, después de registrar 32.017 casos en 2010 y pasar a 33.484 en 2012. De las víctimas se dice en el informe que “el 90 por ciento de ellas son mujeres, de 20 a 40 años en su mayoría y que se dedican a trabajos no remunerados en los hogares” (Cerigua párr. 2).

En cuanto a violencia de género, en el rango de agresiones a mujeres, esta falencia que no es exclusiva de este país, a juzgar por las estadísticas de Cerigua, tiene las mayores réplicas en cuatro naciones vecinas que muestra a Bolivia con un 53 por

¹⁰¹Informe estadístico de la violencia en Guatemala, diciembre 2007. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo –Guatemala.

¹⁰² Violencia intrafamiliar sigue en aumento en Guatemala, enero 13, 2015.

ciento de casos reportados en donde ellas dicen haber sido agredidas física o sexualmente por sus parejas. Después sigue Colombia con 39.7%, Perú con 39.5%, Ecuador con 32.4%, Nicaragua con 29.3%, para rematar con Guatemala que presenta el 27.6% de reportes.

En definitiva, para el caso guatemalteco se demuestra que a lo largo de su historia en los años 70s y 80s con el apoyo del estado en su lucha para hacer frente a la subversión se fue sin más miramientos a como diera lugar en centros de población sin la menor precaución de separar población nada involucrada en la lucha contra el Estado. Se hizo tabula rasa, tal y como describe Lombardo en el siguiente pasaje el accionar del Estado militar:

Con el uso de la violencia institucional, había ido generando estructuras que además de ser contrainsurgentes eran la base de una nueva legitimidad, entre ellas las figuras de los Comisionados Militares, que fueron sustituyendo a las autoridades tradicionales (alcaldías indígenas) y actuando de nuevos reguladores con el apoyo del Estado [...] Fue aquí donde el Estado cometió el ochenta y dos por ciento de los asesinatos y desapariciones rurales que se produjeron en los 36 años de guerra. (Lombardo 182)

Con notables consecuencias nefastas para el pueblo guatemalteco quedó para la historia una inocultable y penosa prueba de como desde actos de gobierno, se afectó a más de 200 aldeas indígenas de Guatemala por más de tres décadas.

Dentro de las consideraciones de los estudiosos sobre la problemática social de este país, hay notables coincidencias cuando se pretende establecer la raíz o causa por la cual el Estado afronta crisis de credibilidad y enfrenta dificultades en su interés para sostenerse. La investigadora Marta Elena Casaús Arzú en su texto “Reflexiones en torno a la legitimidad del Estado, la Nación y la identidad en el marco de los acuerdos de paz en Guatemala” (1999) hace hincapié en una certeza que no le es propia al inquirir si es recurrente para la década de 1990 abrir en el debate sobre la formación del Estado-Nación acerca de “la incapacidad de imaginar una nación en términos incluyentes, con elementos de carácter étnico, cultural, cívico y político, es decir una nación pluriétnica y multicultural” (Casaús 7). Al lanzar esta inquietud, la investigadora expresa su rechazo al advertir que cuando se habla de crisis de gobernabilidad y de legitimación del Estado de derecho, no se puede discutir esto como si antes de este lapso hubiera existido prolongados periodos de legitimidad con sustento democrático. Casaús propone invertir la pregunta y sostiene que no hay que preguntarse sobre si hay legitimidad en este país sino si “desde la Independencia hasta nuestros días ¿hemos podido solucionar la crisis de legitimidad?” (8). Igualmente se pregunta si “¿No será que el problema radica en que, desde entonces, el Estado ha precedido a la nación y no hemos sido capaces de construir una nación multicultural con fundamentos étnicos y políticos en donde nos sintamos representados todos los guatemaltecos?” (8). Casaús realiza una serie de preguntas en torno a la capacidad del Estado para erigirse como ente que represente al ciudadano y le permita su libre desarrollo convirtiéndose por ende en su base de progreso e independencia; pero no considera que la nación guatemalteca se forme como nación sino

que en medio de la violencia generalizada, no solo se asesinó a millares de indígenas, sino que se asestó un duro golpe al papel del Estado como símbolo de protección de la salvaguarda de los derechos civiles y no solo se falló en proporcionar las condiciones para aspirar a una vida digna, sino que se dejó de garantizar el libre derecho a la personalidad y el bienestar. Así que en ese orden de ideas siguieron los cuestionamientos de la investigadora, que lanzó la pregunta: “No será que la construcción de las identidades étnicas ha sido tan contrapuesta y excluyente que ha impedido pensar en la nación en términos más incluyentes y participativos?” (8).

En definitiva, de acuerdo con los planteamientos de esta investigadora, se puede argüir que entre la falta de cohesión y representación al dejar sin apoyo a los más vulnerables el proyecto de nación perdió de hecho un sustento, sino el más importante, su base popular como lo es la población indígena que no podía justamente ser tomada como parte apenas del país, sino que representa uno de sus más característicos componentes. Casaús considera que una de las más notables fallas en la realidad guatemalteca radicó en la “incapacidad de formular un proyecto de nación homogénea, una nación mestiza” (8). Asegura que por ello se notan las dificultades ya que “todo ello está profundizando la crisis del Estado–Nación y el auge de los nacionalismos étnicos, nuevas manifestaciones de racismo o radicalismos étnicos” (8). Esta problemática crea una inmensa huella en la identidad nacional, además de dejar al Estado como inoperante, nada representativo y sin cohesión, lo que a la postre no solo será factor determinante para la formación de la nación, sino que influirá en su deformación y donde a través de la represión, como herramienta de violencia, se impartirán políticas de Estado como pilar

para mantener su dominio y presencia sobre la población indígena. Este factor se verá en las siguientes páginas, así como la tarea de ficcionalización que hizo el escritor Horacio Castellanos Moya en su novela *Insensatez*, donde se cuenta de los testimonios de las víctimas del genocidio indígena en este país centroamericano.

IV.2.1. Violencia como factor de formación de la nación

Sin lugar a dudas, la transformación del Estado en un ente eficaz, que respeta y promueve el respeto por los derechos humanos, que propende por una intensa e integral reforma de todas las instituciones de gobierno, facilita el acceso a la educación, servicios de salud y genera empleos seguros y mejor calidad de vida. Esto daría a los guatemaltecos la certeza que una vez caída la guerra, la nueva etapa tiene que ver con la transformación del Estado que otorga garantías para una paz duradera y la armonía, pero parece hasta ahora un simple estribillo para el postconflicto cuando este ni si quiera ha marcado un nuevo comienzo.

La presencia de cuadros de violencia que se manifiesta a través de la falta de armonía en los hogares y las continuas y numerosas rencillas entre semejantes da al traste con la idea de erigirse entre los guatemaltecos la aspiración de ser una sociedad libre de presiones sociales capaz de vivir en armonía esgrimiendo el reconocimiento y el respeto por el otro. Carl Gustav Jung así lo expresó en 1959: “Es inminente un gran cambio en nuestra actitud psicológica. El único peligro que existe reside en el mismo ser humano. Nosotros somos el único peligro, pero lamentablemente somos inconscientes de

ello. En nosotros radica el origen de toda posible maldad¹⁰³”. Así que el panorama de esta nación centroamericana es que una vez conquistados ya hace más de 500 años se vivió una historia de 300 años de colonización, seguida por una centuria y media de manejo de las oligarquías dominantes que se dividió entre indios y ladinos, para distinguir a los mayas de los no indios. El historiador Peter Fleer en su texto “Guatemala, del silencio armado a la lucha de las voces” (2012)¹⁰⁴ asegura que en medio de este ajuste y confrontación se dieron “revoluciones democráticas nacionales y contrarrevoluciones imperialistas que iniciaron una espiral de violencia con una guerra civil de treinta y seis años que culminó en un genocidio sobre la población maya” (Fleer 205). Sin embargo, analizar la formación del Estado de Guatemala y cómo la violencia se constituye en un factor decisivo no solo de origen, sino también de toda la región, quedó evidenciado en época reciente. En junio de 2013 en Costa Rica se organizó un seminario sobre la formación de los Estados en la región y allí un equipo de diez investigadores, liderado por Victor Acuña Ortega¹⁰⁵ concluyó que “la formación histórica de los Estados del istmo es un tema poco estudiado. Y, adicionalmente, que el conocimiento sistemático de ese proceso es clave para entender la situación actual y desafíos en desarrollo humano sostenible de los países de la región” (Acuña ortega 3).

¹⁰³ Carl Gustav Jung, citado en VI Simposio de pensamiento Junguiano, Actualidad y dimensión de la obra de Jung, Buenos Aires, OEA y Fundación C.G. Jung de Psicología analítica, sep. 22, 2001.

¹⁰⁴ Fleer, Peter. “Guatemala, del silencio armado a la lucha de las voces”. *Iberoamericana*. Año 12, No. 47. Sep 2012, pp. 205–222.

¹⁰⁵ Formación de los Estados Centroamericanos. Programa Estado de la Nación (CONARE) y Centro de Estudios Políticos (CIEP) de la Universidad de Costa Rica, Centro de Investigación y Adiestramiento Político Administrativo (CIAPA–Universidad de Tulane, Nueva Orleans), Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA) de la Universidad Centroamericana, Managua, y el Proyecto State Building in Latin America de la Universidad Pompeu Fabra, Barcelona.

En primer término, se establece que la formación del Estado de Guatemala se forjó entre 1821 y hasta 1950, fecha inicial en la que sí hay más estudios con cifras relevantes que a la postre dan cuenta de una fragmentación que también puede aplicarse para otros Estados del área¹⁰⁶. Antes del estudio del comportamiento individual y en familia de los guatemaltecos y el papel del Estado en la conformación de la nación, toma gran importancia el examen que se debe hacer a las disputas regionales. Matilde González – Izás, compone el estudio *Formación del Estado y disputas territoriales en el corazón del triángulo norte de Centroamérica* (2015)¹⁰⁷. El comercio que se daba entre varias provincias a mediados del siglo VIII se vio incrementado entre comerciantes locales y los enviados de Inglaterra, Francia y Holanda. M. Wortman y M. Macleod, en sendos estudios concluyen que “las redes de comercio ‘ilegal’¹⁰⁸ de esclavos, mercancías y armas, contribuyeron decisivamente, no solo al despegue económico sino a la configuración política del Reino de Guatemala” (Wortman y Macleod citados por González–Izás 16). En síntesis, González –Izás considera que varios de estos intereses

¹⁰⁶ En cuanto a la territorialidad el equipo de investigadores establece que en líneas generales hasta el año de 1950 se ve una fragmentación. Esto lleva a los marcados regionalismos donde es cuestionado el poder central y se nota su debilidad e influencia en zonas periféricas. Estos investigadores señalan que, en la antesala de la independencia, se notaba una hegemonía comercial y política por parte de la ciudad de Guatemala que estaba conectada con las otras regiones que eran subordinadas, como San Salvador, y periféricamente como Costa Rica. Dicen los investigadores que la colonización agrícola incidió en dicha fragmentación. Afirman estos investigadores que hacia 1860, El Salvador, Costa Rica y Guatemala habían logrado en lo político su centralización. También establecen que, sin embargo, por su debilidad en infraestructura, su poca base fiscal es para estos Estados poco más que imposible costear el sostenimiento de su aparato por lo que apenas cuentan con recursos y personal capacitado. Esto redundará en su poca eficacia a la hora de querer imponer presencia institucional.

Concluyen por tanto que “esta variedad de Estado pequeño y débil no solo es incapaz de apalancar la democracia, sino que es hostil a ella: de su seno han surgido actos contra la legalidad democrática garantizada en sus propias constituciones” (Acuña Ortega 224).

¹⁰⁷ González–Izás, Matilde. *Formación del Estado y disputas territoriales en el corazón del triángulo norte de Centroamérica. Siglos XIX y XX*. PROMOCIENCIA. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Cuaderno de Debate 2. FLACSO–Sede Académica Guatemala, octubre, 2015.

¹⁰⁸ Encomillado en el original.

en confrontación fueron conformando el tejido de lo que sería el Estado¹⁰⁹. En consecuencia, los pueblos en conflicto fueron forjando su destino en medio de la discusión sobre su lugar en la sociedad mientras la violencia perfiló el papel del Estado para ejercer su dominio, pero eso lleva a un deterioro de las relaciones sociales, asunto que se analizará a continuación dentro de este mapeo a cerca de la formación de la nación guatemalteca desde la perspectiva de la agresión.

Con este informe en donde se analizan las grandes desigualdades sociales de clase, la inequidad y desigual acceso a oportunidades de empleo, educación y salud para la población, este organismo expone un conjunto de propuestas que se pueden valorar como factores de formación de la nación ya que, con la identificación de las fallas y las propuestas para disminuirlas, contribuyen cada día a evitar que se genere más violencia y conflictos sociales en Centroamérica. Esto permite afinar la revisión ligando con Guatemala. En el informe mundial, en su anexo II, CEIPAZ llama la atención sobre una cultura de paz emanada desde 1999 por parte de Naciones Unidas en el que en su artículo primero proclamaba una estrategia para el próximo milenio: “a) El respeto a la vida, el fin de la violencia y la promoción y la práctica de la no violencia por medio de la educación, el diálogo y la cooperación” (Proclama de ONU citada por CEIPAZ 34). También llama la atención que este ente enfatice en la autodeterminación de los pueblos y su independencia política cuando se trate de dirimir sus asuntos sin la injerencia de

¹⁰⁹ Dice Matilde González-Izáz que “en conclusión, el afincamiento de las redes del comercio ilegal; la evasión de impuestos; la formación de las milicias (fuerzas militares privadas al servicio de potentados locales y autoridades del gobierno en tiempos de necesidad); la cultura de las armas, el honor y conquista de importantes espacios de soberanía provinciana, son algunos de los rasgos característicos del proceso de formación del Estado que se observan desde el nororiente de Guatemala” (González –Izáz. 18).

otros Estados, para concluir con su inciso d) en donde se mantienen sus votos por una cultura de paz basada en “el compromiso con el arreglo pacífico de los conflictos” (34).

Un instrumento de análisis para conocer mejor y desde un ángulo que permite más perspectivas de análisis para el caso de Guatemala, lo constituye el informe del Programa de Seguridad Ciudadana y Prevención de la Violencia del Programa de Naciones Unidas. Allí se hace una disección de varios factores que afectan la vida en armonía que intentan llevar los guatemaltecos. El texto se llama *Informe estadístico de la violencia en Guatemala* (2007) y allí analizan entre otros puntos, las causas de la violencia para concluir en un punto que explica como principales variables para esta problemática, la exclusión social y la falta de aplicación de la ley. En el informe se declara que al distribuir los ingresos generados por el crecimiento de la economía se hace de manera desigual con el consiguiente detrimento para los más vulnerables o contra quienes no hacen parte de los grupos que detentan los dividendos. Así que allí enfocan el análisis al declarar que este país “es uno de los más desiguales de América Latina lo cual combinado con muy altos niveles de pobreza produce una grave situación de tensión social”¹¹⁰ (Naciones Unidas informe Guatemala 10).

Para el historiador Edelberto (Torres–Rivas en su texto *El Estado en Guatemala: ¿Orden con progreso?*¹¹¹ (2010) con el proceso de independencia de la corona española, para lo que hoy es Guatemala “se quebró la autoridad tradicional y se

¹¹⁰ El 51% de los guatemaltecos vive en condiciones de pobreza con un 15.2% en pobreza extrema, según Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (ENCOVI) 2006, Instituto Nacional de Estadísticas.

¹¹¹ Torres–Rivas, Edelberto. *El Estado en Guatemala: ¿Orden con progreso?* Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 2010.

debilitó la red institucional regional con las que habían sido gobernadas las cinco provincias del Reyno de Guatemala [constituido por Chiapas, Jalisco, Nayarit, Aguascalientes, Zacatecas, Colima, Guadalajara (México), El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica]” (Torres–Rivas 20). Así que, en ese proceso hacia la formación del Estado, para Torres–Rivas “muy pronto la región se hundió en el fango de la guerra civil que fue la manifestación evidente de la crisis del poder y de sus fracciones. Así, en Centroamérica, la guerra no antecedió a la independencia sino fue su consecuencia” (20). La certeza de que el conflicto por el poder y asumir un nuevo rol para constituir una nación no dejó pues de excluir los procesos violentos. Este historiador resume los hechos de Guatemala como comunes para un bloque regional porque “en Centroamérica no se produjo una recuperación, una reconstrucción de la clase dominante que en otras latitudes fragmentó la guerra de independencia. De nuevo aquí ocurrió al revés, pues la división ocurrió después, cuando se empezó a definir cuál forma de Estado habría de implantarse”¹¹² (22).

Sin embargo, con el objetivo de desentrañar que circunstancias permiten que la violencia sea un factor de formación, ilustra sobre manera la investigación ya citada en páginas precedentes de Miguel Ángel Lombardo que a través de su tesis *La fragmentación del Estado: origen y persistencia de la violencia en Guatemala* intenta

¹¹² Esta decisión produjo una división de posturas. Por un lado, las instituciones centrales estaban en la ciudad de Guatemala [comerciantes, burocracia, ejército, Iglesia] mientras, por el otro lado, en el interior estaban los criollos y mestizos. Un bando que se proclamaba liberal, cercano al legado español con la ola de reformista de los borbones en las postrimerías del s. XVIII quería una república moderna progresista, cercana al modelo estadounidense. El otro grupo, más conservador, se inclinaba por cambios graduales, cercano a la tradición colonial, un orden religioso, era afín al modelo de los Habsburgo, quienes hasta la mitad del siglo XVIII habían detentado el poder sobre España.

desentrañar las consecuencias de las confrontaciones de Estados débiles frente a sociedades fortalecidas. En este trabajo, el autor señala puntuales factores que inciden para la fragilidad estatal ya que en Guatemala el órgano de poder fluctúa y no hay que desconocer que a “la inestabilidad de las coaliciones de gobierno, las cuales originaban permanentemente crisis que se resolvían con golpes de Estado, habría que sumar vulnerabilidad a los factores internacionales [Inversión para producción de café y ayuda militar] para mantener el modelo post colonial liberal” (Lombardo 58).

El caso guatemalteco signado por un sombrío panorama de violencia del que ya se ha hecho mención en el capítulo III de esta tesis tiene su punto de quiebre a finales del decenio de 1970 cuando de acuerdo con anales históricos se desencadena un devastador terrorismo estatal contra el movimiento popular integrado a lo largo de esos diez años. En los registros históricos se cuenta que de 1979 a 1982 aumentaron las acciones guerrilleras que contaron con base urbana e indígena, pero sin alcanzar influencia nacional, pero logrando afectar al Estado. La investigadora Elizabeth Fonseca indica que la fuerza guerrillera fue desmontada por el general Efraín Ríos Montt quien después de un golpe de estado en marzo de 1982 instauró su siniestro régimen y “logró elevar de 15 mil a 500 mil los hombres organizados en las llamadas Patrullas de Autodefensa Civil. El terrorismo de Estado aumentó, y los pueblos indígenas sospechosos de colaborar con la guerrilla fueron duramente castigados”¹¹³ (Fonseca 270).

¹¹³ Fonseca, Elizabeth. *Centroamérica: su historia*. Flacso y Educa, 1995.

Aunque el anterior conjunto de ejemplos de una sociedad en constante pugna, afectada por su diario prontuario de hechos delictivos, es una muestra de la influencia de la violencia como factor de formación, en las siguientes páginas se desglosará el informe de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala. En ese documento se analiza cuán lejos se está de hallar una solución para frenar la agresión y la inseguridad en este país. El texto se titula *Violencia en Guatemala, una interpretación sobre el aumento de la violencia delincinencial y el trauma psicosocial* (2012) redactado por Mariano González. En este documento se puede interpretar cómo la sociedad de este país centroamericano no ha dejado de vivir su dolor que se desprende del olvido y maltrato de su Estado para con los más frágiles en la escala social.

Carlos Orantes en “La violencia en la cultura guatemalteca” (2002) al reflexionar sobre la historia de su país refuerza la certeza según la cual este país estuvo y sigue atravesado por diversas expresiones de violencia. En este sentido, reitera que: “La violencia en Guatemala no es una simple cadena de hechos puramente violentos. Es un síndrome político, social, cultural, antropológico, psicológico y discursivo. Es fundamentalmente histórico. Sus víctimas somos todos, porque se teje como el gran mecanismo de control” (Orantes 1). Llama la atención que en este país los altos índices de delitos han tratado de ser explicados como el resultado de crisis y expectativas de la sociedad que no han sido resueltas y apuntan al Estado como el principal responsable de estos comportamientos. Se asegura en el informe del Arzobispado, citado líneas atrás, que este conjunto de insatisfacciones sociales “provocan, entre otras cosas, la recomposición de los poderes fácticos vía la impunidad y la corrupción (González 8).

Al seguir en el análisis de las interpretaciones que se hacen de la violencia como factor de formación de la nación, es de gran interés para el caso guatemalteco, observar como la violencia diaria no solo se atribuye a las reacciones que generan decisiones u omisiones gubernamentales, sino que son las mismas instituciones sobre quienes recae el odio y las acciones de terror. En síntesis, siguiendo con las líneas del informe del Arzobispado, se trata de violencia política: “Al respecto, hay que recordar que uno de los cambios más importantes en la historia reciente de este país es el paso de la violencia política del Conflicto Armado Interno¹¹⁴ hacia la violencia delincencial de la posguerra” (González 15).

Al seguir con el interrogante de si hay violencia justa, como se hizo para el caso colombiano en páginas precedentes, se retoma el texto “¿Hay violencia justa? Reflexiones sobre la violencia y la justicia basada en los Derechos Humanos” del profesor José Sanmartín Esplugues. Para examinar la barbarie descrita en párrafos anteriores, conocido a través del reporte de INACIF, tanto la crueldad y su habitual ocurrencia, permiten afirmar que no hay hechos fortuitos, sino que están cometidos con plena conciencia y conocimiento de sus consecuencias. Por eso, la reflexión de Esplugues se mantiene en la línea de que ningún acto de violencia se justifica, cuando se piensa en si es dable aplicar violencia justa o positiva: “Concibo a los seres humanos como agentes moralmente autónomos. Tienen la capacidad de elegir, de ser libres, de ser dueños de su destino. Esta capacidad es la que caracteriza a todos los seres humanos y les confiere su especial dignidad” (Esplugues 8).

¹¹⁴ En mayúsculas en el original

Así que al repensar en las masacres y las víctimas de esa violencia que se cuantifica en Guatemala, ningún ideal o causa esgrimida pueden servir para justificar o parapetarse en la conveniencia de acto alguno revestido de lo violento. Siguiendo con Esplugues, al reflexionar sobre la justicia positiva o justa, este profesor mantiene enfáticamente su discurrir sobre este tópico: “me parece muy peligroso justificar la existencia de períodos de emergencia extrema en los que sea justo transgredir la moralidad para evitar un desastre y que quienes juzguen si se está, o no, ante una situación así sean precisamente los políticos” (12). De modo que inculcar odios o llamar a las causas nacionales para defender una política como se mostró en el capítulo III de este trabajo para el caso de Guatemala con el filósofo Noam Chomsky, es quizá apenas un ejemplo de errado proceder con consecuencias para los derechos humanos y un completo acto revestido de manipulación política. Así que hay confluencia en cuanto a la forma como es posible medir o calcular las consecuencias que un acto político puede traer despojándolo de su carácter de eventual inocencia. Asegura Esplugues que la moralidad no es negociable y que aún “más horroroso es que la negociación caiga en manos de quienes detentan el poder” (12). Cree este investigador que hay millares de ejemplos en los que con la justificación de hallarse en situaciones de emergencia se justificó un acto de violencia con lo que los políticos lograron quedar con sus manos libres.

Aunque se diga que en muchas situaciones es justificable el empleo de la violencia para evitar un mal mayor y por ende la mejor manera de control es ejerciendo esa violencia, podría fijarse la misma premisa: nada justifica la violencia, y en sí, la

violencia justa o positiva trae consigo más de lo que pretende erradicar. El caso, pone por ejemplo Esplugues, que cuando se presentó la amenaza para el mundo por parte del régimen Nazi, la solución fue invadir. Para este caso, asegura estar de acuerdo con quien no justifica la violencia: “un pacifista reflexivo diría, sin embargo, que el recurso a la violencia nunca es necesario, ni siquiera ante una invasión, porque siempre hay otras vías de afrontar el problema” (13).

Ahora al seguir en la línea de análisis de qué tanto inciden las decisiones políticas o actos de gobierno en la violencia de un país y en la formación de una nación, en el caso de Guatemala, en lo referente al sector de la economía, es notorio el hecho de que acuerdo con los informes de los expertos, esta nación no solo divide en partes iguales lo que importa como lo que importa, lo que ya de por sí es un indicador de cómo está su economía y qué tanto afecta a sus ciudadanos. El historiador Julio Castellanos Cambranes al preguntarse qué pasó en la historia de este país (2014) se remonta a los orígenes y cuenta como en el siglo XIX bajo el expolio de tierras comunales y con el trabajo forzado se crearon las bases para una economía capitalista moderna con lo que se arruinó la estructura campesina que vio como con mecanismos jurídicos se dio vía libre a un sinnúmero de procedimientos esclavistas, se explotó, reprimió laboralmente mediante trabajos forzados y discriminación de todo tipo. Asegura Castellanos Cambranes, haciendo uso de hechos históricos, que cuando se iniciaron las inversiones del capital alemán en este país a mediados del siglo XIX, las tierras y propiedades comunales firmes aún tras la invasión española, finalmente cayeron porque: “Los capitalistas extranjeros buscaron tierras con condiciones óptimas para plantaciones de

café y caña de azúcar” (Castellanos Cambranes párr. 1). Se dio inicio entonces a la opresión neocolonial contra los campesinos. Así también las generaciones mayas debieron huir. Esta particular persecución y despojo explica en parte un historial de pobreza y violencia como elementos protuberantes en la historia de Guatemala.

En estas líneas se sostiene la idea de cómo con sistemas de opresión y bajo ideas políticas, tanto conservadores como liberales de Guatemala se dieron a la tarea de explotar al indígena “como base del sistema económico, bien fuera manteniendo la servidumbre del modelo feudal colonial o bien mediante un sistema de provisión de trabajo semi forzado que requería el modelo de plantación” (Castellanos Cambranes citado por Lombardo 70). De este procedimiento se desprende, según Lombardo, la necesidad de adoptar un mecanismo de coacción que a todas luces dejaba al Estado como “el principal enemigo del campesinado guatemalteco” (70). Así, con el tiempo, como se verá en las líneas siguientes, se puede explicar cómo se empobreció más a los guatemaltecos y se dieron amplias simpatías con agrupaciones revolucionarias que el mismo Estado iría a sofocar de la manera más violenta posible. En síntesis, se dieron las condiciones para la insatisfacción general en donde por doquier se irían produciendo también continuos brotes de protesta bajo el manto de movimientos anticapitalistas. Entre tanto, los índices de pobreza irían en aumento entre mayor número de campesinos e indígenas lo que se mantiene incluso desde antes del período de 1960–1996 cuando se dice que fue cometido el genocidio contra esta población, en lo que se constituye, de nuevo, en una evidencia de cómo el Estado influye para que la violencia sea factor determinante en la formación de la nación.

Esto es de vital importancia porque así permite determinar, de acuerdo con medición del Banco Mundial 2006, que es la mayor economía de América Central y el 50 por ciento de sus habitantes está bajo el umbral de pobreza mientras un 15 por ciento se mantiene en la pobreza absoluta. En términos de costos y valor de la vida, los guarismos de Naciones Unidas son más que dicentes y muestran el grave contraste que representa el valor de una vida humana en este país. Para medir este y otros efectos de lo económico y qué costos se presentan por la violencia que vive el país se tendrá en cuenta el texto de Naciones Unidas, titulado *El costo económico de la violencia en Guatemala* (2006), editado por Edgar Alfredo Balsells y divulgado justo apenas una década después de los acuerdos de paz y tras 30 años de conflicto armado. Cabe anotar que, si bien se dice que los acuerdos de paz se dieron en 1996, a fecha de 2016, muchos índices de seguridad y convivencia muestran una sociedad por demás aún sitiada por la violencia.

En el informe de Naciones Unidas al realizar un análisis de cómo lo económico incide para que la violencia se constituya como en el caso ya estudiado de Colombia, en factor de formación y a la vez de deformación de la nación. Acá en esta sección del trabajo se puede discernir que el motor para activar la violencia son las desigualdades y la marcada y rampante inequidad en tierras guatemaltecas, lo que se explicará en las páginas siguientes. En este informe se hace un comparativo entre lo que cuesta una vida perdida por homicidio en Guatemala y su costo para una en Estados Unidos, asignando para el país centroamericano un valor de 6 millones de dólares, mientras que da como costo para una vida perdida por homicidio en USA, el valor de \$64,100 millones de dólares, lo que a las claras muestra la gran diferencia en las calidades de vida entre

ambos países. Al revisar el informe se ve, según los hallazgos de Naciones Unidas, que el costo de la violencia en Guatemala “rebas el 50% del presupuesto de ingresos y egresos del Estado, denotando el enorme esfuerzo tributario que habría que hacer para enfrentar un problema con las dimensiones que representa la criminalidad en Guatemala” (Ballcells 41).

Si el café, la caña de azúcar y el plátano son los principales productos de exportación, esta economía de Guatemala no deriva en bienestar ya que el Estado, como lo dice el informe de Naciones Unidas, presenta fallas estructurales que ahonda la crisis social que vive el país y que redundan en los incrementos de los comportamientos delictivos y la insatisfacción general. En el texto se precisa que para frenar el paso de la violencia como factor de formación y deformación del Estado se debe acudir a una política integral “más allá del control de armas, a organismos de fuerza pública y a sistemas de vigilancia privada, y/o la adopción de mecanismos orientados a entender los conflictos que surgen en comunidades” (44). Al tratar de atacar de raíz esta falencia se encuentra que son los jóvenes las principales víctimas como fuerza numerosa que se necesita vincular por su vitalidad y número a la cadena productiva por lo que según los términos de la investigación se llama la atención que “si no hay participación ciudadana, no hay tejido social y no hay trabajo, es mucho más fácil para un joven el acceso a las armas y a las drogas” (44).

IV.2.2. Violencia como factor de deformación de la nación

Una clara evidencia que arroja el informe *El costo económico de la violencia en Guatemala* es cómo desde la inoperancia del Estado para otorgar beneficios a sus

ciudadanos y al no poder elevar los niveles de calidad de vida lo que se está fomentando como una clara bomba de tiempo social es el quiebre de la Nación con lo que de por si entonces se da una especie de cadena de situaciones, es decir, los acontecimientos que afectan al país están concatenados y tienen su raíz en la ineficacia administrativa para el manejo del estado. En el informe dan preponderancia al auge de los grupos al margen de la ley como una consecuencia de los errores políticos ya que “estas redes tienen sus orígenes en la economía política de la violencia creada durante el conflicto armado interno” (11).

Para ver en un contexto más amplio sin dejar de lado la expresión de lo trágico en Guatemala, se amplía la perspectiva al espacio geográfico de América Latina con el texto *Las sociedades del miedo*¹¹⁵ (2002), en donde con edición de varios autores, se hace referencia al legado de la guerra civil, la violencia y el terror en esta región. En el texto se alude al miedo como “la repercusión psicológica, cultural e institucional de la violencia. Se trata de una respuesta a la desestabilización de las instituciones, a la exclusión social, a la ambigüedad y la incertidumbre de los individuos” (Koonings y Kruijt 37). Se desprende de lo anterior que precisamente la falla de quienes enarbolan el servicio social como lo principal, lo que en realidad pretenden es administrar sus emporios y fortalecer más sus finanzas para lo cual desde la política ejercen sin miramientos la violencia de todo tipo para posicionarse sobre quienes se les resisten o pretenden disputarles sus posiciones de manejo.

¹¹⁵ Edición de Kees Koonings y Dirk Kruijt, 2002.

En una demostración de cómo el pasado violento de Guatemala no es superado y se habla de un presente igual de sombrío, el historiador Julio Castellanos Cambranes, ya citado en varios capítulos y secciones de esta tesis, aporta su punto de vista como estudioso de la realidad de su país golpeado por las matanzas contra el pueblo indígena maya entre 1960 y 1996. Su texto *Pasado y presente del terror en Guatemala* (2003)¹¹⁶. Al enfatizar en los orígenes de la violencia, este historiador va hasta las primeras décadas del año 1500. Dice que “la raíz de esta violencia se encuentra en los inicios de la dominación colonial española, en la primera mitad del siglo XVI” (Castellanos Cambranes 1). Seguido de este puntual concepto, asegura que ahora [publicación de 2003] “la violencia constituye el más genuino reflejo del alto grado de deterioro de las estructuras de poder y control político implantadas hace más de cuatrocientos cincuenta años” (1).

Otro aspecto para tener en cuenta son las pocas formas propias de llamar por su nombre y por ende a no identificar y dar soluciones a lo que ha desangrado la realidad de los guatemaltecos: su clara desventaja social frente a un cuadro de privilegios que se mantiene desde casi desde inicios del siglo XIX cuando se favoreció la participación de capital foráneo, como ya se desarrolló en la sección anterior de esta investigación.

Se decía que a la lucha que mantenían los más desfavorecidos de la escala social no se le identificaba como tal y se recurría a adjetivos y términos que soslayaban la realidad. Pues bien, en la investigación de Lombardo Chico, ya citada antes, que habla

¹¹⁶ En presentación del libro *Violencia y genocidio en Guatemala* de Victoria Sanford. F&G Editores, 2003.

de la fragmentación del Estado se dice que lo escrito social y políticamente sobre Guatemala, se accede rápido a los términos violencia y conflicto. Dice el investigador que esto se da por “la manera en que se ha tratado eufemísticamente la guerra como ‘conflicto armado’¹¹⁷ o ‘enfrentamiento interno’ lo cual ha causado mucha confusión” (Lombardo 179). Señala también el investigador que se elimina la naturaleza institucional de la violencia para cambiarla por una de tipo social cuando se habla de pandillas, delincuencia organizada y delincuencia común. Dice el investigador que es una violencia de tipo organizado la que es institucional por lo que lanza sus interrogantes en donde no queda muy bien la imagen oficial: “¿Acaso no es un modelo de crimen organizado la matanza sistemática de setenta y cinco mil personas, en su mayoría indígenas, en un período de tan solo dieciocho meses?” (179).

Se puede colegir entonces que de esta sola duda se desprende una serie de conclusiones y todavía más preguntas todas en rededor o acerca de la tan notoria incapacidad del Estado para evitar que la violencia que se genera desde sus mismas bases no sea un enorme y devastador factor de deformación de la nación. Esta realidad es determinante para comprobar que lo sucedido en Guatemala sigue siendo lo mismo que originó las matanzas que no es otra cosa que la baja legitimidad del Estado y su notable incapacidad para llevar a buen término el barco en el que navegan los guatemaltecos tan necesitados de una política eficiente que no dé al traste con la idea de hacer zozobrar por fin y merecidamente la amenaza de la violencia que tanto los ha hecho perder su rumbo.

¹¹⁷ Encomillado en el original

Sin embargo, al mirar con cuidado los factores que convierten a la violencia como el principal obstáculo para que se logre el surgimiento de una nación en paz, se comprueba que solo es posible frenar la deformación de la nación si como dice Lombardo se refuerzan los mecanismos de ese Estado de Derecho así como de la autoridad civil que sea “un mecanismo de protección contra todo tipo de arbitrariedad, ya sea cometida desde el ámbito nacional o bien administrada bajo la presión de variable exógenas” (Lombardo 190).

En cuanto a los guatemaltecos que por motivaciones de tipo político debieron salir de su país y pudieron hacerlo, los registros de emigración indican que ese éxodo se dio por el conflicto armado interno y la ola de violencia entre la década de los setentas y ochentas que obligaron a millares de ciudadanos, en especial de la zona occidental a pedir refugio en México y los Estados Unidos. Aunque las autoridades no precisan con exactitud el número de personas en desplazamiento, según cifras del Ministerio de Relaciones Exteriores indican que se estima que “a lo largo de los últimos 34 años, [2012] son más de 1.6 millones de guatemaltecos los que han dejado Guatemala”¹¹⁸ (CICSAL párr. 14–15). En el mismo informe se anota que el Banco Interamericano de Desarrollo BID dice que según las remesas enviadas por ciudadanos guatemaltecos, podría haber un millón de ciudadanos de ese país centroamericano en los Estados Unidos. El censo de población dice que para el año 2000 había 372.908 ciudadanos viviendo allí. En México, precisa el informe de CICSAL, había para la época unos

¹¹⁸ Cifras de Servicio Internacional Cristiano de Solidaridad con los pueblos de América Latina (SICSAL), marzo 17, 2012.

76.000 guatemaltecos que se estimaba habían emigrado en los años 80s. Finalmente se dice que en Europa había unos 3.500 ciudadanos, la mayoría, hijos de guatemaltecos.

Finalmente, en el informe *Situación de Derechos Humanos en Guatemala* (2016)¹¹⁹ se expresa la preocupación de este organismo adscrito a la Organización de Estados Americanos (OEA) sobre lo que consideran el resurgimiento de las prácticas de desaparición de personas. Señalan que desde el año 2003 a 2014 más de 2500 guatemaltecos han sido desaparecidos, según informe de la Policía Nacional Civil (PNC). Para este ente entre las causas de estas desapariciones de 12 años atrás [desde el 2016] estarían las capturas ilegales del crimen organizado, violencia intrafamiliar y trata de personas, entre otras. Llama la atención en el informe que entre las autoridades se tenía la creencia que después de los acuerdos de paz de 1996 para poner fin a la guerra tras 36 años de historia, finalmente cesarían las desapariciones, pero han visto que estas siguen aumentando cada año. Una vez más, estos indicadores dan cuenta de una realidad abrumadora como lo es que la sociedad guatemalteca tiene un Estado que no ha podido frenar la violencia que sigue siendo factor de deformación de la nación, como en la siguiente sección se hará visible desde las páginas que el escritor Horacio Castellanos Moya escribió sobre el genocidio guatemalteco en su novela *Insensatez*.

¹¹⁹ OEA, Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

IV.2.3. Novelización de una sociedad violenta:

Insensatez de Horacio Castellanos Moya

La acción de atacar a la etnia maya entre 1960 y 1996 dejando un rastro de muerte y despojo de territorios ancestrales en Guatemala por parte de las fuerzas paraestatales, iba a quedar en el olvido hasta que se logró la redacción de dos informes de memoria histórica. El informe¹²⁰ en el que se basó Horacio Castellanos Moya es una larga lista de testimonios, pruebas y datos precisos de cómo se atentó, se mutiló, se desmembró y se quemó a millares de indígenas, a los que además de violarles a centenares de sus mujeres y niñas, se arrasó con sus cultivos, animales y aldeas. Novelizar ese drama es el que se propuso Castellanos Moya como testigo de su tiempo ya que el debió exiliarse por hacer públicas denuncias sobre violación de derechos humanos y escribir novelas que hablaban del conflicto centroamericano en general, pero centrando la mirada en *Insensatez*, se puede decir que la novela como hecho narrativo es el resultado al que llegó el narrador tras un minucioso trabajo de análisis y redacción de los factores que formaron la nación guatemalteca y a su vez la deformaron. Aunque es una trama con ignotos parámetros geográficos, el novelista da indicios que permiten situar los hechos coincidentes en tiempo y lugar con los registrados en Guatemala durante el genocidio contra el pueblo maya por 36 años.

¹²⁰ Comisión para el Esclarecimiento Histórico. *Guatemala, memoria del silencio*. Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas (UNOPS), junio 1999.

Celina Manzoni en “Narrativas de la violencia: hipérbole y exceso en *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya”¹²¹ (2015) resalta la trashumancia como determinante para el proceso de escritura en donde recuerda como este escritor que nació en Honduras es hijo de padre salvadoreño y “residente en El Salvador, México, Guatemala, Canadá, Estados Unidos, Alemania y otros países europeos que, puede decirse, parece realizar ejemplarmente una errancia que afecta a los protagonistas de sus narraciones y también al narrador de *Insensatez*.” (Manzoni 113).

¿Se podría desconocer este trasegar como materia novelesca? ¿Al saber que fueron motivaciones involuntarias las que lo llevaron a emigrar está condicionada su posición política a la hora de escribir? Se puede intentar responder en el primer cuestionamiento que Castellanos Moya no pudo desprenderse en ninguna de sus creaciones literarias de sus propias vivencias y aunque son un fiel reflejo de su peripecia personal, así y todo, al pasar al texto literario no se pueden considerar testimonios ni crónicas de viaje. La segunda inquietud está la idea de qué vida y obra no se dividen y son una unidad como se ve en sus obras.

No es solo cuestión de clasificación de género y va más allá de estas consideraciones para lo cual se puede apelar a los preceptos de Aristóteles bajo la denominación de mimesis cuando se hace una imitación de la realidad con el propósito final de crear, con lo que en este caso sería sus novelas y cuentos. También se podría

¹²¹ Capítulo: “Narrativas de la violencia: hipérbole y exceso en *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya” en *Literatura y Violencia en la narrativa latinoamericana reciente*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE), Basile, Teresa. Coordinadora. Colectivo crítico. 2015.

decir que Castellanos se vale de la figura de la analogía para copiar a imagen y semejanza de los hechos que, aunque pasaron en una determinada sociedad, en la de su novela, sus propios personajes no solo la replican, sino que en cada lector queda la autonomía de la interpretación y de hallar las equivalencias. Esos límites que traza la figura esbozada por Aristóteles amplían el universo que podría acoger más de una arista.

Manzoni apunta a ese estrecho espacio o límites y resalta que “aunque *Insensatez* apuesta por la ficción, como de manera ostensible destaca uno de los paratextos de la novela, no es posible evitar que la lectura se inserte en esa hábil frontera, esa como tierra de nadie en la que se demoran la ficción y la historia del presente” (Manzoni 113). Aquí se subraya que las siguientes líneas ya han sido objeto de análisis en el capítulo III de esta tesis, y que en esencia resaltan una coincidencia con lo que se apuntó sobre este pasaje particular, pero que ahora esbozados por la investigadora Manzoni, bien pueden ser vistas desde el ángulo de cómo en Castellanos Moya, desde el principio de su novela se lleva al lector a confirmar que lo que leerá es dado y debido a ese proceso de formación y deformación de la nación guatemalteca y que *Insensatez* y lo que le pasa a los mayas es en forma contundente una muestra de ese proceso. Manzoni, pues hace alusión a la frase inicial de la novela “Yo no estoy completo de la mente” (Castellanos Moya 13) en ese testimonio que un indígena cakchiquel transmite al lector de las memorias, personaje de la novela y al lector de la obra de Castellanos Moya. Manzoni asegura entonces que así el escritor “instala otro límite borroso, esa zona en la que parecen ponerse a prueba los frágiles bordes genéricos que separan el testimonio de la ficción” (114). Finalmente, en ese ejercicio que se sometió el narrador, de darle voz a los

que fueron acallados, Manzoni parece hallarle una ajustada interpretación cuando califica esta labor en donde “el narrador no ‘se hace solidario’¹²² con el terror de los testigos, sino que recupera el miedo del otro, participa de su locura y de la desconfianza” (119).

A ese eterno vía crucis tuvo acceso limitado el escritor que después amparado en la ficción insertó páginas de eso que les pasó a los mayas en Guatemala. De esta forma el narrador participó con su novela *Insensatez* en la formación y deformación del país. Allí entre los párrafos del informe de Memoria, creó otro personaje de una ciudad que no nombra con un narrador protagonista que a su vez no se dice cómo se llama, pero que va contando a través de su monólogo, lo que el lector de *Insensatez* desconoce. Ese paralelismo como en una suerte de metaficción con los poderes o libertades que da la literatura crea una versión libre, subjetiva que no puede considerarse verdad, pero tampoco ficción porque como ya se describió, su sustento es un informe real de Memoria Histórica, es decir, su base es un documento real, el mismo que existe y que en la novela se nombra y que se asegura tiene mil cien cuartillas que el narrador de la historia de ficción irá develando como el lector de *Insensatez* también podrá descubrir a medida que avance en los capítulos.

La novelización de la realidad, la crítica que es la razón y sustento de la novela hacia las estructuras de poder que facilitaron las órdenes para disparar contra los mayas, demuestran las estrechas conexiones y participación desde la literatura que acometió Castellanos Moya como creador para poner en entredicho, la debilidad de un Estado, la

¹²² Encomillado en el original

precariedad en la formación y evidente deformación de la nación, que es lo que se muestra en cada una de las páginas del informe que lee el narrador de *Insensatez*. Las primeras líneas como ya se ha analizado en el capítulo III de esta tesis, que son “Yo no estoy completo de la mente” (Castellanos Moya 13) abren al lector de la novela un universo de denuncia sobre maltrato de derechos humanos. Será este párrafo el que servirá de elemento de unificación, hilo conductor de la trama mediante la cual Castellanos Moya dota a su personaje principal, editor de las memorias, como el vehículo comunicador de la barbarie cometida por las juntas militares que se fueron sucediendo en el poder. Irá el narrador–lector de la novela diciendo que los militares aceptaron contar qué hicieron con los indígenas, y estos a su vez, en su voz desgarrada plasmarán sobre el papel la máxima prueba de una prolongada agonía de los indígenas olvidados por su propio gobierno.

El grado de perturbación mental se irá haciendo evidente en el testimonio que se lee al iniciar la novela y el narrador–editor de las memorias transmitirá esa enajenación como en un juego de espejos que le llega al lector, que si pudiera tener a mano los testimonios de los indígenas tendría que decidir con cual verdad o circunstancia cuenta a la hora de hacerse a una idea de qué les ocurrió a los indígenas de la etnia maya en esos 36 años de matanzas. El narrador Castellanos Moya establece por medio del trabajo de ficción una especie de juegos, de reflejos y acciones con consecuencias que se interconectan porque si se habla de un efecto emocional en quien vive la masacre, no deja de impactar que a su vez, el mismo editor de las memorias, en la ficción, confiesa que se ve igual de incompleto de la mente como ese indígena cachiquel que ha sido

testigo del asesinato inmisericorde de su familia porque sabe que ese indígena había estado “consciente del quebrantamiento de su aparato psíquico a causa de haber presenciado, herido e impotente, cómo los soldados del ejército de su país despedazaban a machetazos y con sorna a cada uno de sus cuatro pequeños hijos y enseguida arremetían contra su mujer” (13).

A medida que avanza el editor de las mil cien cuartillas crece el baño de sangre, torturas y testimonios, cada vez más descarnados, como en una suerte de paso de las páginas de la novela a las paredes del bar donde el editor se encuentra con su compadre al que intenta decirle cuál es la tarea de edición por la cual recibirá 5000 dólares, pero que ya ve como una labor por la que merece más dinero.

En esta novelización que encara Castellanos Moya, se vale de la situación cotidiana de un encuentro de bar entre dos personajes para resaltar que en medio de los brindis se puede hablar de los sendos machetazos que acabaron primero cortando las manos de un mudo que los militares habían detenido, pero cómo no recibieron respuesta a sus preguntas, creyéndolo colaborador de la guerrilla y fiel con su silencio, cercenaron sus manos. Nadie, dice el narrador, le dijo al sargento que comandaba la patrulla “que el mudito no podía responderle, aunque lo amarraran a ese árbol de la plaza y el sargento comenzara a infligirle incisiones en el cuerpo [...]” (Castellanos Moya 28). Y entre copa y copa el editor se dio cuenta que para su compadre la que fue al final la muerte del mudo, solo revestía un hecho sin importancia como lo podría ser para los clientes del bar que allí quizá tenían testimonios desgarradores de violencia, pero que seguían con su vida resignados a su suerte trágica mientras bebían cerveza. Así lo comprobó, esa total

indiferencia a la suerte del mudo cuando terminó de contar su relato: “el sargento destazó al mudito sin darse cuenta de que esos gritos no eran de dolor, sino de un mudito para quien ésa era su única forma de expresión” (29). Continúa el editor diciendo, pero para sus adentro ya aceptando que a su compadre no le interesan esos relatos, como en una suerte de comparación del desinterés que también acomete a los guatemaltecos apenas habituados a las masacres de cada día. El editor medita que después del mudo “fueron pasando a machete a cada uno de los demás pobladores, aunque supieran hablar y dijeran estar dispuestos a delatar a los colaboradores de la guerrilla, de nada sirvió, el bacanal había comenzado y solo un par de ellos logró sobrevivir para venir a contarlo doce años después” (29).

Al tiempo que se avanza en la novela, Castellanos Moya no abandona su proyecto de contar como su novela participa en la idea de formación y deformación de nación. Esta idea se refuerza desde la cotidianidad como para demostrar que en la calle y en el alma del guatemalteco está la certeza, la comprobación de que en su país hay un descenso, una falta de respaldo hacia el derecho que debería tener el ciudadano común de contar con un techo y una vida digna. En este caso, la metáfora se da cuando el narrador editor cansado del listado de horror y muerte busca en una mujer de la oficina un poco de relajamiento y distracción. Esta experiencia termina siendo un horror y un descenso hacia las mismas entrañas en donde están los que perpetraron las masacres que él está leyendo en los reportes de los manuscritos. Así Castellanos Moya arma un círculo para reforzar su idea de que la realidad no termina y el horror sigue, tanto en la novela como en la Guatemala real.

Cuando el narrador descubre más episodios de barbarie y sevicia, pero también se da cuenta que él mismo puede ser víctima, logra huir a Alemania, donde el brazo largo del verdugo puede estar acechando o simplemente ser una metáfora, una repetición de esa frase inicial en donde se dice que un indígena víctima de la masacre de su familia se confiesa incompleto de la mente, como él ahora se ve, cuando en un bar no solo se entera que el libro de memorias ha sido publicado y monseñor asesinado unas horas después de haber compartido su sueño de ver publicados esos testimonios. Una muerte que sucede en la novela y también en la realidad, es decir, el recurso ideal del que se vale Castellanos Moya para reiterar que con su novela *Insensatez* participa en su idea de que desde la escritura se permite participar en la denuncia de que la violencia, esa que avasalla todo en *Insensatez* es un solo grito de la formación y a la vez deformación de Guatemala.

Al pensar en la novelización, que ha hecho Castellanos Moya para articular la injerencia de lo político y acometer su realidad con la ficción, la investigadora Vila se apoya en el texto *Apuntes*¹²³ del propio autor de *Insensatez* en el que sostiene que “más allá de que Castellanos Moya manifieste su descreimiento en el cruce entre política y novela, él mismo reconoce que es casi imposible no considerar el vínculo entre una y otra” (Castellanos Moya citado por Vila 567). No se puede dejar de lado el hecho de cómo la propia seguridad de este escritor se ha visto comprometida a lo largo de su vida en la que ha debido vivir en el exilio como resultado de sus ficciones y vida periodística

¹²³ Apuntes sobre lo político en la novela latinoamericana. Horacio Castellanos Moya en Cuadernos Hispanoamericanos 694 (abril 2008): 9–17.

en donde no deja de hacer referencia a las decisiones políticas que afectan vidas y porvenires de familias enteras de ciudadanos de Centroamérica, pueblos y lugares que muchas veces no son situados o nombrados allí, pero que resultan ser una copia por demás exacta de esa realidad trágica, ya sea de El Salvador, Honduras o Guatemala. Y quizá por esto, es pertinente citar lo que considera Vila como un rasgo diferenciador y potente de la ficción de este escritor: “Castellanos Moya cartografía toda la sociedad para fraguar el desplazamiento y cambio de intereses de quienes abandonan proyectos e interpelan a un tiempo que no da suficientes respuestas” (Vila 567).

En el análisis del tratamiento que Horacio Castellanos Moya hace de su entorno en *Insensatez*, se puede corroborar que lo violento no solo es un enfoque de esta novela, sino que abarca gran parte de sus otros 10, así como en muchos de sus seis libros de cuentos. En el ensayo de María del Pilar Vila, “Las ilusiones perdidas: narrar la violencia. Acercamientos a la obra de Horacio Castellanos Moya” (2014)¹²⁴, se dice que en esa escritura denominada de decadencia y desesperanza, tan común para lo que se puede aplicar en Centroamérica, en lo que algunos críticos, a su vez, han dado en llamar escenario de posguerra, en el caso de la obra de Castellanos Moya, el eje de su escritura “está centrado en las distintas manifestaciones de la violencia [...] El tratamiento de este tema adquiere intensidad cuando se detiene en los aspectos más sórdidos de la vida ciudadana” (Vila 9). Se podría agregar que, si de sordidez se trata, se puede ligar al propio estado que ha llevado a sus conciudadanos a la desazón cuando para contrarrestar

¹²⁴ Las ilusiones perdidas: narrar la violencia. Acercamientos a la obra de Horacio Castellanos Moya”, en Revista Iberoamericana, Vol. LXXX, número 247, abril –junio 2014, pp. 553–570.

las amenazas a su hegemonía arrasó con pueblos enteros y dejó en el desamparo a más de uno de sus pobladores.

Al trabajar Horacio Castellanos Moya como novelista en *Insensatez* con elementos de la realidad, con esos datos emanados de informes de memoria histórica sobre el genocidio contra los indígenas guatemaltecos ocurrido durante 36 años, es de suma utilidad el ensayo *El concepto de ficción* (1997) escrito por Juan José Saer en donde se podría intentar establecer qué hizo Castellanos Moya cuando trasladó al papel, a la ficción secuencias y testimonios derivados de personas que directamente vivieron el drama de las masacres de sus familiares o conocidos. Ese paso de lo verídico que pasa a las hojas de una novela y para algunos lectores no avisados de este proceso podría resultar en la creencia de no estar leyendo un texto de ficción sino una relatoría o informe de derechos humanos, puede explicarse bajo los conceptos de Saer. En este ensayo declara que “la verdad no es necesariamente lo contrario de la ficción, y que cuando optamos por la práctica de la ficción no lo hacemos con el propósito turbio de tergiversar la verdad” (Saer 10). Pues este trabajo de trasladar al lector lo que pasa en Guatemala es una muestra de cómo con esta novela Castellanos Moya escribe sobre la formación y a la vez en la deformación de la nación guatemalteca bajo el factor de violencia.

Y esta particular e intensa forma de acometer su realidad, lleva a no dejar de lado una forma por demás efectiva e inmediata cuando se trata de buscar efecto y lograr impacto, como es el lenguaje del cine, que como medio para grandes audiencias en el que más de un autor no se reserva el deseo de contar lo que pasa en su país, por lo que en

las siguientes páginas se hará un detallado recuento de varios autores que en Colombia y Guatemala han abordado desde este medio, su realidad, rozando el documental o la historia trágica para representar vidas y destinos acorralados por la violencia.

IV.3. El aporte y lenguaje del cine en el discurso de la violencia en Colombia y Guatemala

Con el cine se cuenta para transmitir con lenguaje diferente y útil, así como para expresar y visibilizar de otra manera una realidad. En Colombia hay auge de producción de películas. El cine colombiano como tal ha tenido un recorrido intermitente y ha logrado repuntar con decenas de cintas que bien pueden ir armando una imagen de nación. La mirada que se quiere hacer en esta parte del trabajo es recalcar como la interpretación de quienes quieren mostrar un país, bien pueden valerse de la imagen para llegar con sus mensajes.

Por el lado de la expresión cinematográfica se puede decir que ha estado saliendo de las sombras, producto de tantos años de conflicto y represión, sumado también como se decía antes a la ausencia de fomento oficial. En los inicios del cine del país centroamericano se puede marcar el año de 1926, con muestras de 1949, signadas por melodramas, películas de vaqueros y luchadores. La ausencia de un cine nacional o medio de expresión de un acontecer se oscureció más entre 1978 y 1994 debido al conflicto armado. Un concepto de nación o intento de retrato de un país se da según los registros con *El silencio de Neto* (1994), de Luis Argueta.

Entre 1969 y 2016 se pueden destacar, *Malacrianza* (2014), de César Menéndez. Esta breve cinta de 70 minutos ya cuenta un drama nacional a través de un modesto

vendedor que es extorsionado para pagar una suma que no posee, hasta que decide enfrentar la amenaza. Allí se toca el tema de la violencia y la inseguridad. Mención especial se merece *Ixcanul* (2015), dirigida por Jayro Bustamante. Esta es, se podría afirmar, la película más guatemalteca y la más premiada. Se trata de la historia rodada en lengua kaqchikel de la joven María que vive cerca de un volcán activo. En su anhelo de ir a la ciudad se cuenta de migración, discriminación contra la mujer, tráfico de niños, aborto y pobreza. Esta historia ha triunfado en festivales de Guadalajara, Cartagena de Indias, Francia, Italia, Bélgica, Estados Unidos y Ucrania. Con 25 galardones, representó a su país en los premios Oscar de 2016. A fin de cuentas, entre 1978 y 1990 solo se tiene evidencia de una película, pero desde el 2000 se presenta un auge con el registro de 67 películas guatemaltecas. El exterminio y el arrasamiento de tierras necesitan su espacio para ser contados.

El cine colombiano por su parte tiene su mejor momento en el siglo XXI, especialmente en los últimos diez años, aupado por la ley 814 de 2003. La reconquista de público vino de la mano de historias de calidad y que conectaran con la realidad del país sin caer en la chabacanería y pobreza técnica. De la mano de la buena producción se vio el auge de agudos creadores y realizadores. Con excepciones notables en su pasado, para centrar la revisión en esta década, merecen mención varias cintas por su temática nacional bien desarrollada y conectada a lo que vive esta nación con su conflicto y agitado destino. Se destacan *Kalibre 35*(2000), que relata la decisión de vida de dos amantes de cine en busca de dinero. Para financiarse deciden asaltar un banco. *La primera noche* (2003), de Luis Alberto Restrepo, que refleja la realidad del conflicto

armado. En este auge también se tiene en cuenta *Sumas y Restas* (2004), de Víctor Gaviria. En esta película se ve el narcotráfico en las entrañas del país. En *Apocalipur* (2005), de Javier Mejía, se puede observar la amistad en medio de la guerra, un descarnado retrato de una época marcada por el influjo mundial de Pablo Escobar. En la lista, entre otra decena de películas, también merece mención *Satanás* (2007), de Andrés Baiz. Es una historia que podría pasar si se ha estado en la guerra de Vietnam.

De modo que como no se puede soslayar la realidad impuesta, desde la ficción, guionistas, actores y realizadores tienen cómo expresar su interpretación de la vida por medio del cine. Se detendrá la mirada en *Apocalipur*, cinta de 2005, dirigida por Javier Mejía, en donde el pretexto es la amistad y la imagen de Pablo Escobar en el Medellín acorralado por el narcotráfico. Todo un país que se sacudía por los escándalos políticos, más de un magnicidio, las guerras entre carteles de la droga, asesinato de policías y los estallidos de las bombas en varias ciudades del territorio.

El lenguaje en esta cinta, expresado velozmente desde sus personajes juveniles cercados por su sino trágico, reflejan una situación. Cada segundo, al comunicarse repiten más de una voz soez, un modismo que denigra al otro: “Violence in gestures and language is omni present. Language is puntuaded by persistent racism, sexism and homophobia” (Curry 103). Para quien ha tenido contacto o ha vivido en el entorno de este país, eso apenas es perceptible y podría hacerse consciente si se tiene la ocasión del contraste. Al vivir en Estados Unidos, es notorio el relajamiento en general en las normas de conducta no más para citar un caso con la utilización de los semáforos y la visible amabilidad, se podría decir, relativa o notoria, al fin y al cabo.

Esta cinta es útil para explicar un particular punto de vista sobre lo expuesto acerca del lenguaje. En ella se muestra puntualmente la forma particular del habla de unos personajes para lo cual el cine es el vehículo potenciador para visibilizar panoramas nacionales. “La violencia es una característica central de la estética del cine colombiano” (Curry 99). Esta afirmación a su vez se puede extender hacia la literatura nacional. Leila Guerriero lo confirma en sus apreciaciones de enero de 2017 como presidente del jurado del premio Biblioteca de Narrativa colombiana, de la Universidad Eafit. La cronista debió evaluar más de diez novelas y detectó una tendencia. “Si vi en estos once libros el tema político muy fuerte atravesándolo, y el tema de la violencia bajo todas sus formas”¹²⁵ (Guerriero párr. 5). Considera Guerriero que la realidad del país reúne a los autores a hablar del tema y concluye que de alguna manera “reflejan la realidad de los países en que vivimos” (párr. 5).

Curry interroga sobre si las realidades del orden filmico y socio-político podrían indicar nuevos derroteros para el cine y la sociedad colombianos. Se podría decir que si es posible. Esta certeza se daría ante la disminución de la persecución de las ideas y un alcance si se quiere masivo, al menos con el cine. Pero la reflexión hace que se amplíe el cuestionamiento hacia la literatura, ya que recientemente han surgido otros autores, impulsados por editoriales grandes y varias independientes. Esos autores si bien ya tenían una obra en marcha, recientemente han tenido nueva o mejor difusión. En

¹²⁵ En entrevista en revista *Semana* al revisar obras finalistas como jurado de concurso de novela en Colombia. “Vi en los once libros la violencia bajo todas sus formas”. En entrevista *Revista Semana*. Enero 28, 2017.

definitiva, se da una doble manera para llegar y expresar lo qué pasa en este país, desde las rutas del cine y la literatura. Ahora en la búsqueda de respuestas sobre la pertinencia de este momento del cine y su papel amplificador de realidades nacionales, bien vale la pena el continuo repensar en el cómo se aborda ese imaginario. “*For Colombian national cinema, the question is: how to represent Colombia’s violent ethic of the ‘80’s and ‘90’ in film form?*” (Curry 101). Ante esta inquietud se podría creer que ni siquiera algunos se han hecho esta pregunta. Allí, la realidad se impone y de hecho se crea una versión que no necesita mucha creatividad y termina siendo una crónica de sucesos. El cine, como expresión de arte, de realidades muestra. Como medio comercial, apenas divulga y da para la reflexión, pero sin enfatizar en su razón. Así que se puede dar respuesta a la pregunta de si el cine abre puertas y posibilita soñar, para lo cual es pertinente el aporte que hace Juana Suárez desde la Asociación de colombianistas en *Revista de estudios colombianos*. Allí en su texto “El cine colombiano: ¿es posible otra mirada? A modo de introducción¹²⁶” (2009), la autora resalta que el auge que vive esta actividad en parte se debe a la ley de cine de 2003 que ha terminado activando una serie de productos como convocatorias, publicaciones, festivales y exhibiciones, entre otros, para darle más dinamismo a un sector que lo necesita. Dice que cada director pasó de hacer una película cada década para llegar a una producción anual en la que el cine

¹²⁶ Juana Suárez, editora invitada. Universidad de Kentucky en *Revista de estudios colombianos*. “El cine colombiano: ¿es posible otra mirada? A modo de introducción¹²⁶”. No. 33–34, 2009.

nacional ahora muestra de diez a doce cintas por año. Suárez considera que la calidad con el tiempo deberá ser valor agregado.

Finalmente, al ver el cine como lenguaje que permite ampliar la mirada y al ver la violencia como una manifestación humana que se transmite también por este medio, cintas como *I don't feel at home any more* de Macon Blair encajan con los argumentos de enfatizar en el lenguaje soez como una de las formas de agresión primaria. A lo largo de la cinta, desde el medio ambiente contaminado, las largas esperas en la fila de pagos en el supermercado, la protagonista, Ruth Kimke, es una mujer aburrida, en una cotidiana situación de la vida moderna, pero objeto de sucesivas y numerosas contingencias para un ser solitario en permanente incomunicación. Soledad que no conduce a buen puerto cuando es a través de la solidaridad y el respeto por el otro como si se puede avanzar, idea para dejar sembrada en el último capítulo de esta investigación, como un llamado reconociendo en la solidaridad, el mejor camino para alejarse de la violencia.

V. CONCLUSIÓN

Esta tesis puede llegar a contribuir a llenar el vacío de poco frecuentes enlazamientos entre historiografía y las dos novelas estudiadas. El análisis y discusión desarrollados en esta tesis han permitido establecer más valores de los que a simple vista se le pueden aplicar a los textos objeto de esta tesis. Sin duda esos aportes fortalecieron la discusión. Se concluye que la violencia transnacional no solo involucra la atención del lector, sino que debe mover a acercarse más al desarrollo de estas historias.

Si no se quiere ser solo un lector pasivo, sino que se busca afinar la mirada, uno de los objetivos con la redacción de este trabajo se cumplió al involucrar al lector en la consecución y multiplicación de historias propias y desconocidas que merecen mejor difusión. El placer del texto no se da por el tema, sino por su elaboración, la cercanía del autor con el entorno y esa forma a la vez cálida, entrañable y única de transmitir la historia.

El axioma de que la violencia política y pública está menoscabando la unidad familiar, socavando el núcleo familiar y generando monstruosidades sociales de comportamiento, no solo es evidente y se puede aceptar, aunque no se requiere demostración para los efectos de articulación y propósitos metodológicos de este trabajo. Sin embargo, se recurrió a varios ejemplos y evidencias inmersas en las dos novelas de este estudio, inclusive ampliando la mira a la obra de estos escritores sin obviar una mirada general a los creadores de estas dos naciones, nada ajenos a sus alteraciones de la armonía nacionales.

Se analizó cómo solo se requiere una acción política común del Estado y del ciudadano en donde se empodera a la comunidad de una aceptación de cambio de actitud, por una de cordialidad, en donde desde el Estado se establecen reglas de equidad e inclusión social. Así se generan mejores condiciones de vida permanentes y gratificantes que permitan reducir lo violento y se acepten como norma de conducta, lo que llevará a la repetición e imitación a todo nivel.

La forma de instruir será desde la casa, la academia, el transporte público, la fiesta, el estadio y la calle. Se alcanzará así la expresión del amor como única vía superior que permitirá llegar a la mayor escala del hombre con el conocimiento.

Al buscar el aumento del conocimiento se abordó este trabajo desde el razonamiento basado en dos premisas y una conclusión según los postulados del silogismo afincados en la heurística, aplicado a las dos novelas, con lo que así se halló y se creó, para decir ¡Eureka! De tal suerte, se hizo un estudio pormenorizado de las principales técnicas utilizadas por estos autores y cómo a través de estas dos novelas los dos narradores abordan la violencia política que se refleja en la familia. Los dos autores se acercan y miran particularmente su conflicto cuando en sus países no merman los infiernos sociales.

Antes de pensar en los retos que podrían esperarse en desarrollo de esta investigación, se proclama como ejemplo a seguir para frenar la violencia por medio de la cultura ciudadana y la solidaridad, la cruzada que se puede decir ha llevado el ex rector de la Universidad Nacional de Bogotá y dos veces elegido por voto popular como alcalde de esta ciudad, Antanas Mockus. Este matemático de origen lituano, de 65 años,

nacido en 1952 con su gesta lúcida, lúdica y pedagógica, con gran carga académica, salvó vidas, ahorró y optimizó recursos públicos, elevando en su momento el nivel y calidad de vida de los colombianos.

Mockus, después de graduarse de bachiller se fue a París a estudiar matemáticas en la Universidad de Dijón y regresó para continuar sus estudios en la Universidad Nacional, donde se graduó de master en Filosofía. Allí fue su rector hasta que se le pidió su renuncia después de bajarse los pantalones en público ante unos 500 estudiantes en 1993 como un acto que según explicó era su manera de hacerse visible ante un público que estaba ignorándolo. Pasado un tiempo, tan solo en ocho meses y con un gasto de unos ocho millones de pesos (unos cuatro mil dólares) ganó los comicios de 1995. Este alcalde abismado ante tantas muerte y quema de niños por el uso de la pólvora, la prohibió para que solo fuera manipulada por expertos en actos públicos, con lo cual logró reducir los casos. Pero su labor no quedó ahí y con una serie de medidas logro reducir las muertes violentas en la capital: impuso el cinturón de seguridad para los automovilistas, redujo las horas de expendio y consumo de bebidas alcohólicas. Con una política de estado, desde su administración introdujo la cultura del amor al otro, con su proclamada cultura ciudadana, en donde con mimos y actos lúdicos, logró que los conductores y peatones no traspasaran indebidamente las líneas blancas demarcadas en las vías. A las pocas semanas de implantar esta norma, se empezó a ver el cambio en las calles, con más convivencia y armonía en la ciudad¹²⁷.

¹²⁷ Ver “Bogotá, la ciudad que redujo el crimen con mimos”. *Infobae*. Noviembre 27 de 2012.

Estos logros contrastan con lo que se vive en Colombia y Guatemala, como la intolerancia y el odio rampante entre la ciudadanía. Al leer las dos novelas que se estudiaron en esta tesis, justamente lo contrario es lo que se ve: poca armonía y violencia social, por lo que el ejemplo de la cultura ciudadana aplicada por Mockus, puede ubicarse para ambas comunidades.

Hay que resaltar que este alcalde saneó financieramente las arcas del distrito lo que permitió que a la ciudad se la recalificara para el beneficio de empréstitos mundiales. Ya se sabe que una de las formas de violencia justamente es la corrupción, así que ver que se logra eficiencia en el manejo de dineros públicos, es un ejemplo a seguir para hacer frente a lo violento, precisamente lo que no se ve en los países o lugares donde ocurren las dos novelas y tampoco en la realidad, es decir, se podría decir que ese manejo ilícito del herario es uno de los mayores problemas de Colombia y Guatemala.

Así mismo, siguiendo con Mockus, como ejemplo, para hacer un paralelo de su legado, tras haber leído las dos novelas, se ve que este alcalde en su dinámica política con los miembros de gobierno y políticos de otros partidos, instauró un lema que consistió en decir “no me pidas en privado algo que no me puedas decir en público”, lo que significó un profundo revolcón en las costumbres arcaicas del político bogotano. La mayoría de estas políticas y prácticas pronto serían emuladas por otras administraciones en varias zonas del país. Si en un momento la ciudad llegó a registrar entre 30 y 50 muertes violentas por distintas causas, este mandatario las logró reducir a 7 diarias, con lo que solo por eso, su gesta ya es histórica. Solo resta decir, que, si hubiera continuidad y una

política de respeto como norma y el propósito de un manejo austero de los recursos públicos, los preceptos de Mockus, consignado en la frase la vida es sagrada, los recursos públicos son sagrados, hoy el devenir de la ciudad y el país estarían muy lejos de su panorama de polarización política e intolerancia.

Ahora bien, al hablar de retos y contribuciones en la interpretación de la discusión se puede decir que en las dos obras estudiadas confluyen, tanto la vida familiar como la realidad ficcionalizada. Si bien las dos novelas llevan su sello de autor, esto no permite decir que lo descrito pasó en Colombia y Guatemala. Tampoco se puede descartar lo narrado como un reflejo histórico, una crónica o una invención. El reto de la literatura es servir de filtro de unos hechos reales o no y potenciar la imaginación sin ser una camisa de fuerza o un distorsionador de realidades.

Ahora, al circunscribir la perspectiva sobre lo violento en América Latina, para llegar después a esas sociedades del miedo infestadas de administraciones corruptas o violadoras de derechos humanos, como se ha visto en los capítulos precedentes, se conecta la idea de un universo físico mediado por la intolerancia en donde sus habitantes, ignorados y sometidos a ultrajes de todo tipo, se ven cercados por una forma devastadora de poder representada en el terrorismo de Estado, mucha veces ejercido para acallar focos de más terrorismo, con lo que dejan en la mitad del conflicto a los atribulados ciudadanos.

Si la literatura no puede acoger lo que la Sociología sí, tampoco esta puede remplazar la literatura. En la interpretación de los hechos es donde está la riqueza de la ficción, la poesía o el teatro. Las muertes masivas, crearon gran cantidad de textos como

literatura de oportunidad. Además, nadie debería tener el poder de decidir por los demás hasta su propia forma de morir. Debe ser posible la felicidad y que, como lo dijo Gabriel García Márquez en su discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura¹²⁸, “las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre esta tierra”. Ojalá que la violencia no sea auspiciada en su avance para propiciar un mundo necesitado de amor.

¹²⁸ Gabriel García Márquez. “La soledad de América Latina”. Discurso de aceptación premio Nobel de Literatura, 8 de diciembre, 1982.

BIBLIOGRAFÍA

- ACNUR. “Tendencias globales sobre refugiados y otras personas de interés del ACNUR”. Primer semestre 2015.
- Agamben, Giorgio. *La comunidad que viene*. Traducción José L. Villacañas y Claudio La Roca. Pre-textos. 1990.
- Aguilar, Paula. *Libros de arena, desiertos del horror: la narrativa de Roberto Bolaño*. Tesis de grado, Universidad Nacional de la Plata Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. 2013.
- Aínsa, Fernando. “Una literatura que hace sociología. El ejemplo de la narrativa latinoamericana”. *Revista del CESLA*, vol. 2. Núm. 13. 2010 Varsovia, Polonia. pp. 393-408.
- Álvarez, Federico. *La violencia en la literatura. El mundo de la violencia*. Ponencia. Coloquio internacional sobre violencia. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de México. Editor Adolfo Sánchez Vázquez. Fondo de Cultura Económica, 1998. pp.407-417.
- Álvarez Gardeazábal. *Cóndores no entierran todos los días*. Ediciones destino, 1972.
- . *La novelística de la violencia en Colombia*. Universidad del Valle, 1970.
- Álvarez, Sergio. *35 muertos*. Alfaguara, 2011.
- Amnesty International USA. *Annual Report: Guatemala 2013*, párr 4.
- Arendt, Hannah. *Sobre la violencia*. Traducción Guillermo Solana. Alianza editorial, 1970.

Argemí, Miquel Domènech i y Rueda, Íñiguez Lupicinio. “La construcción social de la violencia”. *Athenea Digital*, no. 2, otoño 2002.

Arico, José. “El Simón Bolívar de Carlos Marx”. Ediciones Sequitur, 2001. pp. 2-12.

Bajtín, Michael. *Carnaval y Literatura*. Traducción Carlos Rincón. Editorial Hanser, 1970.

Balandier, Georges. *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*. Traducción Beatriz López, Gedisar ediciones. 1993.

Balsells, Edgar Alfredo. *El costo económico de la violencia en Guatemala*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2006.

Bandura, Albert y Emilio Ribes. *Modificación de la conducta: análisis de la agresión y la delincuencia*. Trillas, 1975.

Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura*. Traducción Nicolás Rosa y Patricia Wilson. Editor digital, Turolo. 1953.

Basile, Teresa. Coordinadora. Colectivo crítico. *Literatura y Violencia en la narrativa latinoamericana reciente*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE), 2015.

Bataille, George. *La literatura y el mal*. Ediciones elaleph.com, 2000.

Benjamín, Walter. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Traducción Roberto Blatt. Taurus, 1991.

Berganza, Gustavo. *Los medios de comunicación y la sociedad guatemalteca. Un retrato de sus discursos*. DOSES-PRODECA. Asociación Desarrollo, Organización, Servicios y

Estudios Socioculturales. Programa de Derechos Humanos para Centro América de la Embajada Real de Dinamarca, 2002.

Bolaño, Roberto. *Nocturno de Chile*. Alfaguara, 2016.

“Bogotá, la ciudad que redujo el crimen con mimos”. *Infobae*. Noviembre 27 de 2012.

Brontë, Emily. *Cumbres borrascosas*. Traducción Rosa Castillo, 9ª. Edición. Cátedras Universales, 2006.

Burgos, Elizabeth. *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. Seix Barral, 1994.

Bushnell, David. *Colombia una nación a pesar de sí misma*. Traducción Claudia Montilla. Editorial Planeta, 2004.

Caballero Calderón, Eduardo. *El cristo de espaldas*. Editorial destino, 1968.

Camus, Alberto. Albert Camus, “La misión del escritor”, antología de Visionarios Implacables, Mutantia, pp. 20-23.

Cardona-López, José. *Literatura y narcotráfico: Laura Restrepo, Fernando Vallejo, Darío Jaramillo Agudelo*. En *Literatura y Cultura. Narrativa colombiana del siglo XX*, eds. and comps. María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Angela Inés Robledo. 3 vols. Colección becas de excelencia. Ministerio de Cultura, 2000. V.II p. 378-406.

—. “Pensamientos de guerra de Orlando Mejía Rivera, redención por la palabra que se agota hasta hacerse silencio”. Dossier Texas A&M University, in *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*. 58 (2013): xxii-xxviii.

—. *Teoría y práctica de la nouvelle*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2003.

- Carrera Garrido, Miguel y Pietrak, Mariola, Editores. *Narrativas de la violencia en el ámbito hispánico*, Universidad María Curie-Sklodowska de Lublin, 2015.
- Casaús Arzú, Marta Elena. “Reflexiones en torno a la legitimidad del Estado, la Nación y la identidad en el marco de los acuerdos de paz en Guatemala”. Universidad de Costa Rica. Vol. 25, No. 1, 1999. pp. 7–31.
- Castellanos Cambranes, Julio. “Pasado y presente del terror en Guatemala”, presentación del autor, en *Violencia y Genocidio en Guatemala*, de Victoria Sanford, F&G Editores, 2003.
- . *Café y campesinos: orígenes de la economía de plantación moderna en Guatemala*. Madrid Catriel, 1996.
- . “¿Qué sucedió en nuestra historia?” *Letras Libres*, mayo 26 de 2014.
- Castellanos Moya, Horacio. “Apuntes sobre lo político en la novela latinoamericana”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 694 (abril 2008): 9–17.
- . *La diáspora*. Universidad Centroamericana Cañas. 1989.
- . *El asco*. Editorial Casiopea, 2000.
- . *La diabla en el espejo*. Ediciones Linteo. 2000.
- . *Insensatez*. Tusquets. 2004.
- . *Desmoronamiento*. Tusquets. 2006.
- . *La sirvienta y el luchador*. Tusquets, 2011.
- . *El sueño del retorno*. Tusquets, 2013.
- . *El arma en el hombre*. Tusquets, 2013.

Centro Nacional de Memoria Histórica. *Hasta encontrarlos. El drama de la desaparición forzada en Colombia* (CNMH)- Bogotá, noviembre, 2016.

—. *Las cifras del secuestro*. Junio 19 de 2013.

CEIPAZ, Fundación cultura de paz. *Informe mundial de cultura de paz. Noviembre 2005. Anuario 2016—2017*.

—. *Una guerra prolongada y degradada. Dimensiones y modalidades de violencia. Una violencia difícil de medir*. Marzo 31, 2013.

Cela, Camilo José. *La familia de Pascual Duarte*. Biblioteca el mundo, 1942.

Centro Nacional de Memoria Histórica. *Hasta encontrarlos. El drama de la desaparición forzada en Colombia* (CNMH)- Bogotá, noviembre, 2016.

—. *Las cifras del secuestro*. Junio 19 de 2013.

—. *Una guerra prolongada y degradada. Dimensiones y modalidades de violencia. Una violencia difícil de medir*. Marzo 31, 2013.

CEPAL, UNICEF, Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNDH) et al. *¡Ni una más! El derecho a vivir una vida libre de violencia en América Latina y el Caribe*, octubre 2007.

CEPAL, UNICEF, Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNDH) et al. *¡Ni una más! El derecho a vivir una vida libre de violencia en América Latina y el Caribe*, octubre 2007.

Comisión para el Esclarecimiento Histórico. *Guatemala, memoria del silencio*. Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas (UNOPS), junio 1999.

- Chomsky, Noam. *La quinta libertad. La intervención de Estados Unidos en América Central y la lucha por la paz*. Traducido por Carmen Castells, Editorial Crítica, 1998.
- Corsi, Jorge. *Violencia masculina en la pareja*. Paidós. 1995.
- Cros, Edmond. *Literatura, Ideología y Sociedad*. Versión española Soledad García Mouton. Editorial Gredos, 1986.
- . *Ideosemas y morfogénesis del texto*. Vervuert Verlag, Frankfurt am Main, 1992.
- . “Socio crítica e Interdisciplinariedad”. University ‘Paul Valéry’ – Montpellier III, Francia. En *Sociocriticism*, 2010 – Vol. XXV, 1 y 2, pp.11–25.
- Curry, Richard K. “The Aesthetics of Violence in Colombia Film *Rodrigo D: no Futuro, Apocalipsur, and Satanás*”. En *Letras Hispanas*, V. 8.2, fall 2012. pp. 100-110.
- Dorfman, Ariel. *Imaginación y violencia en América*. Anagrama, 1972.
- Dostoievski, Fedor. *Los hermanos Karamazov*. Luarna ediciones, 1879.
- Duarte, Jerónimo. “Las dos violencias de Tomás González”. *Arcadia*, septiembre 21, 2010.
- Eagleton, Terry. *Dulce violencia. La idea de lo trágico*. Traducción Javier Alcoriza y Antonio Lastra. Editorial Trotta, 2011.
- Echeverry, Arturo. *Marea de ratas*. Editorial Aguirre, 1960.
- Elias, Norbert. *EL proceso de la civilización*. Traducción Ramón García Cotarelo. Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Esplugues, José Sanmartín. “¿Hay violencia justa? Reflexiones sobre la violencia y la justicia basada en los Derechos Humanos”. *Daímon. Revista de Filosofía*, no. 43, 2008. pp. 7-14.

- Ettlin, Edgardo. *Violencia doméstica. Realidad y abordaje jurídico de la mujer maltratada, en ocasión de su vida de relación afectiva*. La ley, 2007.
- Ferreira, Daniel. *Viaje al interior de una gota de sangre*. Random House, 2017.
- Ferry, Stephen. *Violentología un manual del conflicto colombiano*. Icono editorial, 2012.
- Figuroa, Sánchez, cristo Rafael. “Gramática-violencia: una relación significativa para la narrativa colombiana de segunda mitad del siglo XX”. En *Tabula Rasa*, nº 2, pp.93-110, enero-diciembre, 2004.
- Fiscalía General de la Nación. “*Las FARC reclutaron ilícitamente a 11.556 menores desde 1975*”. Mayo 16 de 2016.
- Fleer, Peter. “Guatemala, del silencio armado a la lucha de las voces”. *Iberoamericana*. Año 12, No. 47. Sep 2012, pp. 205–222.
- Fonseca, Elizabeth. *Centroamérica: su historia*. Flacso y Educa, 1995.
- Freud, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Traducción José L-Etcheverry. Vol. 21, Amorrortu editores 1927 -31.
- . *Tótem y tabú*. Traducción, José L. Etcheverry, Vol. 13, Amorrortu editores 1913-14.
- Fuentes, Carlos. *Cervantes o la crítica de la lectura*. México, 1976.
- . *La gran novela latinoamericana*. Alfaguara, 2011.
- Fulchiron, Amandine. “La violencia sexual es un arma muy eficaz para masacrar a mujeres en las guerras”. *Feminicidio.net*, Oct 29, 2015.
- Galli, Carlo. *Political Spaces and Global war*. Editor by Adam Sitze, Translate by Elizabeth Fay. University of Minnesota Press, 2010.

Galtung, Johan. *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución.*

Gernika Gogoratuz, Gobierno Vasco y Dirección general Derechos Humanos y

Democratización Comisión Europea, 1998.

GAM –Grupo de Apoyo Mutuo. Violencia intrafamiliar: un mal auge en Guatemala, julio 19, 2012.

García Márquez, Gabriel. "Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia". La Calle, Bogotá, Año 2, n° 103, pp. 12-13.

—. "La soledad de América Latina". Discurso de aceptación premio Nobel de Literatura, 8 de diciembre, 1982.

—. *La hojarasca*. Alfaguara, 1986.

—. *El coronel no tiene quien le escriba*. Biblioteca Ayacucho, 1989,

—. *La mala hora*. Random House, 1987.

—. *Cien años de soledad*. Fondo de Cultura Económica, 2007.

—. *El otoño del patriarca*. Random House 1987.

—. *Relato de un naufrago*, Debolsillo, 2014.

Gardéazabal, Gustavo Álvarez. "La novelística de la violencia en Colombia". División de Humanidades Departamento de Letras. Universidad del Valle, 1970.

Guerriero, Leila. "Vi en los once libros la violencia bajo todas sus formas". En entrevista *Revista Semana*. Enero 28, 2017.

Girard, René. *La violencia de lo sagrado*. Traducción Joaquín Jordán, Anagrama, 2005.

Goldman, Francisco. *La larga noche de los pollos blancos*. Traducción, Jordi Beltrán Ferrer. Anagrama, 1994.

- Goldmann, Lucien. *Para una sociología de la novela*. Editorial Ayuso. Traducción Jaime Ballesteros y Gregorio Ortiz. 1975.
- González Echevarría, Roberto. *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. Traducción Virginia Aguirre. Fondo de Cultura Económica, 1998.
- González González, Fernán E. *Poder y violencia en Colombia*. 1ª edición, Odecofi-Cinep, 2014.
- González-Izás, Matilde. *Formación del Estado y disputas territoriales en el corazón del triángulo norte de Centroamérica. Siglos XIX y XX*. PROMOCIENCIA. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Cuaderno de Debate 2. FLACSO–Sede Académica Guatemala, octubre, 2015.
- González, Mariano. *Violencia en Guatemala, una interpretación sobre el aumento de la violencia delincinencial y el trauma psicosocial*. Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, (2012).
- González Posso, Camilo. *Los nombres de la guerra en la memoria histórica*. Ponencia Encuentro Internacional de Revistas de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, sep. 2013.
- González Rodas, Pablo. *Cinco novelistas de la violencia en Colombia*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid. Impresos Comerciales, Medellín, 1975.
- . *Colombia: Novela y violencia*. Secretaría de Cultura de Caldas, 2003.
- González, Tomás. *Primero estaba el mar*. 6ª edición, Grupo editorial Norma, 2006.
- Grupo de Memoria Histórica. *¡Basta Ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Imprenta Nacional, 2013.

Guatemala: Nunca más. Memoria, verdad y esperanza. Versión popularizada del Informe REMHI. Oficina de derechos humanos del Arzobispado de Guatemala. Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica, 2000.

Guzmán Campos, Germán, Fals Borda, Orlando et Umaña Luna, Eduardo. *La violencia en Colombia I.* Octava ed. Bogotá: Punta de Lanza, 1977.

Han, Byung –Chul. *Topología de la violencia.* Traducción: Paula Kuffer. 2013.

—. *Sobre el poder.* Traducción Alberto Ciria. Editorial Herder. 2016.

Harvey, David. La condición de la postmodernidad. Amorrortu editores, 2008.

—. *Impactos de la violencia.* I, 1998.

Hernández de Alba, Gonzalo. “El virreinato de la Nueva Granada”. *Revista Credencial Historia.* Edición 20, agosto, 1991.

Hobbes, Thomas. *Leviatán.*

Jameson, Frederic. Documentos de cultura. Documentos de barbarie. Visor. Traducción Tomás Segovia, 1989.

International Crisis Group. *The Day after Tomorrow: Colombia’s FARC and the End of the Conflict.* Report no. 53/Latin America & Caribbean. December 11, 2014.

Jung, Carl Gustav. *Sobre el amor.* Traducción Luciano Elizaincín & Ángel Reparaz & Carlos Martín. Editorial Trota, 2011.

“La embarazada de trapo”. *Revista Semana.* Junio 11 de 2001.

Informe estadístico de la violencia en Guatemala. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo –Guatemala, diciembre 2007.

Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. “Violencia de Género en Colombia. Análisis comparativo de cifras 2014, 2015 y 2016”. Octubre 2016.

Jaramillo, Uribe, Jaime. *Etapas y sentido de la historia de Colombia. Colombia Hoy*. Siglo XXI Editores. 1981.

Jiménez Enviado, Arturo. “Escribo para exorcizar el dolor de la violencia: Evelio Rosero”. Entrevista en *La Jornada*. Mayo 5 de 2007.

Jung, Carl Gustav. *Sobre el amor*. Traducción Luciano Elizaincín & Ángel Reparaz & Carlos Martín. Editorial Trota, 2011.

Kaldor, Mary. *Las nuevas guerras. La violencia organizada en la era global*. Traducción María Luisa Rodríguez Tapia. Tusquets, 2001.

Kayser, Wolfgan. *Interpretación y análisis de la obra literaria*. 4ª edición, Gredos, S. A., 1961.

Koonings, Kees y Dirk Kruijt, (editors). *Las sociedades del miedo. El legado de la Guerra civil, la violencia y el terror en América Latina*. Traducción Jesús Torres del Rey, María Rosario Martín Ruano y Jorge J. Sánchez Iglesias. Ediciones Universidad de Salamanca, 2002.

Laguado Duca, Arturo Claudio. “La formación del Estado y la Nación en Colombia”. *Revista Javeriana. Memoria y Sociedad*. Vol. 6. No. 11, abril de 2002. pp. 101-116.

Leal Buitrago, Francisco. *Estado y política en Colombia*. Siglo XXI, 1984. En *El Estado en Colombia*. Orjuela, Luis Javier (Compilador). Universidad de Los Andes, 2010. En *Estado y Política en Colombia* (1984).

Levinas, Emmanuel. *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*. Traducido por Ricardo Irbalucía y Beatriz Horrac, Fondo de cultura económica, 2001.

- Liano, Dante. *El misterio de San Andrés*. Roca ediciones, 2006.
- Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío*. Traducción Joan Vinyoli. Editorial Anagrama, 1983.
- . *Los tiempos hipermodernos*. Traducción Antonio Prometeo Moya. Editorial Anagrama, 2014.
- Lombardo Chico, Miguel Ángel. *La fragmentación del Estado: origen y persistencia de la violencia en Guatemala*. Universidad Complutense de Madrid, 2012.
- . “Los desaparecidos de Guatemala”. *Informe secreto 28 marzo 1986. (1977 – 1986)*. *Los olvidados*. Dir. Luis Buñuel. Guion: Luis Buñuel y Luis Alcoriza. Ultramar Films, 1950.
- López Tamés, Román. “La narrativa actual en Colombia y su contexto social”. Universidad de Valladolid, 1975. pp. 9-231.
- Lukács, Gyorgy. *Teoría de la novela*. 1ª edición, traducido por Micaela Ortelli, Ediciones Godot, 2010.
- Macleod, M. *Historia socioeconómica de América Central española 1520–1720*. Editorial Piedra Santa, 1980.
- Mejía, Daniel. “El secuestro en Colombia”. *Coyuntura Económica*, pp.149-170.
- Mejía, Daniel, Daniel Ortega y Karen Ortiz. “Un análisis de la criminalidad urbana en Colombia”. Universidad de los Andes. 2014.
- Mejía Vallejo, Manuel. *El día señalado*. Editorial destino, 1964.
- Melo Flóres, Jairo Antonio. "Las guerras civiles en la formación del Estado-Nación en América Latina. Una perspectiva comparada." *Historia, crimen y justicia*, enero 2, 2016.

- Mercado Maldonado, Asael y Guillermo González Velásquez. “La teoría del conflicto en la sociedad contemporánea”. *Espacios públicos*. Vol. 11, núm. 21. Universidad Autónoma del Estado de México Toluca, febrero 2006, pp. 196–221.
- Montero, Hugo. “Gobierno reconoce que el país está en guerra”. *El Tiempo*, septiembre 27 de 1996, primera página.
- . “Evelio Rosero; al novelista lo salva la terquedad, para bien o para mal”. Entrevista con Hugo Montero. *Hojas Universitarias*. Universidad Central, No. 60, 2008. pp. 89–90.
- Montt, Nahum. *El eskimal y la mariposa*. Alfaguara, 2012.
- Morales, Mario Roberto. *Señores bajo los árboles*. Editorial Cultural, 2007.
- Múnera, Alfonso. *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*. El Áncora editores, 1998.
- Muñoz Mora, Juan Carlos. “Los caminos del café: aproximación a los efectos del conflicto armado rural en la producción cafetera colombiana”. *Facultad de Economía, Universidad de Los Andes*. 2006.
- Neira, Armando. ¿Cómo fue la tragedia de Bojayá? *Revista Semana*, mayo 13 de 2002.
- Oquist, Paul. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Banco Popular, 1978. En *El Estado en Colombia*. Luis Javier Orjuela. Compilador. Universidad de Los Andes, 2010.
- Orantes, Carlos. “La violencia en la cultura guatemalteca”. *Revista de la Universidad de San Carlos*. Julio/ Septiembre No.1, 2002.
- Osorio Lizarazo, José Antonio. *El día del odio*. El Áncora editores. 1998.
- Ospina, William. ¿Dónde está la franja amarilla? Mondadori, 2012.
- . *Pa que se acabe la vaina*. Editor digital: Oronet, 2013.

- Palacios, Arnoldo. *Las estrellas son negras*. Ministerio de Cultura, edición 2010.
- . *La selva y la lluvia*. Editorial Progreso, 1958.
- Palacios, Marco y Frank Safford. *Colombia país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*. Grupo editorial Norma. 2002.
- Peebles, Stacey. *Violence in Literature. Critical Insights*. Edited. Grey House Publishing, Inc., 2014.
- Pineda Duque, Javier y Luisa Otero Peña. “Género, violencia intrafamiliar e intervención pública en Colombia”. *Dossier. Revista de Estudios Sociales*, no. 17, febrero de 2004. pp. 19–31.
- Posada Carbó, Eduardo. “La novela como historia. Cien años de soledad y las bananeras”. *Boletín cultural y bibliográfico, Banco de la República*, vol.35, no. 48, 1998. pp. 1-16.
- Rettberg, Angelika. “Tomémonos un tinto: Café, conflicto armado y criminalidad en Colombia”. SSRN. *Universidad de Los Andes. Departamento de Ciencia Política*. Enero 31, 2017.
- Rey Rosa, Rodrigo. *El material humano*. Random House, 2017.
- Rodríguez Freire, Raúl. “Entrevista a Horacio Castellanos Moya”. *Hispanamérica*. Año 40, No. 118, abril 2001, pp. 57–70.
- Romero–Herrera, Joaquín. “Proceso de formación del Estado–nación y autonomía militar en Latinoamérica”. *Trabajo de investigación doctoral para Grupo de Investigación sobre Seguridad y Defensa de la Universidad de Los Andes*, 2010.

Rosenberg, Fernando J. “Derechos humanos, comisiones de la verdad, y nuevas ficciones globales”. *Revista de crítica literaria latinoamericana*. Año XXXV, No. 69. Lima–Hanover, 1º Semestre de 2009, pp. 91–114.

Rosero, Evelio. *La carroza de Bolívar*. México: Tusquets Editores, 2012.

—. *Los Ejércitos*. 1ª edición, Editorial Tusquets, 2007.

—. “Escribo para exorcizar el dolor de la violencia: Evelio Rosero”. *La Jornada*. Mayo 5 de 2007.

—. *En el lejero*. 1ª edición. Grupo editorial Norma, 2003.

Rosero, evelio: “La escritura herida bajo fuego”, entrevista en sitio ‘De otros mundos’, por Emiro Santos y Chavelly Jiménez. Cartagena de Indias, enero de 2009.

Saer, Juan José. *El concepto de ficción*. Seix Barral, 2014.

Salazar, Gustavo Adolfo. “La violencia y el mito necesario”. *Revista Semana*. Septiembre 1 de 2009.

Sañudo, José Rafael. *Estudios sobre la vida de Bolívar*. Editorial Cervantes, 1949.

Skłodowska, Elzbieta. *La parodia en la nueva novela hispanoamericana (1960-1985)*. John Benjamins Publishing Company, 1991.

Sánchez G., Gonzalo. “Café y violencia: alerta temprana”. *El Tiempo*, agosto 23, 2002.

Sanford, Victoria. *Violencia y genocidio en Guatemala*. F&G editores, 2003.

Situación de derechos humanos en Guatemala. Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Organización de los Estados Americanos, 2016.

Smith, Adam. *La riqueza de las naciones*, traducción Carlos Rodríguez Braun. Editor digital: Titivillus. Epub base r.1.2. 1776.

- . *La mano invisible*. Traducción Jesús Cuéllar. (Extracto de *La riqueza de las naciones*). 1759.
- Solís, Luis Guillermo y Mercedes Peñas, editores. *Educación para la paz*. Universidad Estatal a Distancia, EUNED, Costa Rica. “Acerca de la definición y las dimensiones de la violencia”, texto de Johan Galtung, 1995. pp. 65-75.
- Revista de estudios colombianos*. No.33–34. Asociación de colombianistas, 2009.
- Suárez, Juana. “El cine colombiano: ¿es posible otra mirada? A modo de introducción”. *Revista de estudios colombianos*. No.33–34. Asociación de colombianistas, 2009.
- . *Sitios de contienda: producción cultural colombiana y el discurso de la violencia*. Iberoamericana, 2010.
- Tirado Mejía, Álvaro. *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Colcultura. 1976.
- Torres, Miguel. *El crimen del siglo*. Alfaguara, 2013.
- . *El incendio de abril*. Alfaguara, 2012.
- . *La invención del pasado*. Planeta, 2016.
- La siempreviva*. Tragaluz, editores, 2015.
- Torres–Rivas, Edelberto. *El Estado en Guatemala: ¿Orden con progreso?* Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 2010.
- Tercer Informe Internacional Violencia contra la mujer en las relaciones de pareja. Estadísticas y Legislación. Instituto de estudios sobre Violencia Centro Reina Sofía Universidad Internacional Valenciana (VIU), 2010.

Todorov, Tzvetan. *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX. Mémoire d'umal, tentation du bien*. Traducción Manuel Serrat Crespo. Ediciones Península, 2002.

Todos se van. Director, Cabrera, Sergio. Novela Wendy Guerra. Coproducción: Jimeno Acevedo Restrepo, Dramax y Sergio Cabrera y Asociados, 2013.

Troncoso, Marino. “De la novela en la violencia a la novela de la violencia: 1959-1960”. Universidad Javeriana, 1987. pp. 29–37.

Trotsky, León. *Mi vida*. Traducción Wenceslao Roses. Debate, 1930.

Unidad de Datos. “Desaparecidos. Duelo eterno”. *El Tiempo*, sept 15, 2015.

Ungar, Antonio. “Evelio Rosero by Antonio Ungar”. *Bomb – Artist in Conversation*, 110, Winter 2010.

UNICEF. *Infancia en tiempos de Guerra: ¿Los niños de Colombia conocerán por fin la paz?* UNICEF –La infancia en peligro, marzo 2016.

Vila, María del Pilar. “Las ilusiones perdidas: Las ilusiones perdidas: narrar la violencia. Acercamientos a la obra de Horacio Castellanos Moya”. *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXX, número 247, abril –junio 2014, pp. 553–570.

Villaseñor Velarde, María Eugenia. *Violencia doméstica y agresión social en Guatemala*. Instituto para el Desarrollo de la Justicia y la Paz –IDEJUP–, 1996.

Villoro, Luis. *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política*. Fondo de Cultura Económica, 1998.

Weber, Max. *El político y el científico*. Universidad de General San Martín (UNSAM) Programa de redes informáticas y productivas.

Wieser, Doris. “Nos hubiéramos matado, si nos hubiéramos encontrado”. Entrevista a Horacio Castellanos Moya en *Heidelberger Beiträge Zur Romanischen Literaturwissenschaft*, Berlín, junio 17 de 2010.

Wortman, M. *Legitimidad política y regionalismo. El imperio mexicano y Centroamérica en Historia Mexicana*, (ed). El Colegio de México, 1976.

Zambra, Alejandro. *Formas de volver a casa*. Anagrama, 2015.

Zizek, Slavoj, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. 1ª. reimpresión. Traducción de Antón Fernández y Antonio José. 2010.